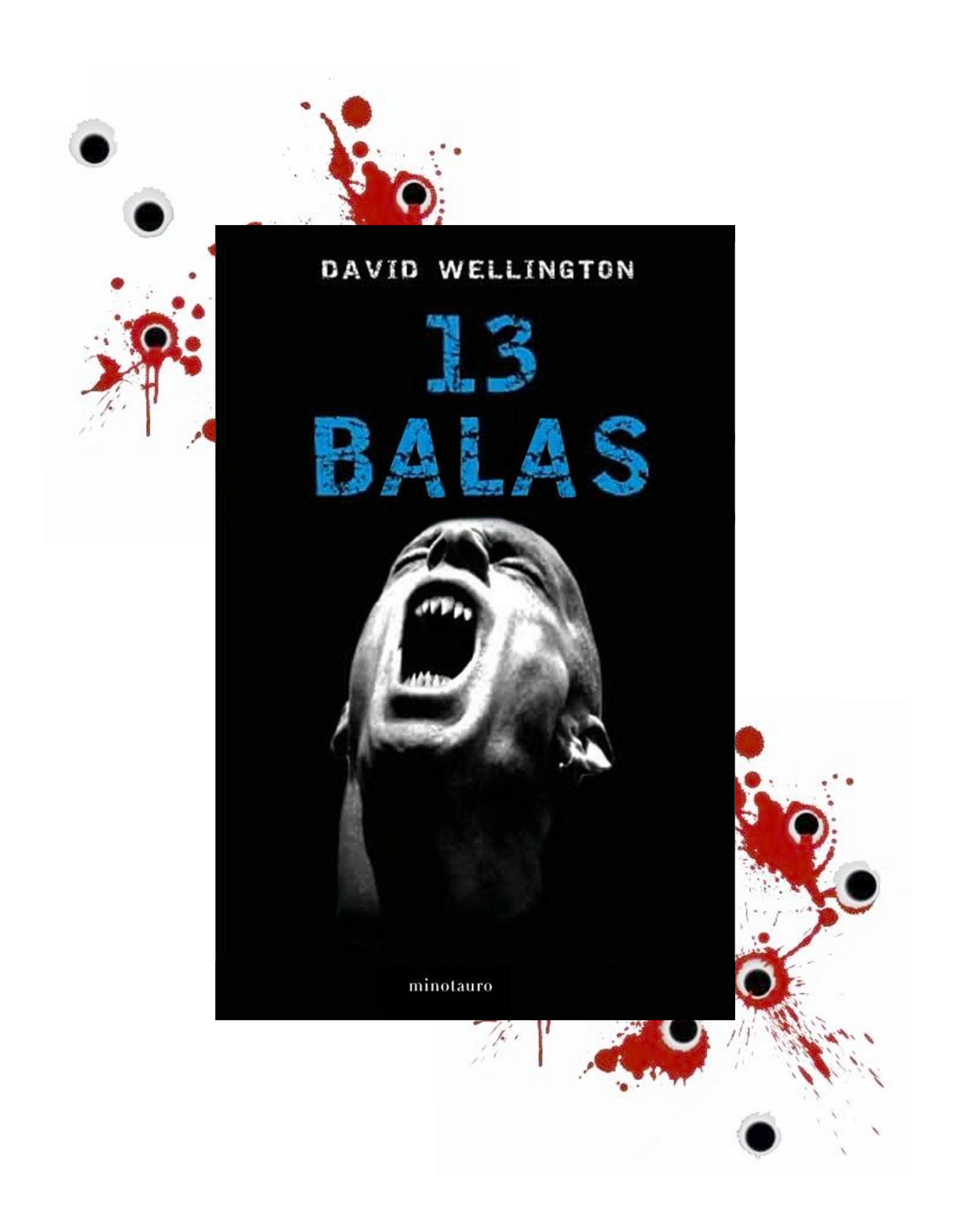

DAVID WELLINGTON
13
BALAS
minotauro

13 BALAS

SAGA VAMPIRE TALES

DAVID WELLINGTON

INDICE

SCAPEGRACE

MALVERN



Según la versión oficial, los vampiros se extinguieron en los años 80, cuando el agente Arkeley, del FBI, se enfrentó al último de ellos en un combate que estuvo a punto de acabar con su vida. Veinte años después, Arkeley será quien atienda la llamada de la agente Caxton pidiendo ayuda a los federales. ¿Quién si no? Sólo él sabe lo que los demás ignoran. Oculta en un asilo abandonado, esperando la llegada del momento oportuno, con la paciencia de la que sólo un no muerto es capaz, queda una vampira.

Pero parece que los vampiros buscan algo más que la sangre de Caxton, algo que ella ignora y sobre lo que su compañero guarda silencio; algo que tendrá que averiguar si quiere seguir con vida. Sólo 13 balas separan a Caxton de Arkeley y los vampiros. Sólo 13 balas separan a los vivos de los malditos.



Para mi hermana, Melissa,
que es menos frágil de lo
que cree.
Y sé de qué hablo, pues me
he apoyado muchas veces
en ella.



Aunque por doquier las balas silban al viento,
Yo sobreviví a un momento más sangriento.

El Giaour,
GEORGE GORDON, LORD BYRON







Informe policial elaborado por
el Agente Especial Jameson Arkeley, 4/10/83
(grabado en una cinta de riel)

La lluvia no dejaba ver demasiado. El restaurante, que permanecía abierto toda la noche, estaba situado en el cruce de dos calles principales. Sus vidrieras proyectaban algo de luz sobre la acera. Le pasé los prismáticos a Webster, mi compañero.

—¿Lo ves? —le pregunté.

El sujeto en cuestión, un tal Piter Byron Lares (probablemente un apodo), estaba sentado en la barra, encorvado y enfrascado en una conversación con una camarera de mediana edad. Era un tipo grandullón, pero encogido de aquella forma no resultaba tan imponente. Tenía la cara muy pálida y el pelo negro levantado en una maraña de rizos encrespados. Se había puesto un suéter rojo enorme, en lo que imaginé que era otro intento por ocultar su corpulencia. Llevaba unas gruesas gafas con montura de carey.

—Yo no sé qué os enseñan en la escuela de agentes federales, Arkeley, pero yo nunca he oído que estos elementos lleven gafas —dijo Webster al tiempo que me devolvía los prismáticos.

—Cállate.

La semana anterior había encontrado seis niñas muertas en un sótano de Liverpool, en Virginia Occidental. Habían estado celebrando una fiesta. Estaban tan desmembradas que hubo que poner a tres técnicos de laboratorio trabajando día y noche en el gimnasio de un colegio tan sólo para determinar cuántos cuerpos teníamos. Francamente, no estaba de humor. Le había propinado una paliza con mis propias manos a uno de los siervos del hijo de puta para que me confesara el apodo de su amo. No pensaba aflojar precisamente ahora.

Lares se levantó, aún con la cabeza gacha, y se sacó una cartera de piel del bolsillo. Empezó a contar billetes pequeños, pero de pronto pareció como si se le acabara de ocurrir algo; alzó la cabeza y su mirada atravesó el restaurante. Entonces se irguió completamente y miró al otro lado de la calle.

—¿Acaba de descubrirnos? —preguntó Webster—. ¿Con este tiempo?

—No estoy seguro —respondí.

Tres o cuatro litros de sangre rojísima rociaron contra la vidriera del restaurante; de pronto no se veía nada de lo que sucedía en el interior.

—¡Mierda! —grité, y bajé precipitadamente del coche.

Crucé la acera, la lluvia me dejó empapado al instante. Entré en el restaurante, con la estrella bien visible en la solapa, pero Lares ya se había marchado y allí no quedaba nadie vivo a quien impresionar. La camarera yacía en el suelo y tenía la cabeza prácticamente arrancada. Uno lee acerca de los vampiros y espera que sus mordiscos dejen dos agujeritos de nada, como la marca de unos labios. Lares le había arrancado casi todo el cuello de un mordisco a aquella mujer. La yugular asomaba como la boquilla de un globo deshinchado.

La barra y el techo estaban bañados en sangre. Desenfundé el revólver reglamentario y pasé junto al cuerpo. Había una puerta en la parte trasera y tuve que contenerme para no abalanzarme sobre ella; si me estaba esperando y me topaba con él en el rincón oscuro junto al servicio de hombres no iba a sobrevivir a mi curiosidad. Regresé al exterior, bajo la lluvia, donde Webster me esperaba con el motor en marcha. Había avisado ya a la policía local. Un helicóptero pasó en vuelo rasante por encima de nuestras cabezas, con un estruendo que a buen seguro a la mañana siguiente sería motivo de quejas. El foco del helicóptero perforaba la oscuridad que rodeaba el restaurante. Webster arrancó y se dirigió hacia el callejón que había detrás del establecimiento. A través de la lluvia eché un vistazo a los contenedores y los montones de basura. Contábamos con numerosos refuerzos apostados en la parte de delante y el equipo de armas pesadas estaba ya de camino. El helicóptero podía pasarse ahí arriba toda la noche si era necesario. Traté de relajarme.

—El SWAT se está moviendo —me dijo Webster y colgó el auricular de la radio.

Uno de los contenedores se movió ligeramente, como si en su interior alguien se acabara de dar la vuelta mientras dormía. Nos quedamos los dos petrificados durante un instante, lo bastante largo para asegurarnos de que ambos lo habíamos visto. Levanté mi arma y apunté. La había cargado con JHP para maximizar el daño en los tejidos y yo mismo había ajustado la mira del revólver. Si hubiera

querido, podría haber hecho que lo bendijera un sacerdote. En esa ocasión aquel psicópata no iba a escaparse.

—Agente Especial Arkeley, a lo mejor deberíamos eludir la confrontación y dejar que sea el SWAT quien negocie con él —me dijo Webster.

El hecho de que utilizara mi nombre y rango significaba que quería que constara que había hecho todo lo posible para evitar un desenlace violento; que no quería quedarse con el culo al aire. Ambos sabíamos perfectamente que Lares no iba a entregarse por las buenas, de ningún modo.

—Sí, seguramente tengas razón —respondí, con los nervios de punta—. Vale.

Relajé la mano con la que sujetaba el revólver y le pegué una patada de rabia al suelo del coche patrulla.

El contenedor reventó en pedazos y una nube blanca salió despedida del callejón. Chocó contra nuestro coche con tanta fuerza que nos levantó sobre dos ruedas. La puerta se hundió y mi brazo quedó atrapado, de tal forma que no podía utilizar el revólver. Webster sacó su pistola al tiempo que el coche volvía a caer sobre la calzada. Ambos salimos despedidos, pero el cinturón de seguridad nos frenó; durante un instante me quedé sin aliento.

Webster apuntó con el arma a algo que había detrás de mí y disparó tres veces. Noté el ardor de la pólvora en la cara y las manos. Noté el olor a cordita y nada más. Me quedé sordo durante por lo menos varias esquirlas de cristal me habían caído sobre las piernas.

Giré la cabeza hacia un lado, aunque tenía la sensación de estar atrapado en cristal fundido: lo veía todo, pero apenas me podía mover. Perfectamente enmarcado en el cristal de seguridad hecho añicos estaba el rostro destrozado de Lares, que se reía. La lluvia le limpiaba la sangre de la boca, pero tampoco eso hacía que su aspecto mejorara. Lo que antes eran unas gafas se habían convertido en una montura de carey retorcida y destrozada y unos cristales agrietados. Por lo menos uno de los disparos de Webster había penetrado en el ojo derecho de Lares. La gelatina blanca del glóbulo ocular había reventado y se le veía el hueso rojo de la cuenca. Las otras dos balas habían impactado junto a la nariz y la mejilla derecha. Las heridas eran horribles, sangrientas y mortales de necesidad.

Sin embargo, empezaron a sanar solas ante mi mirada atónita. De la cuenca vacía de Lares surgió una nube de humo blanco que se solidificó y se convirtió en un glóbulo ocular nuevecito. La herida de la nariz se redujo hasta desaparecer y la de la mejilla podría haber sido perfectamente un efecto de luz, pues se desvaneció como una sombra.

Cuando volvió a estar limpio y de una sola pieza, se arrancó lentamente los pedazos de cristal que le habían quedado clavados en la cara y los fue arrojando por encima del hombro. Entonces abrió la boca y se rió; tenía los dientes afiladísimos. Aquella boca no se parecía a nada que hubiese visto en las películas, era más bien como las fauces de un tiburón, con una hilera tras otra de pequeños cuchillos ensamblados en las encías. Dejó que le echáramos un buen vistazo a esa boca y a continuación saltó sobre nuestro coche. Oí sus poderosos pasos del techo y en un instante estuvo al otro lado. Bajó de un brinco y echó a correr hacia Liberty Avenue.

El equipo del SWAT llegó al cruce antes que él y sus miembros salieron de la furgoneta blindada. La unidad estaba formada por cuatro agentes armados con subfusiles MP5. Llevaban casco integral y coraza antidisturbios, pero no se trataba del uniforme reglamentario. El oficial al mando había solicitado con insistencia mi permiso para poder adaptar la vestimenta. Todos sabíamos dónde nos estábamos metiendo, me dijo; habíamos visto ya muchas películas.

Así pues, los chicos del SWAT se habían pegado crucifijos por todo el cuerpo; habían recurrido a cuanto habían encontrado, desde cruces católicas de madera tallada con torturadas imágenes de Jesús, hasta crucecitas niqueladas de baratillo como las de las pulseras de juguete. Seguro que se sentían de lo más protegidos debajo de toda aquella quincalla.

Lares soltó una carcajada y se desgarró el suéter rojo. Debajo, su torso era puro músculo. Su piel blanca, sin vello ni poro alguno, se tensaba sobre los nudos ocultos de sus vértebras. Sin camiseta, su aspecto era mucho menos humano. Parecía más bien algo así como un oso albino; un animal salvaje; un cazador de hombres.







CAPITULO 2

Informe policial elaborado por
el Agente Especial Jameson Arkeley. 4/10/83
(continuación):

—¡Ni se te ocurra moverte, cabronazo! —gritó uno de los agentes del SWAT cubierto de cruces.

Los tres restantes hincaron una rodilla en el suelo y aprestaron sus MP5 para abrir fuego.

Lares se abalanzó hacia ellos con los brazos extendidos como si fuera a agarrarlos desde la distancia. Aquello era un movimiento agresivo, o por lo menos pretendía serlo. Los agentes del SWAT hicieron lo que les habían enseñado: disparar. Sus armas escupieron fuego contra la lluvia y las balas atravesaron el aire oscuro y pasaron rozando nuestro coche camuflado. Webster abrió la puerta de un empujón y pisó un charco al salir. Yo estaba justo detrás de él. Si podíamos pillar al hijo de puta en un fuego cruzado tal vez lográramos dañarlo más rápido de lo que sus heridas tardaban en cicatrizar.

—¡El corazón! —exclamé—. ¡Tenéis que reventarle el corazón!

Los agentes del SWAT eran profesionales. La inmensa mayoría de los proyectiles impactaron en el objetivo. El imponente cuerpo de Lares daba vueltas en medio de la lluvia. El helicóptero se acercó con un ruido ensordecedor e iluminó al sujeto con el foco para que pudiéramos ver mejor hacia dónde se dirigían nuestras balas. Le disparé a Lares tres veces en la espalda, una bala tras otra. Webster vació su cargador.

Lares cayó de bruces como si fuera un árbol, justo encima de la alcantarilla. Quiso amortiguar el golpe con las manos, pero le resbalaron. Se quedó ahí tumbado. No se movía, ni siquiera respiraba. Con las manos estrujaba las diminutas hojas amarillentas de acacia que obstruían la rejilla de la cloaca.



Los agentes del SWAT se comunicaron por signos. Uno de ellos pasó a la acción y apuntó a la nuca de Lares con el revólver para dispararle al tronco encefálico, un tradicional tiro de gracia. Estaba apuntando al sitio equivocado, aunque en aquel momento pensé que no importaba. El cuerpo de Lares no presentaba marcas de disparo visibles (debían de haber cicatrizado en el acto), pero no se movía. El agente se acercó y le dio un puntapié en la pierna, extremadamente musculosa.

Lares se revolvió hacia un lado de improviso, mucho más rápido de lo que puede moverse un ser humano. Hincó una rodilla en el suelo y se agarró al brazo del agente para ponerse en pie. No tuvo ningún problema en tocar las cruces. Finalmente el agente reaccionó, se llevó el MP5 al hombro y se agachó en posición de disparo. Lares le agarró el casco con las dos manos y lo desenroscó. La cabeza del policía se desprendió de su cuerpo junto con el casco.

El agente decapitado se mantuvo en perfecta posición de disparo durante un segundo. Del cuello cortado manaba un chorro de sangre en forma de arco, como si fuera una fuente. Lares se inclinó y empezó a beber de ella a lametones; la sangre le salpicó la cara y el pecho. Se estaba burlando de nosotros. Se estaba riendo de nosotros en nuestra puta cara.

—¡Tenemos una baja! ¡Repito: tenemos una baja! —empezó a exclamar el líder del SWAT, por la radio, pero Lares ya se había levantado y se dirigía hacia él. Se abrió camino entre el resto de agentes en un solo movimiento, desgarrando sus chalecos con los dedos, la boca devorando el cuello del líder. Aquellos dientes de tiburón desgarraron a mordiscos el collarín protector del mando del SWAT. También le hincó el diente a una cruz de madera y la hizo pedazos. Tomé nota mentalmente de que lo de las cruces era un mito.

Los agentes del SWAT caían uno tras otro y yo no podía hacer otra cosa que mirar. No podía hacer otra cosa que observar. Alcé el arma justo cuando Lares se daba la vuelta y se abalanzaba sobre nosotros. De no ser porque podría haberle dado a Webster, habría disparado. Lares fue muy rápido. Se agachó, se lanzó sobre Webster y lo agarró por la cintura. Mi compañero aún estaba intentando cargar el revólver.

Le arrancó una pierna de cuajo. Lo hizo con la boca. Había sangre por todas partes y Lares bebió toda la que le cupo entre pecho y espalda. Pasó un larguísimo y horrible segundo antes de que Webster empezara a gritar. Le dio tiempo a mirarme, y en su rostro vi tan sólo una expresión de sorpresa.

Cuando Lares terminó de comer, se irguió y me dedicó una sonrisa. Su cuerpo medio desnudo estaba embadurnado de sangre. Tenía los ojos enrojecidos y de pronto sus mejillas sonrosadas irradiaban salud. Se inclinó sobre mí. Medía por lo menos dos metros, y era mucho

más alto que yo. Se agachó y me puso las manos sobre los hombros. Me clavó la mirada y yo no pude apartar los ojos. Me fallaron los músculos de la mano con la que sujetaba el revólver y éste se me quedó colgando de un dedo. Lares me estaba debilitando, no sé cómo pero me dejaba sin fuerzas. Sentí un hormigueo en el cerebro. Me estaba hipnotizando o algo así, no sé. Podía matarme en cualquier momento. ¿Por qué perdía el tiempo hipnotizándome?

Por encima de nuestras cabezas el helicóptero cruzaba el aire con estruendo. El foco iluminaba a Lares por la espalda y hacía brillar su pelo. Lares entrecerró los ojos como si la luz lo dañara levemente. Me agarró por la cintura y me colocó sobre un hombro, como un saco. Apenas podía moverme. Intenté soltarle un puntapié, golpearle y luchar, pero Lares me apretó con más fuerza, hasta que sentí cómo las costillas me estallaban como una traca. Ya sólo podía respirar.

No me mató. Sus brazos tenían una fuerza tan descomunal que habría podido liquidarme con facilidad, podría haberme estrujado hasta que los intestinos me salieran por la boca. Y, sin embargo, me dejó vivo; supuse que como rehén.

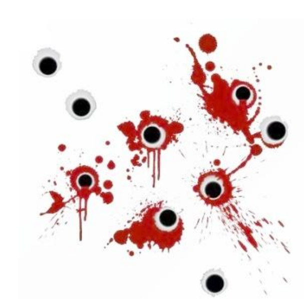
Empezó a correr. Mi cuerpo se balanceaba y rebotaba contra el suyo. Tan sólo podía ver lo que había detrás de nosotros. Lares corría hacia el Strip District, en dirección al río. Cuando planifiqué la misión convencí al Departamento de Tráfico de Pittsburgh para que cerraran el acceso a un gran sector de la ciudad, de modo que las calles quedaran vacías. Quería que el enfrentamiento discurriera en un entorno seguro. Lares debió de haber notado la insólita serenidad de las calles. Abandonó rápidamente el perímetro de seguridad y se mezcló con el tráfico. Los coches hacían eslalon a nuestro alrededor y el vapor de la lluvia emergía de sus focos, como el aliento de un toro embravecido. Las bocinas sonaban sin cesar, me entró el pánico y me encomendé a Dios; si uno de aquellos coches nos atropellaba probablemente Lares sólo sentiría un cosquilleo, pero yo quedaría aplastado, destrozado, machacado.

El dolor, los ojos humedecidos y los deslumbrantes faros de los coches me impedían ver con claridad. Apenas pude tomar conciencia de que Lares había salido corriendo hacia el puente de la calle 16. Sentía el helicóptero encima de mí, me estaba siguiendo, las aspas latiendo en la oscuridad. Noté que Lares flexionaba las rodillas y de repente… nos precipitamos al vacío. El muy cabrón se había arrojado del puente.

Impactamos contra el agua helada del río Allegheny con tata fuerza y a tanta velocidad que debí de fracturarme media docena de huesos. El frío me atravesó de parte a parte, sentí como si me estuvieran apuñalando con estalactitas por todo el cuerpo. Mi corazón empezó a agitarse dentro del pecho y noté cómo se paralizaba mi sistema circulatorio. Lares me arrastró hacia abajo, hacia las oscuras

profundidades. Apenas podía ver su rostro blanquísimo, lívido, enmarcado por su oscura melena, que flotaba como un alga muerta. Expulsé todo el aire de los pulmones y a continuación empecé a tragar agua.

Debimos de estar sumergidos tan sólo unos segundos. No habría sobrevivido ni un momento más. Aún recuerdo a Lares pataleando, agitando las piernas bajo el agua. Recuerdo el reflector del helicóptero perdido en la oscuridad: se alejó, se acercó un instante y volvió a alejarse definitivamente… y me quedé a ciegas. Una ráfaga de aire me golpeó en la cara y sentí como si me clavaran una máscara de hielo en el cráneo, pero por lo menos ya podía respirar. Inspiré una enorme bocanada de aire y el frío me atravesó el cuerpo hasta quemarlo. Lares me subió a rastras hasta el interior de una embarcación, que se balanceaba y se inclinaba ruidosamente por nuestro peso. Estaba medio muerto pero aún noté el borde de fibra de vidrio bajo la espalda cuando Lares me arrastró hasta la cubierta.







Informe policial elaborado por el Agente especial Jameson Arkeley. 4/ 10/ 83

Lenta y dolorosamente, fui recuperando el calor en los dedos de las manos y de los pies. Al principio la cabeza me daba vueltas y no sabía ni dónde estaba. Me silbaban los oídos. Tenía la sensación de haber estado un paso de la muerte.

Lares se inclinó hacia mí y me palpó las orejas y la boca con los dedos. Me rasgó la camisa por la parte del cuello y el hombro, me examinó las venas y las masajeó para avivar la circulación. Entonces me dejó allí, sin atar y olvidado. No pronunció ni una sola palabra. De pronto me di cuenta de que no me había capturado como rehén. Iba a ser su tentempié de medianoche. Yo le había causado ya bastantes problemas y ahora sentía que tenía que regresar a su territorio, refugiarse. Pero eso no significaba que estuviese hambriento.

Poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad casi absoluta de la bodega del barco y empecé a distinguir algunos detalles. Me encontraba en un espacio diminuto que olía a gasóleo y moho. Hacía frío, no tanto como en el río, pero se trataba igualmente de un frío glacial. Supongo que si estás muerto no necesitas calefacción central. En casi todos los rincones había los objetos que suelen encontrarse en un barco: chalecos salvavidas que parecían caramelos de naranja gigantes, un par de remos de aluminio, una lona doblada y trozos de vela. Había cinco ataúdes, apoyados contra la estantería y las cuadernas y tumbados en el suelo. Eran las típicas cajas de madera oscura, alargadas y de seis lados, que le hacen pensara uno en la palabra “ataúd” nada más verlas, aunque no creo que nadie haya fabricado un ataúd de ésos en los últimos cincuenta años. Tenían asas de latón y estaban todos abiertos, de modo que pude ver el tapizado de satén. Uno de ellos estaba vacío. Era el mayor, y a simple vista parecía ser del tamaño perfecto para Lares. Los otros cuatro estaban ocupados.

que era imposible reconocerlos. Eran básicamente un montón de huesos unidos por muy poca carne. En algunos aún había antiguas manchas marrones donde se había derramado sangre anterioridad. Uno de ellos tenía una melena blanca y larga como de algodón arrebujado. Otro conservaba un solo ojo, aunque estaba arrugado y seco como una pasa. Aquellos cráneos no parecían humanos. Sus mandíbulas eran fuertes, un hueso macizo lleno de dientes rotos. Bastaba una mirada a aquellas dentaduras para adivinar que se trataba de vampiros. Quizá fueran la familia de Lares, en un sentido perverso. Quizá había una estirpe al completo durmiendo en aquella pequeña y estrecha bodega.

Tenían algo que me ponía la piel de gallina. Tardé mucho tiempo en identificar de qué se trataba: los huesos que había en aquellos ataúdes no estaban muertos. Se movían. Muy poco, de forma casi imperceptible, pero los esqueletos extendían las manos. Los cuellos se alargaban hacia delante. Querían algo. Lo que deseaban desesperadamente y estiraban sus resecos tendones para conseguirlo. Por muy descompuestos y arrasados que estuvieran, aquellos cuerpos aún no estaban muertos y seguían conscientes. Se suponía, si nadie los mataba, los vampiros vivían para siempre. Supongo que eso no significa que tuvieran que conservarse jóvenes. A lo mejor eso era demasiado pedir.

Lares empezó a merodear por el diminuto espacio y su aspecto me llamó la atención. Estaba distinto. Me fijé mejor y me di cuenta de que su pelo rizado debía de ser una peluca; pues ya no lo llevaba y tenía la cabeza tan blanca y redonda como la luna. A ambos lados asomaban unas orejas triangulares; no eran humanas. Por fin veía que aspecto tenía realmente un vampiro.

Y no era agradable.

Lares se arrodilló junto a uno de los ataúdes y apoyó las manos en el borde de madera. Se inclinó encima del esqueleto y le empezó a temblar el torso. No me perdió de vista en ningún momento. Con una sonora arcada vomitó un cuarto de litro de sangre dentro del ataúd, justo encima de la cara del cadáver. Se llevó las manos al estómago y regurgitó de nuevo una y otra vez, hasta que el cráneo quedó bañado en sangre coagulada.

La sangre estaba caliente y la fría bodega se llenó de vapor, que envolvió el cráneo y la caja torácica del cadáver. El vapor se arremolinó alrededor de los huesos como una luz semilíquida y cubrió los restos del vampiro con carne y piel ilusorias. El cuerpo se hinchó y a medida que la sangre caía gota a gota dentro de la boca del cadáver, éste empezó a adoptar una forma vagamente humana.

Lares pasó al siguiente cadáver. Comenzó a toser y los labios le quedaron salpicados de sangre. Como si fuera un pájaro alimentando a sus crías, tosió hasta que le vino un acceso y gruesos hilos de

sangre le quedaron colgando de la boca. Allí donde el cadáver entraba en contacto con la sangre, se formaba vapor y de pronto empezó una segunda transformación. La piel, como un papel viejo y mohoso, crujía al tensarse a medida que recubría los despojos del segundo cadáver; era una piel oscura y repleta de cicatrices. El cadáver tenía un tatuaje en el bíceps que rezaba "SPQR" en letras irregulares y chapuceras.

El tono sonrosado que había visto antes en las mejillas de Lares había desaparecido. Éste volvía a estar pálido como la nieve. Si pretendía alimentar a todos sus antepasados iba a necesitar otro donante de sangre, y muy pronto.

La situación pintaba muy negra para mí.

Lares se las arregló para regurgitar sangre por encima de un tercer cadáver tan sólo con la que aún le quedaba. Estaba vomitando muerte. La difunta camarera del restaurante. Los agentes del SWAT que ingenuamente habíamos creído a salvo bajo diez quilos de cruces. Y también estaba vomitando pedazos de Webster, el poli; vomitaba partes de su cuerpo.

Lares se dio la vuelta para mirarme a los ojos. Tiritaba de pies a cabeza. Temblaba y se estremecía. Alimentar a sus abuelos lo había dejado en las últimas. ¿Temblaba tanto antes de saciarse con la sangre de la camarera en el restaurante? Buscó mis ojos, pero yo no dejé que me hipnotizara de nuevo.

Mantuve la cabeza gacha, la mirada fija en mi mano derecha. Aún llevaba el revólver. No me explicaba cómo no se me había caído, mientras Lares me llevaba colgando del hombro, cuando impactamos contra el agua del río cuando el vampiro me había arrastrado hasta el interior de la embarcación. El frío debía de haberme helado la mano hasta el punto de convertirla en una garra maciza alrededor del revólver.

Lares se me acercó tambaleándose. Había perdido la rapidez y sus movimientos eran más bien torpes. Con todo, aún era un vampiro a prueba de balas.

Sabía que no tenía nada que hacer contra él. Los agentes del SWAT lo habían alcanzado en la parte izquierda del tronco con fuego de ametralladora, pero las balas no le habían hecho ni un rasguño. Ni siquiera le habían rozado el corazón, su único órgano vulnerable. A pesar de ello, en aquel momento no podía hacer nada mejor que disparar hasta la última bala que me quedaba.

Descargué el revólver contra el pecho de Lares. Le disparé una y otra vez hasta que el ruido me ensordeció y el destello de los disparos me cegó. Me quedan tres balas en el revólver y se las hundí todas en el pecho. Los proyectiles de punta hueco lo destrozaron y su piel pálida y lívida se esparció en pedazos por toda la bodega. Intentó reírse,

pero apenas logró articular un leve siseo, como el aire que se escapa de un neumático pinchado.

Vi su caja torácica abierta por la mitad, al descubierto, despellejada. Le vi los pulmones, fláccidos y exánimes, en el interior del pecho. Se me acercó más. Y entonces lo tuve lo bastante cerca. Extendí el brazo izquierdo y agarré el músculo oscuro y retorcido que en su día había sido su corazón.

Soltó un grito de dolor. Yo también grité. Su cuerpo estaba reparando ya el daño que le había causado, sus células se regeneraban alrededor de las heridas de bala. Las costillas le volvieron a crecer y, como las hojas de unas tijeras, me trituraron los huesos más frágiles de la muñeca. La mano me quedó atrapada dentro de su cuerpo. Su piel se regeneró alrededor de mi brazo y me arrastró hacia él.

Le arranqué el corazón como quien coge un melocotón de un árbol.

El rostro de Lares ensombreció de terror, los ojos embravecidos, abría y cerraba la boca como si no pudiese controlarla, le goteaba sangre y saliva de la barbilla. Resopló por la nariz y de ambos orificios salió un fuerte hedor a cloaca. El corazón se agitaba dentro de mi puño como si quisiera volver a su lugar, pero yo lo apreté, lo sujeté con las pocas fuerzas que me quedaban, Lares me abofeteó, pero en realidad ya no le quedaba fuerza en los músculos. Cayó de rodillas y aulló, aulló y aulló. Al cabo de un rato sus alaridos se habían convertido en maullidos.

Se estaba quedando incluso sin aliento para gritar.

Aún así, parecía que no quería morirse. Se aferraba a aquella extraña no vida que de algún modo poseía, se agarraba como un yanqui a una jeringuilla vacía, intentaba no morir del todo sirviéndose tan sólo de pura fuerza de voluntad.

Su mirada se cruzó con la mía e intentó apoderarse de mí.

Quería hipnotizarme, debilitarme una vez más, pero no lo logró.

Cuando finalmente dejó de moverse casi había amanecido.

Su corazón, dentro de mi puño cerrado, parecía una piedra inerte. El resto de los vampiros, los que estaban descompuestos, salieron a rastras de sus ataúdes con los brazos extendidos hacia mí y hacia Lares. No entendían qué había sucedido. Estaban ciegos, sordos y mudos, para ellos sólo existía el sabor de la sangre. Me los quité de encima a patadas, me sobrepuse al dolor y al pánico, y logré ponerme en pie.

Encontré un bidón de gasolina en la sala de máquinas y un librito de cerillas en la cocina en desuso de la embarcación. Les prendí fuego y salí a trompicones hacia la fría lluvia, me arrojé precipitadamente sobre un estrecho muelle de madera y esperé a que saliera el sol preguntándome qué iba a suceder primero: que me encontrara la

policía local o que la hipotermia, las heridas y el shock acabaran conmigo.





Un idiota había que rezaba
(igual que tú y yo)
a un trapo y a un hueso
y a un mechón de pelo;
(le llamábamos la mujer
despreocupada)
pero el idiota le llamaba
su dama perfecta.

El vampiro,
RUDYARD KIPLING







Veinte años más tarde

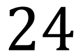
La agente del cuerpo de policía del Estado de Pensilvania Laura Caxton encendió una bengala de emergencia y las chispas rojas le llegaron hasta la codera de piel de la chaqueta del uniforme. Arrojó la chisporroteante bengala sobre el pavimento y dio media vuelta. Había notado algo a sus espaldas, una presencia, y aquella noche en concreto tenía motivos para estar seriamente acojonada.

El hombre que tenía detrás llevaba una gabardina marrón encima de un traje negro. Tenía el pelo del color de la lana de acero y lo llevaba cortado al cepillo. Se le veía en forma, pero debía de tener por lo menos sesenta años, tal vez incluso setenta. Bajo la escasa luz de las cuatro de la madrugada, los surcos de su cara podrían haber sido tanto arrugas como cicatrices. Tenía los párpados caídos y su boca era apenas una fina ranura en la parte inferior del rostro.

—Buenas noches —dijo el hombre con voz pastosa y algo afónica. Su cara se dobló como un mapa de carreteras. Estaba sonriendo, pero era el tipo de sonrisa que le dedicas a un niño que no te cae particularmente bien. Sus ojos desaparecieron por completo bajo aquella sonrisa—. No lleva ninguna insignia en el uniforme —añadió, pero a Caxton le sonó como si la reprendiera por no haberse lavado detrás de las orejas.

—No —respondió ella. Aquel tío empezaba a cabrearle-. La buena conducta de un policía es la única insignia que necesita -.añadió, repitiendo más o menos lo que le habían enseñado en el cuerpo de cadetes.

El traje negro y la gabardina lo delataban de inmediato —podría haber llevado las siglas del FBI escritas en la espalda con letras grandes—, pero Caxton vio algo en el pecho del hombre, su insignia:



una estrella de cinco puntas dentro de un círculo. Se trataba de la insignia de los U.S. Marshals.

—El sargento dijo que iba a llamar al FBI —dijo Caxton.

—Y ellos me llamaron a mí, que es lo que tienen que hacer. Vivo a tan sólo unas horas de aquí y además, supongo que podría decirse que llevo mucho tiempo esperando este momento. No me haga espera más, por favor. Al llegar, su sargento me ha indicado que debía acudir a usted; me ha dicho que es usted la única persona que queda que presenció lo ocurrido.

Caxton asintió. Se quitó el sombrero de ala ancha reglamentario y se rascó la cabeza. Hasta entonces, Caxton se había resistido al cansancio y el shock.

—Supongo que así es —dijo finalmente y le tendió la mano.

A lo mejor la aversión que le producía aquel hombre era fruto del rechazo aún mayor que le producía toda aquella noche en general.

Pero él no le estrechó la mano; se quedó impávido, como si tuviera ambos brazos paralizados.

—Soy el agente especial Arkeley, si eso es lo que le interesa saber. ¿Podemos ir a lo importante y dejar las formalidades para más tarde?

A lo mejor simplemente era un capullo. Caxton se encogió de hombros, lo apartó con una mano y se marchó; se suponía que la seguiría. Al llegar a lo alto de la cuesta se giró y señaló la caseta que había junto a la vía de acceso del peaje. El tráiler de los agentes del control de alcoholemia estaba en medio de la carretera, abandonado. Los pilotos anaranjados de los caballetes perforaban la oscuridad, y su luz se expandía por las ramas de los árboles muertos que colgaban encima de la carretera. A Caxton aquella luz intermitente le provocaba dolor en los ojos.

—Pertenecemos a la unidad de control del peaje; somos policías de tráfico, nada más. No estamos preparados para esto.

Al tipo no parecía importarle demasiado. Caxton continuó:

—Otros tres agentes y yo estábamos realizando un control de alcoholemia estándar en este punto. Nada especial, lo hacemos cada sábado por la noche. Eran alrededor de las diez y cuarto y teníamos a tres coches parados, esperando. Un cuarto vehículo, un coche de lujo negro último modelo, se detuvo unos quince metros antes de llegar a la línea del control. El conducto dudó un instante y a continuación intentó realizar un cambio de sentido. Es algo que vemos muy a menudo: alguien se da cuenta de que no va a pasar la prueba e intenta escabullirse. Sabemos cómo debemos actuar.

El tipo seguía sin abrir la boca. Su postura indicaba que estaba escuchando, asimilando toda la información que ella pudiera ofrecerle. Caxton prosiguió:

—Dos unidades, los agente Wright y Leuski, estaban apostados en sus vehículos allí y allí —indicó, y señaló el lugar donde los coches patrulla habían estado esperando, aparcados en el arcén—. Entre los dos abordaron el coche con el clásico movimiento de tenaza y lo obligaron a detenerse. Entonces el sospechoso abrió la puerta del coche y se bajó. Antes de que Wright y Leuski pudieran atraparlo, echó a correr hacia el oeste, hacia aquellos árboles —explicó señalando otra vez—. El sujeto logró evitar la detención, pero dejó algunas pruebas.

Arkeley asintió con la cabeza. Empezó a alejarse de ella y se acercó al vehículo abandonado. Se trataba de un Cadillac CTS, con un morro enorme. Había restos de barro en los estribos y un rayón considerable en la puerta del conductor, pero por lo demás el coche estaba impecable. Estaba tal como el sujeto lo había abandonado, a excepción del maletero, que ahora estaba abierto. Los intermitentes de emergencia se encendían y se apagaban con tristeza, imitando las luces más brillantes del control de carretera.

—¿Qué hicieron entonces sus hombres? —preguntó Arkeley.

Caxton cerró los ojos e intentó recordar cómo se habían sucedido exactamente los acontecimientos.

—Leuski se puso a perseguir al sujeto y encontró, bueno, la prueba. Regresó y abrió el maletero del vehículo, pues consideró que disponía ya de elementos suficientes que lo autorizaban a un registro exhaustivo. Cuando vimos lo que había dentro nos dimos cuenta de que no se trataba de un borracho que quisiera evitar el etilómetro. Wright avisó a la policía, que es el procedimiento estándar. Nosotros pertenecemos a la policía de carreteras, no nos dedicamos a este tipo de asuntos criminales, sino que los derivamos a la policía local.

Arkeley frunció el ceño, un gesto que encajaba mucho más con su expresión que su sonrisa.

—Pues yo no veo a ningún policía local por aquí.

Caxton casi se ruborizó. Aquello resultaba embarazoso.

—Esta zona es bastante rural y la mayoría de policías trabajan sólo entre semana. Se supone que tiene que haber siempre alguien de guardia, pero el sistema tiende a fallar a estas horas de la madrugada. Tenemos un número de móvil del policía local, pero no responde.

El rostro de Arkeley no mostró ninguna sorpresa. Era una suerte, pues Caxton no tenía energías para inventar excusas para nadie más.

—Hemos llamado a las autoridades del condado, pero ha habido un accidente múltiple cerca de Reading y la oficina del sheriff estaba ocupada. Enviaron a un agente a recoger muestras de tejido, ADN y huellas dactilares, pero hace horas que se ha marchado. Dijeron que

iban a mandar más efectivos por la mañana, por lo que vamos a tener que quedarnos aquí toda la noche. El sargento se dio cuenta de esto —dijo señalando la matrícula del coche: era de Maryland—. Había pruebas claras de un presunto cruce de frontera ilegal, de modo que el sargento creyó oportuno llamar al FBI. Y aquí le tenemos a usted.

Pero Arkeley la ignoró, fue a la parte trasera del coche e inspeccionó el contenido del maletero. Caxton esperaba que le viniera una náusea, o por lo menos que diera un respingo, pero no fue así. En realidad no era la primera vez que Caxton veía a un tipo que intentaba hacerse el duro delante de una carnicería. Se detuvo junto a él, frente al maletero.

—Creemos que ahí dentro hay tres personas: un hombre y dos niños de sexo aún por determinar. Lo que queda de la mano del hombre nos ha permitido tomarle las huellas dactilares. Tal vez tengamos suerte.

Arkeley no apartaba la vista del maletero. Puede que estuviera demasiado horrorizado para hablar, aunque Caxton lo dudaba. Llevaba tres años trabajando en la policía de carretera y había visto ya muchos accidentes. A pesar de la brutalidad de los asesinatos y de que los cuerpos estaban destrozados y seriamente mutilados, podía decir sinceramente que había visto cosas peores. En primer lugar, porque no había rastros de sangre en el maletero; ni una sola gota. El hecho de que las caras estuvieran completamente desfiguradas hacía que resultara más fácil no tener que pensar que se trataba de seres humanos.

Al cabo de un rato Arkeley apartó la mirada.

—Vale. Acepto el caso —dijo, como si tal cosa.

—No, espero un momento: lo han incorporado como asesor, nada más.

Él la ignoró:

—¿Dónde está la prueba que dejó el sujeto?

—Está allí, detrás de los árboles. Pero maldita sea, ¿Qué ha querido decir? ¿A qué viene eso de que acepta el caso?

En esa ocasión Arkeley sí se detuvo. Entonces se volvió y le dedicó una mirada que la hizo sentirse como una niña de seis años. A continuación le habló con un tono que la hizo sentirse como si tuviera cinco.

—Acepto el caso porque lo que mató a toda esa gente del maletero, lo que se bebió su sangre, fue un vampiro. Y yo estoy al cargo de los vampiros.

—No hablará en serio, ¿verdad? Nadie ha visto un vampiro desde los años ochenta. Vale, cazaron a uno en Singapur hace dos años y luego

hubo aquel otro que quemaron en la hoguera, pero todo eso sucedió muy lejos de aquí.

Pero Arkeley continuó caminando hacia los árboles, como quien oye llover, y Caxton tuvo que apresurarse para seguirle el paso. Era unos diez centímetros más alto que ella y sus zancadas eran mucho más largas. Apartaron varias ramas y vieron que había apenas un pequeño soto con árboles silvestres, al otro lado del cual asomaban las hileras perfectas de un melocotonar cuyos árboles dormidos brillaban, plateados y retorcidos, bajo la tenue luz de la luna. Caminaban junto a una alambrada de espino de aspecto perverso. Se detuvieron al llegar junto a la verja.

—Aquí es —dijo Caxton.

Pero no quería mirarlo. Era mucho pero de lo que había en el maletero del coche.







CAPITULO 5

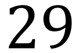
Arkeley se puso en cuclillas junto a la alambrada y sacó una pequeña linterna del bolsillo. En la penumbra el haz brillaba de un modo imponente. Enfocó la prueba. Se trataba de una mano humana y parte del antebrazo. Le habían arrancado la piel de cuajo y habían dejado al descubierto los huesos, tendones y venas desgarradas. Donde terminaba el muñón, las venas se retorcían. Lo que quedaba de la extremidad estaba aplastado y en carne viva, como si lo hubieran cercenado con un cuchillo no demasiado afilado. El brazo estaba completamente enredado en el alambre de púas. Sería imposible sacarlo sin cortar la alambrada.

Caxton había visto muchas cosas horribles. Había presenciado decapitaciones y destripamientos y había visto cuerpos totalmente desfigurados. Sin embargo, esto era peor porque aún se movía. Los dedos trataban de agarrarse a la nada. Los músculos del antebrazo se tensaban y luego volvían exhaustos a su sitio. La extremidad mutilada llevaba haciendo eso desde que la habían arrancado del cuerpo del sujeto hacía ya casi seis horas.

—¿Tiene usted una explicación? —preguntó Caxton. Se había cansado de discutir y además pensó que tal vez Arkeley tuviera la respuesta— ¿Cómo puede ocurrir algo así?

—Cuando un vampiro se bebe tu sangre su maldición se apodera de ti —le dijo Arkeley en tono casi amistoso—. Se alimenta de ti, de tu cadáver. Puede hacerte regresar de entre los muertos y cumples sus órdenes porque lo único que te queda en el corazón y en el cerebro es su presencia. Vives para él, lo abasteces. La maldición te quema por dentro y te convierte en algo contaminado. Tu cuerpo empieza a descomponerse más rápido de lo que debería. Se te cae la piel a trizas como la mortaja de un paria. Se te hiela el corazón. Te conviertes en lo que llamamos «siervos». En Europa los denominamos «los sin rostro».

—¿Este tipo era el esclavo de un vampiro? —preguntó Caxton—. Había oído que los vampiros tenían siervos, pero no sabía que sus



brazos seguirían moviéndose incluso después de que se los cortaran. Eso no sale en las películas.

—Estaba intentando deshacerse de las víctimas de su amo. Por eso no quiso detenerse en el control. Se dirigía hacia el bosque para enterrar los cuerpos en tumbas poco profundas, de modo que cuando éstos volvieran a la vida, pudiesen escarbar la tierra y regresar del mundo de los muertos para servir a su nuevo amo. Tenemos que quemar los cadáveres.

—No creo que eso les guste mucho a las familias. Sobre todo teniendo en cuenta que no sabemos quiénes son —dijo Caxton sacudiendo la cabeza—. A lo mejor podemos destinar a un agente para vigilar la morgue o algo así.

—Yo me encargaré del papeleo.

Arkeley sacó una navaja multiusos del bolsillo de la pechera y cortó el alambre de espino con unas diminutas tenazas. En un momento logró soltar el brazo desollado. Lo apretó contra su pecho y los dedos trataron de agarrarle los botones. Pero estaban demasiado débiles para sujetarlos con fuerza.

—Supongo que va a llevarse eso sin siquiera darme un recibo —dijo Caxton mientras Arkeley se ponía en pie y acunaba el brazo como si fuera un animal de compañía—. Podría dispararle por interferir en una investigación oficial. ¡Usted está aquí como asesor!

Arkeley la había oído, pero no la miró. De hecho ni siquiera se inmutó, aunque Caxton estaba segura de que la había oído. Él se quedó inmóvil, como si lo hubieran desconectado. Las palabras que pronunció a continuación sonaron como el aire de una vieja gaita.

—Nadie sabe de qué va esto —dijo Arkeley. Realmente, Caxton no tenía ni idea de a qué se refería—. La gente cree saberlo porque ven todas esas pelis idiotas. Creen que se puede razonar con los vampiros, que se puede hablar con ellos. Pero no tienen ni idea. No entienden que estamos luchando contra animales, contra bestias salvajes.

—Al menos dígame qué piensa hacer con la prueba.

Le iba a costar mucho llamarle brazo.

Él asintió con la cabeza y siguió diciendo, con aquella voz muerta:

—Cerca de Arabella Furnace hay un hospital que cuenta con los servicios que necesito. Llame mañana y póngase de acuerdo con ellos para que se lo devuelvan, si es que realmente tiene tanto interés. Mi consejo es que lo queme, pero por lo que veo aún no hemos llegado al punto en que a usted le resulte cómodo hacerme caso.

—¿Me da el número del hospital? —preguntó ella.



—Se lo daré mañana. Estaré en Harrisburg, en la sede de la jefatura de la policía estatal. Quiero que usted venga a dar parte y le repita todo lo que me ha dicho a mí al comisionado.

Caxton debió de parecer sorprendida. Francamente, no entendía qué interés tendría el comisionado en escuchar el parte de primera mano, pero sabía que no debía ignorar una orden directa de un agente federal.

—Váyase a casa. Duerma un poco y la veré mañana —le dijo. Entonces se alejó, adentrándose en la noche.

Cuando Caxton regresó al control de carretera, el sargento la agarró por el hombro. Por su aspecto debía de parecer que estaba a punto de desmayarse.

—Estoy bien, estoy bien —dijo Caxton, y el sargento retrocedió un paso.

Cuando Caxton anunció que se iba a casa, su superior no pronunció palabra.

Durante el trayecto de vuelta a casa perdía constantemente la concentración al volante. No recordaba haberse dormido en ningún momento, sin embargo dejó atrás varios indicadores kilométricos sin siquiera darse cuenta. Paró en la primera cafetería que vio y se tomó dos grandes tazas de café. Eso la ayudó un poco. Realizó el último tercio del trayecto a una velocidad moderada y por carreteras rurales, sin iluminar. Pasó por varios tramos de tierra, con árboles a ambos lados que se unían por encima de la carretera y cuyas ramas curvadas iluminadas por los faros la deslumbraban. Del suelo brotaban hierbajos grises que se agitaban como algas marinas.

Tenía la sensación de que el mundo entero había cambiado, de que algo terrible y nuevo había cobrado vida en el sombrío exterior, en la fría oscuridad que impregnaba el cielo. Se trataba de algo inmenso, peligroso y de afilados dientes, pero aún ignoraba qué forma tenía. Lo infectaba todo, incluso se le había metido en la cabeza. Caxton se notaba los dientes encostrados y notaba también que tenía tierra bajo las uñas. Sabía que aquella sensación era fruto del cansancio y el miedo latente, pero aun así sentía picores por debajo de la piel. Todo se había vuelto malo. Las viejas y conocidas carreteras por las que había pasado mil veces, o diez mil veces, le parecían más serpenteantes, menos agradables que de costumbre. El coche solía conocer el camino, pero aquella noche cada curva y cada desvío requerían una mayor fuerza de brazos. Caxton bajaba las cuestas pisando el freno y percibía el esfuerzo del coche cada vez que encaraba una subida.

Al cabo de una eternidad, finalmente aparcó el coche patrulla en el amplio garaje, junto al Mazda. Apagó las luces y el motor. Se quedó sentada en el asiento del conductor durante un instante, escuchando

el sonido del coche y, de fondo, el cricrí de las últimas cigarras del año. De pronto abrió la puerta del coche y cruzó el garaje con sigilo. Por dentro, el caserón que compartía con su pareja estaba en silencio y a oscuras. Caxton no quiso perturbar la calma, no quería que ninguno de aquellos horrores le siguieran la pista hasta su casa, de modo que no encendió las luces. Se desabrochó el cinturón de la pistolera y lo colgó del armario después de atravesar la cocina, donde se oía el zumbido de la nevera; ya en el pasillo se desabrochó la camisa del uniforme y se la quitó por las mangas. Hizo un ovillo con la camisa, la metió dentro del sombrero y dejó ambas prendas encima de la silla que había junto a la puerta del dormitorio. Dentro, Deanna dormía en su cama doble; en la parte superior, un solo mechón de pelo rojizo sobresalía por encima de la colcha y, por el otro extremo, asomaban tres deditos del pie. Caxton sonrió. Meterse en aquella cama, sentir la espalda huesuda de Deanna y sus pequeños hombros angulosos, iba a ser muy reconfortante. Haría todo lo posible por no despertarla. Caxton se desabrochó los pantalones del uniforme y se los quitó junto con las botas. Conteniendo el gemido de alivio de tener por fin los pies descalzos, se quedó de pie durante un instante vestida tan sólo con su ropa interior y estiró los brazos por encima de la cabeza.

A sus espaldas algo golpeó la ventana. Apartó la cortina y chilló como una niña. Había alguien ahí fuera, un hombre con la piel de la cara a trizas. Caxton gritó de nuevo. El hombre golpeó la ventana con la mano, pálida y con los dedos abiertos. Le hizo una mueca. Caxton soltó otro grito. Entonces el hombre dio un paso atrás y empezó a correr. Deanna se despertó y apartó el edredón, pero Caxton no podía desviar la mirada de la oscura silueta que se alejaba por el jardín trasero de la casa. La observó hasta que torció por entre la caseta de los perros y el cobertizo de Deanna y se perdió de vista.

—Cariño, ¿qué sucede? ¿Qué sucede? —gritó Deanna una y otra vez, mientras agarraba a Caxton por la espalda.

—Tenía un solo brazo —dijo la agente con la voz entrecortada.







La jefatura de la policía estatal de Harrisburg estaba ubicada en un cubículo de ladrillo con grandes ventanales coronado por un repetidor de radio. Se encontraba al norte de la ciudad, en un área poco desarrollada urbanísticamente, con numerosas explotaciones salinas y varios campos de béisbol. La agente Caxton pasó casi todo el día sentada en la parte trasera del edificio, esperando a que llegara Arkeley. En teoría aquél tenía que ser su día libre. Ella y Deanna habían planeado ir a las tiendas del outlet de Rockvale Square a comprar ropa de invierno. En lugar de eso, pasó varias horas viendo cómo los operadores de radio salían del edificio para fumar y después regresaban apresuradamente al trabajo. Era un frío día de noviembre.

El sol, sin embargo, lucía en el cielo, y eso era magnífico. Caxton no había logrado volver a conciliar el sueño después de que el siervo golpeara la ventana de su cuarto. Deanna sí había logrado enroscarse de nuevo bajo las cálidas sábanas y quedarse dormida, pero Caxton había esperado sentada en la cama a que llegaran los agentes de la policía local, que se dedicaron a buscar pruebas entre las plantas muertas del jardín. Entonces se levantó, estuvo hablando con ellos y los vio cometer cientos de errores, pero no importaba. No había pruebas en el jardín, ningún indicio de que allí hubiera habido un siervo. Caxton no esperaba otra cosa.

Ahora, bajo el sol, respirando el aire fresco, casi podía fingir que aquello no había sucedido; que no había sido más que un breve sueño. Se sentó en una mesa de picnic junto al comedor del cuartel con el sombrero entre las manos, pensando que ojalá pudiera volver a tener una vida normal.

Sin embargo, una pregunta la perseguía y no lograba quitársela de la cabeza. La pregunta era «¿por qué?». ¿Por qué el siervo había ido a su casa? ¿Por qué precisamente la suya? Si hubiera decidido perseguir a Wright o a Leuski, eso habría tenido un cierto sentido. Al fin y al cabo, aquellos agentes lo habían perseguido hasta la



alambrada. Ella, en cambio, se había dedicado tan sólo a controlar el etilómetro y no había abandonado el tráiler en todo el rato. Así pues, ¿por qué ella? No podía explicárselo.

Si se concentraba mucho, lograba pasar varios minutos sin formularse la pregunta; se negaba a permitir que aquello la pusiera nerviosa. Joder, era una agente de la policía estatal; un soldado de la ley, eso fue lo que le dijeron el día en que se graduó, antes de abandonar la academia. Un soldado. Y a los soldados no les entra el pánico sólo porque alguien intente asustarlos un poco. Se lo repitió tantas veces que al final empezó a creérselo.

Empezó a revisar informes y órdenes de busca y captura para pasar el tiempo, una actividad casi igual de aburrida que ver a los fumadores entrar y salir. Arkeley pasó a recogerla a las tres en punto, cuando Caxton estaba ya planteándose si debía fichar y marcharse a casa.

—Llevo todo el día esperándolo —le dijo en cuanto lo vio cruzar la puerta trasera.

—Pues yo llevo todo el día intentando conseguir órdenes judiciales y de registro; me pregunto quién de los dos se habrá divertido más.

—Deje de hablarme como si fuera una niña —protestó Caxton.

Arkeley le dedicó una sonrisa aún más intensa.

A continuación la acompañó a la oficina del comisionado, situada en una esquina de la última planta del edificio. Tenía dos paredes de cristal y en las otras dos había varias astas de venado y una enorme cabeza de ciervo de doce puntas. Justo detrás de la mesa del escritorio había un estante con varias escopetas antiguas para cazar aves, como si el comisionado quisiera poder pegarle un tiro a cualquiera que le llevara malas noticias. Y Arkeley habría sido un buen candidato. Después de que Caxton terminara de dar el parte y tras una frase introductoria de Arkeley, el comisionado le dedicó al agente federal una mirada llena de odio:

—Todo esto no me gusta nada, aunque supongo que ya se lo habrá imaginado. Se trata del homicidio múltiple más horrendo desde hace décadas y ustedes van y nos lo quitan de las manos. Yo creía que los Marshals se dedicaban a custodiar los juzgados —dijo reclinándose en su butaca. Estaba calvo de la coronilla, pero la calvicie aún no le había llegado a la frente. El botón inferior del uniforme le apretaba y le oprimía la barriga. Con todo, el comisionado llevaba sendas insignias de coronel en los hombros, por lo que Caxton se mantuvo firme mientras éste hablaba.

Arkeley se sentó en su silla como si su anatomía no estuviera concedida para aquella postura, como si su columna vertebral no se doblara como es debido.

—También capturamos a la mayoría de fugitivos federales —replicó Arkeley.

—Agente, ¿qué opinión le merece este mierdecilla? —le preguntó el comisionado a Caxton sin ni siquiera mirarla—. ¿Cree que debería echarlo de la ciudad?

Caxton estaba bastante segura de que se trataba de una pregunta retórica, pero respondió de todos modos:

—Señor, es el único estadounidense vivo que ha logrado cazar a un vampiro, señor —dijo.

Permaneció en posición de firmes y con la vista fija en el ala de su sombrero, tal como le habían enseñado. El comisionado suspiró.

—Podría bloquear todo este asunto —dijo señalando los papeles que se amontonaban encima de la mesa. La mayoría de ellos estaban firmados por el vicegobernador—. Podría congelar el caso y exigir copias por triplicado. Podría paralizar la investigación para que al final fueran mis chicos quienes se encargaran del vampiro.

—En cuyo caso, joven, un buen número de personas morirían de la forma más horrible —dijo Arkeley sin un atisbo de sonrisa en los labios—. Se trata de un proceso cíclico. Al principio los vampiros se esconden entre nosotros; actúan con disimulo y entierran a sus víctimas para que nadie las encuentre. Pero con el tiempo, su apetito de sangre crece y necesitan cada vez más y más sangre para mantener su no vida. Pronto se olvidan de por qué en su día actuaban con discreción y entonces empiezan a matar a lo grande, sin el más mínimo escrúpulo moral ni compasión. Hasta que no cacemos a ese vampiro, el número de víctimas no hará más que crecer.

—¿Y por qué le pone tanto este asunto? —preguntó el comisionado—. Está dispuesto a granjearse enemigos tan sólo para meter sus narices en todo esto.

—Si lo que me está preguntando es por qué he decidido aceptar el caso, tengo mis razones, pero no pienso compartirlas con usted. —Arkeley se levantó y recogió los papeles de encima de la mesa—. Y ahora, si ha terminado ya de mearse en mis zapatos, necesito una serie de cosas. Tengo que hablar con el equipo de emergencias. Necesito un vehículo, preferiblemente un coche patrulla. Y necesito a un enlace, alguien que pueda coordinar las operaciones entre los diversos cuerpos de la policía local. Un compañero, por así decirlo.

—Bueno, veamos —dijo el comisionado, que se inclinó hacia delante y pulsó varias teclas del ordenador—. Tengo varios agentes que le pueden interesar, verdaderos genios de la unidad de investigación criminal. Son vaqueros que se criaron en las montañas y aprendieron a disparar antes de empezar a tocarse. Tengo seis nombres para empezar…

—No —dijo Arkeley. La temperatura en la sala cayó de pronto cinco grados, o por lo menos eso pensó Caxton—. No me ha entendido. No le he pedido que me asignara a alguien. Ya he elegido quién va a ser mi enlace: va a ser ella.

Caxton seguía con la vista fija en el ala del sombrero y no vio hacia dónde señalaba Arkeley. Tardó un rato aún en darse cuenta de que quería que ella fuera quien lo acompañara.

—Disculpe, señor, pero yo soy tan sólo una agente de tráfico —dijo al fin, cuando los latidos de su corazón dejaron de retumbarle en los oídos—. De la unidad de autopistas —puntualizó—. Tengo la sensación de no ser la más apropiada para lo que necesita.

Por una vez al menos pareció que Arkeley estaba dispuesto a explica su decisión.

—Acaba de decir usted que soy el único estadounidense vivo que ha logrado cazar a un vampiro. Eso quiere decir que ha leído algo sobre mí —explicó.

Había leído todo lo que había podido encontrar sobre él mientras lo esperaba. Tampoco había tanto material.

—He leído su informe sobre el caso Piter Lares, señor.

—Entonces es usted la segunda persona mejor informada de todo el edificio. Comisionado, quiero que la exonere de todas sus obligaciones.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó el comisionado.

—Hasta que yo no la necesite. Bueno, en cuanto a usted —dijo mirando a Caxton—, sígame y no se separe de mí. Yo ando con un paso bastante ligero y espero que usted pueda seguirlo, pues de otro modo perderá mucho tiempo pidiéndome que aminore la marcha.

Caxton miró al comisionado, pero éste se limitó a encogerse de hombros. Por su expresión, parecía como si quisiera decir: «Es un federal, ¿qué quiere que haga?»

Arkeley la acompañó al campo de tiro del equipo de emergencias, situado detrás del edificio. El equipo de emergencias era la brigada antiterrorista, pero también era la unidad que intervenía si había protestas en la capital. Contaban con el equipo y las tácticas necesarias para realizar detenciones masivas y controlar a las multitudes, y disponían de un presupuesto considerable para armas poco letales. (Caxton sabía que en su día se habían llamado «armas no letales», hasta que mataron accidentalmente a alguien.) Los tipos del equipo de emergencias eran amantes de las armas y unos freaks de los aparatitos. Tenían un campo de tiro para armas experimentales detrás del cuartel donde podían poner a prueba los juguetes antes de utilizarlos. También era el lugar al que iban a pegar cuatro tiros cuando les entraba el mono. Caxton se tapó las orejas y llegaron junto al oficial al cargo del campo de tiro, que estaba

disparando lo que parecía un antiguo mosquetón. Los disparos eran tan estridentes que Caxton pensó que debía de estar utilizando pólvora.

Arkeley gritó lo suficiente como para atraer la atención del oficial. Éste se quitó las orejeras y los dos hombres tuvieron una breve conversación. Lo que fuera que Arkeley le hubiera dicho hizo que el agente soltara una carcajada y acto seguido éste desapareció en la caseta de las municiones, de donde salió con una caja llena de balas.

Arkeley colocó trece sobre el mostrador de uno de los boxes de tiro y cuidadosamente, metódicamente, llenó el cargador de su Glock 23. Se trataba de una pistola con más potencia de fuego que la mayoría de revólveres de la policía, aunque no era una Hand Cannon.

—¿Sólo va a cargarla con trece? —preguntó Caxton, mirando por encima del hombro.

—Ésa es la capacidad del cargador —respondió él en tono condescendiente; iba a ser difícil establecer una relación cordial con aquel tipo.

—La mayoría de gente cargaría una extra en la recámara, para disparar más deprisa si es necesario. Yo lo hago —dijo y dio una palmadita sobre la Beretta 92 que tenía en la pistolera.

—Y, dígame, ¿usted cuando conduce deja de abrocharse el cinturón de seguridad para así ganar medio segundo al subir y al bajar del coche?

Caxton frunció el ceño y quiso escupir. Sacó una bala de la caja y la examinó. Se trataba de balas semicamisadas con punta redonda de plomo, exactamente como había esperado; no entendía por qué el oficial se había emocionado tanto. En el cabezal de cada bala había dos cortes perpendiculares que formaban una cruz perfecta. Caxton pensó que a lo mejor acababa de cogerlo en falta.

—Leí su informe y en él decía que las cruces no tienen ningún efecto en los vampiros.

—Por fortuna para mí, en cambio, hacen maravillas en las balas.

Arkeley pegó un grito para despejar la zona de tiro y apuntó a un objetivo situado a treinta metros de distancia, un papel grapado a un tablero contrachapado de diez centímetros de grosor. Caxton se cubrió las orejas y Arkeley disparó una sola bala; el objetivo quedó destruido y el tablero se volatilizó en medio de una nube de astillas de madera.

—La bala se expande y estalla al alcanzar el objetivo —le explicó entonces a Caxton—. Cada fragmento de metralla tiene una trayectoria y una velocidad propias. De hecho, es como si cada bala fuera una pequeña granada de fragmentación.

A pesar de lo mucho que lo odiaba, la agente no pudo evitar soltar un leve silbido. «De modo que con esto es con lo que se les dispara a los vampiros», pensó. Entonces le pidió al oficial que le sacara una caja de balas dum-dum de 9mm para ella.

—Ningún problema —dijo en voz lo bastante baja como para poder ser considerada un susurro—, pero no serán parabellum. Las balas dum-dum van contra la Convención de la Haya.

—No se lo diré a nadie —respondió Arkeley—. Déselas.







—Por ahí, el siguiente a la derecha —dijo Arkeley mientras señalaba con el dedo golpeando el parabrisas.

Se recostó de nuevo en el asiento del pasajero, donde parecía estar más cómodo que en la silla de la oficina del comisionado. ‹‹Tal vez había pasado más horas sentado en un coche que en una oficina››, pensó Caxton. Sí, posiblemente se trataba de eso.

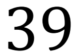
Caxton giró el volante y su coche patrulla camuflado pasó junto a un soto de ailantos que se mecían y se reflejaban en el capó. Se estaba poniendo el sol, pronto iba a anochecer. Según el mapa, se encontraban en el centro del municipio de Arabella Furnace, cuyo nombre procedía de un alto horno donde en su día había trabajado toda la población del lugar. De la fundición no se conservaba nada, salvo unos cimientos de planta cuadrada de ladrillos antiguos, la mayoría de ellos reducidos a polvo. Había un museo, y Caxton se hizo toda una experta en la historia de los altos hornos mientras Arkeley realizaba una parada técnica.

Aparte de indicarle el camino con gruñidos, Arkeley no tenía mucho que decir. Caxton había intentado hablar con él acerca del rostro desollado que se le había aparecido en la ventana la noche anterior. Lo pintó como si no la hubiera asustado, aunque en realidad aún le producía escalofríos, sobre todo a medida que veía menguar la luz del día por el retrovisor. Caxton insistió en que aquello formaba parte del caso y Arkeley accedió a regañadientes a su sugerencia de que debía de estar al corriente de lo ocurrido. Pero cuando Caxton terminó de relatarlo, Arkeley no añadió ni un solo comentario.

—¿Qué cree que significa? —preguntó Caxton—. ¿Qué hacía allí?

—Parece que el siervo quería asustarla —respondió—. Si hubiera querido hacerle daño o matarla probablemente ya lo habría hecho.

Ante los intentos por parte de Caxton de sacarle más información, Arkeley se limitó a encogerse de hombros o, aún peor, a ignorarla.



—¡Joder! —gritó finalmente Caxton al tiempo que daba un frenazo y sus cuerpos tiraban de los cinturones—.¿Un bicho raro con el rostro despellejado me persigue hasta mi casa y a usted sólo se le ocurre decirme que puedo que sólo quisiera asustarme? ¿Cómo puede tomárselo tan a la ligera? ¿Es que esto le sucede a menudo?

—Hubo un tiempo en que sí —respondió.

—¿Y ahora ya no? ¿Qué hizo? ¿Cómo logro detenerlo?

—Maté a un puñado de vampiros. ¿Podemos continuar, por favor? No disponemos de mucho tiempo antes de los cuerpos empiecen a aparecer a montones.

Caxton estuvo estudiando a Arkeley durante todo el trayecto. Quería, por una vez, desenfundar más rápido que él, demostrarle que no era una niña. Hasta entonces no lo había logrado.

—Usted es de Virginia Occidental —aventuró. No se le ocurrió nada mejor—. Por la forma que tiene de arrastrar las palabras.

Además había leído que su investigación sobre el caso Lares se había iniciado en Wheeling, pero ese detalle se lo calló.

—De Carolina del Norte, en origen —contestó él—. Gire a la izquierda.

Algo crispada, se incorporó a la carretera que le había indicado Arkeley. Parecía un sendero y se apreciaba que había estado pavimentado con adoquines que, con el tiempo, se habían convertido en pedruscos irregulares que podían reventarle un neumático si conducía demasiado rápido. El camino serpenteaba por entre dos soTos de árboles susurrantes, y estaba cubierto de hojas caídas de freno y arce. Uno tenía la sensación de que aquella carretera lo conducía al pasado. Aunque tal vez no, pues la carretera nunca llegaba a estar cortada. Era como si alguien hubiera intentando que pareciera una carretera prohibida, sin llegar nunca a impedir el acceso.

—No hay ningún aparcamiento, no lo ha habido desde hace más de cincuenta años. Siga hasta el campo de césped principal y aparque en algún lugar donde no moleste —le ordenó Arkeley.

¿El campo de césped principal? Al alcance de su vista sólo había una arboleda cada vez más espesa, el bosque sombrío y denso al que el Estado de Pensilvania debía el nombre desde había varios siglos. En algunos puntos los árboles alcanzaban los veinte metros de altura, en otros incluso más. Caxton encendió los faros y entonces vio el campo de césped.

Esperaba encontrarse con un césped bien cuidado, pero aquello era más bien un campo en barbecho lleno de maleza. Aun así logró distinguir un murete de piedra e incluso, más allá, una fuente sin agua cubierta de algas verdes y negras. Caxton detuvo el coche y ambos se apearon. Una vez apagaron los faros, la oscuridad se cernió

sobre ellos como si de una densa niebla se tratara. De repente Arkeley emprendió la marcha hacia la fuente y Caxton lo siguió; fue entonces cuando distinguió el lugar al que se dirigían, que se hacía visible a la luz de las estrellas. Una gran mole de estilo victoriano, una montaña de ladrillos con un tejado a dos aguas, y varias alas que se extendían a partir de la estructura principal. Junto al edificio había un invernadero en el que no quedaba ni un solo cristal entero, un esquelético armazón de hierro engalanado con enredaderas. El ala del extremo opuesto se había derrumbado y estaba parcialmente quemada. Tal vez la había alcanzado un rayo. Sobre la puerta principal, un bajorrelieve de hormigón indicaba el nombre del lugar:

HOSPITAL ESTATAL

ARABELLA FURNACE

—Deje que lo adivine —dijo Caxton—, me ha traído a un manicomio abandonado.

—No podía andar más desencaminada —contestó Arkeley.

Esta vez su sonrisa era distinta. Parecía casi nostálgica, como si en el fondo quisiera que se tratara realmente de un manicomio. Llegaron a la fuente y Arkeley apoyó la mano en la piedra agrietada. Ambos alzaron la vista para contemplar la estatua de una mujer que vertía el contenido de un cántaro que tenía apoyado en la cadera. Hacía ya muchos años que el cántaro se había secado y Caxton se fijó en que el interior, donde había habido los surtidores de agua, estaba oxidado. El brazo libre de la estatua era dos veces mayor que una extremidad humana y estaba extendido hacia ellos en un gesto de bendición o de bienvenida. La expresión del rostro se había erosionado por completo y era ya irreconocible. La lluvia ácida, el paso del tiempo y tal vez el vandalismo le habían borrado la expresión facial hasta el punto de que la cabeza era tan sólo una máscara tosca de piedra plana.

—Esto no era un manicomio, era un sanatorio —aclaró Arkeley—. Aquí traían a los enfermos de tuberculosis para que reposaran y sanaran.

—¿Y funcionaba? —preguntó Caxton.

Él le dijo que no con la cabeza.

—Tres de cada cuatro pacientes murieron durante el primer año. El resto siguieron aquí durante años y años. Las autoridades sanitarias querían quitarles de en medio para que no contagiaran a nadie. La cura consistía en aire fresco y tareas manuales para pagarse el

sustento. Con todo, los pacientes recibían tres comidas al día y todos los cigarrillos que quisieran.

—¿Lo dice en serio? ¿Daban cigarrillos a enfermos que padecían una dolencia respiratoria?

—Fueron las tabacaleras quienes construyeron este lugar y muchos más sanatorios como éste por todo el país. Probablemente sospecharan que existía una relación directa entre el tabaco y la tuberculosis; el tabaco provoca tos y la tisis también. ¿Quién sabe? Tal vez lo hicieron por compasión hacia los infectados.

Caxton se quedó mirándolo.

—No pensaba que esta noche fuera a recibir una lección de historia —le espetó, pero él no respondió—. Me dijo que no podía andar más desencaminada. ¿En qué más me equivocaba?

—Arabella Furnace permaneció cerrado durante los años cincuenta, pero no está abandonado. Aún cuenta con pacientes. Bueno, en realidad sólo queda uno.

Como de costumbre, Caxton no recibió más información. Se preguntó qué clase de hospital se mantendría abierto para un único paciente.

Entraron en el edificio por la puerta principal, donde había un vigilante vestido con un uniforme azul marino; tenía un rifle M4 colgado del respaldo de su silla. Llevaba las insignias de un funcionario federal de prisiones. Se le veía aburrido. Pareció reconocer a Arkeley, pero no hizo ningún gesto para saludarlo.

—Nunca había oído hablar de este lugar —dijo Caxton.

—No se promocionan.

Cruzaron el vestíbulo principal, en cuyos rincones había unas escaleritas de caracol que conducían al piso superior y al inferior. En los puntos cardinales había cuatro inmensas salas abovedadas. Por todas partes había arcos que primero habían sido cegados con ladrillos y en los que posteriormente se habían abierto unas estrechas puertas con unas recargadas manijas. En la sala había una gran cantidad de cables eléctricos y de Ethernet hechos un lío, algunos pegados a la pared y otros que colgaban del techo sujetados por ganchos metálicos.

Caxton tocó la oscura piedra de la pared y sintió el frío glacial en toda su intensidad. La mano de Caxton pasó junto al lugar donde alguien había grabado sus iniciales, un complicadísimo acrónimo de una época en que los nombres obedecían a unas costumbres muy estrictas: G.F.X.McC., 1912.

Pero Arkeley no permitía que la agente se impregnara del ambiente; andaba con brío, el crujir de sus pasos retumbaba en el techo, y Caxton oía el eco a sus espaldas mientras se apresuraba para no quedarse atrás. Cruzaron el umbral de una puerta de acero y Caxton

se fijó en el lugar en que la pintura se había borrado por el tacto de incontables manos a lo largo de los años. Cruzaron un pasillo blanco con paredes de yeso, al que daban otra decena de puertas, todas ellas adornadas con telarañas. En el otro extremo, una cortina de plástico colgaba de un marco sin puerta. Arkeley la apartó y le cedió el paso a Caxton, un gesto extrañamente conciliador, y ésta cruzó el umbral. La sala contigua estaba bañada en un fulgor azul oscuro que provenía de una enorme lámpara instalada en el techo. Las bombillas estaban pintadas de modo que lo que era de color rojo parecía negro. En el interior de la sala había objetos muy variados y un tanto sorprendentes. Había hileras e hileras de estantes con instrumental médico obsoleto y armarios de acero esmaltado con tiradores de baquelita que en su día debían de haber formado parte del material del hospital. Había ordenadores portátiles y lo que parecía un equipo de IRM en miniatura. En el centro de la sala había un ataúd de madera astillada con asas de latón y un profundo hueco en el interior tapizado. Había cámaras, micrófonos y otros sensores que Caxton no supo identificar, suspendidos encima del ataúd y sujetados por gruesos cables rizados, que permitían un seguimiento constante y exhaustivo del contenido del mismo.

Junto a la entrada había una caja de empalmes con un único interruptor en la parte delantera. Arkeley lo pulsó y sonó un timbre en las profundidades del sanatorio.

—Ha leído mi informe y ya sabe que les prendí fuego a todos los vampiros que iban en aquel barco en Pittsburgh.

Caxton asintió con la cabeza. Se imaginaba perfectamente lo que vendría a continuación.

—También se acordará de que Lares sólo tuvo suficiente sangre para reavivar a tres de sus antepasados. El cuarto se quedó sin alimento. Por raro que parezca, los que habían regenerado la piel y la carne ardieron sin problema. Sin embargo, el cuarto tan sólo se chamuscó un poco y sobrevivió al incendio.

—Pero ¡no hay vampiros en Estados Unidos, están extinguidos! —replicó Caxton.

—No los hay en libertad —la corrigió Arkeley.

En el otro extremo de la sala se levantó una berrera de plástico y entró alguien empujando una silla de ruedas. El hombre que conducía la silla llevaba una bata blanca de laboratorio con las mangas arremangadas hasta los codos. Era algo flaco, pero por lo demás no presentaba ningún otro rasgo distintivo. En realidad, lo más normal era que resultara anodino en comparación con la paciente que tenía a su cargo. La mujer que iba en la silla de ruedas vestía un vestido malva hecho jirones, apolillado y desgastado por el uso. Era poco más que un conjunto de huesos envueltos por una piel pálida y translúcida, tan fina como el papel de seda.

Estaba calva, y tan sólo tenía unas cuantas pestañas largas y finas. Tenía la piel desgarrada y desprendida de los huesos del cráneo, en algunos puntos había desaparecido por completo y dejaba a la vista brillantes parcelas de hueso. Tenía un solo ojo hinchado y bajo la luz de su iris era incoloro. Tenía las orejas alargadas, triangulares y acribilladas de llagas. Tenía la boca desencajada, o tal vez deformada. A través del labio se veían trozos irregulares de hueso translúcido. La mujer tenía cientos de dientes, y no estaban rotos. Al contrario, estaban muy afilados. Aquella imagen le recordó lo que había leído en el informe de Arkeley. Aquélla era una de las criaturas que había en la bodega del barco al que el agente federal había prendido fuego: una vampira, una vampira decrépita y sedienta de sangre. Nunca había visto algo tan horrible, ni siquiera el siervo sin rostro que se había quedado mirándola desde el otro lado de la ventana la noche anterior presentaba un aspecto tan grotesco.

—Hola, agente. Llega usted puntual, es casi la hora de comer en el zoo —dijo el hombre de la bata blanca, y acto seguido se les acercó con la silla de ruedas más de lo que a Caxton le hubiera gustado.

La vampira no le transmitía nada, ninguna sensación de humanidad, tan sólo frío. Era como estar frente al congelador de un supermercado en un caluroso día de verano. El frío era palpable, real y completamente antinatural.

—Agente especial —lo corrigió Arkeley.

—¿La hora de comer? —preguntó Caxton, consternada.

A la vampira se le iluminó el ojo de forma perceptible.







CAPITULO 8

—¿Por qué estamos rodeados por esta luz azul? —preguntó Caxton—. ¿Irradia una especie de longitud de onda invisible para los vampiros o algo así? ¿Para que no nos pueda ver?

—En realidad la ve perfectamente. La vería incluso en la oscuridad más absoluta. Me lo ha contado ella misma —dijo el hombre de la bata blanca—. Puede ver la vida que emana de su cuerpo como si del brillo de una lámpara se tratara. Utilizamos esta luz porque es menos perjudicial para su piel que el más tenue de los fluorescentes. Soy el doctor Hazlitt —dijo entonces y le tendió la mano—. No nos conocemos, ¿verdad?

Caxton apartó su mirada del solitario e inquieto glóbulo ocular de la vampira y se volvió para darle la mano al hombre. Estaba a punto de hacerlo pero de pronto se detuvo. El tipo iba remangado hasta el bíceps y de la parte interior del codo le sobresalía un tubo de plástico. Al final del tubo había una gota de sangre seca, totalmente negra bajo la luz azulada.

—Es una cánula —le explicó— Es más fácil que utilizar una jeringuilla cada vez.

Arkeley se agachó para mirar a la vampira cara a cara; las manos desolladas de ésta se agitaron compulsivamente en el regazo como si intentara escapar, como si sintiera pavor ante Arkeley. Caxton se dijo que no le faltaban motivos: en una ocasión el agente federal le había prendido fuego y la había dejado morir.

—El bueno de Hazlitt la alimenta con su propia sangre —explicó Arkeley—. Por pura bondad, como si dijéramos.

—Sé que suena truculento —intervino el médico—, pero créame que intentamos muchos otros métodos: plaquetas y plasma fraccionados de un banco de sangre, sangre animal, un compuesto químico que el ejército está probando como sustituto para la sangre; ninguno de ellos funcionó. La sangre tiene que ser humana, caliente y recién extraída. Y a mí no me importa compartir un poco la mía.

Se acercó a un banco de trabajo que había a unos metros de la silla de ruedas y sacó un vaso de precipitados de pirex de un armario. Entonces cogió un tubo de goma, metió un extremo en la vía y el otro sobre el borde del vaso. Caxton apartó la mirada.

—Pero ¿por qué lo hacen? —le preguntó a Arkeley— ¿Por qué alimentan a esa cosa?

Su instinto de policía la empujaba a hacer preguntas y exigir respuestas para así poder entender lo que sucedía.

—¡No es una cosa! Tiene un nombre —exclamó Hazlitt, que hizo una pausa—; se llama Malvern —añadió con un gruñido vagamente dolido—. Justinia Malvern. Y aunque eso sucediera hace trescientos años, en su día fue también un ser humano. Así pues, le pido que tenga algo de respeto.

Caxton sacudió la cabeza con gesto de frustración.

—No lo entiendo. Estuvo usted a punto de morir por intentar destruirla y ahora la tiene aquí encerrada para protegerla. ¡E incluso le da sangre!

—La decisión no fue mía —puntualizó Arkeley con una palmadita en el bolsillo de la chaqueta. Si ese gesto tenía que significar algo para Caxton, ésta no lo entendió. Arkeley soltó un profundo suspiro y, sin dejas de mirar a la vampira, contó la historia—. Cuando la encontramos en el fondo del Allegheny, aún dentro de su ataúd, no supimos qué hacer. Yo todavía estaba en el hospital y, de todos modos, nadie me hacía demasiado caso. Mis superiores querían legar su cuerpo al Instituto Smithsoniano. Los responsables de esa institución aseguraron que estarían encantados de custodiar sus despojos, pero que mientras estuviera viva no podrían aceptarla. Nos pidieron que le practicásemos la eutanasia para poderla incluir en la exposición del museo. Sin embargo, hasta donde sabemos nunca ha matado a ningún ciudadano estadounidense y sobrevive en este estado moribundo desde la Revolución. Por ello, el Departamento de Justicia decidió que no teníamos derecho a ejecutarla. Qué gracia, ¿verdad? Lares estaba bien activo y mostraba claros signos de inteligencia, pero nadie presentó cargos cuando acabé con él. En cambio Malvern está ya medio podrida y vive en un ataúd, pero si se me ocurriera clavarle una estaca en el corazón, me acusarían de asesinato. En fin, así son las cosas. Malvern no tiene ni familia ni amigos, por motivos evidentes, de modo que se encuentra bajo tutela judicial. Técnicamente soy el responsable de su bienestar. Nadie sabe si moriría en caso de cortarle el suministro de sangre, pero sin la orden de un tribunal federal tampoco estamos autorizados a comprobarlo.

—Se ha ganado el sustento con creces —dijo Hazlitt, que estaba ya desmontando el sifón con el que había extraído la sangre de su propio

brazo—. Llevo siete años estudiándola y cada día y cada noche han valido la pena.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué cosas ha aprendido? —preguntó Caxton. El rostro de la vampira dio un respingo. Levantó la nariz y olfateó obscenamente. Había olido la sangre.

—Hemos aprendido que la luz azul es la más apropiada para ella. Hemos aprendido cuánta sangre necesita para conservar una movilidad parcial. Y también hemos aprendido el nivel de humedad que más le gusta y qué temperaturas la afectan.

Caxton sacudió de nuevo la cabeza.

—Todo esto sirve únicamente para mantenerla viva a ella. ¿De qué modo nos beneficiamos nosotros?

Por primera vez, Arkeley le dirigió una mirada de aprobación.

—Vamos a encontrar un remedio —dijo Hazlitt con expresión severa, al tiempo que se colocaba detrás de una mesita con instrumental—. Aquí, en esta habitación. Yo voy a curarla. Y entonces dispondremos de una vacuna que beneficiará a la sociedad.

—Si se extinguen no necesitaremos una vacuna —replicó Arkeley.

Durante un instante los dos hombres intercambiaron una intensa mirada de odio puro y duro.

—Disculpen, pero ahora tengo que darle de comer.

Hazlitt se arrodilló frente a la silla de ruedas en la que estaba atada la vampira y levantó el vaso de precipitados para que ésta viera los cincuenta o sesenta mililitros de sangre que había en el fondo.

—Por Dios, ¿cuánto tiempo lleva estudiándola? —preguntó Caxton—. Ha dicho usted que trabaja con ella desde hace siete años, pero ella tiene que llevar aquí por lo menos dos décadas. ¿Quién se encargada de ella antes que usted?

—El Dr. Gerald Armonk —respondió Hazlitt.

—El difunto Dr. Armonk —puntualizó Arkeley.

Hazlitt se encogió de hombros.

—Fue un desafortunado accidente. El Dr. Armonk y Justinia tenían una relación muy especial. Él la alimentaba directamente, se hacía un corte en el pulgar y permitía que ella le chupara la sangre. En los años noventa Justinia sufrió una depresión, ¿sabe? Incluso intentó autolesionarse en varias ocasiones. Tal vez alimentarla de aquella forma no fuera la decisión más inteligente, pero el procedimiento parecía hacerle recuperar enormemente el ánimo.

—Armonk era doctorado por Harvard, ¿se lo puede creer? —dijo Arkeley.

—Durante mis primeros días aquí, Justinia estaba llena de vida y la verdad es que su aspecto era bastante hermoso —dijo Hazlitt—. Pero entonces empezó a languidecer como una rosa marchita. La poca sangre que yo podía ofrecerle no era suficiente.

Levantó el vaso de precipitados y lo acercó a los huesudos labios de la vampiresa, pero de pronto Arkeley se lo arrebató de las manos. El denso líquido osciló dentro del recipiente.

—Esperemos aún un poco —dijo.

La vampira levantó una mano temblorosa y en su ojo refulgió un destello de ira.

Durante un largo instante nadie dijo nada. Hazlitt abrió la boca pero volvió a cerrarla de inmediato. Caxton se dio cuenta de que Arkeley le causaba verdadero pavor. Al llegar, había reconocido al Marshal de inmediato e incluso se había dirigido a él con cierta familiaridad. ¿Cuántas veces durante los últimos veinte años debía de haber visitado Arkeley aquella sala?, se preguntó Caxton. ¿Cuántas veces le habría arrebatado el vaso de aquella forma?

Pero no: aunque la escena les resultaba familiar a todos excepto a ella, el gesto de los dos hombres permitía adivinar que Arkeley nunca había interrumpido el ritual antes de aquella noche.

Fue Arkeley quien rompió el silencio. Con el vaso entre las manos, miró a la vampira fijamente al ojo:

—Hemos recibido informes de actividad siervo —dijo tranquilamente, casi en voz baja—. De sin rostro. Esa mujer de ahí vio a uno. El engendro había perdido un brazo; esta mañana me he encargado personalmente de cremarlo. Sólo hay una manera de crear a un siervo y para ello hace faltan un vampiro joven y activo. Un nuevo vampiro. ¿Ha sido mala, señorita Malvern? ¿Ha cometido alguna insensatez?

La vampiresa sacudió la cabeza, primero a la izquierda y luego a la derecha, sobre la precaria columna que constituía su cuello.

—Me cuesta mucho creerla —dijo Arkeley—. ¿Quién más puede engendrar a un vampiro aparte de usted? Déme un nombre. Déme su última dirección conocida y la dejaré tranquila. Mejor aún: cuénteme cómo lo ha hecho. Cuénteme cómo engendró a esa monstruosidad.

La vampira no respondió, su única reacción fue apartar la mirada, que fue bajando hasta centrarse en la sangre que había dentro del vaso.

—No sea cabrón —siseó Hazlitt—. Por lo menos no más que de costumbre. Sabe lo mucho que necesita esa sangre. Y fíjese, ya está empezando a coagularse.

—De acuerdo.

Arkeley levantó el vaso y lo dejó dentro de la mano extendida de la vampira. Ésta lo agarró con dedos temblorosos, con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron aún más blancos.

—Disfrútela mientras pueda.

—Pero ¿a usted qué le ocurre? —exclamó Hazlitt casi chillando.

Arkeley se levantó y volvió a dar una palmada en el bolsillo de su chaqueta. Ésta crujió levemente: ahí había un papel.

—Como ya he dicho, no podemos cortarle el suministro de sangre sin una orden judicial. Pues bien, toda esta nueva actividad vampírica ha provocado escozores en traseros muy influyentes. —Se sacó del bolsillo un papel alargado con un sello notarial en el membrete—. Por la presente de le ordena que abandone y desista de alimentar a esta vampira a partir de ahora mismo —dijo con una sonrisa radiante—. Trabajar custodiando juzgados tiene sus ventajas.

La vampira contuvo el gesto antes de que el vaso llegara a la boca. Movió el ojo y miró a Arkeley de soslayo.

—Si fuera humana, intentaría hacerla durar —le dijo el agente federal—. Sabría que nunca jamás volverá a probar la sangre y preferiría saborearla un poco. Pero lo cierto es que no es humana y no puede resistirse, ¿verdad?

La vampira frunció los labios en un mohín con desdén. Entonces, de entre todos esos dientes salió una lengua larga y gris que se puso a lamer ávidamente el fondo del vaso y a relamer las gotas negras que le caían por la comisura de los labios. En unos segundos la sangre había desaparecido.







—Primero sufrirá parálisis, luego temblores incontrolables y finalmente empezará a perder masa corporal. Se le desprenderá la piel y se le pudrirán los músculos de las manos, que se convertirán en garras inertes. Pero antes se le atrofiarán las piernas, que pronto parecerán patas de palo. El ojo se le secara y con el tiempo terminará por caérsele.

Hazlitt estaba sentado encima de una antigua máquina de electrocardiogramas que tenía las plumillas torcidas y vueltas hacia arriba, y de vez en cuando daba una calada a un cigarrillo que sostenía entre dos dedos, y al que hacía caso omiso durante la mayoría del tiempo.

—Tal vez finalmente morirá. No podemos saberlo.

—Si así deja de producir vampiros no me importa —dijo Arkeley—. ¿Hay alguna razón de peso para que nos preocupemos por esto?

En el centro de la sala, junto al ataúd, Justinia Malvern permanecía sentada en su silla de ruedas, agarrando el vaso de precipitados vacío con una de sus manos casi inertes. La otra mano descansaba encima del teclado de un ordenador portátil colocado sobre el ataúd.

—Como ya sabe, no puede hablar. Se le pudrió la laringe hace ya muchos años. Éste es su único medio de expresión —dijo Hazlitt. Entonces se frotó el puente de la nariz con el pulgar. Le dedicó una sonrisa a su paciente mientras isla hacía acopio de fuerzas para pulsar una de las teclas con un dedo que parecía una daga.

—Debería tener más paciencia, Arkeley —dijo el doctor—. Puede usted aprender mucho de alguien tan mayor y sabio.

Cuando Malvern hubo terminado, cruzó las manos en el regazo, alzó la cabeza y miró a los visitantes; el rostro le temblaba de emoción. Hazlitt dio la vuelta al ordenador para que Caxton *y* Arkeley pudieran ver la pantalla. En letras cursivas de fuente treinta y seis, Malvern había mecanografiado:



Arkeley se rió. Entonces se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Volveré para controlarlos a los dos —le dijo a Hazlitt—. Y con frecuencia.

Caxton lo siguió hasta la salida.

De nuevo bajo la blanca luz del pasillo, Caxton empezó a pestañear y a frotarse los ojos. Siguió los pasos de Arkeley hasta el centro del edificio, donde había un mostrador tras el cual un funcionario de prisiones con la insignia de sargento miraba la televisión en un aparato portátil, tal vez una serie de humor. La recepción era tan mala que las carcajadas no se distinguían de las interferencias.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Marshal?

Sin prisas, el funcionario apartó los pies de encima del mostrador y cogió el teclado del ordenador.

—Buenas noches, Tucker. Necesito información sobre el personal del centro. Concretamente, quiero que me proporcione el nombre y la dirección de todos los empleados que han trabajado aquí durante, pongamos, los últimos dos años. Quiero saber si siguen trabajando aquí y, si no, por qué se fueron. ¿Puede proporcionarme esa información?

—Claro, ningún problema.

Tucker movió el ratón durante u*n* rato y luego pulsó una tecla. Al final del pasillo había una impresora láser que escupió tres hojas de papel.

Arkeley sonrió, con una sonrisa mucho más cálida y mucho más humana que todas las que le había dedicado a Caxton.

—La tecnología moderna es una maravilla. Antes había que esperar varios días para conseguir un informe como éste. Oiga, Tucker, ¿cómo va el tema de la permanencia del personal?

El guarda se encogió de hombros.

—Como el culo, por la noche este sitio da miedo y muchos no pueden aguantarlo. Otros, como yo, tenemos suficientes cojones para quedarnos. Casi le diría que la mitad de las caras que veo entrar no duran ni una semana. En el último año tal vez han pasado diez tipos por aquí. Y luego está también el personal de limpieza y de mantenimiento, los albañiles, los comisionados de seguridad, y qué se yo. Pasan por aquí tan rápido que ni siquiera tienen tiempo para presentarse.

Arkeley asintió con la cabeza.

—Me lo temía —dijo—. Cualquiera de ellos podría haber entrado en contacto con Malvern —añadió dirigiéndose a Caxton.

—Por lo que cualquiera de ellos podría ser nuestro vampiro —respondió Caxton.

Arkeley asintió. Caxton había dado en el clavo y se sintió avergonzada y orgullosa al mismo tiempo. Arkeley fue a buscar las hojas de papel de la impresora y regresó con paso ligero al lugar donde Caxton esperaba.

—En teoría, Hazlitt debe encargarse de mantenerla aislada, pero ya lo ha visto; hará cualquier cosa que ella le pida —Arkeley meneó la cabeza en un gesto de indignación—. Todos los doctores que traemos se enamoran de ella.

—¿Los hipnotiza? —preguntó Caxton, que de repente se acordó de aquella parte del informe.

—Puede ofrecerles mucho más que su mirada penetrante —replicó Arkeley al tiempo que echaba un vistazo a las hojas.

—¿Y por qué no lo sacan de aquí a la fuerza ahora mismo y lo sustituyen? —preguntó Caxton—. Tienen ustedes un concepto muy extraño de lo que es trabajar de policía. Arkeley asintió con la cabeza.

—Escuche —dijo Arkeley—, si alguien quiere ser tu enemigo, sólo puedes hacer una cosa: darle exactamente lo que quiere. Esto lo confundirá y hará que se pregunte si estás tramando algo. Si despidiera a Hazlitt esta noche, éste empezaría a pensar en cómo sacar a Malvern de aquí. Si, por lo menos, dejo que disfrute de su compañía, sé dónde puedo encontrarlos, a ambos —aclaró. Ordenó los papeles y prosiguió—. Muy bien. Ahora vayámonos a casa a descansar. Empezaremos a descartar nombres de la lista por la mañana. Siempre es mejor cazar vampiros a la luz del día.

Caxton se dijo que era una idea muy razonable. Se dirigieron hacia el aparcamiento, donde el rocío había cubierto el capó del coche y había empañado las ventanas. Caxton puso el coche en marcha y se dirigió a la autopista más cercana, la Ruta 322, que les llevaría casi hasta Harrisburg.

Caxton encendió la calefacción para disipar el frío de la noche. Entrar en calor después de todo lo que había visto y experimentado en los últimos dos días no resultaba fácil. Era como si el frío le hubiera penetrado en el cuerpo. Le provocaba dolor de huesos. Quiso poner la radio pero no se atrevió; ¿y si a Arkeley no le gustaban sus preferencias musicales? No valía la pena empezar otra discusión, ni exponerse a que su amor propio quedara aún más dañado. Ya lo había captado: ella era tan sólo una agente de la unidad de autopistas y él un agente federal de primera línea. Caxton estaba dispuesta a tratarlo con la deferencia que su experiencia merecía, con

respeto. Sin embargo, cada vez que Arkeley la reprobaba, se sentía como una fracasada. No podía tener la piel tan fina, al menos con Arkeley.

La sorprendió que, mientras estaba absorta en esos pensamientos, fuera Arkeley quien rompiera el silencio. Le causó un gran impacto que la elogiara.

—Hizo unas preguntas muy pertinentes ahí dentro, agente —observó—. Con una preparación adecuada algún día podría llegar a ser una detective aceptable.

Caxton había imaginado que cuando Arkeley pronunciara un cumplido como ése (probablemente tras hallarla victoriosa frente a un montón de vampiros muertos), lo haría algo avergonzado, como si de repente se hubiera dado cuenta del potencial que había en ella y que, cegado por su propia arrogancia, no había sabido ver hasta entonces. En cambio, a la hora de la verdad Arkeley no parecía avergonzado, sino que habló con el mismo tono de siempre: como un profesor de primaria repartiendo los boletines de notas. Sin embargo, en esta ocasión había sacado un notable alto. Iba a tener que conformarse con eso.

—Debería aprender más cosas acerca de esos monstruos si quiere que le ayude —dijo Caxton—. Y yo quiero ayudarle.

—Lo hará, de un modo u otro. Y yo también la ayudaré a usted. Pase lo que pase éste va a ser un caso trascendental. El hecho de enfrentarme a Lares supuso un gran avance en mi carrera —le explicó—. No dude de que se granjeará un ascenso si logramos que esa cosa no mate a demasiada gente.

Caxton sacudió la cabeza. Aquello era algo en lo que ni siquiera había pensado.

—No me hice policía para coleccionar insignias. Aunque, no me malinterprete, tampoco le haría un feo a un aumento de sueldo. Pero si estoy en este coche es porque creo en lo que hago. Después de graduarte en la academia, te hacen pronunciar el juramento de honor. Te lo hacen repetir muy a menudo, hasta que te lo crees. «Soy policía de Pensilvania. Soy un soldado de la ley. Se me ha confiado el honor de la fuerza.» Antes se tomaban muy a pecho eso de que fuéramos soldados. Los agentes no podían casarse y vivían todos juntos en barracones, como en el ejército. A las mujeres no se les permitió entrar en el cuerpo hasta los años setenta.

Arkeley enmudeció durante un rato. Cuando volvió a hablar lo hizo con un tono reflexivo.

—No le debió de ser fácil formar parte de una organización tan conservadora. Imagino que al principio, y todavía hoy, habrá observado cierta hostilidad hacia las mujeres dentro de su profesión.

—¡Caramba! Está usted predicando a los conversos —dijo riendo.

—De hecho, seguramente usted misma ya se habrá enfrentado en alguna ocasión a una adversidad directa. Habrá oído a alguien decir «Una mujer que ejerce un trabajo de hombres», la típica conversación que se oye en los vestuarios.

—Por supuesto. A muchos de los chicos les encanta fanfarronear —dijo Caxton.

—La habrán convertido en el punto de mira de las burlas. Seguro que le ponen motes. Motes hirientes, aunque tal vez acertados.

Caxton se ruborizó. No tenía muy claro hasta dónde quería llegar con sus averiguaciones.

—Sí, tengo motes. Pero a todo el mundo le ponen motes, así que...

—Seguro que también se meten con usted por el hecho de ser lesbiana.

Caxton apretó los labios y oyó un zumbido en el interior de las orejas. Miró a los coches que se cruzaban con ellos por el carril de la izquierda. Estaba conduciendo demasiado deprisa y se obligó a reducir la velocidad.

—Porque usted es lesbiana, ¿verdad? Lo supuse por su corte de pelo —explicó Arkeley—. Aunque por supuesto podría estar equivocado...

Caxton se removió en su asiento y fulminó con la mirada a su compañero.

—¡Sí, soy gay! —gritó. Parecía que no controlaba su tono de voz-. ¿Ya usted qué le importa? Me da igual que lo sepa. Me da igual quién lo sepa. Me enorgullezco de ser como soy. Pero eso no le da ningún derecho a... a... ¡No debería importarle! ¡No tiene nada que ver con este caso, joder!

—Bien cierto —asintió impertérrito.

—Entonces, ¿qué necesidad tenía de decir eso? ¡Joder, Arkeley!

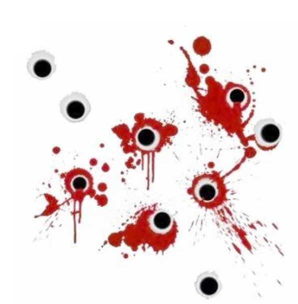
Arkeley carraspeó.

—Me he tomado la pequeña molestia de organizar esta comedia porque quiero quitarle esa costumbre suya de contarme gilipolleces, agente. Dice que es un soldado de la ley y todo lo que quiera. Dice que quiere ayudarme. Pero todo eso carece de la menor importancia. Usted está en este coche por una única razón.

Un Honda azul eléctrico los adelantó como una exhalación a casi ciento cincuenta por hora y no dejó que Arkeley terminara la frase. El coche patrulla camuflado se zarandeó por el impulso del otro vehículo, que a punto estuvo de colisionar con ellos, y Caxton hizo sonar la bocina. El Honda aminoró la velocidad y se situó justo delante de ellos, a muy poca distancia.

—Pero ¿qué coño hace? —exclamó al tiempo que hacía sonar de nuevo el claxon. Entonces levantó el pie del acelerador y pisó el freno.

Otro coche, un Chevrolet Cavalier que necesitaba un lavado con urgencia, apareció por la izquierda. Se adaptó a la velocidad de Caxton. Cuando ésta intentó reducir la velocidad, el conductor del Chevy hizo lo propio. Por el retrovisor, Caxton vislumbró un tercer coche que se le acercaba por detrás. La estaban encajonando. Le dedicó una mirada asesina al conductor del Chevy *y* éste se la devolvió. Tenía la cara hecha jirones.







CAPITULO 10

—Me persiguen; estuvieron en mi casa y ahora me persiguen —dijo Caxton. Por el retrovisor vio cómo el siervo que tenía detrás se acercaba aún más al parachoques del coche patrulla.

—Lo dudo mucho —respondió Arkeley—. Agárrese.

El coche que los perseguía, un Hummer H2, los embistió y el impacto de metal contra metal hizo que el coche patrulla soltara un chirrido. Sin embargo, el siervo que los perseguía no tenía intención de hacerlos chocar; Caxton contaba con la experiencia suficiente en persecuciones policiales para darse cuenta de ello. El conductor del coche de detrás tan sólo le estaba mostrando cuáles eran sus límites. Caxton aceleró un poco, hasta que estuvo a apenas unos centímetros del coche que la bloqueaba por delante y modificó su posición en el asiento para tener a los tres asaltantes controlados.

—Entonces, ¿no están aquí por mí? —preguntó Caxton.

—No, no creo. —Arkeley desenfundó el arma—. Cuando me cargué a Lares, éste estaba alimentando a sus antepasados. Les llevó sangre. He investigado un poco y he descubierto que otras personas habían observado ya un comportamiento similar. Los vampiros codician la sangre, pero además adoran a la criatura que les ha echado la maldición, que los ha convertido en vampiros. Esto es una respuesta a mis amenazas contra Malvern en el hospital. Baje su ventanilla y échese un poco hacia atrás.

Caxton hizo lo que le pedía y, sin perder un segundo, Arkeley se inclinó sobre ella y disparó dos veces contra el Chevy que tenían a la izquierda. El siervo se cubrió la cara con las manos, pero éstas estallaron en una nube de huesos y carne atrofiada. Su cabeza se quebró y se partió en dos, y a continuación el coche se salió de la carretera y se empotró contra un árbol. Caxton miró por el retrovisor y vio cómo los faros del Chevy apuntaban en direcciones distintas antes de apagarse.



El Hummer H2 volvió a embestirlos por detrás. Los siervos no parecían estar demasiado contentos. Caxton agarró el volante con tanta fuerza que le dolieron los hombros.

—Vale, ahora me toca a mí —dijo.

Entonces giró el volante y pisó el acelerador. El coche patrulla salió disparado y golpeó la parte posterior derecha del Honda que tenían enfrente. El neumático resbaló sobre la calzada y el coche salió propulsado hacia la izquierda. Caxton logró esquivar el vehículo, que estaba fuera de control, y lo dejó atrás. Como todos los componentes de la unidad de autopistas, había pasado tres días recibiendo instrucción sobre tácticas de evasión en persecuciones. Mientras se adentraban a toda velocidad en la oscuridad, se giró y le dedicó a Arkeley una sonrisa. Estaba verdaderamente orgullosa de sí misma.

—¿Sabe cómo utilizar la radio? —le preguntó, señalando el salpicadero con la barbilla—. Descuelgue y póngase en contacto con la centralita de la Unidad H. Necesitamos a todos los agentes disponibles.

Pero Arkeley se la quedó mirando.

—¿Cómo se puede ser tan idiota? —dijo casi susurrando.

Ella no le devolvió la mirada. Estaba concentrada tratando de no perder el control del coche. Estaba yendo a más de ciento cincuenta por una carretera por la que se debía circular a cien, como mucho.

—Si los hubiéramos dejado, nos habrían llevado al lugar donde se encuentra su amo.

—El vampiro —dijo ella.

—Sí.

—Pero ¡si le ha disparado a ése! —protestó Caxton.

—Debía intentar que no pareciera que nos limitábamos a seguirles la corriente, ¿no cree?

Caxton hizo rechinar los dientes y miró por los retrovisores. Aún llevaban al Hummer H2 detrás, aunque éste tenía dificultades para seguirles el ritmo. Caxton levantó el pie del acelerador, aunque sólo un poco, para que su perseguidor no creyera que le estaba dando la oportunidad de atraparla. El Honda aún intentaba dar la vuelta después de verse frenado de forma tan brusca.

—Pronto llegaremos a la salida de New Holland, ¿la cogemos o no?

—Tendremos que fijarnos en sus movimientos e intentar deducir hacia dónde quieren que nos dirijamos —dijo Arkeley escupiendo las palabras.

Se agarraba a la maneta de la puerta con una mano, mientras que con la otra sostenía el arma en alto, apuntando hacia arriba. Si

disparaba accidentalmente por culpa de las sacudidas del coche, la bala saldría a través del techo.

—Si empieza a girar hacia la izquierda...

Pero no le dio tiempo a terminar la frase: dos motocicletas se incorporaron aullando a la carretera por la vía de acceso y se aproximaron rápidamente al coche patrulla. Los motoristas no llevaban casco, si bien es cierto que tampoco tenían cara. Uno de los motoristas siervos se colocó a la derecha de Caxton y la obligó a cambiarse al carril izquierdo, de modo que no pudo tomar la salida de New Holland. Por lo menos aquello resolvía su duda. El otro motorista exprimió el ruidoso motor de su máquina y se colocó junto a la rueda delantera izquierda.

Las motos en sí no suponían una verdadera amenaza, pues

Caxton podía embestirlas con un solo golpe de volante. Sin embargo, el motorista que tenía a la derecha llevaba un instrumento metálico oxidado en una mano, una cuchilla de carnicero de casi medio metro. De pronto bajo el brazo y la cuchilla golpeó el lateral del coche. La embestida provocó más ruido que desperfectos en la carrocería, pero el faro izquierdo del vehículo estalló con un chisporroteo. Estaban medio cegados, atravesando aquel bosque del averno a ciento cuarenta por hora. Mientras el piloto intentaba liberar la cuchilla, Caxton viró instintivamente hacia la izquierda para desembarazarse de él. Entonces, el motorista de aquel lado tuvo que abrirse y en el último instante logró esquivar la rueda izquierda del coche. Una lluvia de esquirlas de cristal y de metal cayó sobre el parabrisas. Los amortiguadores del coche patrulla chirriaron y las ruedas derraparon sobre el asfalto.

Caxton intentó recuperar el control del vehículo. El único faro que le quedaba barrió la superficie de la carretera de izquierda a derecha y el coche se zarandeó, aunque la agente era realmente hábil al volante. Tenía años de experiencia de conducción en condiciones peligrosas, de modo que no le entró el pánico. Enderezó el coche y cogió aún más velocidad. Era posible que al Hummer le costara seguirles, pero imaginó que los motoristas sabían hacia dónde debían llevarlos.

—¿Está seguro de que no están intentando matarnos? —preguntó Caxton.

—Al noventa por ciento —replicó Arkeley—. Normalmente los siervos conducen a las víctimas hasta su amo. Además, si morimos el vampiro no se podrá beber nuestra sangre. Por otro lado, también es posible que, si creen que soy una amenaza, prefieran ahorrarse el riesgo.



—Es usted un afamado cazador de vampiros —dijo Caxton—. Si yo fuera ellos lo consideraría una amenaza bastante seria. Joder, ¿podemos pedir refuerzos ya?

Arkeley asintió con la cabeza. No perdió ni un momento admitiendo que a lo mejor, por una vez, ella tenía razón y él estaba equivocado. Descolgó el auricular de la radio y pidió refuerzos, como debería haber hecho hacía ya un buen rato. La centralita de la Unidad H empezó a avisar a los demás coches patrulla.

Entonces dejaron atrás una señal de color naranja, tan rápido que Caxton apenas tuvo tiempo de verla. La luz fosforescente de la señal emitía un inquietante resplandor en aquella oscuridad casi absoluta. Caxton no logró leer de qué se trataba exactamente, aunque conocía el significado de una señal de aquel color: obras en la carretera.

La agente levantó el pie del acelerador. El Hummer que llevaban detrás se fue haciendo cada vez más grande en el retrovisor, pero Caxton intentó no pensar en ello. No tenía ni idea de qué iban a encontrar. Podía tratarse de un simple desvío, pero también era posible que la carretera estuviera totalmente cortada. Notó un acceso de pánico en el pecho.

El motorista de la izquierda tenía una llave inglesa. Levantó la mano con la clara intención de hacer añicos el faro que les quedaba. En aquel tramo de carretera no había farolas, se trataba de una ruta rural por la que los coches debían poder circular con su propia luz. Si les rompía el faro, se quedarían a oscuras.

Presa de una desesperación que nunca antes había sentido, giró el volante y embistió al motorista. La moto se tambaleó por el impacto y se encabritó. El motorista salió despedido contra el lateral del coche patrulla e intentó agarrarse a la puerta, pero sus dedos sin piel resbalaron inútilmente sobre la superficie de metal y cristal. Pronto se perdió de vista: en un momento estaba ahí y al siguiente se lo había tragado la oscuridad. Su moto rodó sobre el asfalto, soltando chispas.

Caxton pisó el freno y el Hummer viró bruscamente para evitar la colisión. El otro motorista la adelantó y volvió el rostro descompuesto para mirarla. Aunque no tenía los ojos fijos en la carretera, su motocicleta siguió avanzando en línea recta, hacia un cono naranja de tráfico. El cono de PVC estaba diseñado para resistir la peor de las colisiones, pero la motocicleta, no. Esta dio una vuelta de campana y le cayó encima al piloto.

Caxton pisó el freno repetidas veces. Ahora sí podía leer lo que ponía en las señales. Estaban ante un corte total de la carretera y había un desvío de emergencia, pero era imposible que lograra cogerlo. Detrás de ellos, el Hummer clavó los frenos, que soltaron un chirrido.

El coche patrulla estaba derrapando, pero no frenaba tan rápidamente como Caxton (que lo intentaba con toda su alma) habría

querido. La superficie de la carretera estaba cubierta de un polvo terroso que en algunos puntos dejaba entrever un asfalto rugoso debajo. El coche se zarandeaba y botaba, y Arkeley enfundó la pistola. Finalmente, el coche derrapó unos metros más y se detuvo con rechinar de neumáticos. Se zarandeó primero hacia delante y luego hacia atrás, y los dos ocupantes se vieron propulsados contra el cinturón de seguridad. El polvo se arremolinó a su alrededor y fue posándose lentamente en el suelo. Se hizo el silencio.

Frente a ellos había una valla que cortaba la carretera, con caballetes y unas brillantes barreras anticolisión amarillas. Al otro lado, el asfalto estaba arrancado y perforado, y había un agujero de dos metros en el suelo, en cuyo interior se veían varios vehículos de obra manchados de barro, herramientas abandonadas, cajas de suministros y montones de conos. Las ramas de un viejo y retorcido arce plateado se extendían sobre la carretera y sus semillas en forma de hélice cruzaban el aire nocturno.

El faro de Caxton iluminó durante un instante algo enorme y blanco que había en lo alto de las ramas casi desnudas. La agente levantó los ojos y en ese preciso instante aproximadamente una cuarta parte de la masa iluminada se descolgó y les cayó encima como una piedra. Golpeó el capó del coche patrulla con tanta fuerza que Caxton soltó un grito. Cuando se hubo repuesto, miró a través del parabrisas y vio el cadáver de un trabajador de la construcción con un chaleco naranja que le devolvía la mirada, con ojos muertos. Tenía la garganta completamente desgarrada, lo mismo que parte de la clavícula y los hombros. Tenía la piel lívida y en su cuerpo no quedaba ni una gota de sangre.

Antes de que el coche cesara de moverse por el impacto, el vampiro saltó del árbol y aterrizó junto a Caxton. Tan sólo el grueso de la puerta lo separaba del frágil cuerpo de la agente. El vampiro le clavó los ojos y Caxton no pudo apartar la mirada.





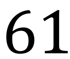


El vampiro medía por lo menos metro noventa y cinco, pero no era tan corpulento como ella había esperado. (Tal vez se había imaginado que todos los vampiros serían tan grandes como Piter Lares). Éste en particular tenía un aire ligero y avispado que recordaba a un depredador: rápido, feroz y perfectamente diseñado. Estaba completamente desnudo y no tenía ni un pelo en todo el cuerpo. Sus orejas eran alargadas y terminadas en punta.

Caxton se quedó mirándolo. El vampiro no parecía tener ninguna prisa, como si supiera que podía matarlos cuando quisiera, en cualquier momento. Tenía los ojos rojos y brillantes y semillas de arce pegadas por todo el cuerpo. Una ligera película de sudor lo cubría de pies a cabeza. La piel, que a Caxton antes le había parecido blanca, tenía en realidad un ligero matiz rosado. Al fin y al cabo, acababa de chuparle la sangre al obrero muerto. El pobre hombre debía de ser el único que quedaba en la obra; puede que se tratara del vigilante nocturno.

El vampiro carraspeó y pareció que quería que Caxton lo contemplara un rato más. ¿Era vanidoso? ¿Quería resultarle atractivo? Y, en todo caso, ¿le resultaba atractivo? Lo mismo que con Malvern en el hospital, a Caxton le daba la sensación de que no irradiaba humanidad. Era curioso; Arkeley, por ejemplo, tampoco le parecía un tipo sensible en exceso y, sin embargo, el agente federal desprendía una especie de aura, una calidez, o quizá tan sólo se tratara de su olor. El vampiro no transmitía nada semejante. Lo único con lo que se le ocurría compararlo era con una estatua de mármol. Sus rasgos y contornos podían estar perfectamente tallados, reproducidos de forma impecable, pero nunca idéntica a un ser humano. Era como el David de Miguel Ángel: perfecto, pero duro y frío. El pene del vampiro colgaba, flácido, entre sus piernas y Caxton se preguntó si le serviría de algo. ¿Encontraba a los humanos atractivos? ¿Existía el sexo entre vampiros?

El vampiro se acercó lentamente hacia el coche y colocó una mano sobre el marco de la ventanilla abierta. Se inclinó para mirar en el



interior y abrió la boca. A la vista quedaron una aterradora hilera de dientes. Caxton percibió un irritante murmullo a su espalda, como el zumbido de un mosquito. El rostro del vampiro se acercó al suyo y el zumbido aumentó de volumen. Era muy desagradable. Caxton se dio cuenta de que se trataba de Arkeley: le estaba diciendo algo, aunque no lograba comprender sus palabras. En realidad, hasta aquel momento Arkeley no había dicho nada que Caxton quisiera oír, de modo que tampoco veía por qué motivo debía prestarle atención ahora.

Las manos del vampiro la rodearon y sus poderosos dedos la agarraron por el cinturón y por la camisa del uniforme. Caxton sintió como si levitara, arrastrada sin remedio por el poder del vampiro. Con un movimiento fluido y algo desagradable, se encontró fuera del coche, colgando de las manos del vampiro. Flotaba, ingrávida, y volvió a sentirse como cuando era una niña; como cuando su padre le levantaba y la llevaba en brazos de un lugar a otro. ¡Qué maravilloso había sido dejarse llevar por aquellos abrazos! ¡Qué placer le había producido ser una muñeca en brazos de su padre!

Volvió a mirar al vampiro, pero éste tenía la cara girada. Caxton frunció el ceño, pues ardía en deseos de que la volviera a mirar una vez más. En la frente del vampiro apareció de pronto un orificio, un boquete negro, enorme y palpitante, del que empezaron a manar fluidos negros y esquirlas de hueso. Un segundo agujero apareció en su mejilla. Caxton vio cómo le estallaba la parte posterior del cráneo y de repente, inesperadamente, estaba cayendo.

¡Zas! Impactó contra el suelo. Sintió un fogonazo de dolor en el brazo, como una descarga.

El golpe contra el suelo le vació los pulmones. Caxton jadeó; no se había dado cuenta de que hubiera estado conteniendo la respiración. De pronto volvía a oírlo todo, aunque hasta ese mismo momento no había sido consciente de estar sorda. Se miró las manos y luego alzó la mirada y vio al vampiro. Aquello no era ninguna estatua de mármol; aquello era una bestia, un monstruo de dientes afilados y ojos inyectados en sangre. Y aquella bestia iba a matarla. En realidad, ya lo habría hecho si Arkeley no le hubiera disparado dos veces a la cara.

—¡Dios! —exclamó Caxton—. ¡Dios!

El vampiro había recibido dos balazos y la había soltado. Estaba herido (y era una herida bastante fea), pero Caxton sabía que no iba a ser suficiente. Se alejó de él gateando. Entonces tuvo un ataque de pánico y a punto estuvo de devolver.

El muy hijo de puta la había hipnotizado. Desenfundó el arma y se volvió para dispararle al corazón, tantas veces como pudiera. Pero apenas le dio tiempo a sacar la automática de la cartuchera, pues en aquel momento la mano del vampiro la agarró por el cuello. Se había

alejado a toda velocidad de él, pero éste la había alcanzado aún más rápido. El vampiro la lanzó por los aires en el preciso instante en el que dos disparos más hacían vibrar el aire de la noche. Caxton estaba volando y en esta ocasión sabía que el golpe al aterrizar le iba a doler. Chocó contra un caballete de color naranja y blanco, que le golpeó justo debajo del ombligo y en la parte superior del muslo. Siguió rodando y rodando, y se golpeó también ambos fémures, que se combaron y a punto estuvieron de astillarse. Intentó detenerse, pero llevaba tanto impulso que salió despedida por encima de la barrera y cayó dentro del agujero que había al otro lado, el lugar donde habían levantado la calzada.

Caxton cayó casi dos metros que parecieron dos kilómetros, con las manos tratando de atrapar el aire desnudo y las piernas agitándose como un molinillo. Aterrizó con estruendo en un charco y el barro casi helado se le metió en los ojos, en la boca y en la nariz. Estuvo a punto de ahogarse, de asfixiarse. Escupió, se llevó las manos a la cara e inspiró tan profundamente que le dolieron hasta las costillas.

Aún seguía viva.

Arriba, más allá de la pared negra de la zanja, resonaron otros dos disparos. Y luego otro más. Caxton esperaba oír un cuarto disparo que nunca llegó. ¿Estaría Arkeley muerto? De ser así, estaba completamente sola en el fondo del hoyo. Se levantó y miró a su alrededor, pero no vio ninguna salida: no había escalera, ni una rampa, ni siquiera una cuerda por la que trepar. Con tiempo, es probable que encontrara una forma de salir; aunque dudaba de que fueran a concederle el tiempo necesario.

Justo cuando estaba pensando en ello, el vampiro apareció en lo alto de la barricada. Inclinó la cabeza y la miró: sus ojos eran dos espejos rojos que recogían la luz de las estrellas y la proyectaban sobre ella. Con una náusea, Caxton apartó la mirada.

—Tú —dijo el vampiro. Tenía una voz grave y pastosa, con un dejo áspero de fondo—. ¿Eres Arkeley?

¿No lo sabía? ¿Había elaborado un plan tan minucioso para cazar al federal pero nadie le había dicho si Arkeley era un hombre o una mujer? Caxton respondió sin pensar.

—Sí, soy Arkeley. —El vampiro le dedicó una mirada escéptica, de modo que intentó convencerlo—. Soy la famosa cazadora de vampiros, chupasangre. Y sí, fui yo quien le arrancó el corazón a tu papá.

Él volvió a mirarla y ella se morí las puntas de los pies. Notaba los ojos del vampiro sobre los hombros, como si dos francotiradores la estuvieran apuntando con las miras láser de sus rifles. Finalmente lo oyó reír; aquella carcajada sonó como el ladrido de un perro al que se le hubiera atragantado un hueso a medio masticar.

—Qué mentirosilla —dijo el vampiro, aún riendo—. Lares no era familiar mío. Tú eres la otra, su compañera. Volveré a por ti —dijo. Y entonces desapareció de su vista.

—Joder —dijo Caxton, que aún no entendía por qué se había querido hacer pasar por Arkeley.

Desde luego, si el vampiro la hubiera creído, habría bajado hasta ella y le habría arrebatado la vida al instante. Sin embargo, tal vez eso le habría dado al verdadero Arkeley la oportunidad de escapar o, por lo menos, de pedir refuerzos. Aquella idea se basaba en la suposición (que carecía de cualquier base fundada) de que el vampiro no había matado ya al federal.

Caxton golpeó las paredes de la zanja con los puños. Aquello sirvió para provocar una lluvia de tierra y de piedras, pero poco más.

—¡Mierda! —gritó.

Como si del eco se tratara, se oyó otro disparo, aunque en esta ocasión provenía de una dirección distinta.







CAPITULO 12

—¡Alto ahí! —gritó alguien y se oyó una descarga cerrada—. ¡Policía estatal! —Y entonces se escucharon unos gritos horribles.

La zanja estaba repleta de niveladoras y material de carretera. Caxton revolvió las cajas de herramientas en busca de algo que le sirviera para regresar a la superficie. Los refuerzos que Arkeley había pedido mientras los siervos los perseguían estaban finalmente ahí. Los agentes habían llegado, pero estaban siendo víctimas de una carnicería.

Dos rayos de luz sobrevolaron la cabeza de Caxton; ahí arriba alguien había encendido los faros de un coche. El vampiro debía de estar justo en medio del haz de los focos. Caxton lo oyó gemir de dolor y lo vio aparecer de nuevo en el borde de la zanja. En esta ocasión su silueta se recortaba sobre la luz que acababa de encenderse y se cubría los ojos con el antebrazo izquierdo. Con los dedos crispados de la mano izquierda, el vampiro sostenía por el cabello una cabeza humana degollada y aún pegada a un pedazo de cuello. Caxton rogó en silencio que no se tratara de la cabeza de Arkeley.

El vampiro tenía la espalda perforada por las balas que lo habían atravesado, cientos de agujeros de donde emergían pedazos de tejido translúcido e inerte. Se tambaleó hasta quedar en cuclillas encima de la barricada, aullando de dolor. Caxton apuntó y le disparó en la espalda.

El vampiro soltó la cabeza y bajó el brazo. Entonces cayó de espaldas como un árbol recién talado. Cuando su enorme cuerpo golpeó el fondo de la zanja, el pavimento se resquebrajó.

Caxton recordaba perfectamente el informe de Arkeley. Sabía que si a un vampiro no se le destrozaba el corazón, se levantaría de nuevo. Tan sólo le quedaban unos segundos. Las balas no tendrían ningún efecto; aunque le vaciara el cargador en el pecho no podría estar segura de que le había dado de lleno. Miró a su alrededor, hacia las cajas de herramientas, y encontró lo que buscaba. Alguien se había dejado un montón de estacas en la zanja, los típicos bastones de

madera que utilizan los topógrafos para marcar el trayecto de una autopista nueva. Caxton recogió del suelo la angulosa estaca de madera sin pulir y manchada de barro; medía casi dos metros de largo y cuatro centímetros de grosor. Tenía incluso una banda naranja fosforescente en el extremo romo, como la banderola de una lanza. Caxton sujetó la estaca con las dos manos y la alzó por encima de su cabeza para coger impulso.

La descargó con todas sus fuerzas, con el extremo afilado contra la caja torácica, contra aquella piel pálida que parecía mármol pulido. Fue como golpear una roca. La estaca vibró y sus largas astillas se clavaron en el tejido carnoso de la mano de Caxton. La punta afilada se partió por la mitad, retorcida, destrozada.

Caxton retiró los escombros de encima del cuerpo del vampiro pero en su piel había tan sólo un diminuto punto rosa justo en el lugar donde lo había apuñalado.

—Tiene la piel más resistente que el acero —le dijo Arkeley.

Caxton alzó la mirada y vio la cabeza y los hombros de Arkeley asomar por encima de la barricada. Tenía un rasguño de los buenos en la mejilla, pero por lo demás parecía intacto. Caxton se quedó quieta durante unos segundos, anonadada; Arkeley descendió hasta el fondo de la zanja y se acercó a ella. A Caxton no se le ocurrió pedirle que la sacara de allí hasta que fue demasiado tarde.

El vampiro no se movía y tampoco respiraba. Era un pedazo de carne muerta y su aspecto resultaba mucho más natural en esas condiciones. Caxton se llevó la mano a la boca e intentó sacarse una astilla con los dientes.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Caxton al tiempo que la sangre brotaba de la base de su pulgar. En la oscuridad apenas pudo ver cómo goteaba la herida y salpicaba uno de los pies del vampiro.

El efecto, sin embargo, fue inmediato y fugaz. El vampiro se levantó, con la boca muy abierta. Se abrió paso hacia ella por entre la cerrada oscuridad del fondo de la zanja, como una criatura salida de las profundidades marinas capaz de tragársela entera. Caxton empezó a gritar al tiempo que se apartaba de su camino. Aunque daba igual cuánto corriera: el vampiro era mucho más rápido.

Afortunadamente para ella, Arkeley no había bajado la guardia en ningún momento. El agente disparó una de sus balas dum-dum justo en la boca del vampiro y le rompió un buen puñado de dientes. Apenas pareció haber dañado al monstruo, pero sirvió para que éste se desviara ligeramente. El vampiro se abalanzó sobre Caxton, pero no la alcanzó por poco.

—Ayúdeme —le pidió Arkeley. Caxton se levantó lentamente, temblando aún del susto—. No podré aguantarlo mucho tiempo más —gritó.

Aquellas palabras despertaron a Caxton, que finalmente pasó a la acción. Arkeley disparó dos balas contra el cuerpo del vampiro. Caxton pensó que su compañero debía de estar a punto de quedarse sin munición.

Al menos había logrado contener al vampiro. El monstruo cayó de rodillas en el barro, con los puños cerrados clavados en el suelo y la cabeza agachada. Cuando empezó a levantarse de nuevo Arkeley le disparó otro tiro. Al principio tenía trece balas en el cargador; ¿Cuántas le quedarían ahora?

Caxton echó un vistazo a las herramientas que había a su alrededor, pero enseguida supo que no les servirían. Corrió hacia el final de la zanja y encontró justo lo que buscaba. Se trataba de un pequeño vehículo compacto con el asiento del conductor al descubierto y un sencillo cambio de marchas con tres posiciones. Servía para trazar estrechos surcos sobre el cemento o el asfalto. Por esa razón, en la parte delantera había una rueda de un metro de ancho ribeteada con unos feroces dientes de acero reluciente. En el lateral del vehículo podía leerse el nombre del fabricante pintado en letras negras: DITCH WITCH. Caxton montó de un salto en el asiento del conductor y pulsó el botón de arranque.

El vehículo no respondió. La agente golpeó el panel de control con un gesto de frustración cuando se dio cuenta de que no había ninguna llave en el contacto. Habían inmovilizado la máquina, probablemente para que los adolescentes no la robaran durante la noche para dar una vuelta y destrozar la carretera.

Arkeley disparó de nuevo pero el vampiro ya estaba de pie. Se tambaleó hacia delante y hacia atrás, y entonces dio un paso hacia el federal. A cualquiera le hubiera resultado imposible recibir tanto daño, sufrir tantos traumatismos, y aun así poder andar; pero su oponente lo estaba haciendo. Estaba a unos dos metros de Arkeley. Recortaría esa distancia en unos segundos.

Caxton agarró la palanca de cambio de la DITCH WITCH y la puso en punto muerto, acto seguido soltó el freno de mano. Saltó del vehículo, se colocó detrás y lo empujó. El suelo tenía un ligero desnivel y la aparatosa máquina de construcción empezó a deslizarse hacia delante lenta e inexorablemente. Caxton desenfundó la pistola y disparó a la cabeza del vampiro, un tiro tras otro; le reventó los ojos, la nariz, las orejas.

El vampiro se rió de ella, de la futilidad de sus disparos. Sus ojos hechos añicos se regeneraban ante la mirada atónita de Caxton, que vio cómo sus cuencas resquebrajadas se iban rellenando. Con todo, durante uno o dos segundos, que fue el tiempo que tardó en curarse, estuvo cegado. No pudo ver la DITCH WITCH deslizarse hacia él hasta que fue demasiado tarde.

La rueda dentada le perforó el muslo y la ingle. El vampiro cayó de espaldas y la potente máquina se paró con gran estruendo justo encima de él, de modo que quedó inmovilizado en el suelo. Trató de incorporarse, intentó levantar el peso de la máquina, pero no tenía la fuerza necesaria para alzar a plomo un vehículo de media tonelada.

—¡Eh! —gritó alguien. Caxton alzó la mirada y vio a un agente de policía en el borde de la zanja, sobre la tenue luz pudo distinguir la silueta de su sombrero de ala ancha—. ¡Oigan! ¿Se encuentran bien?

—¡Conecte la corriente! —gritó Arkeley—. ¡Por ahí tiene que haber un interruptor principal! ¡Conecte la corriente!

El agente desapareció. Un instante después oyeron el ruido de un generador eléctrico al encenderse, que pronto se convirtió en un rugido vibrante. Caxton no tenía ni la menor idea de lo que Arkeley se traía entre manos. Un agente colocó un foco portátil en la barricada e iluminó la zanja con una potente luz blanca que obligó a Caxton a apartar la mirada. El vampiro, que aún intentaba zafarse de la máquina, aulló como si fuera una bestia herida. No les gustaba la luz, dedujo Caxton. Después de todo eran criaturas nocturnas. Tenía sentido.

Arkeley se dirigió dando tumbos hacia las cajas de herramientas. Encontró lo que necesitaba y lo enchufó en una caja de empalmes. Caxton apenas podía creerlo; Arkeley se acercó al vampiro con un martillo eléctrico en las manos.

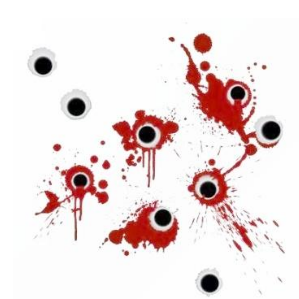
Colocó la broca sobre el pecho del vampiro, justo a la derecha de su pezón izquierdo, el mismo lugar donde Caxton lo había golpeado con la estaca de madera. Arkeley puso el martillo en marcha y se apoyó en él con todo su peso. La piel del vampiro ofreció resistencia durante un instante, pero pronto se agrietó y unos fluidos vítreos (nada de sangre, por supuesto) manaron de la herida. Al tiempo que la broca del martillo se hundía por entre las costillas del vampiro, el monstruo comenzó a retorcerse y a temblar, pero Arkeley no retrocedió ni un solo centímetro. De la herida saltaron primero jirones de piel y luego pedazos de tejido muscular que parecían pollo hervido (pues ambos eran carne blanca). El vampiro chilló y, a pesar del traqueteo de la herramienta eléctrica, Caxton distinguió el grito a la perfección. De pronto, todo había terminado. La cabeza del vampiro cayó hacia atrás y se le abrió la boca; estaba muerto. Muerto de verdad. Arkeley dejó el martillo eléctrico en el suelo e introdujo las manos desnudas en la cavidad torácica del vampiro, con el fin de examinar el contenido y asegurarse de que el corazón estaba realmente destruido. Finalmente retiró las manos y se sentó en el suelo. El cuerpo yacía ahí tendido, inerte, convertido en un objeto, como si nunca hubiera sido una persona.

Los agentes los rescataron de la zanja y Caxton vio lo que había sucedido en la superficie durante su ausencia. Dos docenas de

agentes de la policía estatal habían acudido a aquel lugar para ayudarla. Cinco de ellos habían muerto, sus cuerpos estaban hechos añicos y la sangre se había consumido. Los conocía a todos de vista, aunque por fortuna pertenecían a una unidad distinta de la suya, a la Unidad H, mientras que ella formaba parte de la Unidad T. Caxton no los llamaría exactamente amigos. Al pasar junto a los cuerpos sintió un mareo y se le encogió el alma; era incapaz de asimilar lo sucedido.

Caxton apenas tenía conciencia del estado de su cuerpo cuando la dejaron en el asiento trasero de un coche patrulla y le preguntaron si necesitaba atención médica. Un enfermero le examinó las heridas y los agentes supervivientes le formularon una infinidad de preguntas sobre lo ocurrido, sobre la persecución en coche, sobre el vampiro y sobre el número de balas que había disparado. Caxton abría la boca y, para su sorpresa, la respuesta salía sola. Se encontraba en estado de shock, una sensación parecida a la que sintió cuando el vampiro la hipnotizó, pensó.

Finalmente la dejaron marcharse a casa.





Es connatural a los vampiros
proliferar y multiplicarse,
aunque siempre según unas reglas
determinadas y fantasmales.

Carmilla,
JOSEPH SHERIDAN LE FAU







Por la mañana, cuando el sol entraba ya por la ventana. Caxton se levantó sin despertar a Deanna y se vistió con lo primero que encontró. Dentro de la casita hacía un frío helado y había escarcha en el jardín. Puso en marcha la cafetera, la dejó hirviendo y silbando, y se fue a darles de comer a los perros. El vaho de la respiración de los animales salía por entre los barrotes de sus jaulas. Cuando Caxton entró en la caseta empezaron a aullar; el antiquísimo aullido del lebrel, un inconfundible trino ahogado y atonal, diferente al de cualquier otro perro. A Caxton le pareció una sinfonía. Se alegraban de verla. Les abrió las jaulas y los dejó corretear un rato por la hierba húmeda, aunque ninguno de los dos parecía interesado en poner a prueba los límites de la Valla Invisible y se conformaban con permanecer dentro del pequeño jardín bordeado por unos árboles tocados por la quietud invernal. Caxton observó cómo jugaban y se mordisqueaban el uno al otro, cómo se perseguían; era el mismo juego con el que los perros llevaban entreteniéndose desde hacía más de cien mil años y en el que ninguno había ganado aún. Caxton se sentía sorprendentemente bien, tan sólo tenía las costillas y los brazos algo entumecidos por la caída de la noche anterior, y varios moretones por todo el cuerpo de cuando el vampiro la había sacado del coche. Pero en general se sentía bien, sana y como si hubiera conseguido algo.

Por eso se quedó un poco turbada cuando se puso a llorar. No lo hizo con sollozos incontenibles, las lágrimas simplemente brotaban de sus ojos y parecía que no fueran a parar. Se las secó, se sonó y sintió que le daba un vuelco el corazón.

—¿Cariño? —le dijo Deanna, de pie en la puerta trasera; iba prácticamente desnuda, llevaba tan sólo una camiseta de tirantes que cubría apenas lo exigido por la ley. Tenía el pelo rojizo de punta como siempre al levantarse y temblaba. Nunca la había vista tan hermosa como en aquel momento—. ¿Qué pasa, cariño?

Caxton quería acercarse a ella, agarrarla por la cintura y darle un buen achuchón, pero no pudo. No podía dejar de llorar.

—No pasa nada. En serio, no tengo ni idea de por qué estoy llorando. No estoy ni triste ni… ni nada, de verdad.

Se enjugó las lágrimas con la mano. Debía de ser una reacción retardada al estrés; les habían hablado de ello en la academia y habían insistido en que, en el fondo, no eran más fuertes que un civil. Como todos los demás de la clase, Caxton pensó: <<Sí, vale>>, y se pasó el resto del seminario durmiendo. Ella era fuerte, era un <<soldado de la ley>>. Pero no podía dejar de llorar.

Deanna cruzó el jardín —el rocío le mojaba los dedos de los pies—, la abrazó y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Hay un tipo en la puerta que quiere verte. ¿Quieres que lo eche?

—A ver si lo adivino: es un tipo viejo, arrugado como una pasa y con una estrella plateada en la solapa.

Caxton apartó sin prisas a Deanna. Entonces, con dos dedos, se dio un pellizco en el antebrazo. Sintió un dolor repentino y las lágrimas cesaron en seco.

En la puerta delantera, Arkeley esperaba paciente. Su boca era una ranura carente de toda expresión. Sin embargo, al ver a Deanna se le iluminó el rostro. Ésta le abrió la puerta, lo invitó a pasar a la cocina y le ofreció una taza de café. Caxton se mantuvo a una cierta distancia para que Arkeley no viera que tenía los ojos irritados.

Éste sonrió aún más pero sacudió la cabeza.

—No puedo tomar café, me provoca úlceras. Buenos días, agente.

Caxton le dedicó una inclinación de cabeza.

—No esperaba verle por aquí —dijo—. Creía que después de lo de anoche habíamos terminado.

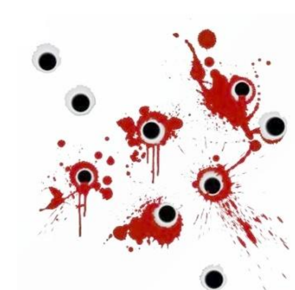
Arkeley se encogió de hombros.

—Mientras nosotros estábamos ocupados pasándolo bien, otros se dedicaban a realizar tareas policiales de verdad. Las huellas dactilares, los registros dentales de los siervos y demás muestras no han permitido aún la identificación del vampiro, ni siquiera contamos con un nombre, pero lo que sí tenemos es esto.

Le tendió una página impresa. Caxton vio enseguida que se trataba de una ficha del registro nacional de matriculación de vehículos. Era el número de matrícula del Cadillac CTS con el que se había iniciado la investigación sobre vampiros, el coche lleno de cadáveres que el siervo con un solo brazo había dejado abandonado. En la ficha constaban el nombre y todas las direcciones conocidas del propietario del vehículo.

—¿Es nuestro vampiro? —preguntó Caxton.

Arkeley sacudió la cabeza.



—Nuestra teoría es que se trata de la víctima, la del maletero. No logramos identificar sus huellas dactilares, pero sí las de su hijo. Además, los grupos sanguíneos de los cuerpos del coche sugieren que estaban todos emparentados.

—¿Cómo puede ser que un niño tenga sus huellas dactilares en el registro? —preguntó Deanna arrugando la nariz—. Yo creía que sólo se les tomaba las huellas a los detenidos.

Echó cereales en un cuenco pero no se tomó la molestia de añadir leche. En aquella casa el desayuno era una ceremonia bastante informal.

—Hace ya unos años que les tomamos las huellas a los niños —le explicó Caxton—. Ayuda a identificarlos si los secuestran; por lo menos eso es lo que les contamos a los padres. También significa que tendremos fichada a la práctica totalidad de la siguiente generación de delincuentes cuando comiencen a infringir la ley.

Aunque nadie se lo había indicado, Arkeley se sentó en una de las sillas de Ikea que había alrededor de la mesa de la cocina. Caxton se fijó en que adoptaba la misma postura incómoda que le había visto siempre que se sentaba en una silla. Arkeley debió de percibir su expresión interrogante.

—El caso Lares estuvo a punto de acabar conmigo —explicó—. Me tuvieron que unir tres vértebras. Y la última noche no fue nada fácil para mí.

Caxton frunció el ceño y estudió el documento impreso. En éste constaba que el propietario del coche se llamaba Farrel Morton y que el tipo poseía una cabaña de caza cerca de Caernarvon. Aquel lugar quedaba más o menos cerca del punto en el que habían situado el control de alcoholemia dos noches antes. Las piezas encajaron al instante.

—Dios mío. Llevó a sus hijos de cacería y la familia entera terminó siendo devorada. Luego el siervo le robó el coche.

—Hemos encontrado restos humanos en la cabaña de caza. Muchos restos —puntualizó Arkeley.

Deanna pateó el suelo con los pies descalzos.

—¡En esta cocina no se habla de trabajo, joder! —exclamó. Era un grito de guerra habitual, pero Caxton se estremeció.

—Tiene razón —dijo Arkeley—. Ya habrá tiempo luego para los detalles escabrosos.

Él y Deanna intercambiaron una mirada de absoluta complicidad que hizo que Caxton volviera a estremecerse: a ella Arkeley nunca la había mirado de aquella forma. Tal vez no debería haberle importado, pero lo importaba.

—Menuda compañera tiene, agente —dijo Arkeley, que se levantó con evidentes gestos de dolor—. ¿Llevan juntas mucho tiempo?

—Casi cinco años —respondió Caxton—. ¿Nos vamos? Debemos llegar a la escena del crimen mientras esté fresca.

Seguramente no iba a servir de mucho ahora que el autor de la masacre estaba muerto, pero el trabajo policial tenía una serie de normas que había que observar.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Arkeley.

Caxton se quedó de piedra. En unos segundos debía decidir si quería que aquel tipo tuviera acceso a su vida privada o no. Los asuntos policiales y la lucha contra los vampiros eran importantes, desde luego, pero aquello era su casa, sus perros, su Deanna; aquélla era la parte de su vida que no mostraba a nadie, si siquiera a los agentes que trabajaban con ella. Aunque también era cierto que nunca antes había tenido un compañero. Arkeley iba a serlo, por lo menos hasta que finalizara la investigación, y se suponía que a tu compañero le tenías que invitar a cenar a tu casa y cosas así. Además, ahora que el vampiro estaba muerto, Arkeley iba a marchar pronto. Caxton decidió que el peligro que entrañaba abrirle la puerta de sus vidas era mínimo.

—A veces rescato lebreles —explicó Caxton—. Del canódromo. Cuando uno de los animales se lesiona o cuando está ya viejo, lo sacrifican. Yo les ofrezco una opción más humana, salvo a los perros y los educo para convertirlos en animales de compañía. Es una afición cara, pues la mayoría de los perros a los que rescato están heridos o enfermos y necesitan de cuidados médicos. Deanna trabajo como técnica veterinaria y solía robar pastillas contra la dirofilariasis y varas antirrábicas para mí. En realidad la terminaron despidiendo por eso.

Deanna se inclinó sobre uno de los armarios de la cocina y levantó una pierna al aire.

—Da igual, el trabajo era una mierda. No parábamos de sacrificar a animales porque la gente no quería pagar los tratamientos.

—Imagino que eso debe de ser descorazonador —dijo Arkeley con voz tranquilizadora y comprensiva; las facciones de Deanna adquirieron un tono radiante.

A Caxton se le revolvieron las tripas de celos.

—Ahora se dedica al arte.

—¡Ajá, lo sabía! —exclamó Arkeley—. Tiene manos de artista.

Deanna las agitó y se rió.

—¿Quiere ver la obra en la que estoy trabajando? —le preguntó.



—Ay, no sé, cariño —le dijo Caxton, que se volvió hacia Arkeley—. Es arte contemporáneo. No a todo el mundo le gusta Oiga, si quiere le enseño mis perros. Los perros le gustan a todo el mundo, ¿no?

—Si están detrás de una valla sí, desde luego —respondió Arkeley—. Es que no soporto que me laman. Aunque, sinceramente, agente, me encantaría ver las obras de arte de su compañera.

Así pues, no había más remedio que ir al cobertizo de Deanna. Ésta se puso los zapatos y un grueso abrigo de invierno, cruzó el jardín y abrió el candado de combinación. Caxton y Arkeley la siguieron con paso más lento.

—¿Se puede saber a qué coño viene todo esto? —preguntó Caxton en cuanto le pareció que Deanna ya no los iba oír.

Arkeley no se ando con rodeos.

—Siempre hay que hacerle un poco la pelota a la mujer de tu compañero; así te invita a cenar más a menudo —le dijo.

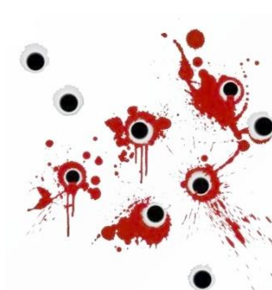
Entraron en el cobertizo con las mejillas coloradas. Todo parecía indicar que iba a ser un día muy frío. Caxton se apartó y se apoyó en una de las paredes del cobertizo, profundamente avergonzada. Le quemaban las mejillas y no era sólo por el clima.

Deanna seguía tan impertérrita como siempre. Le enseñaba su trabajo a todo el mundo, por poco dispuestos que se mostraran a verlos. Por lo general recibía un silencio de cortesía por respuesta. Había quienes calificaban su trabajo de ‹‹interesante›› o ‹‹atractivo›› para luego enzarzarse en una disquisición sobre la doctrina del cuerpo y las teorías post feministas hasta que se quedaban sin fuelle. A Caxton, las personas que apreciaban con franqueza la obra de Deanna le asustaban; tenía la sensación de que a todos les faltaba un tornillo y, lo que era peor, la obligaban a plantearse si la propia Deanna era normal.

Arkeley dio una vuelta por el interior del cobertizo al tiempo que lo observaba todo con atención. Había tres sábanas blancas (de cama de matrimonio) colgadas de las vigas, con medio metro de separación entre ellas. Se agitaban con suavidad en el aire frío y ligero del interior del cobertizo, iluminadas tan sólo por la luz del sol matinal que entraba por la puerta. Cada sábana estaba manchada con cientos de marcas casi idénticas, vagamente rectangulares, todas ellas del mismo tono cobrizo. Hacía tanto frío que no se olía nada, pero incluso en los días de la canícula veraniega las marcas desprendían tan sólo un vago olor a hierro.

—Sangre —anunció Arkeley cuando hubo inspeccionado las tres sábanas.

—Sangre menstrual —puntualizó Deanna.



«Ha llegado el momento», pensó Caxton; «el momento en el que Arkeley, con una mueca de asco, le dice a Deanna que es una friqui». Había pasado otras veces, muchas. Pero no fue ésa su reacción, sino que continuó estudiando las sábanas, ladeando la cabeza y fijándose en cada detalle. Cuando al cabo de un minuto aún no había dicho nada, Caxton empezó a ponerse nerviosa. Deanna parecía turbada.

—Se trata de mostrar algo oculto —dijo de pronto Caxton, y los dos se la quedaron mirando—. De coger algo que normalmente está escondido y que se elimina en secreto, y exponerlo a la vista de todos.

Caxton se fundió al ver el orgullo reflejado en el rostro de Deanna. Sin embargo, la presencia de su compañero de trabajo y de su compañera sentimental la obligaba a hacer malabarismos. No podía permitir que Arkeley viera en ella ningún signo de debilidad y mucho menos allí en su casa, en su santuario.

Arkeley se llenó los pulmones.

—Tiene fuerza —dijo al fin.

No intentó interpretarlo, y eso era bueno. Tampoco intentó encontrarle una explicación.

Deanna le dedicó una reverencia.

—He tardado varios años en llegar a este punto y aún no he terminado, ni mucho menos. Hay un tío en Arizona que está haciendo algo similar, lo vi hace un tiempo en el festival Burning Man. Utiliza cualquier tipo de sangre y admite contribuciones de quien sea. Esto es todo mío. Bueno, Laura ha colaborado varias veces.

Caxton sacudió las manos.

—Vale, ya tiene bastante información —estalló de pronto. Se le había escapado. Los dos se la quedaron mirando pero ella se limitó a sacudir la cabeza.

—Tal vez vaya siendo hora de que nos dirijamos a la escena del crimen —sugirió Arkeley.

Nunca se había alegrado tanto de recibir una orden.







—¿Y qué hay de los ajos? —preguntó Caxton. Bajo la luz del día los árboles que había a ambos lados de la autopista tenían un aspecto mucho menos amenazador.

Se dijo que el hecho de que el vampiro estuviera muerto también ayudaba. Había aún varios siervos sueltos (por lo menos el conductor del Hummer H2 que los había embestido, o aquel otro al que le faltaba un brazo y que le había dado un susto de muerte), pero desde luego iba a resultar mucho más fácil rodearlos y apresarlos ahora que su amo había desaparecido. El vampiro estaba muerto y el mundo parecía un lugar mejor. Finalmente Caxton empezaba a sentir curiosidad, ya que hasta ahora se había mantenido a raya porque temía las respuestas a sus preguntas. Ahora, en cambio, le parecían inofensivas, académicas.

—¿Sirven los ajos para ahuyentar a los vampiros?

Arkeley resopló.

—No. En el año noventa y tres hice un pequeño experimento improvisado con Malvern. Llevé un tarro con ajo picado a su habitación y, cuando Armonk no miraba, se lo eché por encima. La dejé hecha un asco e hice que se cabreara, pero no, no sufrió ningún daño perdurable. Podría haber sido mayonesa y el efecto habría sido el mismo.

—¿Y qué me dice de los espejos? ¿Se reflejan en los espejos?

—Por lo que le he oído contar, en los buenos tiempos a Malvern le encantaba mirarse en ellos. Y también sabemos con seguridad que el aspecto que tiene ahora no le gusta. —Se encogió de hombros—. Aunque supongo que algo de verdad sí hay en esa creencia. Los viejos vampiros rompen todos los espejos que ven; los más jóvenes, en cambio, los ignoran.

—En su informe descarta también las cruces. ¿Qué me dice del agua bendita, de las hostias consagradas y…? Demonios, no sé. ¿Qué hay



de las otras religiones? ¿La estrella de David, las estatuas de Buda? ¿Huyen los vampiros de un ejemplar del Corán?

—Nada de eso funciona. No adoran a Satanás (y sí, se lo he preguntado), y no practican la magia negra. Son seres contra natura, pero si eso los convierte en impuros a los ojos de Dios no parece que a ellos les afecte demasiado.

—¿Y la plata? —aventuró Caxton—. ¿O eso eran los hombres lobo?

—Originalmente era con los vampiros. Nadie ha visto a un hombre lobo desde hace más de doscientos años, o sea que no puedo hablarle de sus puntos débiles. En cuanto a los vampiros, la plata no les afecta en absoluto.

Arkeley se removió en el asiento del pasajero. Parecía mucho menos flexible que el día anterior; Caxton imaginó que enfrentarse a los vampiros le provocaba un gran desgaste.

—Probamos todas esas cosas con Malvern durante los primeros años, antes de que Armonk empezara a adorarla y quejarse de que también ella tenía sus derechos. Descubrimos que detesta la luz; no la hace arden en llamas, pero le provoca dolor. Y eso es aplicable a casi cualquier luminosidad. Tiene que dormir durante el día, no hay forma de mantenerla despierta. Su cuerpo cambia literalmente mientras luce el sol, cualquier daño que haya sufrido durante la noche anterior cicatriza. Algún día tendrá que venir a ver la metamorfosis. Es asqueroso pero fascinante.

—No, gracias —respondió Caxton—. Cuando se cierre este caso no quiero saber nada más de monstruos. Podrá conservar su título como el único cazador de vampiros estadounidense. Creo que yo seguiré con los controles de alcoholemia y los accidentes de tráfico. Y, dígame, ¿cómo se generan todas esas historias si no son ciertas?

—Muy fácil: a nadie le gustan las historias con final infeliz. Hasta el siglo pasado, con la llegada de las armas de fuego de precisión, no fuimos capaces de plantarles cara a los vampiros. Sin embargo, poetas y escritores decidieron cambiar los detalles de la historia para no deprimir a sus lectores con lo horrible que podía llegar a ser el mundo.

—Pero si podían compararlo con la realidad….

—Se trata precisamente de eso: no los comparaban —dijo Arkeley con un suspiro—. Cada vez que aparece un vampiro, la gente dice lo mismo: <<¡Yo creía que se habían extinguido!>>. Eso es así porque en el mundo nunca hay más que un puñado de ellos al mismo tiempo. Y gracias a Dios que es así. Si fueran más numerosos y estuvieran mejor organizados, estaríamos muertos.

Caxton frunció el ceño y se esforzó en no pensar demasiado en esa posibilidad. No dijo nada más en todo el trayecto hasta Caernarvon,

donde se encontraba la cabaña de caza. A Arkeley se le daban bien los silencios, algo que Caxton empezaba a apreciar. Había cosas de las que era mejor no hablar.

Al llegar a la cabaña de caza encontraron coches patrulla de tres jurisdicciones distintas aparcados en un campo cubierto de hierba: de la policía estatal, del sheriff del condado y también del único policía local del lugar, un hombre de mediana edad con uniforme azul oscuro que se encontraba junto al vehículo con cara de estar a punto de vomitar. Técnicamente era el responsable de la escena del crimen; por eso fue él quien tuvo que autorizar el acceso a Caxton y Arkeley, que esperaron hasta que estuvo en condiciones de comprobar su documentación.

—¿Cree que lo soportará? —le preguntó Arkeley a Caxton. No lo dijo en tono de desafío, aunque así fue como ella se lo tomó—. No va a ser nada agradable.

—He raspado del asfalto a niñas que venían del baile de graduación, tipo duro —replicó—. He arrancado dientes del salpicadero para poder compararlos con los registros dentales.

Arkeley respondió a su bravata con una sonrisita mordaz.

A quince metros de distancia no parecía que tuviera tan mal aspecto. La cabaña en sí era una construcción más elaborada de lo que había esperado. Se encontraba junto a un arroyo, a la sombra de unos sauces altísimos. La mayoría de cabañas que Caxton había visto tenían una estructura sencilla, con un empinado tejado a dos aguas que evitaba que se derrumbaran bajo el peso de la nieve en invierno. En cambio, la casa de Farrel Morton era más bien un pabellón de caza. El edificio tenía una espaciosa estructura principal con numerosas ventanas de la que salía un ala más nueva y lo que Caxton, a juzgar por las chimeneas y respiraderos, imaginaba que era una cocina adosada. En la parte delantera de la cabaña había un porche bien surtido de mecedoras de madera tallada y aún con corteza. Debajo del tejado, Morton había colocado una insignia contra maleficios, uno de los antiguos amuletos que los ‹‹Pensilvania Dutch››[1] usan para protegerse del mal.

Al parecer no había servido de mucho. Había varios policías con la camisa del uniforme desabrochada y sin sombrero haciendo agujeros en el patio de la cocina; tampoco hacía falta que perforaran demasiado.

---

[1] Comunidad descendiente de los inmigrantes alemanes que llegaron a Pensilvania en los siglos XVII y XVIII y que incluye varios grupos religiosos (como los maíz y los menonitas). El nombre ‹‹*Dutch*›› (holandés) tiene su origen en una confusión: con la palabra alemana ‹‹*Deutsch*›› (alemán). (N. de los t.)

—Yo creía que todas las víctimas de los vampiros regresaban como siervos —dijo Caxton al ver la montaña de huesos y carne corrompida que había salido de uno de esos agujeros. La caja torácica temblaba por culpa de los gusanos. Caxton tuvo que apartar los ojos. Aquello era peor que los accidentes de tráfico. Por lo menos, las víctimas que veía en la carretera eran recientes y tenían un color normal. Éstas, en cambio olían mal. Muy mal.

—Sólo si el vampiro les ordena que vuelvan de entre los muertos —explicó Arkeley—. Éste en concreto no necesitaba demasiados sirvientes, especialmente si pretendía pasar desapercibido. Los siervos no se camuflan tan bien como los vampiros. Estaba sediento de sangre, por lo que cada vez se cobraba más víctimas, pero tampoco quería treinta esclavos a su alrededor que se dedicaran a llama la atención.

—Yo más bien diría cien, contando los de dentro —intervino el policía local. Seguía estando amarillento, pero llevaba su documentación en la mano; se la devolvió y los dejó entrar en la casa.

Cuando vio la cocina, Caxton casi deseó que les hubiera denegado la entrada. La escena allí dentro no tenía ningún sentido y su cerebro se negaba a aceptar lo que veía. Además, el olor seguía volviéndola loca. Olía mal, muy, muy mal, pero lo peor era que nunca hubiera creído que pudiera existir un olor así. Su cerebro reptiliano sabía que olía a muerte y la espoleaba a marcharse de allí. Caxton notó cómo éste se retorcía en la base del cráneo, como si intentara escabullirse por la columna vertebral.

Decidió concentrarse en los detalles para así no tener que ver la situación general. No resultaba fácil. Por todas partes había policías con uniformes distintos, que iban de un lado a otro recogiendo pruebas y metiéndolas en bolsas, haciendo su trabajo. Pero Caxton apenas lograba distinguirlos de los huesos. Más que una casa, aquello era una cripta. Había huesos clavados en las paredes, como si formaran partes de la decoración, encima del esmalte blanco del horno y dentro de los armarios. Alguien se había dedicado a clasificarlos en cráneos, pelvis, costillas y extremidades.

—Trastorno obsesivo-compulsivo —susurró Caxton.

—Pues mire, ésa sí podría ser una leyenda real —respondió Arkeley—. En la Europa del Este solían esparcir semillas de mostaza alrededor del ataúd de un vampiro. Creían que el monstruo iba a tener que contarlas todas antes de actuar, de modo que si dejaban suficientes, tendría que estar contando hasta el amanecer. No tenemos demasiada información sobre qué hacen los vampiros y los siervos cuando no cazan. Sabemos que no ven la televisión porque los desconcierta. No entienden nuestra cultura y tampoco les interesa. A lo mejor tienen sus propios pasatiempos; a lo mejor se dedican a clasificar huesos.

Caxton se dirigió a la sala principal, en principio para poder alejarse de todos aquellos huesos, pero lo que encontró allí era aún peor. Se agarró el estómago con las dos manos y no lo soltó. Había un sofá y tres sillas de aspecto realmente cómodo dispuestos en un semicírculo alrededor de una gran chimenea. Sentados había varios cuerpos humanos en diversos estados de descomposición, como si estuvieran posando. Algunos tenían los brazos sobre los hombros de otros, o estaban inclinados hacia delante, apoyados sobre los codos. Estaban atados con alambre para que se mantuvieran derechos y en posturas naturales.

—Dios. —Era demasiado, no tenía ningún sentido—. No lo entiendo. El vampiro se comió a toda esta gente pero conservó sus cuerpos. Entonces mató a Farrel Morton y a sus hijos y decidió que tenía que esconder los cadáveres. ¿A qué se debió ese cambio repentino? ¿Por qué Morton era distinto?

—Alguien podía echarlo de menos —terció una voz.

Era la fotógrafa de la oficina del sheriff, una asiática con un largo flequillo que le caía sobre la frente. Caxton la había visto ya en alguna ocasión, en la escena de un crimen o en algún lugar parecido.

—Por lo que sabemos hasta ahora, todas las víctimas encontradas en la casa son varones latinos e hispanos entre quince y cuarenta años.

Aunque parezca una mentira, fue Arkeley quien le dirigió una mirada confusa.

—¿Y eso qué significa? —preguntó.

Le había llegado a Caxton la hora de marcarse un tanto. Su náusea se desvaneció debido a su necesidad de impresionarle.

—Significa que se trataba de trabajadores inmigrantes: mexicanos, guatemaltecos, peruanos… Llegan cada año para trabajar en los invernaderos de champiñones o recoger fruta en los campos. Van de ciudad en ciudad siguiendo la temporada de recolección y pagan cuanto compran en efectivo para no dejar rastro sobre papel.

—Inmigrantes ilegales —dijo Arkeley, y asintió con la cabeza—. Tiene sentido.

—Es muy hábil —dijo la fotógrafa. Parecía enfadada, incluso cabreada. Caxton sabía que algunos policías transformaban el miedo y el asco en ira. Eso los ayudaba a hacer su trabajo. La fotógrafa alzó al a cámara y sacó tres fotos rápidas de una pelvis descuartizada que había encima de la mesita del café. Alguien la había utilizado como cenicero—. Hábil de cojones. Nadie les sigue la pista a estos inmigrantes. Y si alguien en su país los echa de menos, ¿qué va a hacer? ¿Venir hasta aquí a pedirle ayuda a la policía? Ni hablar, sólo lograrían que los deportaran.

—El vampiro vivió aquí durante varios meses, alimentándose de personas invisibles —dijo Caxton al tiempo que intentaba reconstruir los hechos—. Entonces, un día, llega el propietario con sus hijos. Los siervos a los que sorprendimos no transportaban sus cuerpos para convertirlos también en siervos. Iban a esconderlos a otra parte, para no atraer la atención hacia este lugar.

—Sí —respondió la fotógrafa—. Uno no debe cagar donde come.

Sacó otra fotografía, en esta ocasión de un paragüero lleno de paraguas y de fémures a partes iguales.

—Ya está bien, Clara. —Un fornido ayudante del sheriff agarró a la fotógrafa por el brazo—. Ya tenemos suficientes fotos —añadió, y entonces se volvió hacia Arkeley y Caxton—. ¿Han visto ya el sótano?

A Caxton empezó a darle vueltas la cabeza. El sótano. La cabaña tenía un sótano. ¿Qué especie de cripta de los horrores los esperaba allí? Cruzaron el vestíbulo y bajaron por unas escaleras. Caxton se apoyaba con una mano en el muro de mampostería y la otra en el pasamanos. Dejaron atrás varios estantes llenos de tarros de espesas conservas, pasaron por encima de una montaña de accesorios de deporte y materiales para techar. En el extremo opuesto de una estrecha bodega había un grupo de agentes de la policía estatal con guantes de látex formando un semicírculo. ¿Qué estaban custodiando? Se apartaron al ver a Arkeley y su estrella.

Caxton dio un paso. Tuvo la sensación de que más que andar flotaba. Se sintió como un fantasma en una casa encantada. Se abrió paso por entre los agentes. Al otro lado, en un sombrío nicho, había tres ataúdes idénticos, los tres abiertos, los tres vacíos.

Tres ataúdes.

—No —dijo Caxton—. ¡No!

No se había terminado. Quedaban dos más, dos vampiros más andaban sueltos.

Arkeley le dio un puntapié a uno de los ataúdes, que se cerró con un sonido hueco.







De nuevo en el exterior, Caxton se sentó en la hierba y apoyó la cabeza entre las piernas. No se había terminado. Caxton había creído que ya estaban a salvo. Había visto todos aquellos cadáveres humanos en la cabaña y había pensado que era un horror, pero aunque fuera triste era soportable, pues el vampiro estaba muerto. Ya no iba a descuartizar a nadie más, ya no chuparía la sangre de ningún cadáver aún caliente.

—Dijo «estirpe». Dijo que su estirpe nos devoraría —se lamentó Arkeley.

Fijó la vista en el perfil lejano de las azules colinas que se alzaban por encima del agua del arroyo. La niebla se levantaba por entre los árboles, que a Caxton le parecían fantasmas, fantasmas que suplicaban, que rogaban que les devolvieran la vida.

Fantasmas. Los fantasmas asustaban, pero no podían hacerte daño, en realidad. No podían hacerte añicos y chuparte la sangre hasta matarte. No utilizaban tus huesos como decoración.

—Malvern me engañó. Creí que hablaba metafóricamente. —Arkeley dio un puntapié a un montón de piedras, que cayeron rodando hasta el arroyo—. Creía que Lares era muy listo. Podía hacerse pasar por humano, era muy buen actor. Pero lo de Malvern es verdadera astucia. Sabía que estaría vigilándola. Sabía que un vampiro, un solo vampiro, podría hacer mucho daño y sembrar el caos. Pero sabía también que no sería suficiente. ¿Cuánto debe de costarle engendrar una de esas monstruosidades? ¿Y hacerlo estando bajo videovigilancia las veinticuatro horas? Durante veinte años he creído que estábamos a salvo, pero ahora me doy cuenta de que tan sólo estaba tomándose su tiempo para reunir fuerzas.

Caxton tomó una bocanada de aire. No estaba segura de si iba a convertirse en un sollozo o una arcada. Fue un ataque convulsivo y espontáneo. Entonces le dio otro y las costillas se le encogieron, como si hubiera notado que algo en su interior luchara por salir.

—Vámonos —dijo Arkeley—. Es hora de empezar a analizar las pistas. Tan sólo tenemos que repasar uno por uno los nombres de la lista de los empleados de Arabella Furnace. Quién sabe, joder, a lo mejor tenemos suerte.

—Espere —lo interrumpió Caxton. El nudo que tenía en el estómago le provocaba una sensación sumamente desagradable. Era incapaz de hablar. De pronto le sobrevino un acceso de tos.

—Tenemos que aprovechar la luz del día —insistió Arkeley—. Venga, levántese.

Caxton negó con la cabeza. Ponerse en pie no era una buena idea. Soltó un hipo y le salió un hilo de bilis por entre los labios. Vomitó el desayuno de un solo golpe, un líquido amarillento que no pudo retener. Se tumbó de lado, le temblaba todo el cuerpo de forma incontrolable.

—Sé que no le importan mis sentimientos —gimoteó—, pero yo ya no puedo aguantarlo más.

Arkeley se puso en cuclillas junto a ella. Le palpó el cuello con los dedos, para tomarle el pulso. A continuación apartó la mano y Caxton lo miró, aún con la mejilla sobre la hierba húmeda. Seguía sus movimientos con un solo ojo. Y entonces, sin previo aviso, éste le pegó una bofetada.

Caxton soltó un grito y su cuerpo se zarandeó. Se incorporó y se obligó a levantarse: apoyó la espalda en la fachada del edificio para darse impulso y ponerse en pie. Le clavó la mirada a Arkeley, una mirada intensa, de puro odio. Arkeley le devolvió la mirada, impasible.

—Esta casa está llena de cadáveres —dijo Arkeley—, y esta noche habrá muchos más. Y así cada noche hasta que cacemos a los otros dos.

Cinco minutos más tarde estaban ya en el coche. Esta vez conducía Arkeley, a velocidad moderada y con los ojos fijos en la carretera. Caxton iba en el asiento del pasajero, con la ventanilla bajada. Hacía un frío que pelaba, pero el aire helado contra el rostro le sentaba bien. Se pasó casi todo el trayecto hablando por el móvil, coordinando el equipo de emergencias y tratando de tachar algunos de los setenta y nueve sospechosos de la lista de Arkeley. Hablar le suponía un esfuerzo enorme, aunque mucho menor que retener en la memoria qué misiones había adjudicado a qué equipos. La Oficina de Servicios Forenses, conjuntamente con la Unidad de Registros e Identificación, debía elaborar un informe sobre el aspecto que presentaba una matanza vampírica, que a continuación se haría llegar al FBI, que a su vez se encargaría de movilizar los equipos de la sección de investigaciones criminales que fueran necesarios. Mientras tanto, la prensa exigía que se les proporcionaran detalles y

que se les concedieran entrevistas con los cazadores de vampiros. El comisionado le pidió Caxton que le mandara un informe detallado para poder apaciguar los ánimos. Caxton lo redactó de forma escueta y evitando al máximo los detalles sensacionalistas. Cuando terminó de escribirlo y lo envió estaban ya casi en Centre County.

Entonces colgó el teléfono y en aquel momento tuvo la sensación de que el cerebro le iba a ciento cincuenta kilómetros por hora por una zona peatonal.

—No estoy hecha para esto —le confesó a Arkeley.

—¿Para qué? ¿Para los trabajos burocráticos? Tampoco lo hace tan mal.

—No —replicó—, no estoy hecha para cazar vampiros. —Cerró los ojos, pero aun así veía huesos, huesos humanos—. Anoche el vampiro me hipnotizó.

—Lo recuerdo —puntualizó Arkeley—. Yo también estaba.

—No, lo que quiero decir es que no pude hacer nada. No pude enfrentarme a él. ¿Qué sucederá si el próximo vampiro que encontremos me hipnotiza y usted no llega a tiempo para dispararle?

—Que morirá —dijo con los ojos aún fijos en la carretera.

—No soy una persona débil —insistió.

—Eso no tiene nada que ver. La vulnerabilidad frente a la hipnosis es como el color de pelo o el peso, es genético y no quiere decir nada, en la mayoría de los casos.

—Pero yo soy vulnerable, eso es lo que acaba de decir. No tengo la fuerza mental necesaria para enfrentarme a un vampiro. Lo digo en serio, no hecha para esto. No puedo más.

El miedo la estaba devorando como un lobo que se tragara un pedazo de carne. Temblaba, le castañeaban los dientes y se le habían puesto los pelos de punta. Lo que su madre solía llamar piel granulada. Su padre lo llamaba simplemente carne de gallina. El mero hecho de estar allí sentada, consciente de que tendría que enfrentarse a otro vampiro, le provocaba un pánico atroz.

—Antes, cuando le di una bofetada, podría haberme denunciado, y no le hubieran faltado motivos. Sin embargo, en lugar de eso, decidió venir conmigo. Eso significa que está usted donde debe —le dijo.

Caxton negó con la cabeza. Necesitaba dejar de hablar y pasar a la acción. Sabía que, a pesar de todo, eso la ayudaría.

—¿Cuál es nuestro próximo movimiento?

Arkeley la sorprendió cuando cogió un desvío para ir a comer algo.

—¿Tiene hambre? Porque yo me siento como si me hubieran dado una patada en el estómago —protestó ella.

Arkeley se encogió de hombros.

—La próxima vez procure no vomitar.

Estacionó el coche en el aparcamiento del Peachey´s Diner, justo al lado de un reluciente carro amish de color negro. El caballo le dedicó una mirada a Caxton en cuanto ésta bajó del coche. El animal sacudió la cola y Caxton chascó la lengua repetidas veces para calmarlo. Arkeley se dirigió hacia el restaurante sin siquiera comprobar que Caxton lo siguiera. Caxton alzó la mirada hacia la cadena montañosa y suspiró. En el profundo y oscuro corazón de su Estado, la tierra se elevaba en altos peñascos rocosos que bloqueaban las ondas de teléfono móvil y de radio, y los fértiles valles quedaban aislados de la civilización. Por eso los amish se habían instalado allí. Sin embargo, a Caxton nunca le había gustado aquella parte de Pensilvania. Era una zona donde los suyos no eran bienvenidos, un foco de poder del Ku Klux Klan y los neonazis. Los arcenes de las carreteras de todo el estado de Pensilvania estaban llenos de carteles publicitarios de Penn´s Cave y de centros comerciales, pero al llegar aquí desaparecían. En su lugar había paneles más pequeños y menos coloridos, esponsorizados por iglesias locales con mensajes como: «Venera a Dios con temor reverencial» y «¿Cuál ha sido hoy tu pecado?». Era la zona de Pensilvania central que los forasteros llamaban «Pensiltucky», y no se trataba precisamente de un halago.

Caxton entró en el restaurante. El lugar le resultaba familiar. Era un territorio neutral donde los habitantes del valle podían reunirse al margen de los conflictos. El Peachey´s era un restaurante ideal para granjeros que necesitaban cargar las pilas para afrontar una dura jornada de trabajo y también para los amantes de las porciones generosas que no se preocupan demasiado por el colesterol. Arkeley atravesó el buffet y se sirvió pollo frito, ensalada alemana de patata y alubias dulces en salsa salteadas con beicon crujiente. Caxton se sentó en un reservado de contrachapado y pidió un refresco bajo en calorías de tamaño pequeño. Observó a una familia amish que había al otro lado del pasillo: un patriarca con la barba gris y un lunar en la mejilla; su mujer, cuyo rostro tenía la textura de una manzana seca; y sus dos hijos angelicales, vestidos con camisas de color azul y sombreros de ala ancha. Tenían los ojos cerrados y los dedos entrecruzados. Estaban bendiciendo la mesa. Frente a ellos había platos de chuletas de cerdo y cuencos desbordados de puré de patata con pedazos de piel marrón medio sumergidos bajo la feculosa primera capa.

Arkeley se sentó con gesto incómodo en el banco del reservado y atacó su comida. La imagen de todo aquel pollo aceitoso y grasiento triturado entre los dientes de Arkeley hizo que Caxton apartara la vista de él. Se fijó en una mujer que llevaba una sudadera enorme estampada con un lobo que aullaba a la luna. La mujer se llenó la

boca de gelatina roja. Caxton cerró los ojos y trató de respirar con normalidad.

—Se alimentan de sangre, del mismo modo que nosotros nos alimentamos de comida —dijo Caxton. Hablar la ayudaba a no prestar atención a toda la comida que se engullía a su alrededor—. Antes me contó que cuánto más mayores son, más sangre necesitan. Como aquellas criaturas del barco de Lares.

Arkeley asintió con la cabeza.

—Malvern necesitaría bañarse en sangre para recuperarse. Harían falta media docena de muertos para que volviera a gozar de sus facultades, y volvería a necesitar la misma cantidad de sangre a la noche siguiente, y a la siguiente, y así cada noche.

—¡Dios! —exclamó Caxton. El amish del otro lado del pasillo la fulminó con la mirada por haber pronunciado el nombre del Señor en vano. Caxton reprimió el instinto de dedicarle un gesto obsceno—. ¿Siempre necesitan más? Pero tendrán que estabilizarse en algún momento, ¿no? De no ser así, tras un tiempo no habría suficiente sangre en el mundo.

—Usted no ha visto nunca antes el mal, ¿verdad? —preguntó Arkeley. Alzó una cuchara cargada de macedonia que vibró con su aliento—. Apuesto a que nunca ha visto el mal verdadero.

Caxton reflexionó sobre ello durante un rato. Los horrores de la cabaña de caza aún la acompañaban. Tan sólo tenía que cerrar los ojos para visualizarlos de nuevo. Todavía. Había visto asesinos antes, asesinos humanos; pero ninguno de ellos había logrado aterrorizarla tanto. Se trataba de personas enfermas, hombres tristes e insignificantes que no contaban con la imaginación necesaria para resolver sus problemas sin recurrir a la violencia. Pero eso no quería decir que fueran malos; estaban trastornados, pero desde luego no eran malos.

—No estoy segura de que el mal exista, no en el sentido al que usted se refiere. —Apoyó las manos en el borde de la mesa y estiró los brazos—. Quiero decir, por supuesto que en nuestras vidas hay un componente moral, y si sabes que estás haciendo algo mal…

—El mal —la interrumpió Arkeley— nunca se da por vencido. El mal no tiene fin, ni fondo. —Arkeley tragó ruidosamente un bocado de comida—. Si no se le opone resistencia acabará con el mundo. Los vampiros son seres contra natura. Son entes muertos que se alzan y representan una farsa de vida por la que deben pagar un precio muy alto. El universo los aborrece incluso más que al vacío.

Caxton asintió con la cabeza, aunque no lo estaba entendiendo muy bien. Sin embargo, percibió la importancia que aquella misión tenía para Arkeley, su necesidad imperante de acabar con los vampiros que aún quedaban. También percibió que en su interior empezaba a

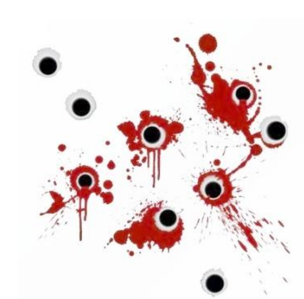
gestarse algo que coincidía más o menos con esa necesidad. Deseaba cerrar los ataúdes que aún quedaban. Deseaba destruir a los vampiros. Y estaba a punto de sucumbir a ese deseo, pero no estaba segura de si, una vez se hubiera rendido a él, existiría una forma de saciarlo. De pronto se dio cuenta de que aquello era lo que le había sucedido a Arkeley. Éste ansiaba matar vampiros del mismo modo en que los vampiros ansiaban su sangre.

—Aprender demasiado sobre ellos es peligroso, ¿verdad? —preguntó Caxton—. Tú mismo empiezas a convertirte en un ser contra natura.

Caxton miró a su alrededor, a la gente normal, saludable y feliz, que comía tan tranquila. No eran monstruos. No eran asquerosos. No eran ni buenos ni malos. Su existencia no iba en contra de las leyes de la naturaleza.

—¿Por qué me ha traído aquí? —preguntó Caxton—. Ningún sospechoso vivía tan al Oeste.

—Me gustaría presentarle a alguien —dijo, y extendió el brazo para coger la cuenta.







Subieron por una carretera hasta lo alto de una colina, bajaron por el otro lado y a continuación siguieron el curso de un arroyo. El sol los seguía y oscilaba en la superficie del agua. A Caxton la deslumbraba todo el tiempo, de modo que al final decidió ponerse unas gafas de sol, que ayudaron un poco.

Al cabo de un rato Arkeley volvió a girar y cruzaron un puente cubierto. Aunque iban apenas a quince kilómetros por hora, el puente retumbó y se estremeció. Al llegar al otro lado, el valle adquiría un tono dorado y marrón, y los pastos dejaban paso a los maizales, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Junto a la carretera había vallas eléctricas, oxidadas e intermitentes. Dejaron atrás viejos graneros con los tablones de madera podridos que se habían derrumbado por efecto del viento y de la lluvia. Caxton vio un silo de aluminio al que hacía años había alcanzado un rayo; tenía la bóveda del techo arrancada como por obra de un abrelatas gigante.

La carretera se fue estrechando hasta que se redujo a un solo carril, pero a Caxton no le preocupaba al tráfico que pudiera venir en dirección contraria. Había algo extraño en aquel valle antiguo y silencioso por el que avanzaban. En los maizales había cuervos, unos enormes pajarracos que se turnaban para levantar el vuelo y echar un vistazo, siempre atentos al peligro. A buen seguro que en esos campos habitaban roedores, taltuzas, liebres y serpientes, pero no se veía gente por ninguna parte.

—¿Está seguro de que su amigo vive por aquí? —preguntó—. Parece un lugar bastante desolado.

—A él le gusta.

La carretera se bifurcó y Arkeley cogió el desvío de la izquierda. Unos minutos más tarde la carretera desapareció casi por completo y en su lugar aparecieron dos surcos y una franja de hierba que cruzaban por entre dos campos de maíz. El coche brincaba por culpa de los baches y Caxton iba de un lado para otro, hasta que finalmente Arkeley frenó

en medio de una nube de polvo. Caxton bajó del coche y miró a su alrededor; el aire era frío y se abrazó para entrar en calor.

Vio varios edificios, construcciones rurales muy, muy antiguas: una casa blanca de dos pisos con molduras, un establo con un pajar abierto y un silo hecho de planchas metálicas que, a juzgar por su aspecto, no debía de ser demasiado estanco. La luz del sol caía inclinada e iluminaba el lateral de la casa.

Encima de la puerta principal había una insignia contra maleficios blanca y negra, pintada con motivos geométricos más intrincados y delicados que cualquiera que hubiera visto hasta entonces, y eso que Caxton había visto muchas insignias de aquellas en su vida. Normalmente se trataba de símbolos pintorescos y de colores vistosos, pero éste era sobrio y de aspecto más bien maligno. Al verlo, Caxton hubiera preferido no tener que entrar en la casa. En aquel momento atisbó un destello amarillento en una de las ventanas y al levantar la vista vio a una niña rubia que la estaba mirando. La niña corrió la cortina y desapareció.

—¡Urie! —gritó Arkeley. Probablemente estuviera llamando a su amigo—. ¡Urie Polder!

—Estoy aquí, aquí dentro —respondió alguien desde el otro lado de la puerta del establo. La voz sonó débil, como si llegara de muy lejos, y tenía un acento que Caxton no había vuelto a oír desde que era una niña. Rodearon la puerta, entraron en el establo y Caxton se quitó las gafas de sol para que sus ojos pudieran adaptarse a la oscuridad.

No sabía qué esperaba encontrar en el interior, tal vez vacas, cabras o caballos. En realidad el establo se utilizaba como secadero para unas pieles de animal que colgaban en una oscuridad casi absoluta. Estaban colocadas encima de unos tendederos que le llegaban aproximadamente a la altura de sus hombros. Las había de diferentes formas y tamaños, pero todas tenían una palidez tan intensa que casi brillaban en la oscuridad del establo. Caxton se preguntó qué textura tendrían y alargó la mano para comprobarlo. Sin embargo, antes de que llegara a tocarla, una sombra cruzó la superficie de la piel o, mejor dicho, cinco sombras pequeñas, ovaladas, como las yemas de cinco dedos que la acariciaran por el otro lado. Caxton contuvo el aliento y apartó la mano. Sabía que, de haberla dejado, habría notado el contacto de otros dedos, pero no había nadie ni detrás de la piel, ni tampoco cerca de allí.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Arkeley frunció el ceño.

—Teleplasma —le respondió. Caxton no sabía de qué le estaba hablando—. Vamos, adelante —le indicó.

Caxton, sin embargo, sacudió la cabeza.



—Estoy hasta las narices de cosas raras.

Arkeley ni se inmutó; estaba claro que iba a quedarse allí hasta que ella accediera a adentrarse en el establo.

Caxton pasó por entre dos estanterías y penetró en las sombras. La oscuridad en el interior del establo era casi absoluta, de modo que al cabo de unos pasos avanzaba a tientas, con la única luz que provenía de las pieles colgadas a ambos extremos de la nave. Aquella materia atraía su mirada, sobre todo porque no se veía nada más. No acertaba a ver siquiera sus manos extendidas, que intentaban palpar el muro del fondo del establo, pero en cambio veía perfectamente cada arruga, cada rasguño y cada mancha en las pieles. Parecía que resplandecieran, aunque tal vez fuera tan sólo que ondeaban con la brisa. Tenían una profundidad irreal, como si fueran ventanas abiertas a un espacio iluminado por la luz de la luna. Caxton tenía la sensación de que podía ver a través de la superficie, encima de la cual aparecían rostros que luego se desvanecían tan deprisa como el aliento sobre un cristal frío. Lo único que no cambiaba nunca era el color, aunque a veces, por el rabillo del ojo, creía atisbar un destello rojizo como una mancha de sangre que pronto desaparecía de su vista.

Caminaba con cuidado para no tropezar en la oscuridad, pero también para no tocar las pieles por error. Había tenido bastante con su primer encuentro con aquellos dedos fantasmales.

Ya casi había llegado al extremo opuesto del establo (o eso imaginaba, pues los tendederos con pieles se habían terminado y frente a ella estaba todo a oscuras) cuando, de repente, algo le acarició el pelo. Caxton se volvió y oyó una voz que susurraba su nombre. ¿O acaso lo había imaginado? Sin tiempo para asegurarse si realmente lo había oído, la voz desapareció y en el interior del establo se hizo un silencio tan sepulcral que le pareció imposible haber oído algo.

—¡Arkeley! —gritó Caxton—. ¿A qué estamos jugando?

No obtuvo respuesta. Dio la vuelta y vio que alguien había cerrado las puertas del establo. Estaba encerrada ahí dentro con las pieles, los teleplasmas, o lo que fueran, y le entraron ganas de ponerse a pedir ayuda a gritos, o tan sólo de gritar, de gritar por gritar…

—Laura —dijo alguien, y en esta ocasión no se lo había imaginado. Sin embargo, aquella voz… tan familiar, ¡tan imposible! Era la voz de su padre.

Estaba ahí, detrás de ella. Una de las pieles se había separado del tendedero y se había abombado hasta adoptar una forma casi humana. Tenía la voz de su padre y también sus ojos. Estaba envuelto en cadenas que resonaban y se arrastraban por el suelo del establo; las cadenas lo sujetaban y le impedían avanzar. Caxton

extendió una mano, aunque no estaba segura de si quería tocarlo o bien ahuyentarlo. Llevaba tantos años muerto que sabía que no podía ser él. ¿O sí? ¿Era acaso lo que quedaba de él después de que su carne se hubiera corrompido?

Su olor, a champú y a Old Spice, envolvió a Caxton. La temperatura dentro del establo bajó diez grados en cuestión de segundos. Lo tenía tan cerca, tan cerca, que le notaba las durezas de las manos; le notaba el pelo de los brazos, aunque aún ni siquiera se habían tocado. Lo había echado tanto de menos. Había pensado en él cada día, incluso cuando la noche anterior el vampiro la había levantado y la había sacado del coche. Nada había vuelto a ser lo mismo desde su muerte, siempre había faltado y ni siquiera conocer a Deanna había logrado reparar esa herida.

—Papá —dijo con un suspiro, y dio un paso para abrazarlo.

Entonces se abrieron las luces y frente a ella había tan sólo un trozo de cuero, como la piel de un animal, colgando de una barra de madera.

—No te falta razón —dijo alguien. Se trataba de una voz muy humana, muy auténtica. Detrás de los tendederos había un hombre. Llevaba una gorra Caterpillar y las patillas largas hasta la barbilla. Tenía una mirada cálida y profunda, y los ojos fijos en Caxton. Su voz tenía el acento típico de Pensiltucky—. No te falta razón, Arkeley. Se sienten atraídos por ella. Es cebo para fantasmas.

—No son los fantasmas lo que me preocupan —dijo Arkeley, que se encontraba a no más de tres metros de ella.

El otro hombre —Urie Polder, supuso Caxton— salió de detrás del tendedero y se le acercó. Era alto y la miró fijamente a los ojos, pero Caxton apartó la mirada, como imaginó que hacía casi todo el mundo al verlo. Le faltaba el brazo izquierdo y de la manga de la camiseta le salía un trozo de madera, una rama de árbol con corteza, un nudo a modo de codo e incluso tres ramitas que hacían de dedos.

Pero lo que más impresionada la dejó no fue que Urie Polder tuviera un brazo de madera, sino que el brazo se movía. Sus delgados dedos se cerraron alrededor de la hebilla del cinturón y se subió los pantalones. Su hombro de madera y su hombro de carne se encogieron al mismo tiempo.

—Debemos llevarla dentro de la casa. Vesta lo hará allí mismo.

—Sí, de acuerdo —respondió Arkeley. Parecía preocupado.

Caxton se frotó los ojos con las manos.

—Mi padre… Ése era el fantasma de mi padre. Me ha enseñado el fantasma de mi padre sólo para… sólo para… —No supo cómo terminar la frase—. ¿Y qué coño es un teleplasma?

—La gente suele llamarlo «ectoplasma», que es más o menos lo mismo, pero entonces la habría puesto sobre aviso —le explicó Urie Polder—. Es piel de fantasma.

—¿Y cómo se le quita la piel a un fantasma? —preguntó.

—Bueno, pues… —respondió éste, con una sonrisa apocada—. No de una forma particularmente agradable para el fantasma.







En el establo hacía mucho frío. Fuera, el día era fresco para ser otoño, pero dentro del establo era pleno invierno. Los dos hombres se volvieron hacia la puerta abierta para marcharse, pero Caxton no se movió de donde estaba. Notó que la rabia le hervía y crepitaba en el estómago.

—Un momento —dijo y, aunque no las tenía todas consigo, los dos hombres se detuvieron—. Ése era mi padre. ¿Tiene al fantasma de mi padre colgado de un perchero?

No tenía ni idea de cómo había sucedido aquello. De qué hacía el fantasma de su padre, ni más ni menos, en aquel establo, pero no pensaba dar un paso más hasta haberlo descubierto.

—Bueno, verá, los fantasmas son un tema puntiagudo —dijo Polder y se rascó la barbilla con la mano de madera—. No es tan fácil de explicar.

Caxton sacudió la cabeza con gesto furioso.

—He reconocido su voz. Le he visto los ojos.

—Sí —dijo Arkeley—. Es posible que fuera él, o por lo menos su espíritu. Pero también podría haber sido un espectro malvado con ganas de burlarse de usted. Es posible que ni siquiera se tratara de una aparición humana. En todo caso, fuera quien fuera, no estaba atrapado en esos cueros. Los teleplasmas no son los fantasmas en sí, sino más bien una ropa que los fantasmas pueden ponerse si quieren. Es una sustancia que ocupa este mundo y el otro simultáneamente, eso es todo.

Caxton asintió con la cabeza.

—Ya veo de qué va todo esto, aunque le advierto de que no por eso estoy menos cabreada. Si el teleplasma tiene una reacción tan potente ante mi presencia significa que estoy predispuesta a los fenómenos parapsicológicos; que soy sensible a ellos.



—Jovencita, basándome en lo que acabo de ver creo que podría ganarse la vida como médium —le dijo Polder—. Pero, por favor, tenemos que entrar en la casa. El encuentro con su padre ha hecho mucho ruido en el mundo de los espíritus; cualquiera que estuviera escuchando lo habría oído y puede que decida venir pro usted.

Mientras se dirigían hacia la casa, Caxton dijo:

—Así pues, que sea sensible a los fantasmas significa que soy también sensible a los vampiros. Eso explicaría por qué anoche al vampiro le resultó tan fácil hipnotizarme.

Arkeley asintió con la cabeza.

—A mí me sorprendió que tuviera usted tan poca resistencia. Por eso la traje aquí, para ver si podía hacer algo.

Polder se detuvo frente a la insignia contra maleficios de su casa y le hizo un gesto con la mano, la mano de verdad. A continuación, se llevó el pulgar derecho a la frente y trazó un complejo símbolo. Caxton sintió que el poder de la insignia se atenuaba.

—Urie es un *hexenmeister*. Supongo que ya sabe lo que es.

—Donde me crié los llamábamos chamanes porque se decía que poseían magia india de todo tipo.

Caxton nunca se había tomado en serio aquellas viejas historias, aunque lo cierto era que tampoco había creído nunca en vampiros. Después de las aventuras de la noche anterior y de lo que había visto en el establo, estaba dispuesta a renunciar, en parte, a su escepticismo.

Entraron en la casa, donde los esperaba una mujer. Llevaba un largo vestido negro y un collar ajustado alrededor del cuello. Tenía el pelo rubio, ondulado y crespo. En sus largos dedos blancos llevaba decenas de anillos dorados idénticos.

—Vesta, ha pasado demasiado tiempo —dijo Arkeley y la besó en la mejilla. La mujer no apartó los ojos de Caxton ni por un instante.

—He puesto agua a hervir para preparar té. Darjeeling, como a ti te gusta —le dijo a Caxton—. Con azúcar en lugar de miel y con un poco de leche. No te sorprendas, por favor, Laura Beth Caxton. Sé ya muchas cosas sobre ti y espero descubrir muchas más.

Caxton ni siquiera abrió la boca. Entonces volvió la cabeza porque había visto un destello amarillento por el rabillo del ojo. Era la misma niña que había visto en la ventana, y desapareció con la misma rapidez que antes.

—Y tú, agente especial, debes tratarla mejor. Está arriesgando muchas cosas para ayudarte en tu sanguinaria cruzada.

Arkeley bajó la cabeza.

—No pongas esa cara. Te he preparado algo para el pie de tu mujer, toma —dijo Vesta y le tendió al agente federal una bolsa de plástico lleva de una materia vegetal toja y fibrosa—. Prepárale una cataplasma y que se lo ponga cada noche hasta que se mejore.

—¿Está casado? —le preguntó Caxton.

—Maté a un vampiro hace veinte años y otro anoche; de algún modo tenía que distraerme mientras tanto —respondió Arkeley.

Le dio las gracias a Vesta por el remedio, y él y Urie Polder salieron de la habitación. Sin embargo, no invitaron a Caxton a seguirlos, sino que fue Vesta Polder quien la acompañó a una salita, un cuarto oscuro pero pulcro, con una llameante chimenea y atestado de recargados muebles de madera oscura. En el centro de la sala había una mesita redonda con un tapete de terciopelo y, detrás de ésta, una butaca con relleno de crin de caballo. Vesta apartó la butaca y se sentó con una pierna colgando por encima de uno de los brazos. Caxton se quedó de pie frente a la mesa un buen rato, hasta que se le ocurrió coger una de las sillas, que había alineadas junto a la pared y colocarla al otro lado de la mesa, frente a Vesta.

Encima de la mesa había una tetera y una única taza de té, así como una voluminosa caja de madera tallada con un dragón chino sobre la tapadera y una fina baraja de cartas.

—Ya las has visto antes, en una película —dijo Vesta a tiempo que golpeaba la baraja contra la muñeca y barajaba las cartas con una sola mano—, pero no sabes qué son. Se llaman cartas Zener —le explicó y a continuación las abrió en abanico, como si estuviera mostrando una mano de póker—. Se utilizan en parasicología para poner a prueba la percepción extrasensorial. También tienen otras cualidades.

Cada carta mostraba, en una de sus caras, un símbolo trazado con gruesas líneas negras: un triángulo, una estrella, un círculo, unas franjas onduladas y un cuadrado.

—Bien, ahora tu instinto va a decirme lo que ves —dijo Vesta. A continuación cortó la baraja y levantó una carta para que Caxton la pudiera ver: una estrella.

—Es una estrella —dijo la agente.

—Sí, querida, ya lo sé —respondió Vesta, que dejó la carta encima de la mesita y abrió la caja tallada—. Yo lo veo todo. A partir de este momento, por favor, no digas nada más. No intentes proyectar, ni me des pistas. Simplemente mira las cartas.

Caxton no tocó el té. Una a una, Vesta iba levantando las cartas para que Caxton pudiera verlas. Tras un instante las ponía boca abajo sobre la mesa. De vez en cuando hacía una pausa para examinar el rostro de Caxton, con la misma atención que pondría si estuviera

dibujando un esbozo. Entonces abría la caja china y de ella sacaba una largo cigarrillo de color marrón y una cerilla igual de larga. Daba una calada al cigarro y llenaba ña sala de un humo acre y hediondo que hacía que a Caxton le lloraran los ojos. A continuación sacaba otra carta. Seguía así hasta llegar a la última y entonces volvía a barajar y empezaba de nuevo. Cada vez que barajaba había reglas nuevas. Caxton debía evitar mirar la carta. Debía intentar verbalizar el símbolo de la carta en su mente en lugar de visualizarlo. Debía vaciar completamente la mente de pensamientos. El tiempo se ralentizó, o tal vez se detuvo por completo. A lo mejor había algo más que tabaco en aquellos cigarrillos.

Vesta recogió las cartas y volvió a barajar.

—Muy bien. Ahora intenta pensar en un símbolo distinto al que veas.

Caxton asintió con la cabeza y se dispuso a hacer lo que le pedían. Cuando llevaban ya cinco cartas, Vesta la sorprendió:

—Te preocupa Deanna.

Era difícil concentrarse en la carta que tenía frente a ella, pero Vesta la agitó con dos dedos y Caxton apartó la mirada del rostro de la mujer.

—Lleva mucho tiempo sin trabajar —dijo la agente.

—Últimamente tiene pesadillas; pesadillas violentas. La otra noche tuviste que despertarla porque tenías miedo de que se hiciera daño a sí misma. Ella también está asustada, le da miedo que te vayan a matar.

«Pues ya somos dos», pensó Caxton.

—Aunque mires la carta que tengo en la mano, concéntrate en la que tienes en mente. Creo ver que a Deanna le da miedo el futuro. Está asustada porque no sabe si la vas a dejar seguir contigo. Y, sin embargo, a ti nunca se te ha ocurrido pedirle que se marche.

Caxton se mordió el labio. Cuando pensaba en Deanna le costaba incluso ver la carta que le mostraba Vesta.

—¿Puede leer su mente también? Pero ¡si está a ochenta kilómetros de aquí!

Vesta suspiró. Dejó las cartas y sacó otro cigarrillo de la caja. Era el quinto desde que habían empezado.

—Veo la parte de ella que existe dentro de tu —dijo mientras esparcía las cartas encima de la mesa—. Esto no sirve de nada. Algunas personas comprenden la técnica al instante y otras necesitan ayuda adicional. Con las sesiones y el tiempo necesarios podría enseñarte las nociones básicas de autodefensa parasicológica. Por ahora, sin embargo, tendremos que conformarnos con esto.

Volvió a abrir la caja y sacó un amuleto de latón atado a un cordón negro.

—Llévalo siempre e intenta no establecer contacto visual con nadie que creas que puede herirte.

Caxton cogió el amuleto de Vesta y se lo colgó alrededor del cuello; era una espiral enroscada que podría pasar por una alhaja. Caxton se alegró de ello, pues había temido que se tratara de un pentágono o de un crucifijo horroroso.

—Ésos no te servirán; su poder requiere una fe que no posees.

Caxton tocó el frío metal que le colgaba sobre la garganta. Deanna. Ahora que había empezado a pensar en Deanna no podía quitársela de la cabeza.

—No se trata tan sólo de no echarla. Es que no quiero perderla como perdí a mi madre.

Vesta se la quedó mirando, pero no dijo nada. Era como si esperara que Caxton le contara la triste y lamentable historia de la demencia de su madre, la depresión que la había asolado tras la muerte de su marido y que había desembocado en un suicidio.

—Se ahorcó —dijo por fin Caxton, roja de vergüenza—. En su dormitorio. Un vecino la encontró, cortó la soga e intentó que se aspecto fuera presentable. Mi madre estuvo siempre muy orgullosa de si físico. Cuando llegué yacía en su cama, la habían peinado y alguien incluso la había maquillado. Sin embargo, o hubo forma de esconder la marca que la soga le había dejado en el cuello.

Vesta asintió con la cabeza y soltó una nube de humo.

—Te preocupa perder a Deanna y es normal. Pero cuando llegue el momento estarás preparada para dejarla partir. Tendrás que hacerlo. Lo veo con tanta fuerza como veo las ondas que se agolpan en tu mente.

A Caxton aquella última parte le pareció confusa hasta que, finalmente, vio la carta que Vesta tenía en la mano y que mostraba tres líneas onduladas.

—Bueno, vayamos a buscar a los chicos.

Se levantaron y se dirigieron a la cocina, donde encontraron a Arkeley y a Urie sentados en una mesa enorme que en su día había sido una puerta y que ahora estaba colocada encima de unos prosaicos caballetes de madera. Entre ambos había una montaña de unas piezas de forma triangular y color perla. Caxton cogió una y vio que se trataba de un diente de vampiro. Después de matarlo la noche anterior, el agente federal debía de haberse dedicado a arrancarle los dientes al vampiro con unos alicates.

Urie Polder metió los dientes en una bolsa de raso y la ató con una correa.

—Sí, lo acepto a modo de pago —dijo.

—¿Y qué va a hacer con ellos? —preguntó Caxton.

—Ya les encontrará alguna utilidad —respondió Vesta, que se la llevó hacia la puerta—. Quien no malgasta, no pasa necesidades.

Mientras se alejaban de la casa, Caxton vio a la niña rubia que los miraba desde la ventana. No la había conocido y ni siquiera sabía cómo se llamaba.







Caxton condujo hasta State College, tan sólo a unos veinte kilómetros de donde estaban, para evadirse de la asfixiante atmósfera de Pensiltucky. Los estudiantes transitaban las avenidas arboladas de la ciudad universitaria vestidos con parkas e impermeables de colores vivos. Paseaban en pareja o en grupos de cuatro o más, reían, con mochilas en la espalda, tenían el rostro sonrosado por el frío y, sin embargo, no llevaban gorro. Estaban vivos; eso era lo principal. Estaban muy vivos y se preocupaban tan sólo por banalidades como el sexo, las notas y la cerveza. Ninguno de ellos tenía interés alguno en despellejar fantasmas ni en chuparle la sangre a nadie. También eran jóvenes, no tenían arrugas, y aún no habían perdido la inocencia. Para Caxton fue un alivio poder observarlos.

Se le estaba yendo la cabeza y lo sabía. El simple hecho de conducir hasta tan lejos para poder ver a gente joven le hizo tomar conciencia de los sombría que se había vuelto su vida en tan sólo unos días. Aparcó el coche en College Avenue, justo enfrente de un inmenso portal de piedra a través del cual podía ver el patio interior. Se desabrochó el cinturón pero no bajó del coche.

Arkeley alzó la vista. Había estado absorto en su Blackberry desde el inicio del trayecto.

—Buenas noticias —dijo al fin—. La unidad de investigación ha descartado a dieciséis sospechosos. Decidieron empezar por el personal médico y los celadores; quienes probablemente habrían estado en contacto directo con Malvern. Ya van por la mitad de la lista.

Caxton asintió con la cabeza. Aquello eran buenas noticias.

—Malvern. Al final todo se reduce a Malvern. ¿Cómo ha acabado aquí? —preguntó Caxton—. Usted la encontró en Pittsburgh, pero no nació allí, ¿verdad?

—No —respondió Arkeley, y se guardó la Blackberry en el bolsillo del abrigo—. Los vampiros no paran de ir de aquí para allá; y de ese



modo están siempre un paso por delante de la gente como nosotros. Hace ya muchos años que intento reconstruir sus pasos y aún no he terminado. Sé que nació en la ciudad inglesa de Manchester alrededor de 1695. Sembró el terror en aquella ciudad durante unos sesenta y cinco años, hasta que su sed de sangre se acrecentó demasiado y se quedó sin fuerza para salir del ataúd. Durante un tiempo otro vampiro se hizo cargo de ella. Su cuidador, Thomas Easling, fue quemado en la pira de Leeds en 1783. Más tarde encontraron el cuerpo de Malvern en la propiedad de Easling, y dieron por sentado que estaba muerta, que se trataba de un cuerpo momificado, una reliquia que fue vendida por treinta y cinco libras esterlinas a un tal Josiah Caryl Chess, el dueño de una plantación de Virginia que se las daba de erudito en historia natural. Poseía una impresionante colección de fósiles de dinosaurios y mamíferos, así que un vampiro moribundo debió de ser un gran hallazgo. Nunca se molestó en extirparle el corazón. Al fin y al cabo Malvern no podía moverse, y a pesar de que el hombre debía de saber que la vampira aún vivía—probablemente incluso la alimentaba—, seguramente estaba convencido de que era inofensiva. Lo más probable es que el hombre hubiera sucumbido a sus encantos, aunque a juzgar por su diario uno creería que había sido al revés. Mantuvo relaciones carnales con ella por lo menos en una ocasión.

—¡Qué asco! —exclamó Caxton, y el estómago se le encogió como si fuera una pelota de goma.

Caxton se acordó de lo que Arkeley le había contado sobre Malvern y su cuidador actual, el doctor Hazlitt. «Puede ofrecerles mucho más que su mirada penetrante», había dicho.

—Pero ella debía de estar… Discúlpeme su lo que voy a decir es una guarrada, pero debía de estar totalmente seca, ¿no?

—Los lubricantes íntimos han existido desde siempre. Los romanos, por ejemplo, utilizaban aceite de oliva. Y si se lo permites, si entras en su juego, Malvern puede presentar cualquier aspecto que desees, puede convertirse en tu mujer ideal. Y la ilusión dura tanto como ella quiera.

Había algo en la voz de Arkeley que la preocupaba.

—¿Usted la ha visto hacerlo? —preguntó Caxton.

La agente quería saber si Malvern se había metamorfoseado para Arkeley; y si éste había sucumbido. Sin embargo, no podía preguntárselo, o al menos no con esas palabras.

Arkeley se rió.

—Ha tratado de engatusarme en repetidas ocasiones. Llevo visitándola un par de veces al mes desde hace veinte años y durante toso ese tiempo ha hecho todo lo posible para que me pusiera de su lado. Hasta hoy siempre me he resistido. —Lo dijo como si ni siquiera

él estuviera convencido de que fuera a lograrlo también en el futuro—. Bueno, Chess murió desangrado, evidentemente. Nadie culpó oficialmente a Malvern; ella nunca se movió de su ataúd, que estaba colocado en el salón para impresionar a los invitados. Visto con perspectiva es obvio que fue ella quien le chupó la sangre a Chess, pero por aquel entonces culparon de su muerte a un esclavo amotinado. Encerraron a Malvern en el desván y se olvidaron de ella. Durante la guerra de secesión, la plantación quedó reducida a cenizas y Malvern estuvo desaparecida durante un tiempo. De hecho, no se volvió a saber de ella hasta que pasó a manos de Piter Byron Lares, y a partir de aquí ya sabe cómo continúa la historia.

—Lares tenía en su poder un montón de vampiros moribundos, no únicamente a Malvern.

Arkeley asintió con la cabeza.

—Siempre cuidan de los suyos. Sienten una especie de veneración por sus antepasados y ése es uno de los pocos motivos que los hace actuar de forma irracional. En un principio pensé que los cuatro vampiros que había en el barco de Lares pertenecían a un mismo linaje, que uno de ellos había engendrado a Lares, y así sucesivamente. Pero estaba equivocado. Cuando encontré a Lares, éste ya llevaba varias décadas coleccionando vampiros ancestrales. Tal vez pensó que el hecho de ofrecerles sangre constituía una buena obra. Quizá eso lo ayudaba a limpiar su conciencia, suponiendo que tuviera algo parecido a nuestra conciencia. No lo sé. Yo mismo he estado investigando a los vampiros desde hace veinte años y aún no he logrado averiguar cómo piensan. Nos son demasiado ajenos.

Caxton se rascó la axila. Miró hacia afuera a través de la ventana y se fijó en los adolescentes que pasaban por ahí, abrazados para darse calor, con el rostro tan limpio. Ninguno de ellos sabía lo que les deparaba el futuro, ni qué sería de ellos.

—Ha estado todo este tiempo trabajando en el mismo caso.

—Muchos policías dedican su carrera a un solo caso. Al asesino que se escapó o al niño que desapareció y nunca volvió a saberse de él. —Arkeley se encogió de hombros—. Está bien, me ha pillado. Nunca he logrado sacarme el caso Lares de la cabeza. Me mudé aquí, a Pensilvania, para continuar investigando. He pasado varios años conociendo a gente como los Polder que pudieran proporcionarme algún tipo de información. Y he vigilado a Malvern como un águila.

—Y ahora, cuando alguien llama al FBI para denunciar que un vampiro ha provocado una masacre, lo llaman a usted. —Caxton frunció el ceño—. Eso es cargar con mucha responsabilidad.

—Lo llevo bien —dijo Arkeley.

Sí, seguro. Caxton debería estar concentrada en el caso, y no sintiendo pena por Arkeley.

—Ésta es mi primera investigación seria —le confesó Caxton—. No soy detective, pero creo tener una idea de lo que ocurrió. Lares mantuvo a Malvern con vida hasta que usted lo mató. Entonces, tras agotar diversas vías burocráticas, terminó confinada en aquel hospital, en Arabella Furnace.

—Correcto.

—Malvern trató de salir de allí recurriendo a sus encantos, a su labia, e incluso se comió a uno de los doctores, pero no le sirvió de nada. Usted no le quita el ojo de encima, siempre a la espera de que haga algo malo para poder castigarla. Aunque ella no puede rendirse así como así. Vivirá eternamente, atrapada para siempre en un lívido cadáver, así que su única opción es planear su huida, aunque eso le lleve veinte años. Recibe un poco de sangre, aunque no la suficiente para sustentarse. Necesita más fuerza, y decide engendrar a tres vampiros.

—Más bien debió de engendrar a uno de ellos y éste engendró a los otros dos. De esta forma Malvern no debió de correr un riesgo tan grande.

Caxton chascó la lengua.

—¿Y por qué tres? ¿Y por qué tendrían que transportar la sangre hasta ella? Un solo vampiro bastaría para robarla, con el ataúd incluido, y esconderla donde nosotros no pudiéramos encontrarla. Entonces podría reanimarla cuando mejor le pareciera.

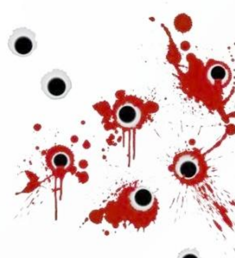
—Su cuerpo es demasiado frágil para soportar el trajín de un traslado. Si ahora se partiera en dos, es probable que Malvern nunca reuniera la fuerza suficiente pata volver a juntarse. Necesita salir de Arabella Furnace por su propio pie.

Caxton incorporó aquella puntualización a todos los hechos que ya había supuesto.

—De acuerdo. De modo que el plan en llevarle sangre, tal como hacía Lares. Pero esta vez tendrá que ser mucha sangre, la que requiere curarla por completo. Para que eso ocurra, Malvern engendra un vampiro. Éste se adentra en el bosque, se apropia de la cabaña de caza de Farrel Morton y la convierte en su centro de operaciones. Entonces engendra a dos vampiros más. Durante meses tratan de no llamar la atención, se alimentan de trabajadores inmigrantes y no se dejan ver. Espera el momento oportuno. Pero ¿por qué? ¿Por qué aún no han intentado liberar a Malvern? ¿Acaso los vampiros se vuelven más fuertes con el tiempo?

—No, nunca sin tan fuertes como la primera noche en que salen a cazar.

Caxton asintió con la cabeza.



—Así que cuanto más esperan, más se debilitan, y asumen un riesgo cada vez mayor. Se exponen a que alguien deambule por los alrededores de la cabaña de caza y descubra que se ha convertido en un mausoleo. Y eso es más o menos lo que de hecho ocurrió. Si aquel siervo no se hubiera topado con mi control de alcoholemia, aún ignoraríamos todo lo que está sucediendo. Farrel Morton aparece con sus hijos, con la idea de pasar un tranquilo fin de semana en el monte, pero, en vez de eso, se encuentra con la casa de los horrores. Los vampiros tienen tanto miedo a ser descubiertos que deciden mandar a un siervo a que se deshaga de los cuerpos en alguna otra parte, para que parezca que Morton ni siquiera se acercó a la cabaña. ¿Por qué tenían que complicarse tanto la vida? Cuando el plan fracasó tuvieron que abandonar la cabaña tan rápido que no pudieron llevarse los ataúdes. Ahora deben de estar desesperados.

Arkeley asintió con la cabeza.

—¿Tan desesperados como para atacar el hospital? —preguntó Caxton.

—El plan de Malvern no está del todo urdido, los vampiros aún no pueden pasar a la acción. Cuando le conviene, Malvern puede llegar a ser una criatura asombrosamente paciente. Y, con todo, tampoco deja escapar las oportunidades. Seguro que tiene un plan B que llevará a cabo tan pronto como le sea posible. Aunque no creo que consista en un ataque directo. Tengo una vaga idea de por qué los tres vampiros estaban esperando su momento.

—¿En serio?

—Por pura logística. Malvern necesita una cierta cantidad de sangre. Tres vampiros no pudieron traerle toda la sangre que se requiere para reavivarla totalmente. Pero cuatro sí que podrían. Estaban a punto de engendrar a otro vampiro.

—Dios. Pero ahora… se han reducido a dos, la mitad de lo que necesitan. Algo es algo, ¿no? No está mal.

Arkeley puso cara de pocos amigos.

—Tenemos algo más de tiempo, eso es todo.

Caxton levantó la mirada. Mientras habían estado ahí sentados, hablando, se habían consumido las últimas horas de la tarde. Al Oeste, sobre el horizonte, un rayo de luz amarilla indicaba que el sol se estaba poniendo. En unos quince minutos habría oscurecido.

—Hoy va a morir gente —dijo Caxton—, hagamos lo que hagamos.

Arkeley no se molestó en confirmarlo. Estaba demasiado ocupado tratando de coger la Blackberry que sonaba en el bolsillo de su chaqueta. En ese mismo instante, el teléfono móvil de Caxton empezó a sonar. Enseguida supo que había ocurrido algo, algo malo.





Caxton conducía veloz pero prudentemente, sin salirse de la calzada. Tenía los ojos acostumbrados a la oscuridad y el piloto azul intermitente del salpicadero que indicaba que la sirena estaba en marcha la molestaba, pero estaba acostumbrada a conducir en esas condiciones. Cuando vislumbraron la cabaña de caza de Farrel Morton, apagó la sirena y los faros, y el coche continuó avanzando en la oscuridad. No tenían por qué hacer de sí mismos un objetivo fácil.

Una hora antes, al anochecer, los agentes de la policía esta-tal que había apostados en la cabaña no se habían comunicado con la centralita. Se trataba de buenos policías con muchos años de experiencia: era impensable que se les hubiera olvidado hacer la llamada. El policía local se había puesto en contacto con la Unidad J y había anunciado que iría a echar un vistazo y que informaría de lo sucedido. Esperaba que los agentes hubieran tenido problemas con la radio, pero veinte minutos más tarde había llamado para avisar de que no había rastro de ellos. Añadió que iría a examinar los bosques colindantes para ver qué encontraba. No había vuelto a llamar desde entonces; su teléfono móvil daba señal durante un rato y luego saltaba el contestador.

El sheriff había mandado dos unidades y la Unidad J, en Lancaster, enviaba también todos los vehículos disponibles. Caxton y Arkeley decidieron tomar cartas en el asunto. Eran quienes más cerca se encontraban de la cabaña y Arkeley parecía alegrase de que así fuera.

—Le falta poco para sonreír —le dijo Caxton al tiempo que sacaba la llave del contacto—. ¿Tiene la esperanza de que se trate de un malentendido y que estén todos sanos y salvos?

—No —respondió Arkeley—. Tengo la esperanza de que esto sea ni más ni menos lo que aparenta. Tengo la esperanza de que nos las veamos con un segundo vampiro esta noche. Aunque lo dudo, no son tan estúpidos.

Caxton abrió el maletero del coche patrulla camuflado. Sacó una escopeta antidisturbios, una Remington 870, y se la colgó al hombro. El arma tenía el cañón recortado, le habían quitado la culata para que fuera más fácil de manejar y pasaba desapercibida en la oscuridad gracias a una capa de pintura negra mate. Sin embargo, sería inútil contra un vampiro: sus perdigones del número 1 estaban pensados para parar a un ser humano, pero jamás lograrían penetrar la piel de un vampiro. Tal vez fueran más efectivos con los siervos.

—Se suponía que no tenían que volver —dijo Caxton, que cerró el maletero tan silenciosamente como pudo—. La teoría era ésa, ¿no? Que para los vampiros era demasiado peligroso regresar porque sabían que vigilábamos la cabaña. Que habían dejado atrás los ataúdes y que no iban a volver a por ellos, eso fue lo que usted me dijo.

—¿Me va a echar la culpa cuando aún no sabemos ni siquiera lo que ha sucedido? —le preguntó Arkeley.

Caxton levantó la escopeta y puso un proyectil en la recámara. Con la otra mano desabrochó la funda de la pistolera.

—¿Quiere ir delante? —preguntó Caxton.

—¿Con ese arsenal a mis espaldas? Ni hablar, me partiría en dos a la menor señal de peligro. Vaya usted delante y yo la cubriré.

La cabaña estaba prácticamente a oscuras. Había tan sólo una luz solitaria que ardía en el lateral del edificio y que volvía las sombras aún más profundas. Caxton se dirigió hacia el ala de la cocina, medio agachada y con la escopeta apuntando hacia arriba. Llegó junto a una ventana abierta y decidió arriesgarse. Encendió la linterna que iba montada encima de la escopeta y se volvió para asegurarse de que Arkeley le cubría la espalda. Ahí estaba, por supuesto; tal vez no sintiera una especial simpatía por ella, pero era un policía capaz. Caxton se levantó e iluminó el interior de la casa con la linterna. Nadie se le abalanzó, de modo que un echó un vistazo dentro, barriendo la sala de un extremo al otro con el haz de luz, tal como le habían enseñado.

Vio lo que esperaba ver: un horno, una nevera y montones de huesos. Podía haber un siervo escondido en cualquier lugar, en las sombras, fuera del alcance de su linterna. En cualquier caso, no detectó ningún movimiento. Dio la vuelta a la casa con Arkeley siguiendo sus pasos.

Cuando llegó a la parte trasera de la cabaña, cerca del arroyo, una sonora carcajada resonó entre los árboles y le recorrió el espinazo. Se quedó petrificada, se agachó en posición de disparo e inspeccionó la oscuridad circundante. Su linterna barrió los árboles al otro lado del río y se detuvo cuando detectó el origen de aquella carcajada. Había

un siervo colgado de uno de los árboles. No, no estaba colgado: estaba atado al árbol de brazos y piernas con alambre.

A Caxton le vinieron a la mente los cadáveres del interior de la cabaña, atados a las sillas para que pareciera que estaban sentados…

—¡No mueva ni un músculo! —gritó. El engendro volvió a reír. A Caxton, aquella carcajada le pareció de lo más desagradable; se le metió bajo la piel y la hizo sentirse sucia, como si estuviera cubierta de tierra y sudor frío.

—Claro, te lo prometo —respondió el siervo.

Su voz no era humana, ni tampoco se parecía a la voz de un impuro. Era una voz chillona, infantil y repugnante.

Arkeley se colocó a la izquierda de Caxton, con el arma apuntando al cielo. Tenía los ojos fijos en el siervo.

—Tengo un mensaje para vosotros, pero sólo os lo daré si sois buenos —cacareó éste desde el árbol.

Antes de que Caxton tuviera tiempo de responder, Arkeley le disparó en el pecho. Su caja torácica y la fibrosa piel que mantenía sus costillas unidas se partió y se desgarró. Esquirlas de hueso salieron volando del árbol. El siervo chilló, aunque en realidad aquel grito apenas se distinguía de una de sus carcajadas.

—O hablas o te vuelo los pies —dijo Arkeley.

—¡Mi amo os está esperando y os aseguro que él no será tan amable! —graznó el siervo—. ¡Dice que vais a morir!

—Danos el mensaje de una puta vez —gruñó Caxton.

El siervo se estremeció y sus huesos tabletearon contra el alambre. Como si le supusiera un esfuerzo enorme, levantó un brazo y señaló con su dedo cadavérico al otro lado del arroyo, hacia las profundidades del bosque.

—¿Dónde está? —le preguntó Arkeley—. Dime donde está. ¡Dímelo!

El siervo seguía agitándose convulsivamente al tiempo que su cuerpo se desintegraba. Sin previo aviso, su cabeza se inclinó hacia delante y cayó ruidosamente al suelo. Definitivamente, no iban a poder sonsacarle más información.

A pesar de que estaba decapitado, continuaba señalando hacia el sombrío bosque con el brazo.

Caxton se quedó mirando aquel dedo extendido.

—Esto es una trampa —dijo.

—Sí —respondió Arkeley.

Entonces cruzó chapoteando el arroyo y se metió por entre los árboles. Caxton se apresuró para atraparlo y coger de nuevo la

delantera. Saltó dentro del río y el agua helada le empapó los calcetines. Llegó al otro lado y se adentró en la oscuridad, la luz de la linterna oscilaba por entre los árboles y los troncos, brincaba por las ramas y rebuscaba entre las raíces.

Cuando se hubo convencido de que no iban a morir inmediatamente, se le ocurrió que podía hacer unas cuantas preguntas más.

—¿Qué ha pasado con todo eso de ser prudentes, abrocharse el cinturón de seguridad y no llevar una bala en la recámara? -dijo.

Él se volvió y la miró en la penumbra.

—De este modo sabemos que corremos peligro. Si regresáramos al coche podrían atacarnos por sorpresa. Cuando sabes que tu enemigo está intentando atraparte, lo único que puedes hacer es seguir adelante. Así, tal vez logres hacer saltar la trampa antes de que tu enemigo esté totalmente preparado.

La mitad de las veces, Caxton tenía la sensación de que decía ese tipo de cosas tan sólo para demostrar que él tenía razón y que ella estaba equivocada. Lo siguió en la oscuridad.

No tardaron demasiado en encontrar al policía local y a los dos agentes de la policía estatal. Estaban atados a un árbol, igual que el siervo. Tenían los cuerpos deformados, destrozados. Habían muerto de forma muy dolorosa.

—El vampiro —dijo Caxton en un suspiro.

—No —respondió Arkeley. Entonces le cogió la escopeta e iluminó a su alrededor con la linterna hasta que el foco apuntó a la cara del policía muerto. Le goteaba sangre de la nariz, sangre aún caliente de la que salía una nube de vapor—. Ningún vampiro dejaría un cuerpo así. No derramarían la sangre en el suelo, y mucho menos si tuvieran tiempo de limpiarla.

—Lares lo dejó todo lleno de sangre; lo leí en su informe.

—Lares estaba desesperado y tenía prisa. Este vampiro, en cambio, podía tomarse su tiempo. Ni siquiera sabemos cómo se llama —dijo, y le soltó la escopeta—. Estamos perdiendo el tiempo.

Caxton dio media vuelta para marcharse, pero Arkeley sacudió la cabeza.

—Yo no he dicho que hubiéramos terminado.

Caxton se volvió y vio cómo, entre dos árboles, aparecía un montículo de tierra. El montículo creció más aún y de él salió una mano esquelética que se agitó en el aire. Caxton se volvió de nuevo y vio a un siervo que corría hacia ella por entre los árboles, con un cuchillo de carnicero en cada mano. La agente alzó la escopeta y disparó.

El cuerpo del siervo estalló en medio de una nube de polvo y cenizas, huesos astillados y tejidos desgarrados que se esparcieron por los

árboles. Los cuchillos soltaron un destello y cayeron al suelo, uno encima del otro.

—¡Dios! —exclamó Caxton. El engendro acababa de explotar, su cuerpo literalmente destrozado por el disparo de tungsteno.

—Se pudren muy rápido. Al cabo de una semana o diez días empiezan a descomponerse y ya no hay marcha atrás —le explicó Arkeley.

Un siervo apareció junto a su codo; el federal le partió la mandíbula de un golpe de pistola y a continuación le disparó una bala dum-dum en el ojo izquierdo.

De pronto los siervos se podían contar por decenas, sus carcajadas resonaban en la oscuridad. Corrían por entre los troncos de los árboles, sus armas relucientes bajo la luz de la luna soltaban destellos cuando Caxton las enfocaba con la linterna. Los refuerzos estaban de camino. El sheriff había mandado dos coches. Caxton quería coger el teléfono móvil y preguntar cuánto tardarían en llegar, pero para ello habría tenido que apartar el dedo del gatillo y no se lo podía permitir.

Algo se le clavó en la pantorrilla, justo encima de la bota. Caxton chilló y le soltó una patada a la mano despellejada que intentaba agarrarle el pie. Las falanges de los dedos salieron volando por el impacto, pero el siervo aún intentaba salir de bajo tierra. Caxton logró resistir la tentación de dispararle directamente, pues de haberlo hecho probablemente se habría destrozado también el pie. Lo que hizo, en cambio, fue esperar a que la cabeza del siervo asomara por entre la tierra y entonces le propinó un puntapié con la bota.

—¡Cuidado! —gritó Caxton—. ¡Salen de debajo de la tierra!

Arkeley frunció el ceño en la oscuridad.

—No tenemos suficientes balas.

Caxton se protegió contra un árbol y cargó la escopeta. ¿Dónde coño estaban los refuerzos?







—¿Cree que tendrán armas de fuego? —le preguntó Caxton, petrificada.

—Lo dudo —respondió Arkeley—. No poseen la coordinación suficiente para apuntar. Pero sí irán armados; nunca he visto a uno de estos cabrones que no fuera un fanático de los cuchillos.

—Creo que deberíamos regresar a la cabaña —dijo Caxton, haciendo lo posible porque el pánico que sentía no asomara a su voz. Quería ponerse a gritar de miedo, pero sabía que aquello no le haría ningún bien a nadie—. Por lo menos salgamos de este bosque.

Los siervos los estaban rodeando. Sin embargo, se tomaban su tiempo antes de atacar y Caxton se imaginaba el por qué: los asaltantes querían abordarlos en grupo. Uno a uno no podrían ni acercárseles, pero si atacaban todos a la vez, Caxton y el agente federal estarían perdidos, pues serían incapaces de disparar lo bastante rápido como para mantener a todos aquellos monstruos a raya.

Arkeley levantó la pistola y disparó. Un siervo que Caxton ni siquiera había visto se desintegró en el aire.

—No podemos ir demasiado lejos y arriesgarnos a perderlos, pero estoy de acuerdo en que aquí corremos un peligro innecesario.

Arkeley se volvió hacia el arroyo que discurría entre ellos y la cabaña. Un siervo salió de detrás de un árbol, frente a él, y Arkeley, con la mano libre, le pegó tal puñetazo que lo mandó contra el suelo cubierto de hojas. Caxton lo pateó y se apresuró para no separarse de Arkeley.

—Sígame —silbó éste—. Si no los asustamos demasiado, tal vez esta noche descubramos algo.

Llegaron prácticamente al agua sin apenas encontrar oposición. En el arroyo los estaban esperando cinco siervos, casi invisibles en la oscuridad. Caxton vio un hacha que se dirigía hacia su cabeza cortando el aire y tuvo el tiempo justo de apartarse; el arma le

desgarró la manga de la chaqueta. Si sus reflejos no hubieran respondido en el momento justo, el hacha se le habría clavado en el esternón. Decidió no pensar en ello y apuntó con la escopeta. Su disparo destrozó por completo a uno de los siervos y le arrancó el brazo a otro. Arkeley disparó dos veces seguidas y dos siervos cayeron al agua, reducidos a un montón de huesos hechos pedazos.

El único siervo que quedaba los atacó mientras volvían a cargar sus armas. Se les echó encima gritando de rabia y blandiendo una pala con las dos manos por encima de la cabeza. La pala cayó con violencia y golpeó a Caxton en el hombro.

Le dio de lleno. Caxton notó primero el impacto y luego una oleada de dolor que le subía y le bajaba por el brazo y también por el pecho. Sin embargo, el golpe no terminó ahí, sino que la pala le rasgó el uniforme capa a capa y finalmente se le clavó en la carne. Unos oscuros chorros de sangre le cayeron por entre los pechos y por encima de los nudos de la columna vertebral. Notó cómo la carne se le tensaba y se le desgarraba, y sus músculos rugieron de dolor, como si se los estuvieran abriendo en cuña. Sintió como si se estuviera muriendo, como si su cuerpo fuera a romperse.

En esta ocasión Arkeley se tomó su tiempo, apuntó bien y le voló al siervo lo que le quedaba de cara.

—Vamos, levántese —le dijo.

—No quisiera alarmarlo, pero creo que estoy herida —dijo Caxton. Jadeando, se apoyó en el tronco de un árbol para ponerse en pie. Ni siquiera se había dado cuenta de que hubiera caído. Le dolía, le dolía mucho, y cuando finalmente logró levantarse y palpar la manga de la chaqueta, estaba temblando—. Creo... Creo que es grave.

—No, está bien —respondió él, aunque ni siquiera le había mirado la herida.

Arkeley volvió la vista atrás y examinó el camino que los había llevado hasta allí. En el bosque, los siervos preparaban ya el siguiente asalto; tan sólo un momento más y se les volverían a echar encima.

—Camine un poco y se le pasará —le dijo.

Caxton pensó que iba a morir allí mismo, en aquel lugar oscuro, tan sólo porque Arkeley se negaba a tomársela en serio. Pensó que tal vez no volviera a ver a Deanna nunca más. Siguió a Arkeley a través del río, aunque tenía la sensación que sus pies eran dos pedazos de carne de res congelada. Respiraba de forma arrítmica y el latido del corazón dentro de su pecho resonaba más que sus pasos en el agua.

—No puedo... No puedo seguir —dijo. Se estaba empezando a marear del dolor.



Arkeley dio media vuelta y la miró; sus ojos eran dos finas ranuras. No tenían tiempo para pararse y ella lo sabía; lo estaba obligando a ir más despacio. El agente la miró a los ojos y le dijo:

—Dentro de un segundo voy a preguntarle si está bien. La respuesta que me dé es sumamente importante. Si puede seguir luchando, o por lo menos seguir corriendo, tiene que responder que «sí». De otro modo, tendremos que huir y dejar que ganen esta batalla. Veamos. ¿Está bien?

Caxton tenía un nudo en la garganta que no le permitía responder ni una cosa ni la otra. Sin embargo, logró sacudir la cabeza: no, no estaba bien. Estaba herida, acababan de clavarle una pala. Estaba a punto de morir desangrada, en la oscuridad y rodeada de enemigos. No estaba nada bien.

El rostro de Arkeley reflejó una profunda contrariedad. Sin embargo, Caxton no habría podido decir si estaba preocupado por ella o porque iban a perder la batalla.

—Entonces larguémonos de aquí cagando leches —dijo y le dio un empujón.

Caxton se precipitó hacia la orilla opuesta y pronto llegaron a la cabaña. Apoyó el hombro sano contra la pared y examinó la herida.

—Eso ya lo hará más tarde, cuando estemos a salvo —le reprendió Arkeley con voz imperiosa.

Entonces la agarró por la muñeca y la apartó de la pared. Abrió la puerta principal y la arrastró dentro. Cerró la puerta y se marchó a echar un vistazo al horrendo panorama de la sala principal, atestado de todos aquellos cuerpos atados con alambres. Antes de encender la luz apuntó con su Glock 23 de izquierda a derecha.

Fuera, los siervos gritaban y exigían su sangre. ¿Dónde coño se había metido el sheriff? ¿Dónde estaban los coches de la Unidad J? Caxton quiso sentarse —temblaba de modo incontrolado, como si fuera a desmayarse—, pero Arkeley la fulminó con la mirada y Caxton se levantó de nuevo. Se volvieron de golpe al oír un ruido en la cocina: algo intentaba entrar en la casa.

—Ahí hay una ventana abierta —dijo Caxton. Era la misma ventana a través de la cual había mirado ella al llegar a la cabaña.

Arkeley salió corriendo hacia el ala de la cocina y disparó dos balas. Entonces cerró la ventana de golpe y echó el pestillo.

—No va a contenerlos durante demasiado tiempo —gritó.

Fuera, en el porche, los siervos habían empezado a aporrear las paredes de la cabaña, exigiendo que los dejaran entrar. Sus voces llamaban a Caxton y le pedían que los dejara pasar, que se rindiera. Uno de ellos la llamó por su nombre y Caxton se estremeció, pero se cubrió las orejas y pronto logró recuperar el control sobre sí misma.

Cuando Arkeley regresó de la sala principal, Caxton señaló hacia el ala opuesta, donde estaba el dormitorio.

Allí había una única ventana cuadrada en lo alto de la pared por la que entraban los rayos de luna.

—Si nos metemos ahí, nos quedamos ahí —dijo Caxton—. Podemos construir una barricada que los contenga durante un rato, aunque tal vez no sea suficiente.

Entonces Arkeley señaló un tragaluz que se abría en el techo a dos aguas, a unos tres metros y medio de altura. Del pestillo colgaba una cuerda blanca, seguramente para poder abrirlo desde dentro y dejar entrar un poco de aire si hacía mucho calor. Arkeley colocó una silla debajo del tragaluz, se subió para agarrar la cuerda, le dio un tirón y éste se abrió.

—Muy bien, vamos —dijo.

—No puedo —respondió Caxton, que levantó el hombro herido y sacudió la cabeza—. No puedo escalar hasta allí, no en este estado.

Arkeley la miró fijamente durante un instante. Entonces la agarró por la muñeca del brazo herido y se la retorció de tal forma que la obligó a hacer una pirueta. Unas manchas negras aparecieron ante sus ojos y su cerebro se estremeció de dolor.

Pero aparentemente a Arkeley no le pareció que fuera tan grave.

—Si tuviera algo roto, ya se habría desmayado. Y ahora levántese; la ayudaré tanto como pueda.

Caxton no quería; lo único que quería, en realidad, era subir a una ambulancia y que la atiborraran de analgésicos. Se puso de pie sobre la silla y levantó los brazos. Casi podía tocar el marco del tragaluz, pero le faltaban unos centímetros.

—Utilice la cuerda —sugirió él.

—¿Va a aguantar mi peso? -preguntó ella.

—Sólo hay una forma de comprobarlo. ¿A qué espera?

Caxton se mordió el labio inferior y se enroscó el extremo de la cuerda alrededor de la muñeca. Entonces saltó y se agarró del marco. El afilado metal se le clavó en la palma y le hizo un corte, pero Caxton logró no sujetarse. La cuerda le estaba desollando la otra mano. Notó cómo se deshilachaba por su peso, pero de momento aguantaba. Advirtió que Arkeley la empujaba desde abajo y de pronto se encontró fuera, en medio del aire oscuro y frío. Un puñado de estrellas brillaban en el cielo e iluminaban las tejas. El ángulo parecía demasiado abrupto y Caxton tuvo la sensación de que iba a caerse si no se agarraba al marco del tragaluz. Sin embargo, tenía que ayudar a Arkeley a subir. Dio media vuelta, abrió las piernas para hacer más

contrapeso, le tendió el brazo bueno y tiró de él. Era mucho más pesado de lo que imaginaba.

Arkeley alcanzó el tejado, recogió la cuerda y cerró la ventana. A menos que alguno de los siervos midiera dos metros, no tendrían forma de seguirlos hasta allí. Estaban a salvo... Más o menos.

En el jardín, los siervos se reunieron frente a la cabaña. Sus rostros demacrados tenían un aspecto lívido y salvaje bajo la luz de las estrellas.

—¡Baja de ahí! —gritó uno con una voz chillona que a Caxton le pareció de lo más desagradable—. Baja y hablemos —insistió—. ¡Sólo queremos conocerte un poco mejor, Laura!

Ésta levantó el arma para disparar, pero cambió de opinión.

Desde diez metros de distancia, el disparo se diseminaría en exceso y no causaría demasiados daños, ni siquiera a un siervo hecho polvo. Se metió la mano ensangrentada en la chaqueta y sacó la pistola.

—¡Vas a ser uno de los nuestros, Laura! —canturreó el siervo—. |Es tan sólo cuestión de tiempo! ¡Nuestro amo se coló dentro de ti, dentro de tu cerebro!

Caxton apuntó, pero Arkeley la detuvo.

—No malgaste esa bala.

Entonces el agente federal arrancó una de las tejas y la sopesó con la mano. Medía casi un palmo de largo y cuando la arrojó, voló como un platillo volante. Alcanzó al siervo en el pecho y rebotó, pero con eso bastó para que éste se alejara corriendo, aullando de miedo.

—Son unos cobardes, conviene que lo sepa —dijo—. Y ahora déjeme que le eche un vistazo al hombro.

Caxton apenas podía mantener el equilibrio en lo alto del tejado, pero logró deshacerse de la chaqueta. El aire frío la heló al instante y se puso a temblar de nuevo.

—¿Estoy en estado de shock? —preguntó al recordar aquella expresión de un curso de primeros auxilios en el que había participado en la academia. En teoría tenías que cursarlo una vez al año, pero nadie comprobaba si lo hacías o no y ella nunca encontraba el momento.

Arkeley le rasgó la manga de la camisa del uniforme y le dejó la piel al descubierto, expuesta al aire nocturno. Le palpó la herida con los dedos y cuando los retiró los tenía manchados de sangre. Caxton sabía que sería así, aunque esperaba verlos totalmente empapados. En realidad estaban casi limpios.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Arkeley con menosprecio. Caxton se apartó con un gesto brusco.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¡Dígamelo! —gritó—. ¿Me voy a morir?

Él se la quedó mirando con cara de asco.

—Eso —dijo con un gesto dirigido a la herida del hombro— es tan superficial que no mataría ni a un gato. La próxima vez que se haga tanto daño ni se le ocurra contármelo. No puedo creer que hayamos desaprovechado una oportunidad así por este rasguño.

—Joder —dijo ella y le dio la espalda—. Pues a mí me parecía como si me estuvieran cortando en dos.

Arkeley chasqueó la lengua por toda respuesta. En el jardín, los siervos se burlaron de ella. Caxton pateó las tejas hasta que varias de ellas se soltaron y cayeron encima del grupo, pero sólo logró que los siervos se rieran aún más fuerte.







CAPITULO 21

Finalmente llegaron los refuerzos, los destellos de luz de los vehículos de emergencia barrían los árboles y sus sirenas se superponían a las carcajadas que provenían de abajo. Caxton se incorporó, resbaló y a punto estuvo de caer del tejado. Arkeley la agarró; pero luego ni la miró cuando ella buscó a tientas algún lugar al que asirse.

Se oyó un tiroteo encarnizado, del cual Caxton no pudo ver nada. Se acordó del momento en que había estado atrapada en la zanja, cuando vencieron al vampiro.

—Dios, pensé que iba a morir.

—Cuando le llegue la hora se lo comunicaré —dijo Arkeley con desdén—. ¡Mierda!

Arkeley señaló con el dedo y Caxton vislumbró una turba de siervos que corría hacia los árboles.

—Se están escapando. Quería capturar al menos a uno para poder torturarlo y sonsacarle algo de información.

—Yo no sé si podría presenciar una tortura. Ni siquiera tratándose de uno de esos monstruos —dijo Caxton.

—Entonces tendré que hacerlo cuando usted no esté delante.

Cuando el sheriff y los agentes de la policía estatal terminaron de rastrear la cabaña para asegurarse de que no había riesgo alguno, apoyaron una escalera en la parte exterior para que Caxton y Arkeley pudieran bajar. A Caxton le esperaba una ambulancia y a Arkeley el sheriff, que quería hablar.

—Quítese la camisa y siéntese aquí —le ordenó una enfermera con las manos enfundadas en unos guantes de plástico. Caxton obedeció, y se sentó en la parte trasera de la ambulancia, que tenía las puertas abiertas. Hacía una temperatura gélida y a Caxton no le gustó la idea de quedarse ahí sentada vestida tan sólo con el sujetador, pero enseguida se le acercó otra enfermera que la cubrió con una manta térmica plateada; eso estaba mucho mejor. La primera enfermera le

limpió la herida con un antiséptico que le tiñó la piel de naranja. Su corte parecía estar relleno de picadillo de carne en salsa.

—No hay para tanto —dijo la enfermera—. He visto heridas mucho peores.

Y Caxton también las había visto, desde luego, pero nunca en su propio cuerpo. Nunca se había lesionado, ni siquiera de forma leve.

—¿Tengo que ir al hospital? —preguntó.

—Tendrán que suministrarle la vacuna antitetánica y un médico deberá cambiarle el vendaje cada tres días. Pero esta noche podrá dormir en su casa; eso es lo más importante.

Dormir. Estaría bien. En las últimas noches había dormido tal vez un total de seis horas. Cerró los ojos pero las luces giratorias de la ambulancia le tiñeron los párpados con su azul intermitente y la hicieron volver en sí. La enfermera le vendó el hombro con una gasa elástica y la dejó marcharse por su propio pie. La herida le dolía, pero podía mover el brazo perfectamente. Fue a buscar a Arkeley y lo encontró en el porche de la cabaña, estudiando un enorme mapa de carreteras de Pensilvania. Junto a él, inmóvil, el sheriff sostenía una linterna e iluminaba el mapa para que el federal pudiera reseguir con el dedo los distintos caminos y carreteras secundarias.

—Es aquí, ¿no? —preguntó Arkeley.

—Sí, se llama Bitumen Hollow. Un pueblecito.

Caxton se agachó junto a Arkeley. El federal se volvió y le dedicó una agresiva mirada, como si le estuviera tapando la luz. Aunque no se la tapaba.

—¿Qué? —le espetó ella.

Arkeley le respondió como si hubiera preguntado qué ocurría, que habría sido su segunda pregunta.

—Los vampiros han atacado esta noche. Esto —dijo al tiempo que señalaba con el brazo el bosque donde los siervos les habían tendido la emboscada— no fue una trampa. Fue un movimiento de distracción para desviar nuestra atención de lo que estaba sucediendo aquí —dijo señalando un punto del mapa con el dedo.

—Acaba de decir que los vampiros han atacado esta noche. Vampiros, en plural —dijo Caxton.

Arkeley le enseñó los dientes a Caxton y volvió a fijar la vista en el mapa como si quisiera quemarlo con la mirada.

—Ha sido un ataque coordinado. La información de que disponemos no nos sirve de mucho para reconstruir la secuencia de hechos. Unas cuantas llamadas de pánico al teléfono de emergencias y unos minutos de grabación de móvil que el sheriff ha tenido la amabilidad de compartir conmigo. Ningún detalle, pero todos los testigos

coinciden en algo: fueron dos, dos machos, y estaban muy hambrientos. Han arrasado un pueblo entero. Vamos hacia allí ahora mismo para ver qué pruebas encontramos.

Caxton asintió con la cabeza y buscó las llaves del coche. Estaban en el bolsillo de su chaqueta, que se había quedado en el tejado de la cabaña de caza. Cuando Caxton se lo contó, Arkeley se alejó con gesto resignado. El sheriff apagó la linterna y dobló el mapa.

—Un cabrón de lo más agradable, ¿no? —le preguntó éste.

Llevaba un poblado bigote con las puntas hacia arriba y en la frente tenía una cicatriz que le partía la ceja en dos.

—He llegado a plantearme que tal vez me resultaría más entretenido trabajar del lado de los vampiros —dijo Caxton riendo.

La agente echó un vistazo al mapa para memorizar el trayecto. Un sargento de la Unidad J se encaramó al tejado para recuperar la chaqueta. Se la lanzó a Caxton y ésta la cogió al vuelo.

Ya en el coche, Arkeley ni siquiera le dirigió la palabra. Caxton arrancó y se dirigió a la autopista. Se encontraban a tan sólo media hora del pueblo. Cuando ya habían recorrido la mitad del camino, Caxton se dio cuenta de que no podría soportar el silencio de Arkeley durante el resto del viaje.

—Oiga, no tengo ni idea de por qué se ha cabreado así conmigo, pero le pido disculpas.

Por una vez, a Arkeley le apeteció hablar.

—Si hubiera sabido que en realidad no estaba herida, no me habría retirado tan precipitadamente —dijo como si estuviera dictándole un informe—. Contaba con capturar al menos a uno de ellos. ¿Por qué cree si no que caí en la trampa? A lo mejor esta noche no habría sido un fracaso absoluto. A lo mejor habríamos llegado a tiempo a Bitumen Hollow, cuando aún había algo que hacer.

—Me está culpando sin que ni si quiera sepa qué es lo que ha ocurrido.

Aunque Caxton, al igual que Arkeley, sabía perfectamente lo que iban a encontrar, no quería ver el pueblo, o lo que quedaba de él. No quería hacer nada que estuviera relacionado con aquel caso.

—Si cree que no soy lo bastante dura para usted…

—Lo será. Se endurecerá en un periquete —la interrumpió.

—Pero ¿Y si no?

—No hay ningún pero. Se endurecerá y punto. No tengo tiempo para buscar a un nuevo compañero, ni tampoco para mostrarle los peligros que puede entrañar este trabajo. Así que no vuelva a fallarme.

Eso fue todo lo que tenía que decir. Por lo menos Caxton ya había aprendido algo: ahora sabía cuándo Arkeley había terminado de hablar y ya no hacía falta hacerle más preguntas. Dejó que realizara el resto del trayecto en un silencio inquietante.

Bitumen Hollow se encontraba justo al otro lado del peaje, cerca de la Reserva Estatal de French Creek. Resultó ser un pueblo-almacén que se extendía a ambos lados de la vía del ferrocarril. A juzgar por las inmensas carboneras oxidadas que había detrás de la única calle del pueblo, en el siglo anterior la aldea debió de haber servido como estación de término para los trenes que transportaban el carbón de las minas de los alrededores. Ahora era simplemente un lugar donde los granjeros de la zona compraban abono y alimento para el ganado. O, mejor dicho, lo había sido hasta hacía unas horas. El pueblo contaba con un pequeño café, una librería cristiana, una zapatería de saldos y una estafeta de Correos. Había luz en los cuatro negocios, pero estaban desiertos.

Los dos extremos de la calle estaban cortados con un cordón policial de color amarillo que atravesaba la calzada. En el interior de la zona acordonada no quedaba nadie vivo, aunque estaba sembrada de cuerpos humanos.

Arkeley no le dirigía la palabra y era mejor así. Caxton no necesitaba sentirse más culpable. Se agachó para pasar por debajo de la ondeante cinta y recorrió toda la calle. Contó catorce cuerpos. No podía evitar fijarse en los ojos de cada uno de ellos, abiertos como platos. El cuerpo de una adolescente estaba tumbado encima de un banco, le habían destrozado el tórax de un inexplicable zarpazo. Su abrigo acolchado tenía una manga desgarrada y el brazo que había debajo estaba hecho picadillo. Caxton no podía apartar la mirada del rostro de la chica. Ralos mechones de pelo rubio le cubrían parte de la frente y de la nariz, y se le pegaban en la saliva reseca de la comisura de los labios. En la oscuridad era difícil distinguir el color de sus ojos, pero eran preciosos, o al menos lo habían sido.

Detrás del mostrador de la librería cristiana había tres cuerpos apilados, todos ellos con la garganta desgarrada. Caxton ignoraba si las tres víctimas habían corrido a esconderse ahí detrás o si los vampiros los habían amontonado en aquel rincón por lo que fuera. Uno de los muertos se parecía al hermano mayor de Deanna, Elvin. Llevaba una gorra de cazador con unas orejeras a cuadros escoceses.

Al otro extremo de la calle un coche último modelo, un Toyota Prius, había chocado contra una farola. El conductor estaba tendido a lo largo de los dos asientos delanteros. Caxton no pudo distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer. Le habían arrancado el rostro de cuajo y el tejido sin sangre de debajo no se parecía en nada a una cabeza humana.

De pronto un destello de luz sorprendió a Caxton. Parpadeó para librarse de la imagen que le había quedado en la retina y alzó la cabeza. Vio a unos veinte ayudantes del sheriff al otro lado del cordón policial. Esperaban con respeto, colocados en fila, como los espectadores de un desfile. Clara, la fotógrafa, le había sacado una foto —la causa del destello—. Había estado fotografiando la matrícula del coche accidentado.

—Hola —le dijo Clara, y Caxton le devolvió el saludo con la cabeza.

—Cuando usted quiera, agente —dijo el sheriff—. Tómese su tiempo.

Entonces se dio cuenta de que los policías estaban esperando a que ella y Arkeley terminaran su investigación. Tenían derecho a ser los primeros en examinar la escena del crimen. En cuanto terminaran, la oficina del sheriff los substituiría.

—Arkeley, ¿ha encontrado algo útil? —le preguntó Caxton.

El federal estaba agachado junto a la adolescente.

—Nada que no haya visto antes. Bueno, sheriff, es su turno.

Arkeley le pasó por delante a Caxton y levantó el cordón policial.

—A lo mejor ellos ven algo que a mí se me ha escapado. Estoy exhausto, jovencita, y creo que quiero irme a casa.

Caxton lo miró fijamente, parpadeó y se echó a un lado para dejar paso a los ayudantes del sheriff.

—Vale —dijo Caxton anonadada—. Permítame conducir.

—De hecho, si no le importa, me gustaría ir solo. Estoy seguro de que el sheriff podrá acompañarla a su casa —le dijo.

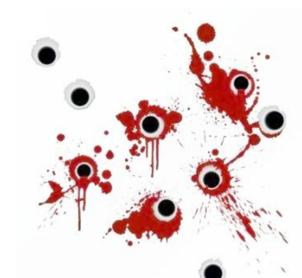
‹‹Qué extraño››, pensó ella. Arkeley debía de estar tramando algo. Tenía la intención de hacer algo que no quería que Caxton viera.

—De acuerdo —le contestó.

Estaba segura de que ella tampoco quería verlo, de modo que le entregó las llaves del coche patrulla.

—Pase a recogerme mañana, a la hora que quiera —le dijo, aunque Arkeley ya se estaba yendo.

—¿Qué mosca le ha picado? —le preguntó Clara, a lo que Caxton tan sólo pudo negar con la cabeza.







Clara se arrodilló en la acera para fotografiar la mano de la adolescente. Tenía un corte en la palma, aunque sin gota de sangre.

—Tiene toda la pinta de una herida defensiva —dijo Clara, con la corbata del uniforme oscilando entre sus piernas—. ¿No crees?

—Yo no entiendo de estos asuntos —se disculpó Caxton.

No sabía muy bien qué hacía aún en Bitumen Hollow, aparte de esperar a que alguien la llevara a casa. Echó un vistazo al reloj y le sorprendió comprobar que aún eran las ocho y media. Tenía la sensación de que el encuentro con los siervos se había prolongado a lo largo de toda la noche, pero en realidad tan sólo había durado algo más de una hora, incluyendo todo el tiempo que estuvieron esperando en el tejado de la cabaña.

Estuvo siguiendo a Clara de aquí para allá porque el suyo era el único rostro que le resultaba familiar, el único miembro de la oficina del sheriff del Condado de Lancaster al que conocía por su nombre. Se suponía que estaba supervisando la escena del crimen, un trabajo que técnicamente correspondía a Arkeley y a los Marshals. De vez en cuando uno de los ayudantes del sheriff se le acercaba para que le firmara algún formulario o documento de renuncia. Caxton no siquiera se molestaba en leerlos. Era evidente que Arkeley no estaba interesado en particular en las tareas policiales ordinarias. Su *modus operandi* consistía en ponerse a él mismo, y a quienes lo rodeaban, en peligro y luego solucionarlo todo mediante la violencia.

Se había marchado solo, en un coche patrulla de la policía estatal que estaba bajo la responsabilidad de Caxton, pero ésta no siquiera sabía adónde pensaba dirigirse. Recordó que le había hablado de torturar a siervos para sonsacarles información. Ella le había dicho que no podría presenciarlo de brazos cruzados, y él había sugerido que lo haría cuando ella no estuviera delante. Pero en aquel momento no había ninguno detenido. ¿Dónde pensaba encontrarlo?

De no ser por el cansancio se habría esmerado más en intentar desentrañar aquel misterio. Se dejó caer en el banco de enfrente de

la librería cristiana y se frotó los ojos. Clara se le acercó y se quedó de pie junto a ella.

—¿Necesitas algo? —preguntó—. Llevo una farmacia entera en el bolso. Está en el coche; iré a buscarlo.

—No, no —dijo Caxton agitando la mano—. Estoy bien. Llevo un tiempo funcionando con la reserva. Sólo tengo que dormir una noche entera y volveré a estar al cien por cien.

Le dedicó una sonrisa a la ayudante del sheriff, que se encogió de hombros. Clara se acercó al cuerpo de un granjero que había tumbado en medio de la calzada, a menos de tres metros de donde se encontraba Caxton. El hombre llevaba una chaqueta de piel y le habían arrancado un brazo, que después habían arrojado a un cubo de basura. Le había desaparecido por completo parte del pecho y también toda la garganta. Clara se inclinó encima del cuerpo, a menos de medio metro de la lívida y flácida piel de la cara, y lo fotografió con su cámara digital.

—No temes a nada —observó Caxton, admirando a su compañera—. Yo no soporto ver sangre y vísceras.

Clara se levantó y la miró.

—Yo creía que habías estado presente en la matanza vampírica de anoche en la tres veintidós…

—Eso es distinto. Cuando estás luchando por tu vida, la adrenalina te mantiene en vilo. Pero cuando tengo que vérmelas con una montaña de cadáveres, es que no puedo. Demasiados recuerdos traumáticos, ¿sabes?

Clara asintió con la cabeza y se acercó de nuevo al banco.

—A mí también me molestaba bastante. Déjame que te cuente el truco —dijo. Entonces le pasó la cámara a Caxton y le indicó que sacara una fotografía. Caxton enfocó el cadáver que yacía en medio de la carretera y estudió el pequeño visor. Quiso apartar la mirada, pero Clara la detuvo—. No, fíjate. ¿No crees que la imagen está demasiado oscura?

—Sí, claro, es de noche —respondió Caxton—. Necesitas el flash.

—Eso es. —Clara señaló el botón de flash y Caxton lo pulsó—. Ahora intenta encuadrar mejor la imagen. Que incluya todos los detalles, pero que no se vea demasiado lo que hay detrás. Bien, ¿y qué tal está el balance de color?

Caxton comprendió de pronto de qué se trataba.

—Ah, ya veo. De este modo no es un ser humano, sino la fotografía de un ser humano. Y eso no es tan grave.

Clara asintió, encantada.

—Todo se reduce a los colores, las sombras y la composición. Me preocupa más que la sangre tenga un color que debe que la cantidad de sangre que pueda haber. Y ahora… —dijo, pero se detuvo a media frase y giró la cabeza como si hubiera oído algo.

Caxton se levantó de un brinco.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Pero entonces lo oyó también ella. No era muy difícil; alguien estaba gritando. Era un hombre y sus gritos sonaban sordos y apagados, como si salieran de debajo de la tierra. Caxton siguió el sonido y vio una alcantarilla en medio de la calle. Ella y Clara pidieron ayuda a gritos, se acercaron a la alcantarilla e intentaron abrir la tapa con las manos, pero era como tratar de empujar un coche patrulla estropeado montaña arriba. Un ayudante del sheriff se aproximó corriendo con una palanca y, con grandes esfuerzos, logró abrir la alcantarilla. Apartaron la tapadera y, a la luz de las farolas, vieron una escalera metálica oxidada que descendía hasta la oscuridad absoluta. Caxton fue la primera en bajar; sus pies descendieron por los chirriantes peldaños hasta que llegó al fondo. Sintió las aguas residuales bajo las botas y a punto estuvo de marearse por el hedor. Se llevó la mano al bolsillo y encontró su linterna Maglite. Su estrecho haz de luz barrió las maltrechas paredes de ladrillos, que formaban un arco encima de su cabeza y que parecía que se le iban a desmoronar encima en cualquier momento.

Iluminó el túnel con la linterna y divisó la figura temblorosa de un hombre que sujetaba entre los brazos una enorme cruz de madera de aproximadamente un metro de largo por medio de ancho. Caxton vio el terror en sus ojos cuando se los iluminó y el hombre volvió a gritar.

—¡No, no! —tartamudeó—. No, no, no. No te acerques, ¡no te acerques! Aléjate, ¡aléjate de mí! Dios me guarda, Dios me guarda, ¡Dios me guarda!

Caxton se le acercó despacio, mostrándole una mano abierta, para que viera que iba desarmada, y la linterna en la otra. No era ni un vampiro ni un siervo, pero no había duda de que tampoco estaba en sus cabales.

—No quería chillar —susurró el hombre—. ¡No quería revelar mi posición! Dios, oh Dios mío. No permitas que me lleven. ¡No permitas que me roben la sangre!

—Soy una agente de la policía estatal, señor —dijo Caxton, arrullándolo—. Todo ha terminado, los vampiros se han marchado.

Estaba tan cerca que casi podía tocarlo. Alargó la mano y se la puso encima del hombro, tal como le habían enseñado: un contacto tranquilizador que de ningún modo podía ser interpretado como una amenaza.

—¡El poder de Jesucristo te lo ordena! —gritó el hombre, y blandió la cruz como si fuera un bate de béisbol.

Alcanzó a Caxton en el estómago y la dejó sin respiración. La agente soltó la linterna, que cayó en el lodo, y se dobló; la súbita oscuridad se le echó encima como si se hubiera derrumbado el túnel. Oyó el silbido de la cruz atravesar el aire y levantó el brazo para parar el golpe. Entonces se revolvió y le arrebató al tipo la cruz de las manos. El esfuerzo le hizo ver las estrellas. Arrojó la cruz al suelo, agarró al hombre por la cintura y le inmovilizó ambos brazos; tan sólo esperaba que ahora no se le ocurriera morderla. Entonces le golpeó la entrepierna con la rodilla con suficiente fuerza como para hacerle daño de verdad.

En aquel momento llegó alguien con una luz más potente y Caxton vio que al hombre se le contraían las pupilas; su rostro se encontraba a pocos centímetros del de la agente, tenía la boca abierta de par en par y los dientes cubiertos de saliva, pero se trataba de dientes humanos. El hombre boqueaba desesperadamente: Caxton lo soltó y entre varios ayudantes del sheriff le pusieron las esposas.

—No es un delincuente —dijo ella cubriéndose la cara con una mano, profundamente avergonzada—. Es un superviviente.

De nuevo en la calle, echó un vistazo a sus propias heridas. Tenía tan sólo una marca en el estómago, pero estaba segura de que al día siguiente estaría amarillenta y morada. En fin, se dijo, lo sumaría al corte de la mano y a la herida de la pala, y se iría a dormir.

—Que tome fotos otro —dijo Clara—. Te llevo a casa.

Caxton asintió con la cabeza, pero su trabajo en Bitumen Hollow aún no había terminado.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

—El gerente de la librería —respondió Clara—. Se ha calmado en cuanto lo hemos sacado de la alcantarilla. Por lo que sabemos, ha sido la única persona del pueblo que ha logrado sobrevivir —añadió y frunció el ceño, cabreada—. Dice que no se acuerda de cómo se metió ahí abajo. Los ayudantes del sheriff están con él ahora mismo, incorporando la información que el tipo pueda aportar al programa de identidad virtual.

El vampiro al que habían matado no llevaba ningún tipo de identificación. ¿Y si el tipo de la librería les proporcionaba un reconocimiento ocular de uno de los otros? Podía ser una buena pista, justo la que necesitaban.

—Quiero que me manden todo lo que descubran a mi PDA, ¿ok? —dijo.

—Sí, desde luego —respondió Clara—. Si tienes suficiente ancho de banda, te enviaré el informe completo con todas mis fotos.

Caxton asintió con la cabeza. La policía estatal estaba probando unos nuevos ordenadores portátiles con más memoria y una conexión sin cable a Internet más fiable que las de los ordenadores de los coches patrulla.

—Sí, mándamelo —dijo rascándose la nariz—. Y ahora larguémonos de aquí.

—Déjame que avise al sheriff.

Clara se alejó con paso rápido y dejó a Caxton examinando su nueva herida. Cuando regresó, Clara se había quitado la corbata y se había desabrochado el primer botón de la camisa del uniforme.

—Vamos —le dijo—. Puedes dormir en el coche.







Pero no pudo dormir. Clara conducía un Crown Victoria reforzado que era como casi todos los coches de policía del mundo. Se parecía mucho al coche patrulla de Caxton. Había sido diseñado para proporcionarles a los policías toda la información necesaria para realizar su trabajo. El salpicadero estaba atestado de aparatos: una pantalla para el radar, el omnipresente ordenador portátil para comprobar números de matrícula y la cámara de vídeo que filmaba todo lo que sucedía tanto en el interior como desde la perspectiva del parachoques delantero. Los diversos aparatos de radio graznaban y crujían a intervalos variables. El asiento no se podía reclinar debido a la partición antibalas que había justo detrás de la cabeza de Caxton, pensada para proteger al conductor y a su acompañante de los ocupantes del asiento trasero. Aquel coche era un lugar para trabajar, no para dormir. Tras pasar quince minutos intentando relajarse, se tiró del pelo; estaba tan frustrada que no podía ni hablar.

Clara se la quedó mirando.

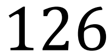
—Sé lo que necesitas —le dijo y cogió la siguiente salida.

Aparcó junto a un edificio de una sola planta con unas luces navideñas que colgaban de los aleros. Era una pequeña taberna.

A través de las ventanas se filtraba una luz alegre, brillante, y se oía el sonido sordo de la música country mal que salía de una *junkebox.* Entraron, cogieron dos taburetes y Clara pidió dos Coronitas con limas.

—Así es imposible que te duermas, estás tensa como un muelle.

Caxton sabía que era cierto. No le apetecía demasiado la cerveza, pero tampoco la rechazó. No solía beber, era más bien una persona diurna y no había logrado cerrar un bar en su vida. Sin embargo, con la botella helada entre las manos y el sabor de la lima en los labios, se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos el ambiente agradable de cuando uno sale a tomar algo con los amigos.



Probablemente no había puesto los pies en un lugar como aquel desde que había conocido a Deanna.

En el extremo opuesto del bar, un televisor de plasma de cincuenta pulgadas retransmitía un partido de fútbol americano.

Caxton tampoco estaba acostumbrada a ver la tele, y la luz brillante y el movimiento constante atraían todo el tiempo su atención. El fútbol americano no le interesaba lo más mínimo, pero le producía una sensación de normalidad que le resultaba muy placentera.

Poco a poco, sus hombros se fueron distendiendo, su postura se relajó y Caxton se fue hundiendo en el taburete.

—Bueno —dijo por fin—, no estamos tan mal.

—Oye, mira —dijo Clara señalando el televisor.

La emisora local había cortado la programación y emitía un boletín de noticias. Eran sólo las diez de la noche. La emisión empezaba con un video grabado en el bosque, con destello de luces de emergencias y un reportero que no paraba de mirar hacia la cámara con ojos como platos y los labios fruncidos. Caxton no entendía de qué iba todo aquello hasta que de pronto vio su propia casa, pálida y fantasmal, que surgía de la oscuridad ante los brillantes focos de las cámaras.

—¿Puede subir el volumen? —le preguntó Clara al camarero.

—No, recuerdo que hubiera cámaras —dijo Caxton, que se dio cuenta de que estaba contemplando la escena de la matanza vampírica. O, por lo menos, sus secuelas:

«… aunque tengo que decir que todavía no nos han permitido ver el cuerpo», dijo el reportero. «Todo este asunto está rodeado de un aura de secreto, como si los U.S. Marshals estuvieran intentando ocultar algo. Pasadas veinticuatro horas, no disponemos de ninguna información sobre el presunto vampiro, las autoridades ni siquiera han revelado su nombre».

¿Veinticuatro horas? ¿En serio había pasado un solo día?

Caxton se cubrió la boca con la mano. En la pantalla del televisor, su rostro impasible se apartaba una y otra vez los focos. Recordaba vagamente una luz molesta, pero no se había dado cuenta de la presencia de los medios mientras daba parte. La pelea con el vampiro la había impresionado tanto que debía de haber quedado aturdida.

«Una fuente de la Policía del Estado de Pensilvania nos concedió una entrevista esta tarde con la condición de que no reveláramos su identidad. El entrevistado asegura que el supuesto vampiro no recibió ningún aviso ni tuvo ocasión de rendirse a las autoridades. Diane, estoy seguro de que oiremos mucho más sobre esta historia durante los próximos días».

«Gracias Arturo», dijo la presentadora, con expresión tranquila e imperturbable. «Sigan atentos a la cobertura informativa de este…»

—¿Eso es lo que querían oír? —preguntó el camarero. Clara asintió con la cabeza y el hombre bajó el volumen y puso un reality show en el que aparecían unas modelos de lencería que trabajaban en una carnicería.

—Caramba, pronto vas a ser famosa, ¿sabes? —preguntó Clara—. Todas las cadenas del condado querrán entrevistarte.

—Eso si logro sobrevivir el tiempo necesario —dijo Caxton entre dientes.

—¿Cómo? —preguntó Clara, pero al ver que Caxton no lo repetía sacudió la cabeza—. Y dime, ¿cómo era el vampiro?

—Lívido. Grande. Y tenía muchos dientes —respondió la agente.

—Yo en el instituto estaba obsesionada con los vampiros. Mis amigas y yo nos poníamos una capa y unos colmillos de plástico, y grabábamos películas sobre cómo nos hipnotizábamos mutuamente con nuestras miradas más sexys. La verdad es que tenía bastante buen aspecto disfrazada de vampiro.

—Lo dudo —dijo Caxton y Clara arqueó las cejas en lo que podría haberse convertido fácilmente en una expresión ofendida—. No me malinterpretes: seguro que tenías buen aspecto, pero entonces significaba que no te parecías a un vampiro. Para empezar, los vampiros son clavos como una bola de billar. ¿Y esos colmillitos afilados? Créeme, no quieres ver cómo son en realidad.

Clara golpeó la barra.

—¡Los vampiros también son sexys! —exclamó en tono desenfadado—. ¡Deja de intentar destrozar mi fantasía infantil! Me da igual que sean calvos. ¡Mientras estemos en este bar, los vampiros son sexys!¡Muy, muy sexys!

A pesar de su humor, Caxton sonrió.

—Ah, ¿sí? —dijo.

—Joder, ¡claro que sí! —exclamó Clara, que a continuación agarró a Caxton por el bíceps—. ¡Y las duras cazadoras de vampiros son aún más sexys!

Ambas se rieron; aquella carcajada relajada, cordial, sentaba de maravilla.

—¿No cree que es sexy? —le preguntó Clara al camarero.

Su mano seguía encima del brazo de Caxton, aunque en el fondo no había nada censurable en ello. Clara ni siquiera la estaba mirando; tomó otro sorbo de su botella de cerveza, pero no apartó la mano.

—Yo me la tiraba —respondió el camero, con los ojos fijos en el modelo de lencería que elaboraba una salchicha con un molinillo industrial de carne.

—Ahora vuelvo —dijo Caxton, que bajó del taburete.

Clara apoyó la mano sobre la barra. Caxton se dirigió al aseo de mujeres, donde se refrescó la casa con agua fría. «Uau», pensó. «Uau». Aquella mano en su brazo no había sido tan sólo cálida, había sido caliente, caliente desde un punto de vista físico. Sabía que se trataba tan sólo de una ilusión, pero, aun así: «Uau». Hacía mucho tiempo que no se sentía de aquella forma. Y echaba de menos sentirse así; lo echaba de menos.

Cuando salió del baño, Clara estaba de pie junto al teléfono. Sonreía de oreja a oreja y sus ojos no revelaban nada. Intentaba mostrarse serena y agresiva al mismo tiempo. Caxton recordaba haber bailado aquel baile anteriormente, incluso recordaba haber ejecutado los mismos pasos. Cuando Clara bajó los ojos y dio un paso a la izquierda justo al mismo tiempo que Caxton daba un paso a la derecha, ésta recordó lo que se sentía; los pequeños miedos que se multiplicaban cuanto más te contenías, las grandes esperanzas que te tragabas para que no te abrumaran, pero que seguían estallando.

Incluso sonaba una buena canción en la *jukebox.* Caxton no lograba recordar ni el título ni el nombre del cantante, pero era una buena canción.

Echaba de menos esa sensación: las mariposas en el estómago, los escalofríos en la nuca… La echaba tanto de menos que cuando Clara levantó los brazos, ella se le acercó y cerró los ojos al notar sus manos sobre el rostro, aquellos dedos pequeños que le acariciaban suavemente la barbilla. Caxton soltó el aliento y de repente notó los labios de Clara sobre los suyos, húmedos, mullidos, con la temperatura perfecta. Eso era lo que Caxton más había echado de menos: aquellos primeros besos vacilantes, el sabor de nuevo de unos labios de mujer. Clara empezó a mover la lengua y Caxton alzó sus manos, pero no para tocarle la cara a Clara sino para apartarse lenta, muy lentamente.

Clara tenía los ojos húmedos y los labios fruncidos, con expresión interrogante.

—Pero ¿no eres…? —empezó a preguntar, con un susurro.

—Tengo pareja —respondió Caxton, que notó el sudor bajo el vendaje del hombro—. Tengo que irme a casa. Con ella.

Clara asintió y dio un paso a la derecha para dejar pasar a Caxton. Sin embargo al mismo tiempo Caxton dio un paso a la izquierda y a punto estuvieron de chocar. Eso bastó para aliviar la tensión del momento, pues ambas rompieron a reír al unísono. Caxton pagó la cuenta y subieron de nuevo al coche de la oficina del sheriff. Hablaron

muy poco durante el trayecto hasta la casa de Caxton, pero en los labios de Clara había dibujada una sonrisa. Detuvo el vehículo frente a la casa y se quedaron un rato en silencio, escuchando el gimoteo de los perros dentro de su caseta. Normalmente los lebreles estaban callados, pero Caxton no estaba preocupada: se trataba tan sólo de su reacción ante la presencia de un extraño.

—Me encantan los perros —dijo Clara—. ¿De qué raza son?

—Lebreles rastreadores —respondió Caxton como si estuviera cometiendo un delito.

A Clara se le iluminó el rostro.

—Algún día a lo mejor me los puedes presentar.

—Sí, desde luego… A lo mejor, algún día —dijo Caxton.

Se había ruborizado. Al abrir la puerta del coche y notar el aire fría en las mejilla, se dio cuenta de que había estado ruborizada durante todo el trayecto. No era de extrañar, pues, que Clara no dejara de sonreírle.

—Bueno, gracias por acompañarme —le dijo—. Ya… ya nos veremos.

—No te preocupes —le respondió Clara—. Puedo esperar un poco antes de clavarte mis colmillos en ese cuello que tienes.

Soltó una carcajada y arrancó.

Caxton dio de comer a los perros —Deanna se había vuelto a olvidar y ni tan sólo tenían agua— y entró en casa. Se desnudó en la cocina y corrió hacia la cama. Se escondió con rapidez bajo las sábanas para no enfriarse. El cuerpo de Deanna era seco y anguloso, pero Caxton le acarició el estómago y subió la mano para acariciarle el pecho. Deanna se agitó en sueños y Caxton la besó en el lóbulo de la oreja.

—Ay, esta noche no, cariño —susurró Deanna—. Hueles a sangre.

Con las heridas de la mano y del hombro, Caxton supuso que no le faltaba razón.

Se pasó un buen rato bajo la ducha, jugando con el amuleto que le había dado Vesta Polder, contemplando como el agua se enroscaba por la espiral, hasta que por fin, afortunadamente, empezó a adormilarse. Con las pocas energías que le quedaban, se secó, se metió en la cama y, antes de darse cuenta, se había dormida.



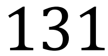




Por la mañana Caxton jugó un rato con los perros. Fuera hacía frío y la caseta estaba climatizada, de modo que se quedo dentro con ellos. Los perros brincaban a su alrededor y le mordisqueaban el pelo y la cara, la forma que tienen los lebreles de mostrar su cariño. Eran encantadores y tenían unos cuerpos esbeltos y perfectos. *Wilbur*, que sólo tenía tres patas, pero un pelaje beige azulado precioso, se acurrucó en su regazo, y dio vueltas y más vueltas, como si quisiera hacerse un nudo antes de dejarse caer sobre las piernas cruzadas de Caxton. Ella le rascó detrás de las orejas y le dijo que era un buen perro. Lola, la lebrel italiana, que ya tenía un buen hogar esperándola al norte del Estado de Nueva York, no paraba de empujar la puerta con el hocico, pero cada vez que Caxton se la abría por completo, una ráfaga de aire frío la hacía retroceder. Entonces la perra se sentaba sobre los cuartos traseros y lanzaba dentelladas al viento, como si quisiera plantarle cara.

Cuando Deanna la encontró allí, debajo de los lebreles, Caxton volvía a sentirse casi humana. Deanna le dedicó una fría sonrisa, como si acabara de pescarla con la mano dentro de la lata de las galletas. Entonces le tendió a Caxton su PDA y se marchó sin decir una sola palabra.

Caxton vio que había un nuevo e-mail de «Hsu-C@lcs.pa.us», que imaginó que debía de ser de Clara. Le temblaron las manos mientras lo abría. ¿Y si lo había visto Deanna? ¿Y si en lugar de escribirle un e-mail Clara la hubiera llamado y Deanna hubiera descolgado el teléfono? Pero enseguida se dio cuenta de que estaba paranoica. Para empezar, ella no había hecho nada, incluso había detenido a Clara antes de que pudiera suceder algo. Además, el e-mail de Clara no era en absoluto comprometedor. Era uno de los correos más profesionales que hubiera recibido jamás y no contenía nada más que el informe de la oficina del sheriff sobre los hechos de Bitumen Hollow. No incluía ni siquiera un saludo cordial.



En realidad eso la hizo sentirse un poco triste. La aparición de Clara era un auténtico problema, pero aún así…. había sido muy bonito. Borró aquellos pensamientos de la cabeza y estudió el informe. Se trataba de un documento frío y clínico, y de aquel modo intentó leer Caxton, mientras trataba de obviar el horror de aquellos que habían muerto en aquel pueblo la noche anterior. La mayor parte del informe se basaba en el testimonio presencial del gerente de la librería cristiana, el que la había golpeado con aquella cruz enorme. En cuanto se hubo calmado, el hombre resultó ser un tipo de lo más observador. Había visto como dos vampiros entraban por la calle principal del pueblo, vestidos con sendos abrigos negros y con los cuellos subidos para ocultar los dientes. Sin embargo, si lo que intentaban era hacerse pasar por seres humanos, podrían haberse ahorrado el esfuerzo: en Bitumen Hollow se conocían todos y aquellos dos vampiros enormes —ambos medían bastante más de metro ochenta— sobresalían como dos pulgares dislocados. La primera persona en salir había sido una adolescente, la víctima núm. 1, Helena Saunders. Uno de los vampiros la levantó del suelo y el otro le arrancó la manga de la chaqueta y le mordió en el brazo, en palabras del superviviente, «como si mordiera una mazorca de maíz». A partir de este momento, las cosas se pusieron feas.

Nadie había intentado defenderse, el pueblo si siquiera había plantado cara, aunque más adelante se encontró un rifle cargado bajo el mostrador de la cafetería y se supo que la mujer que dirigía la estafeta de Correos, víctima núm. 4, tenía una pistola con licencia en el coche. Los efectivos policiales no llegaron al pueblo hasta que fue demasiado tarde. A Caxton no le extrañaba. Un pueblo de aquellas dimensiones no tenía una oficina del sheriff propia, sino que dependía del sheriff del condado.

Caxton se saltó el grueso del informe. Había catorce víctimas en total, pero no tenía necesidad de saber cómo habían muerto todas.

Catorce. Los dos vampiros que habían atacado Bitumen Hollow eran bastante jóvenes. Su sed de sangre debería de haberse saciado fácilmente, como mucho habrían necesitado una víctima cada uno y, sin embargo, habían acabado con el pueblo entero. ¿Por qué? Caxton se acordó de Piter Lares, que se había sobrealimentado a conciencia y se había llenado de sangre para así poder alimentar a sus «mayores», incluida Justinia Malvern.

Los nuevos asaltantes —a quienes el informe se refería como «actor núm. 1» y «actor núm. 2», jerga policial para denominar a las personas que «actuaban» contra las víctimas— podrían haberse dado un atracón con la idea de alimentar a Malvern; aunque no, se necesitaban cuatro vampiros para restituirle la salud. En cualquier caso, la vampira seguía encerrada entre los muros de Arabella Furnace. Por lo que sabía.

Un escalofrío le recorrió el espinazo cuando pensó que los vampiros podían haber atacado el sanatorio abandonado y que en aquel momento Malvern podía estar en libertad. Pero no, Arkeley le habría llamado para avisarla.

A menos que los vampiros hubieran atacado y Arkeley estuviera muerto.

Sin pérdida de tiempo, les puso comida y agua a los perros y regresó a la casa. No quería precipitarse, pero necesitaba saber que sucedía. El Hospital Estatal de Arabella Furnace no aparecía en el listín telefónico ni tampoco en las bases de datos de la policía estatal. Mientras se vestía, llamó a la Oficina Federal de Prisiones para pedir el número de teléfono, pero le respondieron que ese tipo de consultas debían seguir los canales oficiales. El hombre que había al otro lado de la línea, desde luego, ni siquiera admitió que el lugar existiera.

—Oiga, la gente de ese centro está en peligro. Lo sé todo sobre el lugar, he estado allí. Es un hospital par aun único paciente y se trata de una vampira, Justinia Malvern.

—Cálmese, señora —respondió el hombre—. Además, nosotros no trabajamos con hospitales, sino con prisioneros.

No sabía muy bien cómo, pero logró no gritarle a aquel hombre, que le aseguró que transmitiría su mensaje. Caxton colgó y entró corriendo en el dormitorio.

—¿Dee? —gritó—. ¡Dee! Tienes que prestarme el coche.

Deanna estaba en la sala, echada en el sofá y mirando la televisión. Tenía el mando a distancia en una mano, que le colgaba hasta el suelo, donde quedaba medio enterrada en la alfombra de pelo largo.

—Esta noche he vuelto a tener uno de esos sueños en los que sales tú —dijo justo en el momento en el que Caxton entraba, muy alterada, en la sala—. Estabas atada a un poste y unos soldados romanos te fustigaban la espalda desnuda. La sangre te caía por las caderas y formaba regueros rojos como si fuera sirope de chocolate. Yo creo que hoy sería mejor que te quedaras en casa.

Apretó los puños dentro de los bolsillos. No tenía tiempo para aquello.

—Necesito tu coche, te lo digo muy en serio.

—¿Por qué? —preguntó Deanna—. A lo mejor tengo cosas que hacer.

—¿En serio? —preguntó Caxton. No era el día en que Deanna tenía por costumbre ir de compras. La mayor parte del tiempo el coche se quedaba en el camino de acceso a la casa—. Mira, es muy importante. En serio, si no ni te lo pediría.

Deanna se encogió de hombros y volvió a dirigir su mirada hacia la tele.

—Vale, si quieres dejarme prisionera en mi propia casa…

En aquel momento Caxton se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Soltó el aire con calma y volvió a inspirar igual de despacio. Las llaves de Deannam estaban colgadas de un gancho en la cocina, junto al armario donde Caxton guardaba la pistola; cogió ambas. Fuera hacía un aire frío y vigorizante. Se abrochó la chaqueta y se metió en el pequeño Mazda rojo de Deanna. Se quitó el sombrero y fue a dejarlo sobre asiento del pasajero, pero encimad del tapizado lleno de manchas estaban los restos de una cena del McDonald´s, incluida media hamburguesa. El estrecho asiento trasero estaba lleno de latas de pintura y de paquetes de pinceles y rodillos sin abrir, aunque Deanna había decidido dedicarse en exclusiva al proyecto sin título del cobertizo y llevaba ya seis meses sin pintar nada.

Caxton dejó el sombrero en equilibrio inestable encima de una lata de pintura abierta que se había secado y había adquirido la consistencia de un plástico duro, y cruzó los dedos. Ajustó los retrovisores y mientras salía del caminito de entrada dando marcha atrás y unos minutos más tarde estaba ya en la autopista, rumbo a Arabella Furnace.

De camino se dedicó a toquetear la radio del coche buscando un boletín de noticias. Se había producido otro atentado con bomba en Irak y un escándalo en el mundo del golf, pero a ella no le interesaban los deportes y no entendió de qué hablaban. No había noticias de un ataque vampírico en un centro abandonado para tuberculosos, ninguna corneta llamando a un minuto de silencio por un agente federal fallecido en acto de servicio, pero la falta de noticias tampoco logró tranquilizarla.

Cuando por fin llegó eran las doce bien pasadas y lloviznaba. El sol se reflejaba en las hojas húmedas que cubrían el camino y el estrecho sendero que llevaba al hospital estaba cubierto de lodo. El pequeño Mazda estuvo a punto de quedarse encallado, pero Caxton contaba con años de experiencia conduciendo coches por tramos imposibles de carretera. Aparcó en el césped, debajo de la estatua sin rostro de a Salud, la Higiene o lo que fuera y se sintió aliviada —aunque sólo fuera un poco— al ver su coche patrulla aparcado a unos metros de distancia. Arkeley había ido a Arabella Furnace la noche anterior; le había dicho que quería estar solo para poder ir a ver a Malvern.

Caxton pensó que, al ver lo sucedido en Bitumen Hollow, Arkeley debía de haber pensado que ahora que los vampiros se habían saciado, atacarían el sanatorio esa misma noche. Pero, en ese caso, ¿por qué se había deshecho de ella y había querido ir solo?

Porque no confiaba en ella, por supuesto. Se había comportado como una enclenque cuando la había herido con la pala.

Le había dicho que no soportaría verlo torturar a un siervo. Y Arkeley había decidido que era un estorbo.

El funcionario de prisiones del mostrador principal la reconoció, pero la obligó igualmente a firmar en el registro. Cuando Caxton vio la cara, supo que sus peores temores no se habían hecho realidad. Malvern seguía encerrada bajo llave.

—¿Qué ha sucedido aquí esta noche? —preguntó mientras dejaba el bolígrafo junto a la hoja de registro.

—Algo grande —respondió el funcionario con ojos como platos.

—¿Algo? ¿Cómo qué?

El hombre se encogió de hombros.

—Yo sólo trabajo aquí de día. ¿Este lugar, por la noche? Tendrían que clavarme los pies al suelo para que no me marchara corriendo.

Caxton quería hacerle un millón de preguntas más pero pensó que sería fácil encontrar a mejores informadores. Intentó recordar el camino hacia la sala de Malvern, pero se perdió y tuvo que dar media vuelta. Entonces regresó sobre sus propios pasos, giró a la izquierda en lugar de a la derecha y vio la cortina de plástico que sellaba la entrada de la sala. El hospital era inmenso y oscuro; si no le hubieran enseñado el camino con anterioridad habría podido pasarse varias horas perdida.

Apartó el plástico y penetró en aquella luz azulada. Por supuesto, ahí estaba Arkeley, sentado en una silla. Tenía un aspecto bastante saludable, aunque parecía que no se había duchado desde la última vez que se habían visto.

No vio a Malvern por ninguna parte, pero la tapa del ataúd estaba cerrada. Caxton se acercó a él.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Por supuesto que sí, agente. Acabo de tener una agradable conversación con mi vieja amiga —explicó y tamborileó con los dedos encima del ataúd. No hubo respuesta, pero Caxton asumió que Malvern estaba ahí dentro—. ¿Por qué no se sienta?

Caxton asintió con la cabeza. Echó un vistazo a la sala pero no vio a Hazlitt. A lo mejor dormía de día.

—Se me ocurrió… Sé que parecerá una locura, pero se me ocurrió que los vampiros que anoche acabaron con Bitumen Hollow se habían atiborrado de sangre. Y entonces pensé que a lo mejor querrían asaltar este lugar, que habían estado acumulando toda esa sangre para ella. Supongo que saqué una conclusión precipitada.

—No crea —dijo él—. Han actuado exactamente como usted temía. O, por lo menos, lo han intentado.







La noche anterior, mientras a Caxton la besaba una chica guapa en un bar, Arkeley había estado luchando por su vida. El agente federal le relató lo hechos en tono calmado y sin un gesto de reproche. Ni una sola vez dejo entrever que le hubiera gustado que ella estuviera allí para ayudarle.

Tras la matanza de Bitumen Hollow, Arkeley había sabido que iban a presentarse complicaciones. El recuento de cadáveres no encajaba con el número de vampiros. Entonces se acordó de cómo Lares había alimentado a sus antepasados —«Aunque en realidad no lo he olvidado ni por un momento, dijo con un estremecimiento»— y se dio cuenta de que los vampiros habían decidió no esperar más. Entre los dos no podían hacer acopio de sangre suficiente para revivificarla, pero por lo menos iba a poderse levantar y caminar sin ayuda. Iban a atacar esa misma noche, estaba seguro de ello. Así pues, había subido al coche patrulla y había acudido de inmediato a Arabella Furnace.

—Sin mí —dijo Caxton, vagamente dolida.

—¿Me deja terminar de contar la historia o vamos a ponernos a discutir? —preguntó él.

Llegó al hospital a las nueva de la noche, advirtió a los funcionario sobre lo que se avecinaba y entró en la sala priva de Malvern. La encontró bastante deteriorada en comparación con la última vez, cuando ordeno cortarle el suministro de sangre. Era incapaz de incorporarse y estaba reclinada en el ataúd. Se le había caído casi toda la piel y tenía el ojo seco e irritado. Tanía un brazo cruzado sobre el pecho y el otro colgando junto al ataúd, con sus dedos como garras sobre el teclado del ordenador portátil. Arkeley creyó que había dejado caer el brazo de pura desesperación, pero entonces se dio cuenta de cómo pulsaba la tecla «E» con el dedo índice y, a continuación, se hundía en el ataúd, como si aquel pequeño esfuerzo la hubiera dejado exhausta.

Entonces apareció Hazlitt, cuyo semblante sugería que estaba descontento por algo. Le contó a Arkeley que Malvern tenía una media de cuatro letras por minuto. El médico le permitió a Arkeley leer lo que había escrito hasta el momento.

una gota es nuestro único remedio

una gota una gota una nada más

—La estás matando, Arkeley —le dijo el médico—. Y no me importa que ya esté muerta. No me importa que pueda seguir así eternamente. Para mí es un asesinato, o algo peor.

—Si tanto quiere vivir, debería ahorrar energías —dijo Arkeley—. A lo mejor debería quitarle el ordenador.

Hazlitt lo miró como si acabara de recibir un golpe.

—Pero es su única conexión con el mundo exterior —suplicó.

Arkeley desechó aquel argumento encogiéndose de hombros. Le indicó al doctor que se marchara a casa a las diez de la noche, aunque Hazlitt había expresado su deseo de permanecer junto a su paciente. Arkeley le aseguro que el velaría por su seguridad durante la noche.

Una vez a solas con ella, y con el sonido esporádico del teclado como única distracción, Arkeley desenfundo el arma y la dejo encima del monitor cardiaco de Malvern, fuera del alcance de la vampira. A la hora de la verdad no tendría ocasión de utilizarla.

Los vampiros, los dos miembros restantes de la estirpe de Malvern, llegaron a las dos de la madrugada. Tenían las mejillas coloradas y sus cuerpos irradiaban un calor palpable. Aparecieron sin hacer ruidos, uno entró por la puerta principal de la sala y el otro surgió de entre las sombras azuladas. Aunque los estaban esperando, Arkeley no los vio llegar.

Mientras uno de ellos intentaba hipnotizar al agente especial, el otro cruzó velozmente la sala con los brazos extendidos para agarrarlo por los hombros, y con la boca abierta para arrancarle la cabeza de un bocado. Pero ambos se detuvieron al ver lo que Arkeley sostenía en la mano. Antes de que llegaron los vampiros, el agente federal había tomado una serie de precaucione sirviéndose de los instrumentos quirúrgicos de los que disponía la sala. Con una sierra y unos alicates, Arkeley le había extirpado a Malvern parte de la caja torácica. Un vampiro joven y saludable habría podido reparar aquel daño de forma casi instantánea, pero Malvern estaba tan falta de sangre y era tan

vieja que ni siquiera se dio cuenta de lo que le estaban haciendo. La intervención quirúrgica amateur de Arkeley había dejado a la vista el corazón de la vampira, un frío pedazo de músculo negro con la consistencia de una briqueta de carbón.

Los dos vampiros dieron un paso y el estrujo ligeramente el corazón, que empezó a desmigajarse debido a aquella presión mínima. A pesar de lo débil que estaba, Malvern logró reunir a fuerza necesaria para inclinar la cabeza hacia atrás y abrió aquella boca llena de dientes con un aullido ahogado.

Los vampiros se quedaron inmóviles y se miraron el uno al otro, como si se preguntaran qué debían hacer pero sin articular palabras.

—Os voy a plantear una serie de opciones —les dijo Arkeley, que evitó establecer contacto visual directo con ellos: aunque se creía capaz de resistir sus poderes, prefería no tener que comprobarlo—. Podéis matarme, cualquiera de los dos podría hacerlo en un santiamén. Por desgracia, mi último espasmo de vida recorrería mi brazo y le aplastaría el corazón. Podéis pasaros toda la noche ahí esperando a que se me canse el brazo, pero sólo os quedan cuatros horas hasta que salga el sol. ¿Dónde están vuestros ataúdes?

Ninguno de los dos vampiros contestó. Se quedaron mirándolo con aquellos ojos rojos, esperando a oír la tercera opción.

—O también podéis marcharos —dijo, intentando que su voz sonara razonable—. De ese modo sobrevivimos todos.

—¿Y por qué íbamos a confiar en ti? —preguntó uno de ellos, con voz áspera y grave debido a la sangre que se acumulaba en su gaznate.

—Te cargaste a nuestro hermano —bramó el otro—. Podrías hacerlo lo mismo con ella en cuanto te diéramos la espalda.

—Si la matara, me juzgarían por asesinato. Ya lo sé, yo tampoco creo que tenga ningún sentido. —Arkeley empezó a encogerse de hombros, pero se dio cuenta a tiempo de que aquel gesto habría implicado mover la mano y arrancarle a Malvern el corazón de cuajo—. Si muero esta noche, me la llevo conmigo.

Los vampiros desaparecieron sin mediar palabra, con la misma rapidez con la que habían llegado.

Cuando estuvo seguro de que se habían marchado, Arkeley fue a comprobar cómo estaban los vigilantes del hospital. Habían hecho lo que él les había pedido. Los vampiros no necesitaban sangre y al ver que los funcionarios de priones no les ponían ningún impedimento, se habían limitado a ignorarlos. Nadie en todo el hospital abandonado había resultado herido.

Cuando Arkeley regresó a la habitación privada de Malvern, descubrió que esta había escrito una nueva línea con el ordenador:



Por suerte para Arkeley, su estirpe no había podido leerlo a tiempo.

—A usted no le corre sangre por las venas —le dijo Caxton cuando terminó de contar la historia—, sino agua helada.

—Me alegra que piense así. Durante un momento, mientras los tenía ahí, estaba seguro de que me iba a dar un calambre en la mano —dijo y sonrío. Sin embargo, no era tu típica sonrisa displicente, sino una como la que le había dedicado a la novia de Caxton: una sonrisa humana, normal y corriente. No le pegaba demasiado, aunque tampoco le daba un aspecto repelente—. Al final ha salido el sol, Malvern ha metido la mano dentro del ataúd y yo he cerrado la tapa. Y aquí estamos.

—Debería haberme llevado con usted. Juntos podríamos habernos enfrentado a ellos —insistió Caxton.

—No esta noche. Estaban tan llenos de sangre que ni un bazooka les habría hecho un rasguño; por ese motivo se alimentan siempre antes de luchar. Aunque eso también tiene su lado positivo. Venían cargados de sangre para a regurgitarla encima de Malvern tal como Lares hiciera aquella noche en el barco, pero ahora van a tener que digerirla solos. Eso los hará fuertes, pero también va a robarles tiempo. Esta noche, y tal vez la que viene, no van a tener ningunas ganas de comer.

—Entonces, no me pidió que lo acompañará porque creía que iba a ser un estorbo; porque creía que iba a fastidiarle el plan.

—Lo que creía era que iban a hacerle daño —respondió el—. ¿Tenemos que discutir esto precisamente ahora? No he dormido en toda la noche.

Caxton estaba furiosa, pero sabía que era mejor no pelarse con él en aquel momento.

—Vale. Ya se ha cansado de mí, muy bien. En ese caso regresaré con mis perros.

Arkeley sacudió la cabeza.

—No, vamos a asignarle nuevas tareas, pero sigue formando parte del equipo. Puede coordinar el trabajo de investigación y encontrar los nombres y las direcciones de los chicos de Malvern. Siempre tendremos algo para usted.

—Vaya, gracias —le espetó ella.



—No se ponga así. Muy poca gente tiene lo que hace falta para enfrentarse a los vampiros, agentes. Usted hizo todo lo que pudo; que eso no fuera suficiente no es motivo para que se sienta mal consigo misma. Oiga —añadió entonces, mirando primero el ataúd y luego a ella, con las cejas arqueadas—, ¿quiere echar un vistazo?







CAPITULO 26

—Es que no… —dijo, aunque no estaba segura. En realidad no sabía ni siquiera a qué estaba renunciado. ¿Quería seguir en el caso? ¿Quería saber algo más sobre los vampiros, sobre lo horrible y desagradable que podía llegar a ser el mundo?

—Es lo mismo que ver cómo una oruga se transforma en una polilla: asqueroso y, al mismo tiempo, fascinante, si tienes estómago para soportarlo.

Caxton estaba a punto de decir que no. Iba a decir que no y se largaría de allí.

—Cada mañana pasa por este proceso, se metamorfosea como una larva en su crisálida. Su cuerpo tiene que transformarse para reparar todo el daño sufrido durante la noche.

Levantó la tapa de ataúd y del interior salió un extraño olor animal, cálido, almizclado y, al mismo tiempo, antinatural. A Caxton le recordó el olor de la caseta de los perros cuanto éstos estaban enfermos.

—La inmortalidad significa esto.

No. Sólo tenía que decir que no y Arkeley volvería acerrar la tapa. No quería saber nada más, ni del caso ni de los vampiros. Si él quería, se encargaría del trabajo de escritorio.

Caxton se acercó al ataúd. Arkeley apartó la tapa y la agente miró en el interior.

Los huesos de Malvern estaban esparcidos por encima de la tapicería. Su enorme mandíbula se había desencajado. Su corazón, que parecía una ciruela podrida, estaba dentro de la caja torácica, aunque no estaba conectado a nada. El resto de la carne había quedado reducida a una mucosidad que manchaba el forro de seda del ataúd y que apenas le cubría la pelvis y parte de la columna. Había también pequeños charcos de esa mucosa en los rincones de la caja y en una de las cuencas de Malvern. Sumergidos en ese líquido viscoso había unas tiras como de piel chamuscada y en el centro algo que parecía

uñas costada. El olor era muy, muy fuerte, casi insoportable. Caxton se inclinó para inspeccionar aquellas uñas; solo tuvo tiempo de ver las pequeñas antenas que sobresalían de un extremo y los aros que segmentaban los cuerpos.

—Gusanos —dijo con un grito ahogado. Tenía la cara a pocos centímetros de un amasijo de gusanos.

Caxton retrocedió un paso y a punto estuvo de ponerse a gritar. Ahora que había visto de qué se trataba era imposible fingir que eran otra cosa. Notó un picor en la piel que la obligó a alejarse del ataúd y los labios se le contrajeron en una mueca de asco.

—Una de las mayores maravillas de la evolución —dijo Arkeley. Al parecer hablaba muy en serio—. Por lo menos cuando logras dejar a un lado los prejuicios. Se comen a los muertos y dejan paso a los vivos; sus bocas están diseñadas de tal modo que sólo pueden sobrevivir si se alimentan de comida de una cierta viscosidad. Son tan eficientes trabajando juntos para descomponer tejido necrótico que comparten liberalmente el mismo sistema digestivo. ¿No es increíble?

—¡Por el amor de Dios, Arkeley! —dijo Caxton, que notó el sabor a bilis en el paladar—. Ya me ha quedado claro. Ahora tápela, por favor.

—Pero ¡hay tantas cosas que aún no ha visto! ¿No quiere ver cómo regresa a la vida con la puesta de sol? ¿No quiere ver cómo se recomponen sus tejidos, cómo se hincha el glóbulo ocular y se le reinsertan los dientes?

—Ciérrelo ya —musitó Caxton. Se llevó las manos al estómago, pero con eso sólo consiguió sentirse aún peor. Intentó respirar acompasadamente—. Ese olor…

—No es norma, ¿versad? Las cosas naturales no huelen así —dijo Arkeley. Caxton oyó cómo la puerta del ataúd chirriaba y se cerraba a sus espaldas; sólo aquello la hizo sentirse ya un poco mejor—. A los gusanos no parece importarles, pero los perros aúllan si huelen a un vampiro y las vacas dejan de dar leche si se les acerca. También las personas terminan por darse cuenta de que hay algo anormal en ella, algo que no cuadra. Aunque, por supuesto, a esas alturas ya te habrá arrancando una arteria del brazo y te habrá chupado hasta la última gota de sangre.

—Está disfrutando con esto, ¿verdad? —preguntó Caxton—. Debe de sentar bien poner a una chiquilla donde le corresponde. —La agente se dirigió hacia el extremo opuesto de a sala, tan lejos como pudo del ataúd—. Debe de tener la sensación de ser un tipo duro.

Arkeley soltó un largo suspiro y Caxton se volvió. Se dio cuenta de que en la expresión del agente federal no había rastro ni de alegría, ni de ganas de herirla, tan solo de cansancio.

—Empezó a entrenarme para que fuera su relevo —dijo Caxton—, alguien que pudiera enfrentarse a los vampiros cuando usted ya no esté.

Pero Arkeley sacudió la cabeza.

—No, agente, no. Nunca la consideré una candidata, no la voy a engañar. Usted ha sido honesta conmigo y merece que, por lo menos, yo haga lo mismo.

Caxton asintió vigorosamente con la cabeza. Sabía que no iba a poder ganar aquella discusión, se sentía como cuando se peleaba con su padre. También era un buen hombre, pero tenía una norma según la cual en su casa él tenía siempre razón; aunque al llegar a la adolescencia a Caxton le costó más recordarla…

Joder, se dijo, ¿por qué pensaba tanto en su padre últimamente? Desde que el vampiro la había hipnotizado, había pensado mucho en él. Y le había contado lo de su madre a Vesta Polder. ¡Había tardado meses en hablarle a Deanna sobre la muerte de sus padres! Arkeley había logrado que todo aquello saliera a la superficie en un tiempo récord.

Se había terminado, ya tenía suficiente. Lo había pensado cuando había visto morir al primer vampiro, pero ahora era definitivo.

—Yo también tengo algo que debería ver —dijo.

Arkeley le dedicó una mirada expectante. La discusión con Caxton no lo había preocupado lo más mínimo porque sabía que aquella era su investigación y que, aunque sólo fuera por eso, tenía razón. Bueno, vale, de acuerdo, pensó ella, consciente de que más tarde, cuando él no estuviera presente, estallaría. Se sacó la PDA del bolsillo y buscó el email de clara. Abrió dos de las fotos adjuntas y las dispuso una junto a la otra.

—Un superviviente de Bitumen Hollow nos proporcionó esto —dijo.

Arkeley se inclinó para observar las fotos en la pequeña pantalla. Caxton las había estudiado ya y sabía lo que el agente federal iba a ver en ellas. Ambas imágenes habina sido elaboradas con el Identikit, el programa con el que el departamento del sheriff habia creado dos esbozos a todo color de los actores núm. 1 y 2. Como solía suceder con ese tipo de imágenes, se trataba de esbozos inexactos y extraños, y los retratados se parecían más al monstruo de Frankenstein que a dos vampiros. El tono de piel no concordaba, pues el Indentikit no ofrecía la opción de aplicar un color lívido y mortecino, ni tampoco los ojos rojos —un marrón intenso era lo que más se aproximaba— y, desde luego, el programa no incluía una mandíbula y unos dientes como los de un vampiro.

Sin embargo, Arkeley los reconoció al instante.

—Sí, son ellos —dijo y la miró—. Están bien, van a sernos útiles.



Caxton asintió con la cabeza.

—Ya me lo parecía. Y mire, incluso tenemos la marca de identificación de uno de ellos.

El agente al cargo del IdentiKit había dibujado las largas orejas triangulares del actor núm.2, pero el superviviente había insistido en que el actor número.1 tenía orejas humanas si bien, eso sí, con punta superior descolorida, casi negra.

—Éste tiene las orejas diferentes.

—Porque se las recorta cada día —explicó Arkeley.

—¿Que se las qué?

El agente federal le cogió la PDA de las manos y se la acercó a la cara.

—Las orejas los delatan a primera vista. Algunos vampiros, los más jóvenes, intentan esconderlas y adoptar así un aspecto más humano. Lares lo hacía para camuflarse, pero he leído que otros lo hacen simplemente pro que quieren volver a parecer humanos; usan pelucas, lentes de contacto azules e incluso se maquillan las mejillas y la nariz para parecérsenos más.

—Pero ¿cada día? ¿Este tío se recorta las orejas cada día?

Arkeley se encogió de hombros.

—Sí, cada noche. Al anochecer, cuando despierta, le han vuelto a crecer.

Eso hizo que Caxton se acordara de los gusanos que acababa de ver en el ataúd.

—Algunos vampiros deben de odiarse as í mismo; deben de odiar lo que son y lo que tienen que hacer.

—Eso no lo sabe nadie. En las películas se insinúa que los vampiros poseen una profunda e inquietante vida interior, pero yo no lo creo. En mi opinión, se pasan la noche pensando en la sangre, en lo bien que sabe y en lo mucho que la echan de menos cuando no la tienen. En cómo pueden conseguir más sin que los descubran y los ejecuten. Y en cuánto tiempo pasará hasta de que les deje de importar que los descubran.

Caxton sintió un escalofrío y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Como yonquis —se dijo. Antes de abandonar la universidad había conocido a varias chicas que tomaban heroína. Cuando aún no se drogaban eran personas autónomas, con sus propias ideas y con sentimientos. La droga las volvió anodina, sus personalidades sucumbieron por completo a la adicción—. Como yonquis que no pueden dejar la droga.

—Hay una diferencia —replicó Arkeley—. Al final los yonquis se mueren.







—Anoche ocurrió algo aquí, ¿verdad? Algo que podría haber acabado muy mal —dijo el sargento Tucker observando a Caxton y a Arkeley desde detrás del mostrador.

La última vez que ella los había visto tenía los pies encima de la mesa y estaba mirando la televisión. Ahora estaba inclinado hacia delante, muy atento a los cuatro pasillos que desembocaban en el puesto de vigilancia.

—Ayer hubo veintitrés funcionarios de prisiones haciendo el turno nocturno, pero no he logrado sonsacarles una respuesta clara a ninguno de ellos. Un tipo vio sombras deambulando, como si su sala estuviera llena de velas que parpadeaban y no sé qué historias. Otro jura haber visto cómo un vampiro cruzaba el jardín: piel lívida, muchos dientes, calvo como una bola de billar; pero el guardia tenía órdenes de ni siquiera exigirle al cabronazo que se detuviera.

—La orden se la di yo —confirmó Arkeley.

Tucker asintió con la cabeza.

—Y luego a las dos y catorce de la madrugada, de pronto, la temperatura del hospital cayó cuatro grados. Tengo el registro justo aquí, en este ordenador. Primero hacía diecisiete grados y luego trece. Y hacia las dos y media, volvió a subir a los diecisiete. También tengo un video donde se ve una figura pálida y borrosa corriendo por la sala de la piscina a tal velocidad que ni siquiera puedo aplicar el procesador de imagen. —Tucker entrecerró los ojos—. Si no hubiera sido por usted, si mis hombres hubieran estado solos…

—Yo estaba aquí. La situación estuvo bajo control en todo momento.

Tucker estudió el rostro de Arkeley durante un buen rato, entonces apartó la mirada y se rascó la cabeza rapada.

—Sí, claro. ¿Qué puedo hacer por usted ahora?

Caxton le pasó su PDA y Tucker observó las fotografías que aparecían en la pantalla.

—Éstos son los vampiros que estuvieron aquí anoche —explicó Arkeley—. Quiero saber su se parecen a alguna de las personas de la lista.

Tucker tecleó algo en su ordenador.

—Ah, sí, la lista de todos los que han trabajado aquí durante los últimos dos años. A bote pronto los tipos de estas fotografías no me suenan, pero echémosles una ojeada.

Giró el monitor para que Caxton y Arkeley lo pudieran ver. Los nombres de la lista aparecieron en la pantalla y Tucker fue seleccionándolos uno a uno con el cursor para mostrarle las fotografías a los dos agentes.

—Esta base de datos es muy sofisticada —dijo Caxton con asombro.

Tucker frunció la boca y continuó haciendo clic sobre todos los nombres, uno por uno.

—Tiene que serlo. Yo no sé qué idea tiene usted de este lugar, pero para mí es lo mismo que un centro penitenciario. Hago lo que haría en cualquier prisión; es decir, vigilo con los cinco sentidos quién entra y quién sale.

—Ése —dijo Arkeley al tiempo que señalaba la pantalla—. Vuelva a la fotografía anterior.

Tucker obedeció y al instante tuvieron frente a ellos la ficha de un tal Efraín Zacapa Reyes, un electricista de la Oficina Federal de Prisiones que había trabajado en Arabella Furnace en algunas ocasiones el año anterior.

—Tengo un recuerdo vago de ese tío. Vino a cambiar los fluorescentes antiguos por las luces azules que Hazlitt hizo instalar en su ala del hospital.

Caxton sintió cómo un escalofrío le recorría la columna vertebral. Arkeley frunció el ceño.

—De modo que debió de estar muy cerca de Malvern, lo suficiente para poder comunicarse con ella. Lo suficiente para caer victima de la maldición vampírica.

Caxton estuvo a punto de hacer una pregunta, pero entonces se acordó de algo. Y ano trabajaba en el caso. Podía ayudar a Arkeley en lo que éste considerara oportuno, pero sus ideas y opiniones no iban a ser tenidas en cuenta. Experimentó una repentina sensación de vacío, aunque lo más extraño era que se parecía mucho a lo que había sentido cuando Clara la había besado. Como si por un agujerito pudiera ver una vida completamente nueva y excitante que en realidad nunca podría explorar.

—Reconozco el parecido, pero ése no es su tipo —dijo Tucker, Caxton, sobresaltada, volvió en sí.

—¿Y por qué no? —preguntó Arkeley.

—Bueno, sólo pasó alrededor de una hora en el ala del hospital. Lo único que hizo fue enroscar un par de bombillas y yo puse a tres guardias junto a él mientras trabajaba. Si hubiera intentado algo, mis guardias lo habrían abatido ahí mismo… No estamos para hostias en Arabella Furnace. Nadie mencionó ningún intercambio de sangre, ni de saliva, no de cualquier otro fluido.

Arkeley asintió con la cabeza, aunque era evidente que no descartaba a Reyes como sospechoso. Caxton comparó las dos fotografías, la de su PDA y la que aparecía en la pantalla del ordenador. El parecido entre la frente y la nariz de uno de los vampiros y del electricista era evidente, aunque había una gran diferencia.

—Es latino —dijo Caxton.

En la fotografía del ordenador se distinguía claramente que Reyes tenía la piel oscura. El vampiro, por supuesto, era blanco como la nieve.

—No es usted la primera en caer en ese error —dijo Arkeley—. Ya lo han cometido otras personas, personas que ahora están muertas. Al regresar de la yumba los vampiros pierden todo el pigmento de la piel. Aunque en el pasado fueran negros, japoneses o esquimales, siempre terminan volviéndose blancos. Ya ha visto con sus propios ojos que los vampiros no son blancos, sino albinos —le dijo a Caxton—. Éste es uno de nuestros hombres —concluyó dando golpecitos con el dedo en la pantalla de ordenador.

Tucker imprimió de inmediato la chica personal de Reyes y Caxton se acercó rápidamente a la impresora para coger el documento.

—Déme su última dirección conocida —le pidió Arkeley—. Tras la purga de la cabaña de caza tendrán que buscar otro escondrijo y lo más probable es que se refugien en un lugar donde se sientan cómodos.

Caxton no tardó en encontrar la información que buscaba, pero negó con la cabeza.

—Se trata de un edificio de apartamentos en Villanova. Los vampiros no querrían instalarse allí, ¿verdad? Ahí hay demasiada actividad, se expondrían al riesgo innecesario de llamar la atención al entrar y salir.

Arkeley negó con la cabeza.

—Prefieren las ruinas y las granjas —añadió Arkeley.

—Pues entonces no tenemos nada. Reyes vivía en ese edificio desde hacía años, por lo menos desde 2001. Espere, permítame llamar a ese número, a ver si logro obtener información.

Tal vez, si lograba obtener algún tipo de información útil, Arkeley dejaría de tenerla en tan baja consideración. Caxton se maldijo a sí misma por vincular su autoestima a la opinión que Arkeley tuviera de ella. ¿Podía acaso cometer una estupidez mayor? Sea como fuere, sacó el teléfono móvil del bolsillo y marcó el número que aparecía en la ficha como contacto de emergencia, que en realidad era el número del portero del edificio de apartamentos. En cuanto Caxton se presentó como agente de policía, el portero estuvo encantado de colaborar. Caxton obtuvo todos los detalles que pudo y colgó.

—¿Y bien? —preguntó Arkeley.

—Efraín Reyes era un buen tipo, bastante reservado, sin mujer ni novia, sin familia, o al menos ningún familiar lo visitó nunca. El portero sospecha que quizá fue un inmigrante ilegal, aunque no tiene pruebas de ello.

—Para trabajar habría necesitado por lo menos el permiso de residencia —aclaró Tucker.

Caxton asintió con la cabeza.

—El hombre con quien he hablado estaba encantado con Reyes porque en una ocasión arregló un problema que tenía con los interruptores del edificio sin cobrar nada. Hace siete meses que la policía local le comunicó al portero que el vecino había muerto en un accidente laboral. Dice que le hubiera gustado asistir al funeral, pero le contaron que nadie había reclamado el cuerpo, y que por eso se había celebrado un entierro sencillo a cargo del Estado en la fosa común de Filadelfia. El portero conserva los efectos personales de Reyes en una caja, aunque asegura que no hay nada fuera de lo común, tan sólo un par de prendas de ropa y artículos de aseo. El apartamento estaba amueblado cuando Reyes entró en el piso y no parece que éste cambiara nada.

—Tiene más pinta de fantasma que de vampiro —sugirió Tucker. Caxton se encogió de hombros.

—Por lo que me han contado yo diría que sufría un trastorno depresivo severo. Al parecer, de lo único que jamás se quejaba era de estar cansado y el portero me hizo entender que faltaba bastante al trabajo, sobre todo en invierno. A juzgar por el correo que recibía, leía muchas revistas masculinas (*Playboy*, *FHM*, *Maxim*), aunque nunca tenía citas, ni realizaba ninguna actividad social más allá de ir al cine.

Arkeley asintió con la cabeza, como si todo empezara a cobrar sentido.

—Una vida prácticamente insignificante, nadie lo echaría en falta cuando desapareciera. Cuénteme cómo murió.

—En un accidente laboral. Tocó un cable eléctrico o algo así y murió de un paro cardiaco antes de que llagara la ambulancia. Eso es lo que el portero del edificio me contó —dijo Caxton; y acto seguido echó un vistazo a la ficha que tenía en la mano—. Sucedió en una subestación eléctrica a las afueras de Kennet Square. —Miró otra vez el documento—. Permítame hacer otra llamada.

Arkeley permaneció inmóvil mientras Caxton llamaba a las oficinas de la subestación. Tucker empezó a jugar al solitario con el ordenador, aunque tuvo que apagar el juego al cabo de menos de un minuto, el tiempo que tardó Caxton en finalizar la llamada.

—Esto le va a encantar —dijo Caxton.

Arkeley arqueó las cejas.

—No trabajó en la subestación, sino que colaboró a desmantelarla. La subestación era centenaria y la estaban cerrando. La mayoría de los edificios de la planta aún se conservan, aunque están sellados, las ventanas cegadas con planchas de madera y las puertas cerradas con candado.

—Un vampiro es capaz de arrancar un candado con las manos —dijo Arkeley. En su rostro empezó a dibujarse una amplia sonrisa.

—Dijo que les gustan las ruinas. ¿Vamos para allá? No nos quedan muchas horas de luz, pero por lo menos podríamos examinar la zona y tal vez conseguir una orden de exhumación de la fosa de Reyes.

A Arkeley se le truncó la sonrisa de golpe.

—¿Quiere decir usted y yo? —preguntó.

Caxton estaba a punto de responder cuando el teléfono sonó de nuevo. Pensó que sería el portero del edificio con algún detalle que acababa de recordar, pero no era él. La llamada provenía de la jefatura de policía estatal, de la oficina del comisionado.

—Agente Laura Caxton —dijo tras colocarse el teléfono en la oreja.

Cuando el secretario del comisionado terminó de transmitirle el mensaje, Caxton colgó el teléfono.

—Tenemos instrucciones de ir a Harrisburg de inmediato.

—¿Usted y yo? —preguntó Arkeley de nuevo.

—Sí, usted y yo. El comisionado nos reclama y dice que es urgente.







Cuando llegaron el comisionado los esperaba en la puerta; no era buena señal. Eso significaba que estaba ansioso por tenerlos a su merced. Caxton y Arkeley entraron en la oficina y se sentaron al otro lado del escritorio. En la habitación reinaba un ambiente bochornoso y a Caxton le habría gustado desabrocharse el botón del cuello de la camisa del uniforme y aflojarse la corbata; pero sabía que no le estaba permitido. Arkeley adoptó su habitual postura forzada, las vértebras fusionadas le impedían sentarse con comodidad. Se esforzó para que aquello pareciera tan sólo una reunión rutinaria, tal vez para elaborar un nuevo plan estratégico. Caxton, por el contrario, guardaba un incómodo silencio, mientras que el comisionado se mantenía ocupado detrás del escritorio sin decir palabra, trabajando con papel y cinta adhesiva.

Cuando hubo terminado, había cinco hojas de tamaño A4 impresas en color colgando del borde del escritorio. Se trataba de retratos de agentes de policía, seguramente tomados el día en que se graduaron en la academia. Llevaban el sombrero sujeto por debajo de la barbilla —Caxton sabía que al día siguiente aprenderían a abrochárselo por detrás de la cabeza— y miraban hacia el infinito, por encima de los hombros de Caxton, como si contemplaran el brillante futuro que les aguardaba.

—¿Quieren saber cómo se llamaban? —preguntó el comisionado después de un tiempo prudencial para que echaran un vistazo a los retratos—. Eric Strauss, Shane Herkimer, Philip Toynbee…

—Lo que está insinuando no me gusta —lo interrumpió Arkeley, impasible y tranquilo, como siempre. Apoyó la mano izquierda en el escritorio y se inclinó hacia delante, con los ojos fijos en el comisionado.

—Aún no he empezado a insinuar nada —contraatacó el comisionado. Se abalanzó sobre el escritorio y agarró un bolígrafo y un lápiz hechos de cuerno de ciervo auténtico—. Esos cinco hombre murieron hace dos noches. Formaban la Unidad H y recibieron una llamada

pidiendo refuerzos. Estas muerte son inexcusables; ¿cinco hombre muertos para derribar a un solo tipo? Eran agentes con una preparación excelente. Habrían sabido cómo arreglárselas en cualquier situación peligrosa. Es decir, si hubieran podido anticipar lo que encontrarían. Pero no se les proporcionó la información necesaria, murieron porque nadie les dijo que tenían que enfrentarse a un vampiro.

Caxton estaba confusa. Sabía que aquél no era el momento para hablar —los dos hombres esperaban que se mantuviera en silencio durante toda la reunión—, pero fue incapaz de morderse la lengua.

—Nosotros tampoco lo sabíamos cuando hicimos la llamada —se excusó Caxton.

Arkeley alzó la mano para hacer que se callara y miró al otro hombre, como indicándole que podía seguir hablando. El comisionado se aclaró la garganta.

—Y eso por no mencionar a los dos agentes y el policía local que fallecieron mientras vigilaban la cabaña de caza. Murieron por estar sentados en un porche.

Caxton negó con la cabeza. No iba a hablar, desde luego, no tras la advertencia de Arkeley, pero tenía que hacer algún gesto de extrañeza.

—Envié a mis dos mejores rastreadores a aquella cabaña —explicó el comisionado con la mirada fija en Caxton, como si no quisiera perderse su reacción—. Eran dos hachas del FBI, estudiantes brillantes en la academia, cazadores y montañeros de toda la vida; esos dos chicos salían a cazar osos con arcos y flechas y nunca regresaban con las manos vacías. Esos dos mismos chicos decidieron montar guardia en un escondrijo que había construido con sus propias manos a cien metros de la cabaña, mientras esperaban por si aparecía alguien en la escena del crimen. Ése era el plan, por lo menos, hasta que un tal Arkeley les llamó y les dijo que no había peligro, que podían sentarse en el porche, a la vista de todos. Y ahora están muertos.

Caxton se volvió hacia Arkeley, que se limitó a asentir con la cabeza. Debía de haber llamado mientras ella estaba con Vesta Polder. Pero ¿por qué lo había hecho? ¿Qué le podía haber hecho pensar que el porche era un lugar seguro para los agentes? Por lo menos debería haber sospechado que los siervos iban a regresar.

—También tengo sus fotografías —dijo el comisionado, rebuscando por entre los papeles de encima de la mesa—. ¿Quieren verlas?

Arkeley se removió en su silla y carraspeó antes de hablar.

—No entiendo muy bien a donde quiere ir a parar, pero sí sé lo que le falta a su versión. Lo que no entiende, Coronel, es que no estamos

luchando contra delincuentes, ni contra terroristas, ni contra traficantes de drogas. Estamos luchando contra vampiros.

—Creo que sé perfectamente… —empezó a decir el comisionado, pero Arkeley lo cortó.

—En la Edad Media, un vampiro podía vivir carias décadas sin encontrar resistencia, comiéndose a personas cuya única defensa consistía en cerrar las ventanas, atrancar las puertas y siempre, siempre, siempre, regresar a su casa antes del anochecer. Cuando era imprescindible dar muerte a un vampiro, había una única forma de hacerlo. Por aquel entonces no existían ni las pistolas ni, desde luego, los martillos automáticos. Por ello, los cazadores de vampiros reunían a todos los varones sanos de la comunidad. Entonces, la turba se enfrentaba al vampiro con antorchas, flechas y palos si era necesario. Muchos morían en la primera embestida, pero con el tiempo algunos lograban amontonarse encima del vampiro y dominarlo. —Arkeley hizo una pausa y levantó un dedo—. Permítame que le repita: se montaban literalmente encima del vampiro para impedir que pudiera huir, lo retenían con el peso de sus propios cuerpos y se exponían a sus dentelladas por pura necesidad. Quienes llegaban tan lejos solían morir mientras el vampiro luchaba por liberarse y el proceso debía empezar de nuevo. Finalmente, nuestros antepasados solían imponerse, pero no sin sufrir un gran número de bajas. Los hombres (y los niños) de esas turbas no eludían su obligación, comprendían que las pérdidas humanas, eran la única forma de proteger sus aldeas y sus familias.

El comisionado se levantó hecho una furia y se colocó al otro lado del escritorio, tan cerca de ellos que Caxton tuvo que encoger las piernas para dejarlo pasar.

—Utilizaré esa historia cuando tome la palabra en el funeral conjunto de la semana que viene. Seguro que supondrá un gran consuelo para las familias; les ayudará a entender por qué tuvieron que cremas a sus hijos antes de que pudieran decirles adiós. Les ayudará a entender por qué usted consideró necesario arrojar sus hijos a los lobos.

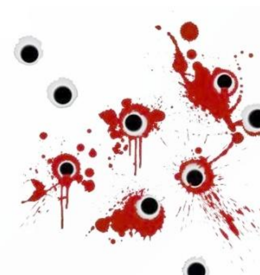
Arkeley se levantó como si fuera a marcharse.

—¡No, este tema lo vamos a zanjar aquí y ahora! —bramó el comisionado.

Arkeley, que era más alto, inclinó la cabeza para mirar al comisionado.

—Usted no tiene ninguna autoridad sobre mí —esperó y dio la media vuelta.

—Deténgase, Marshal —le ordenó el comisionado.



Arkeley obedeció, aunque no se volvió para mirarlo. La espalda se movía la ritmo de su respiración; no daba la sensación de que tuviera tres vértebras unidas, más bien parecía alguien al que no resultaría extraño ver con un sable en la mano y una bandera en la otra. Su cuerpo tenía un aspecto imponente en el espacio cerrado y caldeado de la oficina. Era el cuerpo de un hombre capaz de enfrentarse a los vampiros. Caxton se preguntó si alguna vez ella lograría poseer aquella presencia física, aquella confianza.

—Pero sí tengo autoridad sobre ella —dijo el comisionado. Arkeley se volvió—. Voy a apartar a la agente Caxton de este caso inmediatamente. ¿Quiere desafiarme? Voy a suspenderla por utilizar munición antirreglamentaria. ¡Ja! ¡Ahí lo he pillado!

Arkeley se quedó mirando al otro hombre en silencio. Caxton no entendía lo que estaba pasando: ella no era nadie, pero i si el federal incluso le había dicho que en adelante iba a tener que encargarse de las llamadas telefónicas! Y, sin embargo, los dos hombres la estaban utilizando como baza en la negociación. ¿Qué sabía el comisionado? ¿Qué sospechaba acerca de los motivos de Arkeley, que seguían siendo un motivo para ella?

—Quiere contar con ella sí o sí, ¿verdad? Me di cuenta el día en que nos conocimos, cuando me la arrancó de las manos. Le ofrecí ex infantes de marina y agentes de la unidad de investigaciones especiales, pero usted insistió en que quería a esta chiquilla de la unidad de autopistas. —La sonrisa del comisionado era como un boquete en medio de su rostro encendido—. Ella es especial; por la razón que sea es especial y usted la necesita.

Arkeley esperó a que terminara de hablar. Entonces carraspeó, miró a Caxton con ojos impenetrables y volvió a sentarse.

—¿Qué es exactamente lo que me está pidiendo? —dijo por fin—. Por favor, suéltelo ya. Soy un hombre muy ocupado.

—Quiero proteger a mis agentes —dijo el comisionado. Su actitud cambió radicalmente: había ganado y lo sabía. Se sentó en la esquina de la mesa del escritorio. Él y Arkeley podrían haber sido dos viejos amigos discutiendo por quién pagaba la comida— Eso es todo. Quiero que me deje hacer mi trabajo. Quienes participen en esta investigación deberán tomar una serie de medidas de precaución, ¿estamos? Quedan aún dos vampiros por eliminar, pero no estoy dispuesto a perder más personal. Las operaciones se realizarán siguiendo las normas, de acuerdo con nuestros mejores métodos. Mis mejores métodos. No voy a permitir que vuelva a usar a mis chicos como cebos humanos.

Caxton abrió la boca de par en par.

—Los supervivientes me lo han contado todo de usted, Arkeley. He llamado a sus supervivientes en Washington, que se mostraron muy

interesados en oír cómo dejó morir a mis chicos, uno tras otro, mientras usted se tomaba su tiempo, oculto entre las sombras. Mis agentes no tenían ni idea de a qué se estaban enfrentando y a usted tampoco parecía importarle. Hace más de veinte años que me dedico a hacer cumplir la ley y nunca había oído semejante…

—Hecho —dijo Arkeley.

—Yo… Usted… ¿Cómo? ¿Qué quiere decir? —tartamudeó el comisionado.

—Quiero decir que acepto sus condiciones. El resto, todas esas tonterías sobre si he usado a sus agentes como cebo y sus amenazas de que va a llamar a mis superiores, son irrelevantes. Su opinión sobre lo que sucedió ahí fuera las dos últimas noches no me importa lo más mínimo: yo estaba ahí y usted no. Con todo, si va a retener a la agente Caxton como rehén, accedo a todas sus demandas.

En el ambiente bochornoso de la oficina, a Caxton el cerebro le iba a cien por hora.

—¿Todo esto es por mí? —preguntó.

Al parecer, sí lo era.







Arkeley volvió a levantarse y Caxton supo que en esa ocasión iba a marcharse de verdad.

—¿Alguna pregunta más? —dijo.

El comisionado asintió con la cabeza.

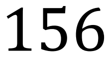
—Sí, ya lo creo. Quiero estar al tanto de todos sus movimientos. Tengo tantas preguntas que va a sentirse como un servicio de información telefónica.

Arkeley le dedicó una de sus sonrisas más truculentas, la que utilizaba siempre que quería que alguien se sintiera insignificante.

—Pues bien, señor, mañana por la mañana tengo intención de asaltar la guarida de los vampiros. Ése será mi próximo movimiento. Necesitaré apoyo terrestre y sus agentes son el mejor recurso a mi disposición. Tome las medidas de seguridad que considere oportunas: mascarillas antigás, chalecos de Kevlar, lo que sea, pero asegúrese de que estén a punto en la estación más cercana a Kennett Square a las cuatro y media de la madrugada. No hace falta que la agente Caxton esté entre ellos. —Arkeley se volvió hacia ella y le dedicó una sonrisa nueva, vagamente melancólica—. Usted, jovencita, quédese en su casa y duerma un poco; ya ha hecho suficiente ayudando a localizar el escondrijo de Reyes.

Caxton tuvo aún la presencia de ánimo necesaria para darle la mano. Arkeley se marchó sin ni siquiera decir adiós, algo que a ella tampoco le extrañó. Sin embargo, aún necesitaba preguntarle algo.

El comisionado le concedió el resto del día libre. Caxton echó a correr hacia la cochera para atrapar a Arkeley antes de que pudiera marcharse. Necesitaba que éste le respondiera a una pregunta que no le había podido formular en la calurosa oficina. Encontró a Arkeley en el aparcamiento, donde estaba firmando en el registro para conseguir un coche patrulla camuflado y así no tener que depender de ella. En los ojos del agente federal Caxton creyó ver una mirada de fastidio, pero por lo menos no se marchó y la dejó allí plantada.



—Merezco una respuesta —dijo—. En la oficina del comisionado se ha rendido en cuanto éste lo ha amenazado con apartarme del caso. Usted es un tipo duro, pero ha dado su brazo a torcer por mí. —Caxton intentó insuflar algo de autoestima a lo que dijo a continuación, pero aun así sus palabras sonaron como si dudara de su validez en tanto que ser humano—. ¿Por qué soy tan importante para usted? ¿Por qué no puede permitirse perderme?

En un primer momento se había dejado convencer por su historia de que, al haber leído su informe, era la que mejor preparada estaba para enfrentarse a los vampiros. Más tarde había decidido que debía de estar entrenándola para que se convirtiera en su sustituta. Cuando la había llevado a ver a los Polder, había creído que quería asegurarse de que seguía con vida, que Arkeley se preocupaba genuinamente por su integridad física. Sin embargo, después de que por su culpa se frustrara la operación en la cabaña de caza, el agente federal se había mostrado decidido a relegarla a funciones administrativas. Caxton no entendía nada, no comprendía cómo podía pasar de necesitarla a despreciarla en tan poco tiempo, ni tampoco por qué de pronto intentaba protegerla y al momento siguiente parecía no importarle que le pudieran hacer daño.

—¿Recuerda la noche en que asumí este caso? —le pregunta con expresión impasible—. Aquella noche un siervo la siguió hasta su casa.

Ésa era otra de las cosas que Caxton tampoco había entendido.

—Sí, lo recuerdo.

—Usted trabajaba en este caso antes que yo, forma parte de él. Los vampiros la conocen y quieren algo de usted; sería una estupidez por mi parte perderla de vista.

Caxton se acordó de lo que Arkeley le había contado sobre Hazlitt. Si alguien estaba determinado a ser tu enemigo, debías darle justo lo que quería. Y los vampiros la querían a ella, estaban decididos a destruirla, de una forma u otra. Arkeley quería poder ofrecérsela, dejarla colgando ante sus bocas llenas de dientes para así tenerlos lo bastante cerca y poder saltarles al cuello.

—Y... ¿eso es todo? —preguntó. Le dio un vuelco el corazón. Todo el tiempo que había perdido tratando de reafirmarse, de impresionarlo, no había servido de nada.

—Eso es todo —dijo él. Entonces abrió la puerta del coche y montó en él. Caxton lo dejó marchar.

Era un cebo para vampiros, nada más.

Lo vio alejarse. No tenía ni idea de adónde se dirigía. A lo mejor quería echarle un vistazo a la subestación de Kennett Square, o quizá

quería exhumar a Efraín Reyes. Tal vez sólo quería alejarse de ella, porque tenía miedo a que fuera a enfadarse.

Y estaba enfadada, desde luego; y confusa; y triste; y asustada. Y también un poco aliviada. Al fin había descubierto qué lugar ocupaba en la investigación y sabía qué pensaba Arkeley de ella.

Recogió su coche y se dirigió a su casa; agotada, logró relajarse un poco gracias al chirrido de las ruedas sobre el asfalto y al vaivén del rugido del motor. Se frotó los ojos y parpadeó como si fuera a llorar, pero no lo hizo. Ni siquiera sabía por qué debía llorar. De todas las emociones contradictorias que se agitaban en su interior, no había ninguna que implicara una reacción tan exagerada.

De pronto le entró hambre y supo que tenía que estar famélica si esto lograba competir con el resto de sus preocupaciones. Se detuvo en un local cerca de Reading donde preparaban unos bocadillos de carne riquísimos y pidió un «wit wiz», con cebolla y queso *whiz,* los condimentos tradicionales. Se sentó en un reservado con su bocadillo y una Coca-cola *light* y empezó a comer. Estaba rico, pero su mente no dejaba de dar vueltas y al cabo de un rato le perdió el gusto al bocadillo. Se había comido ya la mitad de la cena cuando se permitió pensar en lo realmente importante, el asunto que debía consumirla de miedo y hacerla llorar de verdad.

Los vampiros la querían y ella no sabía por qué, la deseaban por algo en concreto, algo específico de su vida. El siervo que la había seguido hasta su casa tenía una misión, pero ¿de qué se trataba? ¿Tan sólo de asustarla? En ese caso la había cumplido, aunque Caxton no entendía por qué los vampiros iban a tomarse tantas molestias sólo para darle un susto.

Dio marcha atrás mentalmente, no sin cierta desesperación, buscando algo que pudiera explicar el interés de los vampiros. Pensó en antiguos casos en los que había trabajado, pero no se le ocurrió nada. Trabajaba en la unidad de autopistas, ¿cómo iba eso a importarles a Malvern y su estirpe? Trató de recordar los accidentes de tráfico que había presenciado e intentó establecer alguna conexión, pero no lo logró. Había mandado a varias personas a la cárcel por conducir bajo los efectos del alcohol y por posesión de drogas. Los había pescado, los había arrestado y había testificado contra ellos ante un tribunal. Los autores de esos crímenes eran personas tristes y descarriadas que necesitaban beber o tomar metanfetaminas más que mantenerse fuera de la cárcel. En realidad, ninguno de ellos plantaba cara y en el juicio no osaban ni siquiera mirarla a los ojos. Eran tan sólo un puñado de hombres de negocios borrachos y de adolescentes drogados, ¿cómo iban a importarle a Justinia Malvern?

Tenía que tratarse de algo personal, pero ¿qué? No era el tipo de persona que se granjeaba enemigos. Tampoco tenía demasiados

amigos y eso la hizo pensar en Efraín Reyes. «Un tipo insignificante», como lo había llamado Arkeley. Alguien sin una vida de verdad, a quien nadie iba a echar de menos si se muriese. Caxton tenía una vida, más o menos, pero ésta estaba llena de agujeros. Sus padres estaban muertos y no tenía hermanos. Tenía unos pocos amigos en el cuerpo, pero casi nunca salían juntos. El día que se tomó una cerveza con Clara Hsu, había sido la primera vez que pisaba un bar desde hacía meses. Clara... Clara se preguntaría qué le había sucedido si desaparecía, aunque no durante demasiado tiempo. Deanna quedaría desconsolada, mentalmente asolada, pero el único cambio real en su vida después de Caxton sería tener que volver a vivir con su madre alcohólica. Si la única persona que daba sentido a tu vida no tenía tampoco una vida propia, ¿qué significaba eso? Luego estaban los perros, que la echarían muchísimo de menos, pero Caxton no creía que los perros contaran.

Malvern había estado buscando a un cuarto candidato, alguien que pudiera pasar a formar parte de su estirpe. Hasta la última célula del cuerpo de Caxton se estremeció al unísono. Bajó la mirada, vio la montaña de grasa y cartílagos que tenía encima del plato y notó un regusto de bilis en la lengua. ¿Era posible que Malvern quisiera convertirla en una vampira?

Se subió de nuevo al coche y salió a toda velocidad hacia su casa. Necesitaba llegar y sentirse segura un rato. Decidió que le haría caso a Arkeley y, a la mañana siguiente, se quedaría durmiendo y dejaría que fueran otras personas, más cualificadas, quienes llevaran a cabo el asalto a la subestación.

Conocía el camino a su casa como la palma de la mano, era capaz de recorrer el trayecto medio dormida, y lo cierto era que a menudo lo hacía. Sin embargo, al llegar al caminito de acceso, se sintió como si fuera la primera vez que veía aquel lugar. Como si no fuera bienvenida en su propia casa.

Los vampiros, decía Arkeley una y otra vez, eran seres antinaturales, abominaciones contra natura. ¿Era eso lo que estaba experimentando en aquel momento? ¿Se sentía en un mundo alienígena a pesar de estar rodeada de vida, calor y afecto?

El coche enfiló la rampa de acceso, pero de pronto Caxton oyó algo que la hizo frenar en seco. Un estrépito, un estridente ruido de cristales rotos, como si alguien hubiera reventado una ventana. Desenfundó el arma y lentamente, con toda la cautela de la que fue capaz, cruzó el césped del jardín. Desde la parte frontal de la casa no logró ver nada, de modo que se dirigió hacia el lateral, donde se encontraban la caseta de los perros y el cobertizo de Deanna. Allí, el jardín estaba lleno de esquirlas de cristal y había largos fragmentos triangulares apoyados contra la casa. Junto a la ventana destrozada había alguien con una sudadera con capucha, tal vez un adolescente.

Tenía las manos apoyadas en el marco vacío, como si estuviera hablando con alguien que se encontraba en el interior de la casa.

—¡Alto ahí! —le ordenó.

El chico se volvió y la miró. Jirones de carne descompuesta le colgaban de la cara: era un siervo. Caxton le disparó sin pensar y el frágil cuerpo estalló en pedazos, que cayeron al suelo. El hedor que desprendía le llenó a Caxton los ojos de lágrimas. La agente se acercó para examinarle los bolsillos y entonces, por primera vez, tuvo ocasión de mirar por la ventana.

Deanna estaba allí, desnuda de cintura para arriba, con las manos, la barbilla y el pecho cubiertos de sangre rojísima.







—¡Por Dios, Dee, por Dios! ¿Qué te ha hecho? —sollozó Caxton.

Le limpió la cara con un trapo húmedo y vio que tenía una herida de ocho centímetros en la barbilla. Aunque lograra llevar a Deanna al hospital antes de que se desangrara, iban a tener que darle puntos. Caxton sacó del corte las esquirlas más grandes de cristal, pero sólo logró que la herida sangrara aún más. Abrió el cajón donde guardaba las tijeras y el hilo y encontró un rollo de cinta adhesiva gruesa. A falta de una idea mejor, cortó un trozo, lo colocó encima del corte y presionó con fuerza.

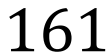
Deanna aulló de dolor. Estaba tendida en el suelo de la coci-na, tenía los ojos firmemente cerrados, las rodillas pegadas al pecho y las manos envueltas con una vieja camiseta que estaba empapada de sudor. Tenía heridas también en la frente y por todo el cuerpo, pequeños cortes y desgarros más importantes. Caxton llamó al teléfono de emergencias y le dijeron que iban a mandar una ambulancia, pero Deanna no dejaba de sangrar.

—¿Qué te ha hecho? —volvió a preguntarle Caxton, que se manchó la cara de sangre al intentar limpiarse las lágrimas. Si la ambulancia no llegaba pronto iba a perder a Deanna como antes había perdido a su madre; aquello era más de lo que era capaz de soportar—. ¿Qué te ha hecho?

—¿Quién? —gimió Deanna. La habían hipnotizado, o tal vez estuviera en estado de shock, pero empezaba a recuperar la conciencia y, con ésta, llegaba el dolor. Caxton le acarició el pelo rojo e intentó tranquilizarla, pero la sangre manaba sin parar. No sabía qué hacer, cómo salvar a Deanna. Tenía ganas de ponerse a gritar—. ¿Quién? —volvió a preguntar Deanna.

—El siervo, esa cosa que había junto a la ventana —respondió Caxton con un grito ahogado.

—No había nadie... —empezó a decir Deanna, pero se detuvo a media frase y soltó un alarido de dolor—. No había nadie en la ventana.



Estaba sola y... y no lograba despertar, tenía una pesadilla y no podía, no podía...

Deanna volvió a gritar. Caxton la abrazó y la acercó aún más a ella. Las abundantes lágrimas no le permitían ver dónde había sangre y dónde no.

—Estaba soñando que una... una... una roca enorme te aplastaba; se te salían las tripas y había sangre por todas partes. Me he despertado, pero sólo a medias. Seguía viendo tu cuerpo destrozado y hecho trizas, lo veía incluso cuando cerraba los ojos.

—Shhh —dijo Caxton, que abrazó a Deanna. Entonces se dio cuenta de que las heridas podían reabrirse por la presión y la soltó un poco.

—He venido a la cocina porque he oído que algo se rompía —lloriqueó Deanna—; cristales, he oído ruido de cristales rotos. Me he acercado a la ventana y el cristal tenía una grieta de arriba abajo y una gota de sangre salía de ella. No podía soportar aquella imagen, de modo que he intentado limpiar la sangre con la mano, pero entonces ha empezado a salir más sangre. Entonces, al intentarla limpiar con más fuerza, la grieta ha estallado y de pronto había cristales por todas partes. —Escondió el rostro en la camisa de Caxton—. Había sangre por todas partes.

En el dormitorio algo cayó al suelo. Caxton levantó la cabeza, alerta, con una brusquedad que la sorprendió incluso a ella Una voz maldijo en español, una voz que no era humana.

Había otro siervo, dentro de la casa.

—Dee, tengo que dejarte un segundo —susurró—. Tengo que hacer algo, pero no te preocupes, estarás bien.

—No —le rogó Deanna.

—Estarás bien. La ambulancia va a llegar en cualquier momento. Tú haz lo que te digan los enfermeros y yo volveré enseguida.

—No, por favor, por favor, no me dejes —maulló Deanna, pero no importaba. Caxton se agachó en el suelo de la cocina, comprobó el estado de la cinta adhesiva en la mejilla de Deanna y se dio cuenta de que empezaba ya a desengancharse. Lo apretó con los dedos y más o menos se volvió a pegar. Desenfundó el arma de nuevo, se arrastró hasta el pasillo y se dirigió hacia el dormitorio.

—¡Cariño, vuelve aquí! —chilló Deanna—. ¡Me duele muchísimo!

Pero Caxton sabía lo que tenía que hacer. Entró en el dormitorio. Junto al armario había un siervo ataviado con gorra de béisbol y una camiseta de fútbol americano. Había tumbado la mesita de noche de Caxton y su despertador estaba hecho añicos en el suelo de madera.

—*Hostia puta*[1] —gruñó. Entonces miró a un lado y a otro de la habitación, con los brazos apoyados en la pared. Sus intenciones

estaban claras: frente a él, al otro lado del cuarto, la ventana estaba abierta. Si era más rápido que ella, iba a escapar fácilmente.

Sin embargo, antes de que pudiera dar siquiera tres pasos, Caxton le barrió las dos piernas y el tronco del siervo cayó al suelo con un sonido seco. El engendro soltó un alarido, pero la agente se sentó a horcajadas sobre su pelvis y la parte inferior de la columna, de modo que éste sólo podía mover las manos y las piernas sobre el suelo, como si intentara huir nadando.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó con la voz más fría de la que fue capaz. Sabía que si perdía el control, iba a aplastarle el cráneo y se habría terminado. No es que le importara demasiado, pero la necesidad de obtener información pesaba más que sus ganas de revancha—. Dímelo y te dejaré marchar.

—*¡La concha de tu hermana!* —gritó el siervo, que se retorció bajo su peso, intentando liberarse. Pero Caxton era más fuerte; el engendro debería haber sabido que no iba a ser capaz de soltarse sin terminar desmembrado.

—Vinisteis aquí buscándome a mí, ¿verdad? Me queríais a mí pero habéis intentado matar a Deanna. ¿Por qué? ¿Por qué?

Botó encima del cuerpo del siervo hasta que éste empezó a gritar.

—Yo no la conozco a usted de nada, señora —gritó en inglés—. ¡No tengo ni idea!

—Vinisteis por mí y vas a decirme por qué.

El siervo se agitó violentamente.

—Si digo algo, me mata.

—¿Quién te va matar? ¿El vampiro? —preguntó Caxton—. ¿Reyes?

—¡No, si le parece le estoy hablando del presidente Bush, señora!

El siervo gruñó, resopló y se alzó medio centímetro del suelo, levantándola a ella al mismo tiempo en una sobrenatural demostración de fuerza. Sin embargo, pronto se dejó caer de nuevo con un jadeo de frustración.

—*Me cago en Jesús y la Virgen,* máteme ahora y terminemos de una vez, ¿vale?

Caxton pensó en Arkeley y en cómo éste lograría sonsacarle información al siervo. Sabía que lo torturaría. Le haría exactamente lo que el siervo más temía de los vampiros. Le tenía más miedo al dolor que a la muerte. En su momento, Caxton había advertido a Arkeley de que no podría contemplar la escena de brazos cruzados. Le había dicho que no podría tolerar la tortura.

---

[1] En español en el original. En adelante, aplicable a todas las cursivas. (N. de los t.)

Aunque claro, hasta ese momento nadie había intentado matar a Deanna.

Caxton agarró el dedo índice de la mano izquierda del siervo. Tenía un tacto muy peculiar, no se parecía en nada a un dedo humano. No tenía piel y la masa carnosa era escasa, era más bien como agarrar una costilla cruda. Caxton lo retorció con todas sus fuerzas hasta que se lo arrancó de cuajo.

—*¡Coño!* —gritó el siervo con un alarido horrible, un chillido de dolor absoluto.

El dedo quebradizo se movía como un ciempiés dentro del puño de Caxton. La agente lo lanzó bien lejos. Entonces le agarró el dedo corazón de la misma mano. Le dio un segundo al siervo para que pensara en lo que iba a suceder a continuación, y de pronto, sin decir palabra, se lo arrancó.

Sólo le quedaba el pulgar de la mano izquierda cuando finalmente habló:

—Nos ordenó que viniéramos aquí para llevarnos a quien encontráramos, eso es todo. ¡Señora, por favor, no siga!

—¿Quién os lo ordenó? ¿Efraín Reyes?

—Sí, ¡ése mismo! Nos dijo que viniéramos a buscarla a usted, a la *tortillera* de su novia, a los perros, a cualquiera que estuviera aquí. Incluso nos dijo cómo, con el *hechizo.*

Caxton le agarró el pulgar y le preguntó a qué se refería.

—Un hechizo, ¡un maleficio o algo así! Oiga, señora, le estoy contando lo que quiere saber, así que sea amable, ¿vale?

—¿La has hipnotizado? Has hipnotizado a Deanna, ¿verdad?

El siervo forcejeó de nuevo, pero cada instante que pasaba estaba más débil. No tenía sangre que derramar, pero el dolor parecía dejarlo sin fuerzas.

—Sí, pero sólo funciona mientras la víctima está dormida y sueña.

—¿Por qué nosotras? ¿Por qué te han mandado a esta casa?

—Eso no nos lo explica. No nos pone al corriente de sus planes, simplemente dice, *«vamos»,* y yo voy. Por favor, señora, por favor, le he dicho todo lo que sé.

Sonó una sirena al otro lado de la pared. Caxton oyó cómo alguien aporreaba la puerta y gente que se agolpaba frente a la entrada de la casa.

—Está bien —dijo.

Entonces cogió la pistola y le hundió la culata en el cogote. El siervo dejó de moverse de inmediato. Caxton se levantó del suelo, despacio, con esfuerzo, y enfundó el arma. La ropa se le pegaba al cuerpo allí

donde la sangre se había secado. Entonces se dirigió hacia la cocina y abrió la puerta al equipo médico. Deanna estaba en el suelo, hecha un ovillo, y lloraba lastimeramente. Había sangre por todas partes.







Una camilla pasó junto al rostro de Caxton, a menos de diez centímetros de distancia. La empujaban a toda velocidad por la rampa principal de la entrada de la sala de emergencias, pero a Caxton le pareció que flotaba, desatendida, por el universo infinito, sin prisas. El cuerpo que yacía en la camilla había quedado reducido a una montaña de harapos manchados de sangre. Ni siquiera pudo verle la cara. Pero de pronto el cuerpo le tendió una mano a Caxton. Tenía la piel quemada y se le iba desprendiendo; los dedos embadurnados de sangre espesa y coagulada. Caxton no pudo distinguir si se trataba de una mano masculina o femenina. De cualquier modo, Caxton extendió la suya y la tocó. Los dedos se entrelazaron, pero acto seguido aquella mano se le escabulló y la camilla se alejó flotando por la rampa.

—¡Plasma! —gritó alguien.

Caxton entrecerró los ojos y trató de aclararse la cabeza.

Llevaba horas y horas sentada en el pasillo sin más ocupación que contemplar el desfile constante de cuerpos mutilados. No debería estar allí; de hecho había una sala de espera, equipada con seis televisores y varios kilómetros de revistas para mujeres heterosexuales, pero ser policía tenía sus privilegios. La mayor parte del equipo de emergencias y enfermeras que pasaban por allí ni siquiera le dedicaban una fugaz mirada, simplemente daban por hecho que Caxton estaba custodiando la entrada. Pero en realidad se había sentado allí para poder estar unos metros más cerca de Deanna. Le habían negado el acceso a la sala de operaciones y a la sala de recuperación, de modo que lo más cerca que podía estar de ella era en el pasillo.

Pensó en la mano. Tenía la sensación de que ésta había salido de un sueño, aunque sabía que era real. La había tocado. Bajó la mirada y vio que sus dedos estaban manchados de sangre de verdad. La mano le olía a gasolina y a mierda, un olor que le resultaba muy familiar. El olor de un accidente catastrófico. Aquella mano había sido real, cálida

y viva; a diferencia del siervo al que había torturado y ejecutado en el suelo de su dormitorio. A diferencia de los vampiros que querían destrozarle la vida.

Caxton suspiró, se cruzó de brazos y esperó. Había intentado leer una revista, pero no podía concentrarse. A su mente acudían palabras e imágenes inconexas, que no guardaban relación alguna con la investigación, ni tampoco eran recuerdos de Dianna, sino pequeños e inverosímiles destellos de pensamiento. Se preguntó si la leche que había dejado en el mármol de la cocina se agriaría. Aunque, teniendo en cuenta que la ventana estaba arrancada de cuajo, en la cocina debía de hacer el mismo frío que en el exterior. Cualquier podría entrar por el agujero que había dejado la ventana; ¿debía llamar a alguien para que comprobara el estado de la casa; para que, por lo menos, cubriera la ventana con un cartón? Y, si lo hacía, ¿debía pedirle que entrara en la cocina y guardara la leche en la nevera?

No podía desconectar la mente, no era tan fácil. Tan sólo lograría apagar el cerebro durmiendo y aún le quedaba mucho para eso. Los pensamientos banales, las simplezas cíclicas e interminables, por insoportables que fueran, cumplían su función. Impedían que Caxton pensara en las cosas importantes, en las cosas realmente serias. En lo que la asustaba, como, por ejemplo, que los vampiros querían matarla. Tanto que mandaban a sus esclavos para que no dejaran ni un alma viva en su casa. Ni un alma. Probablemente, los siervos habrían matado incluso a los perros, para que no se les pudiera acusar la falta de celo. Para que no pensara en que Arkeley le había dado la espalda. Ya ni siquiera podía confiar en que éste fuera a defenderla de las fuerzas oscuras que querían apoderarse de su vida. Aunque en realidad Arkeley aún contaba con ella, aún quería servirse de ella, pero Caxton no iba a formar parte activa de la investigación.

Pensaba también si hay realmente alguna diferencia entre alguien que ha sido hipnotizado para que rompa una ventana y se autolesione con los cristales, y alguien que un día sufre un desequilibrio químico en el cerebro y se cuelga en el dormitorio. Su madre tenía un buen trabajo y mucho dinero. Tenía a una hija encantadora que la necesitaba a su lado, una casa preciosa y compañeros de *bridge*, se reunía con los miembros de su Iglesia y acudía a cenas comunitarias. Vacaciones, familia, jubilación. Su suicidio fue un misterio para todos los que la conocían. Había sido un error, tenía que haberse tratado de un error.

No había nada en la vida de Deanna que la alentara a seguir viviendo. No tenía trabajo y su familia la detestaba por lo que era. Tenía una pareja a quien amaba, pero que, aunque lo intentaba, no tenía tiempo para ella. No tenía futuro. Creaba obras de arte que nadie comprendía.

¿Seguía siendo un suicidio, aunque tuviera una excusa? ¿Aunque la hubieran forzado a hacerlo?

—Agente —le dijo alguien desde muy cerca.

Sonó como el fantasma que la había llamado en el establo de Urie Polder, una voz espectral, perdida en el vacío.

—Agente —repitió la voz.

Caxton frunció el ceño y giró la cabeza. Vio a una enfermera con el uniforme manchado de sangre, una mujer de mediana edad con el pelo blanco y recogido en un moño. Llevaba unos guantes de goma como los que se utilizan para lavar platos.

—Agente, ya se ha despertado —dijo la enfermera.

Caxton la siguió; cruzaron vestíbulos, torcieron varias esquinas y subieron unas escaleras. Si le hubieran dicho que desandara ella sola el camino, habría sido incapaz. Llegaron a una habitación, una habitación semi-privada que contenía dos camas. Una de ellas la ocupaba una mujer obesa a quien le habían escayolado la parte inferior del tronco y los muslos. Una bata quirúrgica le cubría los pechos. En la otra cama yacía algo que había sido reconstruido a partir de pedazos sueltos.

Dios, pensó Caxton, se trataba de Deanna.

—Te pareces al monstruo de Frankenstein —dijo Caxton.

Deanna intentó sonreír, pero los puntos de la mandíbula le impedían mover la boca.

—Cariño… me dejaste —susurró.

Caxton se quitó el sombrero y se inclinó para besar los hinchados labios de Deanna. La mujer obesa de la otra cama soltó un bufido que tanto podía ser de sorpresa como de desdén, un sonido que Caxton ya hacía tiempo que había aprendido a ignorar. Caxton volvió a alzar la cabeza y miró de nuevo a Deanna, pero lo que vio fue en esencia lo mismo. El perfil de Deanna se mantenía unido por unas brillantes grapas. Los puntiagudos cabos de los puntos, negros y gruesos como crin de caballo, le sobresalían del pecho y los hombros, y tenía las manos vendadas; parecía que llevara mitones ensangrentados.

—Me dejaste sola —dijo Deanna.

—No hables, Dee. Descansa.

Caxton se inclinó hacia ella y acarició las grapas del rostro de Deanna con suavidad. Eran reales, sólidas, y la carne que había dejado aún estaba roja e inflamada.

Un doctor entró en la habitación. Caxton ni siquiera lo miró. Mantenía la mirada fija en los ojos de Deanna y no quería perderlos de vista.

—Quería hacer pasar a alguien que desea hablar con ella. Sé que probablemente no le gusta la idea, aunque de todas formas no creo que tenga derecho a detenerme… ¿Han contraído una unión civil?

No. Nunca se habían molestado en hacerlo porque no estaba legalmente reconocida. Pero no importaba.

—No voy a oponerme —dijo Caxton.

Fue a cogerle las manos a Deanna, pero estaban tan maltrechas que no se atrevió a tocarlas. Decidió apoyarse en la barra lateral de la cama.

Deanna empezó a quejarse, pero Caxton movió la barbilla hacia arriba y hacia abajo y le dijo:

—Shhh, sólo viene a hablar.

—Dentro de lo que cabe ha tenido mucha suerte. Podría haber muerto. Ha perdido mucha sangre y algunos de los cristales le han provocado heridas profundas. Tendremos que esperar para ver si ha sufrido algún tipo de lesión nerviosa en las manos. El corte de la cara requerirá cirugía reconstructiva, pero la cicatriz no llegará a desaparecer del todo.

Caxton se agarró con fuerza a la barra de la cama, como si un mar oscuro fuera a arrastrarla si se soltaba. No pasaba nada, se tranquilizó a sí misma. Deanna iba a sobrevivir. Viviría por lo menos hasta que alguien intentara matarla de nuevo. Quizá la próxima vez lo haría el propio Reyes.

—Llamaré a un vigilante para que custodie la habitación, doctor. Esto ha sido un intento de asesinato.

Aquellas palabras sonaban ridículas saliendo de la boca de Caxton, como si fuera algo que acababa de inventarse. Aunque era verdad; ella misma necesitaba convencerse de que lo era.

—Yo me encargaré de la primera guardia —añadió Caxton.

—Muy bien —dijo el doctor, que se dirigió hacia la otra cama para comprobar el estado de la mujer obesa—. Ahora son ya casi las dos en punto, pero llamaré a recepción para que lo organicen.

—¿Las dos en punto? —preguntó Caxton, sorprendida. Echó un vistazo al reloj y comprobó que el doctor tenía razón—. Mierda. Dee, cielo, tengo que irme.

—¿Cómo?

—Me están esperando.

Se trataba de algo que había planeado durante las largas horas que había estado aguardando en el pasillo. Sería su siguiente movimiento.







Caxton fue incapaz de abrocharse el chaleco alrededor de la cintura. Uno de los miembros del equipo de emergencias local tuvo que ajustárselo bien y abrochárselo a la espalda. También la ayudó a ponerse las rodilleras, las espinilleras y las hombreras. Con el casco se las arregló sola.

—Larry Reynolds —dijo el chico, y le tendió la mano.

Caxton la estrechó y se presentó.

—Lo siento, no estoy acostumbrada a esta vestimenta. Es la primera vez que me pongo el uniforme antidisturbios. Normalmente trabajo para la unidad de autopistas —admitió muerta de vergüenza.

—Usted participó en la matanza de vampiros de hace un par de noches, ¿verdad? Eso fue lo que nos contaron cuando nos destinaron a esta misión.

Reynolds llevaba pintura negra bajo los ojos y no resultaba fácil descifrar su expresión. Caxton no habría sabido decir si al chico le molestaba tener que cargar con una mocosa tan poco preparada como ella y lo disimulaba muy bien, o si realmente intentaba ser amable.

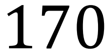
—No se separe de nosotros, intente no llamar la atención y no le pasará nada.

Apareció otro detective del equipo de emergencias local y le dio un golpecito a Reynolds en la parte superior del casco.

—El noventa por ciento del trabajo de Larry consiste en intentar no llamar la atención.

Reynolds fingió que le propinaba a su compañero un puñetazo en los riñones y a continuación empezaron a perseguirse dando círculos, como hacían los galgos de Caxton.

—Soy DeForrest y voy a ser su azafata esta mañana —le dijo el chico nuevo a Caxton. Tenía a Reynolds agarrado por el cuello con el



brazo—. Esperamos que disfrute del vuelo a bordo de la aerolínea Granola Roller.

Caxton no sabía de qué le estaba hablando, pero sonrió de todos modos. Había tenido que suplicar mucho para que la asignaran a aquella misión y no quería importunar a los chicos del equipo de emergencias local con su presencia. Cuando una mujer vestida con el uniforme antidisturbios se le acercó con un termo de café para ofrecerle una taza, Caxton aceptó la invitación con tanta elegancia como pudo.

Para ser sincera, necesitaba la cafeína tanto como necesitaba ser aceptada. No había dormido nada, ni siquiera un instante, desde que había despertado el día anterior y había caído en la cuenta de por qué los vampiros habían diezmado Bitumen Hollow. Le temblaban las manos y si miraba un objeto muy de cerca o durante demasiado tiempo, su contorno se volvía difuso.

—Son muy infantiles, lo sé, pero son buenos chicos —dijo la mujer del café—. Antes de trabajar aquí DeForrest era bombero. Pero se aburría, dijo. El día en que lo conocí pensé que tan sólo quería jugar con pistolas, como mucha de la gente que se alista en el equipo de emergencias local. Sin embargo, nunca ha descargado el arma, ni una sola vez, desde que empezó a trabajar con nosotros, ni siquiera cuando los malos le han disparado. Reynolds se dislocó un hombro el año pasado, cuando intentaba salvar a un niño de cinco años que viajaba en una caravana que había quedado atrapada en un tornado.

—Uau —exclamó Caxton.

—Soy Suzie Jesuroga. La capitana Suzie —dijo la mujer y le estrechó la mano a Caxton.

—Laura Caxton, agente.

La capitana Suzzie sonrió.

Sé perfectamente quién es. Nos han informado de que acabó con un vampiro en la ruta 3/22. El comisionado nos ha puesto al corriente de todos los detalles. En teoría la operación de hoy será menos arriesgada, teniendo en cuenta que actuaremos en plena luz del día y que tomaremos precauciones especiales, pero de todos modos me alegro de tenerla entre nosotros. ¿Lista para empezar?

Cuando los cuatro hubieron terminado de vestirse, comprobaron que llevaban todas las armas y el material necesarios. Les habían proporcionado carabinas M4, unos rifles de asalto de uso militar con escopetas acopladas. Caxton también llevaba su Beretta, cargada con balas dum-dum. El resto llevaban sus propias armas: cuchillos de combate, revólveres y granadas lacrimógenas y de humo. Parecía que el equipo de emergencias local era muy flexible respecto a cómo debían equiparse para una operación. Salieron todos juntos del vestuario de la jefatura de policía de Harrisburg y bajaron hasta un

aparcamiento que quedaba detrás de una hilera de árboles. La oscuridad teñía de un intenso tono azul el inminente amanecer que cubría el aparcamiento como un edredón. Allí estaba Arkeley, esperándolos. No llevaba ninguna protección, únicamente su chaqueta. La llevaba con algo más aparte de su Glock 23 con trece balas.

—Capitana —dijo Arkeley cuando lo saludaron—. Quiero expresar una vez más mi deseo de no utilizar ese vehículo —añadió entonces, señalando con la barbilla un enorme camión que ocupaba dos plazas de aparcamiento.

Se trataba de un Humvee, advirtió Caxton, pero lo habían blindado como si tuviera que atravesar Tikrit en lugar de Scranton. Tenía pesadas placas metálicas soldadas a las puertas, el capó y el techo, y habían cubierto todas las ventanas, donde habían dejado apenas una estrecha rendija. Incluso las ruedas estaban reforzadas con unas gruesas cadenas. Finalmente, encima del techo habían montado lo que parecía un cañón de aire comprimido.

—Debo admitir que hace bastante ruido cuando se pone en marcha —le dijo la capitana Suzie a Arkeley—. ¿Teme que podamos despertar a los vampiros?

El labio superior de Arkeley tembló con desdén.

—No. Los vampiros no duermen durante el día. Cada mañana vuelven a morir, literalmente. Lo que me preocupa son los siervos.

La capitana Suzie se encogió de hombros.

—Son órdenes del comisionado. Puede hablar con él si quiere modificar el plan, pero no llega a la oficina hasta las nueve. Personalmente, preferiría que nos pusiéramos en marcha de inmediato.

Arkeley entrecerró los ojos, pero a continuación asintió con la cabeza y se dirigió hacia su coche, un coche patrulla camuflado que, en comparación con el aparatoso camión, tenía un aspecto de lo más frágil.

Uno por uno, los agentes del equipo de emergencias fueron subiendo al vehículo blindado. El interior estaba tan repleto de instrumentos y los miembros del equipo llevaban unas armaduras antidisturbios tan aparatosas que apenas había espacio para los cuatro dentro de la cabina. Reynolds conducía y DeForrest era el guardia armado. La capitana Suzie se sentó junto a Caxton en la parte trasera.

Un hombre salió del edificio principal. Iba sin afeitar y llevaba la camisa del uniforme desabotonada. Caxton reconoció al oficial al cargo del campo de pruebas para armas poco letales, el que le había dado las balas dum-dum. El tipo abrió el capó del vehículo blindado y pasó un rato toqueteando el motor.

—Este coche es su bebé; el viejo nunca nos deja salir sin antes inspeccionarlo personalmente —le explicó DeForrest a Caxton. Se volvió para verla mejor, pero el casco se le encalló en los auriculares del asiento y se desplazó, de modo que le cubría un ojo—. Construyó el Granola Roller con sus propias manos.

—Imagino que ahora mismo estoy sentada en el Granola Roller, ¿no? —dijo Caxton.

Reynolds soltó una sonrisita.

—Sí. En realidad no fue diseñado para cazar vampiros. El viejo lo construyó para controlar a las masas; ya sabe, en manifestaciones, protestas, disturbios y situaciones por el estilo. A veces lo llamamos también ‹‹Con Tropezones››.

Caxton intentó encontrarle algún sentido, pero aunque exprimió su cansado cerebro, no se le ocurrió nada.

—¿Y eso por qué? —preguntó finalmente.

—Porque cuando atropellamos a un hippie con este trasto, así es como queda la calle —respondió DeForrest, incapaz de contener una sonrisita—. Con tropezones.

—No seas asqueroso —lo amonestó la capitana Suzie, mientras DeForrest y Reynolds se reían a mandíbula batiente—. Estoy segura de que voy a tener que hacerlo un centenar de veces hoy —dijo entonces volviéndose hacia Caxton—, pero, por primera vez, le pido oficialmente disculpas por el comportamiento de mis hombres. Reynolds, ¿se le ha olvidado cómo se conduce un coche con cambio de marchas manual o estamos esperando a que el vampiro se muera de viejo? ¡En marcha!

—Sí, señora —dijo Reynolds y arrancó el vehículo blindado. El motor sonó como un desprendimiento de rocas. El oficial les dijo adiós con la mano y empezó a abrocharse la camisa.

Siguieron el coche de Arkeley hasta la autopista y emprendieron el largo trayecto hacia Kennett Square, que se encontraba casi junto a la frontera con Delaware. El motor del vehículo blindado hacía un ruido tan infernal que era imposible hablar dentro de la cabina, pero a Caxton no le importaba demasiado; apenas era capaz de elaborar una frase coherente y mucho menos de pronunciarla.

Tenía que pegarse a la puerta para poder mirar por la rendija de la ventana, lo que suponía exponer su osamenta a la vibración constante del vehículo cada vez que pasaba por encima de una imperfección del terreno. En cualquier caso sobrevivió. Vio cómo pasaban junto a los jardines de las casas, cubiertos de escarcha y de hojas. A medida que fueron adentrándose en áreas más rurales, Caxton se fijó en la forma geométrica de los campos de cultivo y en

las ramas oscuras, oscilantes, de los árboles que colgaban encima de la carretera.

Cada vez que cerraba los ojos veía la cabeza de un muerto y notaba como si unas falanges se retorcieran en sus manos. Veía a Deanna cubierta de sangre. Recordó cómo se había sentido cuando el vampiro la había hipnotizado, como si se estuviera hundiendo en la muerte, como si el aire se hubiera vuelto de cristal y ella estuviera suspendida en su interior. Se llevó una mano al cuello y acarició el amuleto de Vesta Polder a través de las gruesas capas de nailon y Kevlar del chaleco antibalas.

Cuando el sol empezó a asomar por detrás de las montañas, como una rodaja de limón sobre el horizonte, Caxton empezó a sentirse un poco mejor. Estaba pasando a la acción, tomando medidas contra aquello que intentaba matarla a ella y que casi había matado a Deanna. Al enterarse de que la agente había solicitado participar en la operación, Arkeley se había negado en redondo. Le había dicho que creía haber hablado con bastante claridad cuando había expresado su deseo de que no se expusiera a aquel peligro. Le había dicho también que no consideraba que estuviera preparada.

Caxton le explicó que había torturado a un siervo, le contó cómo le había arrancado los dedos al hijo de puta y cómo éste, poco a poco, de forma casi imperceptible, había ido entrando en razón. Arkeley no dijo en ningún momento que cediera, pero dejó de insistir con tanta vehemencia en que la agente no tomara parte en la operación. Caxton sabía que era lo máximo que iba a sacarle.







Tuvieron que para a repostar en las afueras de Lancaster. Cuando el camión dejó de cimbrearse y finalmente se detuvo, la calma repentina sorprendió a Caxton. Salió del Granola Soller para estirar las piernas y luego se apoyó en el lateral del vehículo junto a la capitana Suzie mientras DeForrest se encargaba del surtidor. Para llegar al depósito de gasolina primero tuvo que desensamblar parte el blindaje. Desde dentro de la estación de servicio, el encargado los observaba con mirada perdida, como si viera agentes estatales con uniforme de combate cada mañana. Al cabo de un rato Caxton se dio cuenta de que estaba dormido, sentado en su silla. Probablemente fueran los primeros clientes de su turno.

De repente DeForrest se quedó helado, justo en el momento en el que Caxton se estaba preguntando si debía despertar al encargado para comprar algo de comer. El agente del equipo de emergencias soltó la manguera y se alejó unos pasos del surtidor. Miró a la capitana Suzie y señaló hacia los árboles que había al otro lado de la autopista.

—Allí —dijo.

—¿Puede confirmar el avistamiento, Caxton? —preguntó Suzie. El miedo, como si de agujas de hielo se tratara, se le clavó a Caxton en el corazón.

—¿Qué quiere que confirme? —preguntó.

Miró hacia los árboles oscuros, esperando encontrar el rostro descompuesto de un siervo, la piel blanca de un vampiro, atenta al menor movimiento. Entonces vio unas manchas negras, como jirones de sombra, que revoloteaban por entre las copas de los árboles. Una sonrisa le iluminó levemente el rostro y Caxton se volvió, sacudiendo la cabeza. Los miembros del equipo de emergencias estaban ya en cuclillas, en posición de disparo, con las armas sobre el hombro. Sus rostros reflejaban una gran seriedad. Estaban aterrorizados y la miraban a ella.

—Tan sólo son murciélagos —dijo—. Son animales nocturnos y el sol está a punto de salir; supongo que se irán a su casa—explicó y se encogió de hombros—. Son murciélagos, nada más.

La capitana Suzie frunció el ceño y levantó el arma, pero no abandonó la posición de disparo.

—Entonces, ¿no hay peligro?

—No —respondió Caxton—. No hay ninguna conexión, se trata tan sólo de un mito.

Se dio cuenta, sorprendida, de que a los agentes del equipo de emergencias no les importunaba su presencia. Mientras montaban de nuevo al vehículo para reemplazar la marcha, comprendió que les aliviaba tenerla junto a ellos: era una cazadora de vampiros con experiencia. Sólo esperaba que el éxito de la misión no dependiera de su pericia.

Cuando llegaron a Kennet Square, el alba hacia que las líneas blancas de la autopista relucieran y flotaran encima de la negrura del asfalto. O tal vez aquello fuera tan sólo fruto de la falta de sueño de la agente Caxton. Cuando el sol empezaba a trepar por los árboles, cruzaron el pueblo que, por lo menos en el mapa, tenía una forma literalmente cuadrada.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Reynolds. Caxton también lo había notado: un olor intenso, a tierra, que de vez en cuando adquiría una acritud desagradable.

—Ésta es la capital mundial del champiñón —le explicó a la capitana Suzie—. ¿No lo sabías? Ése olor es el del material en el que cultivan los hongos.

DeForrest olisqueó el aire.

—¿Mierda? —preguntó.

La capitana Suzie se encogió de hombros.

—Bueno, en realidad es estiércol. Lo tienen en esos largos cobertizos para que se cueza, día y noche, y así se esterilice. Toda esta parte del Estado huele así casi todo el tiempo. Yo antes vivía por aquí y te aseguro que terminas acostumbrándote.

—¿Terminas acostumbrándote al olor de la mierda cocida? —dijo Reynolds como si estuviera tomándole las medidas a esa idea.

—Sí, y al final ya casi ni lo notas —le aseguró la capitana Suzie—. Al cabo de unos días se acostumbra uno a todo.

«¿También a torturar?», se preguntó Caxton. «¿Se acostumbra uno a torturar a sus enemigos para sonsacarles información?». Aunque en realidad temía conocer ya la respuesta.

Pasaron por encima de unas vías de tren que hicieron que el Granola Roller se tambaleara alarmantemente y al final llegaron a la subestación. La guarida de Efraín Reyes, si tenían un poco de suerte; aunque a lo mejor encontrarla sería una desgracia. Caxton comprobó el estado de sus armas, probó los mecanismos, sacó la recámara y la volvió a colocar. Los agentes del equipo de emergencias siguieron su ejemplo. Arkeley aparcó junto a la verja de la subestación y bajó del coche.

—Pero ¿qué está haciendo? —preguntó la capitana Suzie.

Fue el propio agente federal quien le respondió a través de un auricular inalámbrico que llevaba en la oreja. Tocó el minúsculo micrófono con un dedo y la radio del vehículo blindado crujió. DeForrest pulsó varios botones.

—¿Puede repetirlo, cambio? —le pidió.

—He dicho que a partir de aquí voy a seguir a pie —les comunicó Arkeley—. Ustedes pueden seguirme como prefieran, aunque este lugar no fue diseñado para albergar un desfile militar.

—Se está burlando de su camión —le explicó Caxton a la capitana Suzie.

La otra mujer puso mala cara.

—Si quiere puede burlarse también de mi nariz, pero no tengo intención de continuar a pie —dijo sin un atisbo de sonrisa.

La subestación ocupaba aproximadamente ocho kilómetros cuadrados, todos ellos rodeados o por un muro de ladrillo o por una verja. El equipo de emergencias había conseguido los planos del lugar. La empresa que abastecía de electricidad la zona había abandonado la subestación hacía un año —después de construir y conectar a la red una estación nueva, mayor y más segura— y aún había operarios desmontándola. Sin embargo, trataba de algo más que una simple demolición: en el interior había productos químicos y compuestos de todo tipo dentro de los grandes transformadores que componían el grueso de la subestación, desde gas de hexafluoruro de azufre hasta bifenilos policlorados líquidos. Los transformadores debían desmontarlos pieza a pieza profesionales preparados; ingenieros electrónicos, para ser exactos. Hombres como Efraín Reyes antes de que muriera.

Arkeley había obtenido el permiso de los propietarios para registrar el lugar. Le habían entregado la llave del candado de la reja principal. Existía una cierta preocupación ante la posibilidad de que Reyes hubiera cambiado el cerrojo, pero la llave funcionó sin problemas. Arkeley empujó la pesada puerta y entró.

Reynolds puso el Granola Roller en marcha y avanzó, aunque todo el rato se mantenía a ocho metros de distancia de Arkeley. El federal

avanzaba a paso ligero, como si supiera qué estaba buscando. Cruzaron por un estrecho pasillo flanqueado por dos hileras de altas cajas de empalmes cubiertas con unas piezas redondas de material aislante que parecían las agujas de una iglesia futurista. Al otro lado estaban los transformadores propiamente dichos, unos bloques de metal gruesos y macizos colocados en hileras perfectas.

—Creía que habíamos salidos a cazar vampiros, no el monstruo de Frankenstein —bromeó DeForrest, pero nadie le rió la gracia—. ¿Para qué sirven todos estos cacharros?

—Sirven para reducir el voltaje de la electricidad que llega de las centrales eléctricas —explicó Caxton—, para luego poder mandarla a las casas.

Pego la cara a la rendija de la ventana e intentó ver lo que Arkeley debería de estar viendo. Nada se movía en la subestación salvo las hojas amarillentas que arrastraba la brisa y que se perseguían unas a otras de aquí para allá.

Al fondo del pasillo había una vieja caseta de interruptores. En su día debía de haber albergado los cortacircuitos originales de las subestación y tal ven incluso los fusibles, si el lugar era lo bastante antiguo. Se trataba de una construcción de una sola planta, de ladrillo oscuro y con ventanas con parteluz que no dejaban penetrar demasiada claridad.

Tenía que ser el lugar que buscaban. Detrás de la caseta había una alambrada de tela metálica y, al otro lado, campos de maíz de tono amarillento de dos metros y medio de alto, rodeados de vegetación que se extendía en todas direcciones. Si Reyes se escondía en la subestación, estaría en la caseta de los interruptores.

Arkeley se acercó a la puerta y la abrió. Hubiera lo que hubiera en el interior, el sol aún no lo había alcanzado. El agente federal desenfundó el arma y sacó una linterna del bolsillo de la chaqueta.

—Voy a entrar, si alguien desea acompañarme que lo haga —dijo Arkeley por radio.

—Eso no es lo que habíamos planeado —respondió la capitana Suzie—. Ni tampoco es lo que quería el comisionado. Podría ser peligroso.

—Pero ha salido el sol —dijo Reynolds—. No hay ningún peligro. Es de día, los vampiros no pueden salir durante el día.

—Eso es cierto —corroboró Caxton.

—Me da igual, permaneceremos dentro del vehículo —dijo la capitana Suzie, que clavó los ojos en Arkeley como si pudiera devolverle la mirada desde el asiento trasero del vehículo blindado.

El agente federal se adentró en la oscuridad. Ninguno de los miembros del equipo de emergencias se movió.

—¿Agente? —lo llamó la capitana Suzie—. ¿Agente? Responda, agente. Déme su estado actual. Déme algo, lo que sea.

—Agente especial —la corrigió la voz de Arkeley, que seguía fuera de su campo de visión—. No tengo demasiado que añadir; he encontrado una gran cantidad de telarañas y aparatos oxidados. Un momento, acabo de encontrar una trampilla. Al parecer hay un piso subterráneo. Voy a bajar.

Caxton abrió la puerta del vehículo y saltó al exterior antes de darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo. La capitana intentó agarrarla, pero Caxton se le escurrió de entre las manos. Se dirigió hacia la caseta mientras por la radio le llegaban a gritos órdenes de regresar.

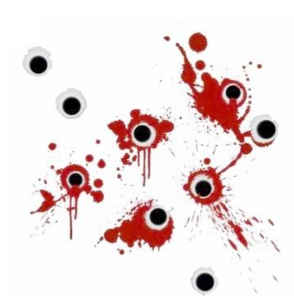
Se encontraba ya frente a la puerta abierta de la caseta de interruptores cuando por el rabillo del ojo vio que algo se movía. Dio la vuelta, con el rifle en posición de disparo, y lo vio de nuevo. Al otro lado de la alambrada, sin lugar a dudas, había algo que se movía. Miró a derecha e izquierda y vio que alguien había hecho un agujero en la verja. Era lo bastante grande como para que un hombre adulto pudiera pasar agachado. Se acercó hasta aquel punto y agarró la alambrada con los dedos.

—Arkeley —lo llamó—. He encontrado una salida posterior a la subestación. Y hay alguien al otro lado de la verja.

—Caxton, regresa al coche, joder —dijo él—. Ya le he dicho que…

Pero la agente dejó de escucharlo. Había algo que se movía sigilosamente por el maizal y no era un animal. Se trataba de una persona, tal vez de varias, o… o tal vez de varios siervos. Caxton pasó por el agujero de la verja e inmediatamente oyó un siseo, el ruido de varios cuerpos deslizándose por entre los tallos de maíz. Se desplazó, con un ojo en la mirilla del rifle, y entonces los vio: eran seis siervos, tal vez siete, todos vestidos con sudaderas con capucha. Estaban arrastrando algo a través del maizal, algo grande y hecho de madera oscura con tiradores de latón.

Era un ataúd.







CAPITULO 34

Caxton se llevó el rifle al hombro y disparó una ráfaga de tres balas, pero no le dio a nada, aunque tampoco lo esperaba. Los siervos no se detuvieron y pronto se perdieron de vista, detrás de varias hileras de tallos de maíz. Con la fuerza del arma que tenía entre las manos habría podido arrasar la mitad del maizal, pero sabía que no debía hacerlo. Le habían enseñado que la bala de un rifle puede viajar casi un kilómetro antes de que la gravedad la haga caer. No podía disparar a discreción sin tener la certeza de que no había inocentes a menos de un kilómetro a la redonda. Así pues, no pudo hacer más que contemplar cómo los siervos se llevaban en ataúd a rastras por el maizal.

—Arkeley—dijo a través de la radio—. Arkeley, por favor, responda. Acabo de avistar a un grupo de siervos que se llevan un ataúd a rastras. Por favor, necesito directrices. Arkeley, ¿qué debo hacer?

—… huesos, cuerpos humanos en… no parece que sean recientes… mucho polvo —dijo éste.

Caxton imaginó que debía estar refiriéndose al sótano de la caseta de interruptores y lo que había encontrado allí. Probablemente no la había oído, pues ella misma apenas lograba entender fragmentos de lo que él estaba diciendo. Era muy posible que parte de la señal de radio se perdiera por la capa de tierra que había entre ambos, pero aquello era irrelevante. Los siervos estaban escapando. Echó un vistazo a través de la alambrada y vio el vehículo blindado. Un miembro del equipo de emergencias había abierto la puerta y la miraba boquiabierto.

—Capitana Suzie, necesito refuerzos—dijo Caxton—. ¡Se están escapando!

—Tengo órdenes de permanecer en el vehículo pase lo que pase. Nuestra seguridad es más importante que cazar a su vampiro. Y las órdenes también la incumben a usted, agente.

—Si no logramos atraparlo ahora, Reyes va a escapar —replicó Caxton—. ¡Si le damos caza ahora, a la luz del día, podremos destruirle el corazón!

—Ha dicho que había tal vez siete de esas criaturas. Nosotros somos tan sólo tres. Vuelva aquí de inmediato, Caxton. Si no obedece una orden del comisionado, a lo mejor obedecerá una mía. Regrese ahora mismo.

Caxton miró alternativamente el vehículo blindado y el maizal. Aún oía el crujir de los tallos, pero el ruido era cada vez más lejano. No sabía qué hacer. Sin embargo, sí sabía qué habría hecho Arkeley en su situación. Sabía sin lugar a dudas lo que habría hecho.

Se abrió paso por entre los tallos y salió corriendo tras los siervos, arrastrando las botas por el barro oscuro.

Las fibrosas hojas de maíz le arañaban el casco y las muñecas desnudas. Los gruesos tallos se le resistían y estaba segura de que si no atrapaba pronto a los siervos, iba a tropezar y se torcería un tobillo, o incluso se lo rompería. Sería una auténtica estupidez lesionarse debido a su sed de venganza, se dijo. Cuando cayó por tercera vez, con las manos hundidas en el barro, se obligó a aminorar la marcha. Era imposible que los siervos avanzaran tan rápido como ella, ¿no? Sus cuerpos debilitados no podían correr tanto, y mucho menos si encima tenían que arrastrar el ataúd. Pasó por entre una hilera de tallos y el rifle se le quedó enganchado. Fue tan sólo un instante, pero a punto estuvo de hacerla caer.

La radio emitió un sonido de estática.

—Aquí el equipo de emergencias, llamando a la jefatura. Necesitamos confirmación inmediata de las órdenes —dijo una voz femenina, distante y débil; era la capitana Suzie y Caxton supo que no iba a acudir en su ayuda. Eso le fastidió, pero no lo suficiente como para retroceder. No podía permitir que aquello la detuviera.

El cansancio empezaba a hacer mella en su cuerpo, lo notaba en los huesos. No debía olvidar que llevaba mucho tiempo sin dormir y que no podía confiar en que su cuerpo respondiera. Con un jadeo, tiró del rifle para soltarlo y se lo colgó al hombro; tener que arrastrarlo en un espacio tan estrecho era un verdadero contratiempo.

Caxton se detuvo y miró a su alrededor mientras intentaba recuperar el aliento y la orientación. Estaba a punto de perderse en medio del maizal, y de hecho, ya no estaba segura de si lograría encontrar el camino de regreso. No había ningún punto de referencia, nada que permitiera distinguir una parte del maizal de otra.

Pensar de aquella forma no iba a ayudarla. Estaba muy cerca y lo sabía. Caxton sacudió la cabeza, se llenó los pulmones de oxígeno y se negó a rendirse.

Cruzó por entre otra hilera de tallos y pronto encontró lo que estaba buscando: un surco donde la vegetación había quedado aplastado por el paso del ataúd. Caxton se agazapó y siguió aquella pista. Estaba segura de que andaba cerca. Pronto oyó de nuevo el sonido de ataúd arrastrándose por encima de las hojas seas de maíz que se acumulaban en el suelo. Al cabo de un instante percibió a los siervos susurrando, a unos tres metros de donde se encontraba ella, aunque no logró entender lo que decían. De pronto, Caxton notó que el ataúd se detenía y se paró en seco.

—¿La habéis visto?¿Hay algún rastro de ella? —susurró uno de los siervos. No obtuvo respuesta.

Poco a poco, para no hacer ruido, la atente colocó el rifle en posición de disparo. Agarró la escopeta que iba ensamblada debajo del cañón del rifle con una mano y empezó a avanzar con lentitud y aplomo; sus botas casi no hacían ruido sobre el barro. Frente a ella, al otro lado de las cañas de maíz, podía entrever la sombra de unas figuras. Se acercó un paso más y apartó la vegetación con el arma.

A través de la abertura logró vislumbrar un pasillo abierto en el maizal a modo de cortafuegos. El claro estaba lleno de siervos que rodeaban el ataúd, con las cabezas gachas. Uno de ellos incluso se subió encima de éste para intentar localizarla.

Caxton apuntó con la escopeta y apretó el gatillo. El siervo de encima del ataúd voló en pedazos y lanzó una lluvia esquirlas de hueso fragmentado. Los demás empezaron a aullar y a huir en estampida, aterrorizados. Uno pasó junto a ella, tan cerca que le habría bastado con estirar el brazo para agarrarlo. Sin embargo, Caxton dejó que se marchara: tenía cosas más importantes de las que ocuparse. Salió al cortafuegos y dio una vuelta completa para comprobar si alguno de los siervos había sido lo bastante valiente para quedarse. Aunque no vio a ninguno, se obligó a ignorar el ataúd hasta haberse cerciorado de que estaba sola. Entonces se agachó y lo contempló de cerca.

Se trataba de un ataúd mucho más elegante que las cajas de pino hexagonal que había visto hasta el momento. A diferencia de los otros vampiros. Reyes había optado por un modelo de lujo con molduras en forma de espiral. En su día había sido un elegante ataúd de lustrosa madera de cerezo; seguramente las asas de latón relucían antes de que lo arrastraran durante varios kilómetros a través del lodo del maizal. Ahora la madera estaba salpicada de tierra y uno de los extremos estaba tan embarrado que parecía que lo hubieran sumergido en un charco.

Caxton se acercó y colocó una mano encima de la tapa de madera, esperando percibir una presencia maligna al otro lado, pero no notó nada. Se acordó de la sensación de frío que había experimentado junto a Malvern, la ausencia de humanidad Quizá se daba la misma

situación. Caxton se pasó la lengua por los labios y trató de abrir la tapa. Algo la mantenía cerrada.

Caxton supuso que tenía cierta lógica; los siervos no querrían que se abriera al trasladarlo. Pasó los dedos por el borde del ataúd y palpó tres clavos que fijaban la tapa a la caja.

La agente trató de comunicarse por radio pero no obtuvo ninguna respuesta. ¿Acaso se había alejado tanto que estaba fuera de cobertura? Parecía imposible. Caxton tenía la sensación de haber recorrido menos de medio kilómetro. Echó un vistazo a su alrededor. Ni siquiera se acordaba de por dónde había llegado. No se veía capaz de encontrar el camino de vuelta; pero en el caso de que lograra orientarse, volver significaría dejar atrás el ataúd. La opción segura, la más sensata, sería resignarse y retroceder, tratar de contactar con el equipo de emergencias local y, con suerte, regresar con refuerzos al lugar donde se encontraba el ataúd. No obstante, eso parecía misión imposible. Si abandonaba el ataúd durante unos minutos, seguro que los siervos volverían a por él. ¿No?

Por un momento todo se tornó borroso y tardó un buen rato en volver a ver bien. No podría pasar mucho más tiempo sin dormir. Decidió que esperaría a que Reyes estuviera muerto. A matarlo. Retiró el cargador del rifle y sacó las balas. El afilado borde metálico del cargador vacío serviría para romper los clavos. Probablemente deformaría el cargador en el proceso, de hecho el rifle quedaría inservible, pero aún contaba con su Beretta, que colocó encima del ataúd para tenerla a mano en todo momento.

Deslizó el borde del cargador entre la tapa y el cuerpo del ataúd e intentó serrar el primer clavo. Caxton movió el carga adelante y atrás unas cuantas veces hasta que se le resbaló y haciéndose un corte en la muñeca. Unas diminutas gotas de sangre salpicaron el ataúd y a Caxton se le cortó la respiración. Esperaba oír a Reyes removerse en el interior, que la sangre lo hiciera despertar. Pero el ataúd permaneció inmóvil, como si Estuviera completamente vacío.

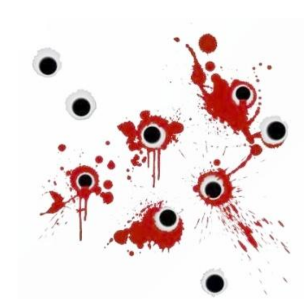
No le hacía ninguna gracia la perspectiva de tener que mirar dentro de la caja y ver los paisanos, los huesos y la masa mucosa que ya había visto en el ataúd de Malvern. Con todo, el corazón de Reyes estaría allí, seco y encogido, a la espera de que Caxton lo aplastara con sus propias manos. La agente recogió el cargador del barro y lo introdujo de nuevo por la ranura de debajo de la tapa. Volvió a serrar el clavo hasta que se rompió. La madera chirrió al ceder. Caxton se aplicó con más fuerza y el segundo clavo se partió casi al instante. El sudor se le acumulaba bajo el casco y le chorreaba por detrás de las orejas. Le dolía la espalda y sabía que en cuanto se incorporara soltaría un grito de dolor. Tan sólo le faltaba un clavo. Introdujo el cargador por debajo de la tapa una vez más, pero antes de empezar a serrar, cerró los ojos y pensó en Deanna, tendida en el suelo de la

cocina, ensangrentada e indefensa. Pensar en las ganas que tenía de acabar con Reyes hizo que recobrara las fuerzas. El tercer clavo se deshizo, de modo que Caxton tuvo que astillar la madera para liberar la tapa. Por fin estaba abierta; tan sólo le quedaba retirarla y asomarse.

Un miedo primigenio se apoderó de ella. Se detuvo un segundo. Se le erizó la piel de los brazos. Se levantó y un pinzamiento en la espalda la hizo gemir. Cogió su Beretta de encima del ataúd y echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no había ningún rostro demacrado observándola escondido en el maizal No vio nada. El corazón. Tenía que destruir el corazón. Levantó la tapa con el pie y el ataúd quedó abierto de par en par. Alzó el arma y apuntó hacia el forro de seda roja.

No había nada. Estaba vacío. Estaba tan exhausta que creyó oír al vampiro mofarse de ella, con una risa burlona y maligna.

De pronto algo le hizo un corte en la parte posterior de la piernas, le rajó el pantalón del uniforme y la hizo estremecerse de dolor. Caxton se desplomó, su cuerpo aterrizó dentro del ataúd. Todo ocurrió tan rápido que apenas tuvo tiempo de quitar el seguro de su pistola. La tapa del ataúd le cayó sobre la espalda y Caxton se dio de bruces contra la tapicería. Había caída en la trampa.







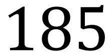
La luz se filtraba por una grieta que Caxton había abierto al intentar soltar la tapa. De no ser por aquel agujero, Caxton estaría atrapada en la oscuridad más absoluta. Trató de incorporarse, de abrir el ataúd a golpes, pero los siervos se habían sentado encima y se reían de ella. Caxton les oyó fijar la tapa con clavos, habían cerrado el ataúd a cal y canto. La agente intentó levantar la tapa con su cuerpo pero el espacio era demasiado pequeño, apenas podía ladearse ligeramente. Notaba un lacerante dolor en las piernas, justo donde la habían cortado. Iban a enterrarla viva.

Empezó a chillar al visualizarlo mentalmente, al imaginarse sepultada dos metros bajo tierra. De pronto tan sólo olía su propio sudor y su miedo; el aire del interior del ataúd empezaba a viciarse de tanto entrar y salir de los pulmones de Caxton. Cada vez que inspiraba, el aire contenía algo menos de oxígeno. ¿Cuánto tardaría en agotarlo del todo?

Gritó de nuevo, aunque era inútil. Los únicos que podían oírla se deleitarían con su angustia. Pero no le importaba, así que volvió a chillar por tercera vez y golpeó la tapa tapizada del ataúd, desesperada por salir de allí.

Empezó a zarandearse de un lado a otro, y entonces se dio cuenta de que los siervos la estaban arrastrando lejos del cortafuegos. El cuerpo de Caxton rebotaba contra el suelo del ataúd cada vez que éste sorteaba abruptamente alguna protuberancia o surco, los tallos partidos y terrones medio enterrados. El corazón de la agente latía desbocado y su respiración era cada vez más rápida; había perdido el control.

Notó cómo la Beretta brincaba entre sus pies, al fondo del ataúd. Debía de habérsele caído dentro cuando le hicieron el corte en las piernas. Intentó recuperarla pero no conseguía agacharse lo suficiente. Eso le hizo darse cuenta de lo diminuta que era su prisión. Gritó de nuevo al tomar conciencia de que no podía incorporarse, de



que no podía ni siquiera doblar las rodillas. Se estremeció de angustia cuando llegó a la conclusión de que estaba inmovilizada.

El ataúd dio un salto cuando los siervos lo arrastraron por encima de un obstáculo de grandes dimensiones, y la pistola chocó contra el tobillo de Caxton, que notó un dolor tan agudo que por un instante la oscuridad que la rodeaba se tornó verde, una ilusión óptica fruto del agotamiento, el pánico y el dolor físico. Intentó recordar si el arma aún tenía puesto el seguro y si había cargado una bala en la recámara. Si lo había hecho, si la pistola estaba montada, podía dispararse con el siguiente bache. Una bala dum-dum podía salir despedida del cañón de la pistola a una velocidad mayor que la del sonido. Podía dispararse en cualquier dirección y muchas de las posibles trayectorias se cruzaban con el cuerpo de Caxton.

Una razón más para echarse a gritar.

Caxton estiró el brazo hacia abajo tanto como pudo. Logró acariciar el borde del cañón de la pistola con las yemas de los dedos, notó la deslizante superficie. Su hombro se hundió en la tapicería del ataúd, chocando con fuerza contra la madera que había debajo. Caxton embistió la pared del ataúd, empujó y trató de apuntalarse con las piernas.

Entonces el ataúd tropezó con otro bache y Caxton sintió cómo le crujían los huesos del hombro por la violenta sacudida. Soltó un alarido de dolor. Con el trote la Beretta se había deslizado y ahora estaba un poco más cerca de Caxton. La agente la agarró con las yemas de los dedos y empezó a acercarla, milímetro a milímetro, hacia la palma de su mano. La Beretta rebotó de nuevo y a punto estuvo de resbalársele, pero Caxton no permitió que se le escapara. Finalmente logró sujetarla. Sentir el peso y el poder del arma en la mano la ayudó a relajarse y de pronto respirar ya no le resultaba un esfuerzo tan terrible.

—¡Sí! —exclamó al tiempo que colocaba el dedo en el guardamonte.

De pronto el ataúd se paró con una sacudida que a punto estuvo de descoyuntarle la columna. Uno de los siervos golpeó con los nudillos la tapa del ataúd. Aunque la voz le llegaba amortiguada, a Caxton le resultó extremadamente irritante cuando le preguntó:

—¿Va todo bien ahí dentro?

Caxton trató de deducir de dónde provenía la voz. Era muy difícil, pues la acústica en el interior del ataúd era muy mala y los ecos reverberaban en todas las paredes del reducido espacio.

Caxton presionó el cañón de la pistola contra la tapa. El siervo se mofó de ella.

—Yo de ti me pondría cómoda. Aún queda un largo...



Caxton apretó el gatillo y el ataúd se llenó de una onda expansiva de luz, calor y ruido. La agente empezó a sangrar por las orejas. Estaba ciega y sorda, le ardían las manos y de pronto cayó en la cuenta de que había cometido un grave error. ¿Y si la onda expansiva de la explosión le había reventado los tímpanos?

Poco a poco fue recuperando la visión. La débil luz del sol se filtró de forma oblicua por el agujero circular casi perfecto de la tapa del ataúd. Caxton vislumbró el cielo a través del orificio, el tono amarillento de los secos tallos de maíz. Aún ignoraba si habría alcanzado al siervo que se había burlado de ella.

El fuerte olor a cordita se le metió por las fosas nasales y le provocó arcadas, quería dejar de respirar en seco para no inhalar aquel gas, pero su cuerpo sabía mejor que su cerebro qué le convenía. Pegó los labios al agujero que la bala había dejado e inspiró ávidamente el oxígeno del exterior.

Durante un buen rato no ocurrió nada. El ataúd permaneció inmóvil. Caxton oía el latido de su corazón, aunque éste latía de forma extraña, con latidos más intensos y lentos de lo que hubiera esperado. Finalmente oyó un sonido, tenue, como un gorjeo; Un pájaro cantando entre el maizal. Los tímpanos de Caxton estaban intactos.

De pronto el ataúd reanudó la marcha, y empezó de nuevo a rebotar y traquetear sobre el suelo irregular, incluso más rápido que antes. Caxton se agarró como pudo, enfundó el arma en la pistolera y se aferró a la tapicería para no zarandearse de un lado a otro. La resbaladiza seda se le escurría de los dedos continuamente y pronto comenzaron a dolerle las manos.

Pasaban los minutos, minutos eternos que Caxton sólo podía medir contando poco a poco. Uuuuuuno, doooooos, treeees... Sabía que estaba contando o bien demasiado rápido, o bien demasiado despacio, pero no disponía de ningún otro modo de medir, el tiempo. Aún le temblaban las piernas y en ese momento no habría sabido decir si era por las heridas que tenía en las pantorrillas o porque estaban comprimidas en un espacio minúsculo.

Al cabo de un rato los siervos levantaron el ataúd del suelo y lo cargaron a pulso. Avanzaban más despacio que antes y Caxton lo agradeció, pues el traqueteo era mucho menor.

Dejó de entrar la luz por el orificio que había dejado la bala en la tapa del ataúd. Los siervos debían de haberlo cubierto con una tela. Caxton metió un dedo en el agujero, aunque procuro que no asomara demasiado: no quería brindarles a los siervos la oportunidad de agarrárselo y hacer algo horrible con él. Tan sólo notó aire frío. Lo intentó por segunda vez, pero tampoco consiguió tocar nada.

De pronto el ataúd se inclinó peligrosamente hacia delante. Caxton se deslizó hacia la parte superior de la caja y el cuello se le torció hacia un lado. Intentó apoyar las manos en el fondo y presionar con fuerza para separar los hombros del fondo del ataúd y darle un respiro a su cuello.

El ataúd se elevó y cayó. Entonces se elevó de nuevo para volver a caer. Tras un instante de tregua, el ataúd se alzó por tercera vez y volvió a caer. En aquel momento Caxton se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. No había luz porque habían entrado en el interior de un edificio. Los siervos estaban bajando el ataúd por un tramo de escaleras y por eso se elevaba y caía una y otra vez.

Caxton intentó contar los escalones que descendía, pero perdía la cuenta en cada sacudida. Estuvieron bajando durante mucho rato, aunque Caxton también había perdido la cuenta del tiempo. Se sentía como si florara por el espacio y de pronto la apresaran unos dedos gigantes, como si una enorme mano espectral la zarandeara violentamente con cada escalón.

Al final llegaron a su destino, pero Caxton tardó un tiempo en darse cuenta de que el trote había cesado. Los siervos soltaron sin miramientos el ataúd, que crujió al caer sobre una superficie de piedra o de cemento. Entonces Caxton oyó que los pasos de los siervos, y los ecos de los mismos, se alejaban.

Al cabo de poco se hizo el silencio.

Caxton golpeó la tapa del ataúd una y otra vez pero no obtuvo ninguna respuesta.

—¿Hola? —dijo ansiosa por obtener una respuesta, aunque fuera de las chirriantes voces de los siervos—. ¿Hola? —gritó de nuevo con el fin de que alguien, quien fuera, le contestara. De acuerdo, les había disparado, pero precisamente por eso deberían tener ganas de burlarse aún más de ella—. ¡Responded, cabrones! —gritó—. ¡Eh! ¡Llamando a los bichos sin rostro! ¡Que alguien diga algo!

Caxton únicamente oyó su propio eco.

—¡No podéis dejarme aquí! —gritó histérica.

Aunque sabía perfectamente que sí podían. Acababan de hacerlo.







Caxton se durmió.

Su cuerpo se había rendido, las interminables horas de pánico quedaban ya muy lejos, había consumido todas sus fuerzas y ahora fragmentos de sueño se apoderaron de ella, como olas enormes y oscuras que bañaban la costa de un planeta sin sol. Su respiración se había calmado y se le habían puesto los ojos en blanco. Se había dormido.

Al despertar, tenía el vago recuerdo de que había soñado algo. Junto con la sensación de haberse revolcado en la oscuridad, de haber dado volteretas, de haber caído en picado en un espacio totalmente oscuro. No había nada que temer en aquel sueño, aunque cuando terminó Caxton soltó un alarido que Ie retumbó por todo su cuerpo. El corazón le latía desbocado. Se le abrieron los ojos de golpe y de pronto estaba despierta, despierta y tumbada sobre la tapicería del ataúd. Carraspeó, pestañeó y trató de asimilar dónde estaba en realidad. No era fácil.

Un hilo de luz se colaba por el orificio de la tapa del ataúd. Era una luz tan pálida y débil que Caxton creyó que debía de tratarse de una alucinación. Sin embargo, fue adquiriendo intensidad ante la atenta mirada de Caxton. El haz danzaba y se movía de un extremo a otro del ataúd y de pronto se oyó ruido, un sonido áspero que se repetía rítmicamente: tac-tac, tac-tac.

Eran unos pies descalzos caminando sobre la piedra. La luz era de un tono amarillo cálido y parpadeaba como la llama de una vela.

—Hola —susurró Caxton, pero tenía la garganta seca, tan dolorosamente seca que sintió como si se le hubiera atascado.

Carraspeó, pero no lograba aclarar la voz. Tosió una y otra vez, y, de repente, los pasos se detuvieron. Caxton contuvo la respiración. Deseaba con todas sus fuerzas que los siervos regresaran; le aterrorizaba la idea de volver a quedarse sola en el interior del ataúd. Sin embargo, sabía que fuera lo que fuera lo que producía ese sonido,

el horror que se le estaba acercando, no se trataría de un amigo, ni de nadie con intención de rescatarla.

Sería un monstruo.

Los pies se acercaron y la luz se volvió más intensa. El haz luminoso se desplazó hacia un lado y entonces se quedó fijo, como si el propietario de los pies hubiera dejado la vela junto al ataúd. Caxton trató de controlar la respiración.

EI ataúd se sacudió hacia delante y hacia atrás al tiempo que el monstruo al que aún no había visto arrancaba la tapa. No hizo ningún ruido, ni un resoplido, ni un jadeo. Los clavos del ataúd empezaron a chirriar y a soltarse hasta que, de pronto, la tapa del ataúd se desprendió de cuajo. El aire entró de golpe y la luz de la vela obligó a Caxton a entrecerrar los ojos. Vislumbro el techo, unos cinco metros por encima de ella; se trataba de una superficie abovedada de ladrillos sostenida por una serie de robustas columnas de planta cuadrada. A ambos lados vio paredes del sótano. Estaban cubiertos de estanterías que contenían tarros, cajas de cartón y mantas enrolladas. Caxton no tenía ni idea de dónde se encontraba.

Una cara lívida se interpuso en su mirada. Caxton tenía la esperanza de que se tratara de un siervo, pero su esperanza se truncó enseguida. Estaba delante de una cabeza completamente calva y redonda de orejas triangulares; el rostro de Efraín Reyes la estaba mirando. Sus ojos eran dos oscuras hendiduras, ligeramente rojizas bajo la luz parpadeante. Tenía la boca repleta de dientes. Caxton notó que el vampiro acababa de despertarse, que aún estaba medio dormido, igual que ella. ¿Acabaría de anochecer? ¿Habría estado encerrada en aquel ataúd, sola con sus sueños, durante un día entero?

Reyes no llevaba más que unos pantalones de chándal. Su piel era blanca como la nieve, aunque con un ligero matiz sonrosado que, no obstante, le daba un aspecto más febril que sano. Se inclinó hacia abajo hasta que tuvo la cara a medio metro de la de Caxton. Notó la misma ausencia de calor humano que había percibido junto a Justinia Malvern; en esta ocasión no se sorprendió.

Reyes fijó la mirada en los ojos de Caxton. La agente trató de apartar la cara pero el vampiro la agarró por la barbilla y la sujetó con tanta firmeza que su mandíbula parecía una prolongación de su mano. Caxton nunca llegaría a contar con fuerzas suficientes para soltarse.

Los ojos de Reyes se enfurecieron y Caxton vio que sus pupilas se cubrían de lágrimas rojas, como si la sangre hubiera sustituido todos los fluidos de su cuerpo. Vio cómo se dilataban, hasta ocupar la mitad de su campo de visión. A Caxton ya la había hipnotizado un vampiro antes, pero eso no se parecía en nada a la parálisis que había sufrido entonces. La primera hipnosis le causó una insensibilidad general, le produjo un efecto anestésico. En cambio, esta vez era dolorosamente

consciente de lo que le estaban haciendo. Sentía que Reyes le traspasaba algo. Algo que salía de la mente del vampiro y penetraba en la de Caxton. Ese algo se movía en silencio, era invisible, pero Caxton notó una sensación física, muy real y desagradable, de que la estaban invadiendo.

Nunca la habían violado. Sin embargo, en una ocasión, un chico del instituto no había acabado de entender a qué se refería cuando le dijo que quería esperar, reservarse. En realidad ella tampoco lo había comprendido muy bien y nunca había sabido cómo detener al chico cada vez que éste metía las manos por debajo de su ropa y la tocaba, la manoseaba haciéndole daño incluso. Un día, después de clase, habían ido juntos a casa de Caxton y el chico se sacó el miembro. Se lo restregó a Caxton por el dorso de la mano, moviéndolo arriba y abajo, y le pidió que girara la mano y que lo frotara del mismo modo. A Caxton le dio asco el ansia de aquel chico, su desesperación absoluta, y por eso se aparcó. Entonces él se puso de pie junto a la cama y se le acercó. Caxton sabía que estaban solos, que su padre no llegaría a casa hasta después de las seis. «Chúpamela», le había dicho con el pene oscilando justo delante de ella. «Chúpamela». El hico había pronunciado aquella palabra con una voz entrecortada, brusca y potencialmente peligrosa.

Caxton rompió a llorar y a sollozar de pánico, y el chico se .sintió tan avergonzado que desapareció y jamás volvió a dirigirle la palabra. Aquélla fue la última vez que Caxton salió con un chico. Seis meses después se enamoró por primera vez de una chica y al fin se encontraría a sí misma. Desde entonces, cada vez que pensaba en aquel chico se estremecía.

Pero ahora Reyes la estaban profanando con una violencia mucho mayor de la que cualquier pardillo adolescente fuera capaz. Reyes estaba imponiendo su presencia en los pensamientos más íntimos de Caxton, en sus secretos, en sus partes más profundas y oscuras. Leía en su interior como quien lee un libro abierto, pasaba revista a todos sus recuerdos. Llegó al episodio del chico y las lágrimas, y Caxton notó que el vampiro se deleitaba en él. Sintió como si Reyes se le hubiera echado encima, la fría palidez de su piel, el calor casi imperceptible de la sangre, el olor a sangre por todo su cuerpo. Reyes la tenía completamente bajo su control. Caxton ni siquiera sentía el instinto de luchar contra él, de oponer resistencia, de intentar liberarse.

Al cabo de un rato Reyes cerró los ojos. El ultraje cesó de golpe, pero ella aún sentía la presencia del vampiro, un vestigio de la intrusión en el interior de su cráneo. Le escocía el cerebro. El maldito amuleto que le había dado Vesta Polder no le había servido para nada. El vampiro extendió los brazos hacia el ataúd, presumiblemente para levantar a Caxton.

A Caxton no se le presentaría otra oportunidad como ésa, de modo que alzó la Beretta a la altura del corazón de Reyes y disparó una y otra vez. El ruido se abrió paso a través del silencio, los fogonazos que salían del cañón de la pistola eran mucho más intensos que la luz de la vela, daba la sensación de que el sol había penetrado en la sala. El humo se arremolinó alrededor de la cara de Caxton, el hedor era opresivo. Percibió un estridente pitido en el interior de sus maltrechos oídos. El vampiro gruño como un animal salvaje.

Cuando Caxton terminó de disparar, Reyes le agarró la pistola con una mano por el humeante cañón y la lanzó a un rincón de la sala. Las balas no le habían herido ni lo más mínimo. Caxton se acordó de lo que Arkeley le había contado cuando un vampiro está tan lleno de sangre ni siquiera un bazooka rasgaría su piel. Con todo, Caxton había logrado algo. La parte del vampi piro que se había infiltrado en su cerebro se encendió de rabia, Caxton sabía que lo había cabreado, notaba la furia ardiendo en su interior. Reyes se agachó, elevó a Caxton con las dos manos y la arrojó con fuerza contra la pared.

La espalda de Caxton chocó contra las estanterías de madera cubiertas de polvo que se desmoronaron al instante. Los tarros de cristal le rebotaron en los hombros y la cabeza, y se hicieron añicos al impactar contra el suelo. El dolor la espabiló al tiempo que la hacía retorcerse; la había hecho cobrar plena conciencia, pero Caxton se moría de ganas de perder el conocimiento.

Reyes iba a matarla, pensó. Le arrancaría la cabeza y bebería directamente de sus arterias, O tal vez se conformaría con partirle la cara. ¡Podía destruirla de tantas formas! Empezaron a caérsele las lágrimas, pero no era capaz de hacer nada más que asustarse. Ni siquiera era capaz de pronunciar el nombre de Deanna. Tampoco tenía tiempo para preocuparse por lo que iba a pensar Arkeley en cuanto descubriera cómo había metido la pata. Ya no tenía energías para nada, salvo para pasar miedo.

Reyes se acercó a ella hecho una furia. Tenía los ojos preñados de rabia y sus musculosas piernas avanzaban con vehemencia. De pronto, justo al llegar al centro del sótano, se detuvo y se quedó mirándola. Caxton no tenía ni idea de qué estaba haciendo, pero notaba que el vampiro sufría. Le tembló el cuerpo durante un breve instante, como si le subiera una horrible arcada, y a continuación abrió la boca y vomitó un espeso hilo de sangre coagulada que le quedó colgando de la mandíbula.

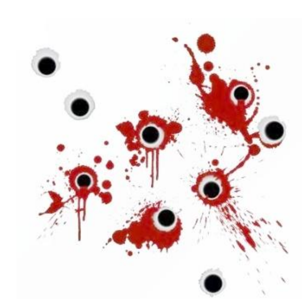
Reyes cayó de rodillas y el impacto contra el suelo de piedra resonó como un trueno dentro de la sala abovedada. Tosió, se atragantó y escupió sangre sobre las losas. Se llevó las manos al pecho y comenzó a desgarrarse la piel con sus despiadadas uñas. Pronto tuvo los pectorales llenos de enormes rasguños. Empezó a temblar

violentamente y acto seguido se derrumbó, cayó al suelo y quedó tendido en medio del charco de su propio vómito.

Caxton observó cómo Reyes se retorcía de dolor en el suelo y lo único que pudo hacer fue inspirar varias bocanadas de aire.

La parte del vampiro que aún seguía dentro de su cabeza aulló. Caxton se cubrió las orejas con las manos, pero el sonido provenía del interior de su cráneo. No había forma de acallarlo.

Finalmente Reyes se recuperó del ataque. Caxton no se había movido ni un centímetro. El vampiro se levantó, cogió a la agente por la cintura, se la colocó encima del hombro y empezó a subir la escalera.







Reyes no iba a matarla, al menos no de inmediato. Aún estaba demasiado lleno de sangre por digerir tras el asalto a Bitumen Hollow. Cada vez que pensaba en beberse la sangre de Caxton su reacción era de pura náusea.

La agente notaba todas esas cosas dentro de su cabeza. El vampiro había asaltado su cerebro y una parte de él se había quedado allí dentro, como una reliquia, una imagen de sí mismo. Ahora Caxton percibía sus pensamientos. A través de aquel canal no le llegaban palabras, ni siquiera imágenes. Sin embargo, sentía el antinatural latido del corazón de Reyes, que iba a toda máquina para intentar bombear aquella sangre tan espesa, y notaba también que el vampiro tenía ganas de devolver. Percibía breves fogonazos, como presentimientos y fragmentos de pensamientos de Reyes. En cualquier caso existía un vínculo que le permitía a Caxton conocer cuál era su estado de ánimo y sus motivaciones.

No iba a matarla, eso sería un desperdicio de sangre. Se acordó de cuando Hazlitt le había dado a conocer a Malvern y le había explicado que la sangre tenía que ser caliente y recién extraída. Si Reyes la mataba ahora, su sangre se perdería; el vampiro no podía bebérsela en ese momento y tampoco la podía almacenar.

No obstante, había algo más. Reyes no iba a matarla porque quería algo de ella. A Caxton eso le daba miedo, una sensación a la que empezaba a acostumbrarse. De hecho, últimamente estaba asustada tan a menudo que cuando no lo estaba se sentía extraña. Cuando no tenía miedo pensaba que se le debía de estar escapando algo.

Reyes la llevó escalera arriba. Al bajarla, encerrada en la oscuridad del ataúd, el descenso se le había hecho eterno. Al llegar a lo alto de las escaleras se encontró en un amplio espacio cercado de gruesas paredes. El suelo de cemento estaba agrietado y de debajo brotaban malas hierbas. Las dimensiones y el vacío del lugar le hicieron pensar en una fábrica abandonada, pero entonces sus ojos empezaron a adaptarse a la luz de la luna que entraba por los ventanales y por fin

pudo distinguir algunos detalles. Del techo colgaban una gran cantidad de cadenas y el suelo estaba cubierto de moldes y herramientas de fundición, como si fueran los juguetes de un gigante que se hubiera hecho mayor y hubiera dejado de jugar. Los ventanales superiores estaba rotos y algunas de las hojas de cristal esmerilado habían sido reemplazadas por tablones de madera o estaban perforadas con ventiladores. Lejos, al otro extremo de la nave, había un alto horno de carbón que debía de llevar varias décadas sin funcionar. Un caldero de diez metro de diámetro, un enorme receptáculo que en su día había albergado cientos de toneladas de acero fundido, colgaba frente al horno sujetado tan sólo por una gruesa cadena, pues la otra se había desprendido. El borde del caldero estaba pegado al suelo, atrapado en un charco de escoria solidificada. La guarida de Reyes era una planta de laminación de acero en desuso. Había muchísimas en Pensilvania, sobre todo alrededor de Pittsburgh, aunque no creía que la hubieran llevado tan lejos. Era más probable que se encontrara a varios kilómetros del maizal donde la habían atrapado, o apenas a unos cientos de metros. Dentro del ataúd había perdido la noción del tiempo y del espacio, por lo que era incapaz de hacer una estimación con exactitud. El cerebro le iba a mil por hora intentando deducir adónde la habían llevado, pero el esfuerzo fue inútil.

Por lo menos estaba en un sitio con luz y con ruidos, de modo que su cerebro ya no estaba desorientado ni sumido en la oscuridad. Botando a hombros del vampiro, estudió los alrededores como buenamente pudo. Reyes y sus siervos ocupaban tan sólo un rincón de la amplia nave industrial. Los esclavos sin rostro habían encendido una hoguera y habían dispuesto varias piezas de mobiliario, sillas viejas y sofás con muelles que sobresalían a través de los cojines podridos. Había unos quince reunidos alrededor del fuego, contemplaban cómo las llamas brincaban y danzaban, riéndose de algo. Cuando Reyes se acercó a ellos se hizo el silencio. El vampiro arrojó a Caxton sobre una butaca cubierta de moho y se puso en cuclillas junto a la hoguera. No parecía que tuviera intención de atarla ni de movilizarla en modo alguno.

—Si no vas a… —empezó a decir Caxton, pero se detuvo de golpe al notar que de pronto todos los siervos se habían vuelto para mirarla. Todos aquellos rostros mutilados la ponían nerviosa y la hacían pensar en su propia naturaleza mortal—. Si no vas a matarme, necesito ir al baño —dijo.

Esperaba que los siervos se burlaran de ella y eso fue precisamente lo que hicieron. Sus mofas y sus voces agudas hicieron que se ruborizada, pero tenía que orinar sí o sí.

—Pues te meas encima, zorra —le gritó uno de los siervos. Su mandíbula desgarrada se desencajó en una expresión guasona—. Venga, hazlo. Queremos verlo. ¡Méate encima!

Empezó a canturrearlo una y otra vez y algunos más se le unieron.

Reyes se levantó y agarró al siervo con ambas manos, la cabeza con una y los hombros con la otra. Entonces el vampiro retorció las manos y el siervo se partió en dos pedazos. Reyes los arrojó al fuego. Las llamas crecieron mientras consumían el cuerpo mutilado y un sucio hedor a engendro los rodeó.

Con eso terminaron los cánticos. Reyes rebuscó un momento en un montón de basura y al cabo de un rato sacón un cubo oxidado. Se lo tiró a Caxton y ésta lo cazó al vuelo.

—Vaya, gracias —dijo y se alejó del fuego.

El vampiro ni siquiera la miró mientras se internaba en la nave, bien lejos de los siervos. Tampoco le hacía falta: Caxton lo percibía en su interior, dentro de su cabeza, y sabía que nunca más se libraría de él. Notaba su presencia incluso mientras se acuclillaba sobre el cubo. Cerró los ojos e intentó bloquearlo, pero era imposible.

Dejó el cubo donde estaba y regresó hacia el fuego. En la nave hacía un frío atroz y Caxton se dijo que era preferible sobreponerse a la repugnancia que le provocaba su captor a morir de hipotermia.

Un siervo la estaba esperando con una bolsa de comida rápida en su huesuda mano. Caxton la cogió y se dio cuenta del hambre que tenía. Llevaba más de un día sin comer nada y si bien la adrenalina le había permitido ignorar la comida durante unas horas, eso no iba a ser así siempre. Abrió la bolsa y encontró una hamburguesa fría y un refresco. La hamburguesa tenía ya un mordisco. Durante un instante se preguntó si los siervos la habrían sacado de un contenedor o si alguno de ellos había decidido probarla, pero en el fondo le daba igual. Devoró la hamburguesa y la tragó con aquel espero refresco con textura a jarabe. Había pasado tanta sed que tenía los labios agrietados.

Una vez cubiertas sus necesidades básicas, volvió a sentarse en la butaca y se abrazó pata entrar en calor. No estaba segura de qué se esperaba de ella.

La fatiga le había minado las energías y tuvo que parpadear varias veces para aclararse la cabeza. En realidad no estaba cansada, se había pasado el día durmiendo. Al cabo de un instante volvió a invadirla aquella sensación, una oleada de apatía que hizo que le pesaran tanto los brazos que tuvo que dejarlos caer a ambos lados de la butaca. Le dolía el cuello tan sólo de tener que aguantar el peso de la cabeza.

Entonces se dio cuenta de que se trataba de Reyes. El vampiro estaba manipulándole la mente. A lo mejor sólo le estaba demostrando el poder que ejercía sobre ella, o a lo mejor quería que se durmiera por alguna razón.

Se acordó del siervo al que había torturado y matado en el suelo de su dormitorio. Éste le había hablado del «hechizo» que habían utilizado pata obligar a Deanna a romper la ventana. Sólo funcionaba en sueños, le había dicho. En sueños. Y para soñar hay que estar dormido. Quisiera lo que quisiera, Reyes iba a recurrir a la magia para conseguirlo y su magia sólo funcionaría si Caxton no estaba lo bastante consciente para oponer resistencia. La agente se burlo del vampiro:

—No tengo sueño. De hecho, creo que me voy a quedar despierta toda la noche para ver cómo te derrites en un charco de mucosidades —le espetó.

La reacción del vampiro hizo que Caxton sintiera como si la gravedad se hubiera duplicado. Sus extremidades la hundieron en los cojines de la butaca, se le dobló el cuerpo y se le cerraron los parpados. Caxton peleó contra esa sensación y tuvo las fuerzas justas para oponerse al sueño y mantenerse consciente. Sin embargo, el esfuerzo la dejó exhausta. Sabía que la siguiente vez que el vampiro lo intentara, ella no sería capaz de aguantar.

El vampiro aún no le había dirigido la palabra. Piter Lares tampoco había hablado con Arkeley cuando lo había arrastrado a su guarida. Caxton pensó que ojalá conociera el significado de ese silencio. Deseó saber qué estaba pensando.

Reyes no la miró. Lo que hizo, en cambio, fue arrodillarse en el suelo y meter una mano en el fuego. El dolor le asaltó de inmediato y Caxton se estremeció. Percibía tan sólo una fracción de lo que sentía Reyes, pero eso sólo fue un martirio que la dejó sin aliento.

Cuando el vampiro retiró la mano de las llamas, le tenía negra y cubierta de hollín. Se le había quemado parte de la carne de los dedos, de modo que se le veían los huesos. La carne volvió a regenerarse en cuestión de segundos, pero el hollín no desapareció. Reyes se acercó a Caxton y le pasó los dedos por las mejillas y la frente. La agente intentó apartar el rostro, pero la fuerza del vampiro superaba con creces la suya; era capaz de obligarla a permanecer totalmente inmóvil, tanto que no podía ni siquiera retorcerse como un gusano.

Las manos de Reyes olían a madera quemada y a carne chamuscada. Caxton percibió la impaciencia del vampiro mientras trazaba complejos símbolos sobre su cara, con las uñas sucias de hollín. Tardó poco en darse cuenta de que Reyes estaba escribiendo una palabra sobre su cara, una sola:

SUEÑO



¿Por qué le estaba costando tanto hacerla sucumbir al hechizo? Cuando lo había hechizado a él, había bastado una sola mirada, un encuentro casual con otros ojos. Sin embargo, la agente estaba peleando con demasiado ahínco y aquello ya estaba durando demasiado.

—¿Qué hechizo? —preguntó Caxton.

Reyes abrió los ojos como platos. AL parecer, Caxton no debería de haber sudo capaz de ori sus pensamientos. El vampiro frunció el ceño y le agarró la cabeza con las dos manos. La agente cerró los ojos, pero él se los volvió a abrir con los pulgares.

Los ojos rojos de Reyes se clavaron en los suyos como dos brocas perforando una lámina de madera blanda. El vampiro la despojó de su conciencia como si le estuviera arrancando la ropa. Caxton ni pudo oponerse, tan sólo logró murmurar una sumisa protesta, un susurro exhalado entre dientes:

—No…

Se durmió al instante.







La oscuridad se apoderó de ella, una oscuridad mucho más absoluta de la que la había envuelto dentro del ataúd. No había suelo bajo sus pies, nada a sus lados y nada sobre su cabeza. Estaba inmóvil, inconsciente, inerte.

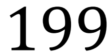
Hasta que, de repente, algo cambió.

Donde hasta entonces no había habido luz, de pronto la había: un tenue fulgor anaranjado, solitario, perdido en la oscuridad con ella. La luz latía y de vez en cuando soltaba un destello amarillo, como si Caxton hubiera soplado sobre una brasa, pero pronto adoptaba de nuevo un pálido tono naranja. Caxton extendió la mano, intentó mantenerla con vida, pues sabía que si no lo hacía, si no hacía algo, el parpadeo se apagaría y entonces estaría sola de nuevo.

La chispa fue creciendo gracias a la fuerza de Caxton. Creció y ardió, y ella olió el humo y se sintió feliz. Se convirtió primero en una brasa, luego en una charca de ardiente resplandor y finalmente emitió suficiente luz para que Caxton viera dónde estaba.

Se hallaba en medio de la nave, en el mismo lugar donde se había quedado dormida. La chispa que había creído estar alimentando se encontraba en realidad a treinta metros de distancia, en el fondo del caldero medio derrumbado. En ese momento se dio cuenta de que se trataba de algo más que una mera brasa. Sólo lo parecía porque estaba lejos. De hecho era una charca de metal fundido incandescente que aumentaba de tamaño ante sus ojos. Crecía y se hacía más profunda y pronto empezó a rebasar por encima del borde del caldero.

El metal líquido comenzó a manar por unas acanaladuras que había en el suelo, llenó varios moldes y trazó líneas de fuego en las grietas de cemento. De vez en cuando se acumulaba en montones de escoria encendida que se iba enfriando y ennegreciendo hasta que otra de las oleadas de metal ardiente que salían del caldero sin cesar volvía a fundirlo.



Un fulgor rojo cubría todas las superficies metálicas de la planta y un humo negro le llenó los pulmones a Caxton, que empezó a toser violentamente. Las sucesivas oleadas de lava metálica amenazaban con sepultarla y tuvo que trepar a lo alto de un molde enorme antes de que se le chamuscaran los pies.

Unas nubes de chispas rojas se arremolinaron alrededor del caldero. Los torrentes de humo negro coronaban el tejado a medida que el metal cubría el suelo como un lago de fuego. El calor era intenso, le curvaba las pestañas y le abrasaba las fosas nasales. Apenas podía respirar.

—¡No! —logró gritar antes de que los gases le llenaran la garganta y la asfixiaran. Caxton tosió y tosió hasta que ya no pudo hablar.

«Esto no es real», pensó. «¡Es sólo un sueño!» Pero no se parecía a ningún sueño que hubiera tenido hasta entonces, por lo que decidió cambiar aquella afirmación: «¡Está todo dentro de mi cabeza!», pensó.
Ésa era la verdad y ella lo sabía. Sin embargo, daba lo mismo. Si caía en el hierro fundido iba a arder igual. Se le achicharraría la piel, y se desprendería de sus músculos, y se le incendiaría el pelo. Sentiría un dolor atroz.

El nivel del metal líquido no paraba de subir. Caxton se agarró a una cadena que colgaba del techo. Los eslabones de metal estaban tan calientes que le abrasaban las palmas de las manos, pero Caxton sabía que tenía que hacerlo, treparía por ella.

El aire rugió a su alrededor, un viento cargado de hidrocarburos de acero candente. Los pulmones se le secaron y agrietaron al respirar en su ansiedad por inspirar una bocanada de aire fresco. A continuación le fallaron las piernas. Caxton se tambaleó y el molde sobre el que se encontraba empezó a fundirse bajo sus pies. Tenía la garganta llena de humo y le costaba mantener el equilibrio por culpa de la tos, una tos seca que hacía que le dolieran los pulmones. Se agarró de nuevo a la cadena y el metal le quemó la mano de tal forma que se soltó en un acto reflejo. El brusco gesto le hizo perder el equilibrio, sus pies resbalaron sobre el molde e intentó asirse a algo en el preciso instante en que el metal alcanzaba sus botas…

… y entonces abrió los ojos.

Estaba despierta.

Estaba tendida boca abajo en el suelo de la planta, con la mejilla pegada al sólido cemento. El caldero estaba frío y vacío en el otro extremo de la nave. A sus espaldas, los siervos estaban reunidos alrededor del fuego, bromeando y riendo. No tenía ni idea de cómo había ido a parar tan lejos de ellos mientras dormía. Oyó un ruido parecido al correr del agua y levantó la cabeza.

Reyes estaba a unos pocos metros de ella. Tenía los pantalones de chándal bajados por debajo de las nalgas y estaba orinando sobre una montaña de metal oxidado viejo, aunque lo que expulsaba no era orín sino sangre. Cuando terminó se subió los pantalones y se acercó a ella.

Caxton no tenía fuerzas para levantarse, ni siquiera para despegar la cara del gélido suelo. No veía más que los pies, blancos y pálidos, del vampiro. Tenía unas uñas gruesas y afiladas; seguramente se clavarían en la carne como cuchillas de acero.

—No me das miedo —consiguió decir Caxton con voz ronca. Esperaba que le ardiera la garganta (aún notaba el sabor del humo en el paladar), aunque, por supuesto, todo había sido un sueño—. En su día fuiste humano. Fuiste un hombrecillo triste que se quedaba en su casa y se la cascaba mirando los anuncios de lencería de las revistas…

Uno de los pies del vampiro se levantó del suelo y osciló hacia atrás. Caxton lo perdió de vista un instante pero no tardó en verlo regresar. El vampiro le propinó una patada en el estómago, algo para lo que la agente no estaba preparada. Caxton notó como si las tripas se le licuaran, le subieran por la garganta con una arcada y le bajaran hasta el recto. Apretó los dientes y logró controlar el dolor.

—¡No tenías nada, no eras nadie! —exclamó—. Y ahora eres aún menos. Eres una aberración. La luz del sol te funde y…

El vampiro volvió a levantar el pie para pegarle otra patada. Caxton soltó un grito y Reyes se detuvo, con los pies separados sobre el cemento, preparado para volver a patearla si no decía lo que él quería oír. Caxton le habría dicho lo que fuera, cualquier cosa, pero no tenía ni idea de cuáles habrían sido las palabras apropiadas.

—¿Qué hora es?

El vampiro le propinó otra coz. Fue como si la embistiera un coche en marcha. Caxton notó cómo los huesos de su caja torácica cedían. El dolor se precipitó directamente hacia su cerebro y entonces, sin previo aviso…

… abrió los ojos y vio que el techo estaba cubierto de humo negro. Bajó la mirada y vio de nuevo el resplandor rojizo del metal fundido. Se encontraba otra vez en el sueño.

En los momentos que había pasado despierta, la Caxton que habitaba el sueño había estado de lo más ocupada. Ignorando el dolor abrasador que sentía en las manos, se había encaramado a la gruesa cadena y ahora se encontraba suspendida a unos tres metros de la superficie de metal fundido. Con la cadena enroscada a las piernas y los brazos firmemente asidos estaba momentáneamente a salvo, aunque no tenía demasiadas opciones a medio plazo. No quedaba ni un palmo de suelo a la vista, el hierro líquido y humeante cubría ya

los moldes y las herramientas, y rebasaba el borde superior del caldero. El molde sobre el que Caxton se había refugiado antes se había fundido y no era más que una mancha negra en la superficie del mar rojizo y lleno de burbujas que se abría bajo sus pies. El lago de fuego subía de nivel sin parar e iba cubriendo las ventanas como un espeso puré de escoria trémula que trepaba por las paredes a medida que más y más hierro fundido manaba del caldero.

A Caxton no le quedaba otra salida que seguir subiendo, a pesar de que encima de ella no había nada por lo que valiera la pena trepar. Caxton probó a pellizcarse, se agarró un pliegue de piel de la cintura y lo retorció con todas sus fuerzas. El dolor le encogió el estómago, pero no pasó nada. Se sacó uno de los guantes y lo arrojó al líquido ardiente. Éste se adhirió a la superficie con un siseo, soltó una llamita y luego desapareció para siempre. Caxton hincó los dientes en la fina membrana que une el dedo índice con el pulgar y mordió con fuerza. Más fuerte aún. Tanto que empezó a sangrar.

Pero el dolor no logró despertarla. Presa de la desesperación, Caxton cerró los ojos e intentó imaginar que todo desaparecía, intentó encontrar la forma de despertar recurriendo exclusivamente a su fuerza de voluntad; una vez más, el esfuerzo fue en vano.

Pensó en la fría nave, la planta de laminación en desuso de la realidad, donde los siervos esperaban para burlarse de ella, donde Reyes seguía dándole una paliza. ¿Realmente quería regresar?, se preguntó. ¿Era aquello mucho mejor que la abrasadora planta de sus sueños?

Desesperada, sola, prácticamente cegada, incapaz de respirar por el humo, se agarró a la cadena y empezó a llorar. No podía soportarlo más. El mundo del sueño era un infierno de fuego; la realidad sólo podía ofrecerle dolor y tortura. Sin embargo, sabía que existía una tercera opción.

Podía soltarse.

Intentó no pensar en ello, ignorarlo, pero el pensamiento regresaba una y otra vez. La perseguía. Podía soltarse, Soltarse y caer, caer para siempre.







Despertó y notó la luz de la luna en la cara. Parpadeó bajo aquella luz plateada y se incorporó. La luna asomaba por entre una grieta en el cristal de uno de los altos ventanales de la nave, dibujando un ancho rectángulo de luz en el suelo.

Caxton intentó levantarse. No se trataba de algo fácil. El torso le aullaba de dolor cada vez que se movía, un dolor intenso, como si la estuvieran desgarrando. Le dolían las piernas donde los siervos le habían cortado el día antes. Tenía la cabeza llena de pensamientos negros y una y otra vez tenía que toser y escupir mucosidad llena de sangre. Parte de lo que tenía en los pulmones se negaba a salir por mucho que se sonara la nariz.

Poco a poco, procurando no forzar su adolorido tórax, se puso en pie y miró a su alrededor. No vio a Reyes por ninguna parte. Los siervos y su hoguera estaban en el otro extremo de la nave. Se había movido (o tal vez la habían movido ellos) mientras dormía hasta quedar fuera del campo auditivo de sus captores. Nadie la vigilaba. Nada le impedía escaparse.

Sintió como un cubo de agua helada por la espalda. Era imposible. Le habían concedido un indulto; de algún modo, el vampiro y sus esclavos habían decidido ignorarla. ¿Pensarían tal vez que seguía inconsciente o caminando sonámbula por la nave? ¿Creerían que estaba demasiado débil para huir?

Era demasiado bueno para ser cierto y lo sabía. Tenía que tratarse de algún tipo de trampa, pero también sabía que debía aprovechar cualquier momento de libertad que se le brindara. Sin perder de vista a los siervos que había reunidos alrededor del fuego, se acercó tan rápido como pudo a la pared de la nave. Allí había una montaña de carros rotos, viejas carretillas que en su día sirvieron para transportar los lingotes de un lado a otro de la planta. La madera irregular y las ruedas oxidadas hicieron mucho ruido mientras ella trepaba a cuatro patas a lo alto de la montaña, pero no había forma de evitarlo. La pila se tambaleaba bajo sus pies y sus manos, pero resultó ser lo

bastante estable y Caxton logró encaramarse hasta la parte inferior de los ventanales.

Uno de los cristales estaba roto, tenía un agujero del tamaño de su mano cubierto por una malla metálica de la cual aún colgaban fragmentos de cristal esmerilado. Caxton los apartó sin perder tiempo y echó un vistazo al exterior.

La luna iluminaba un paisaje rural para ella, un retablo de árboles negros que oscilaban y se inclinaban con el viento frío. Detrás de la planta había un descampado cubierto ya de malas hierbas, que tal vez fue un antiguo aparcamiento o un depósito del ferrocarril. Debajo de donde se encontraba había varias hileras de bidones de aceite de doscientos litros, olvidados y cubiertos de óxido.

No había escapatoria. Estaba a unos seis metros de altura. Incluso en el caso de que lograra romper el cristal y atravesar la tela metálica, tendría que saltar a una superficie desconocida y rezar para no romperse las piernas.

Algo se movió a sus espaldas. A Caxton le entró miedo y estuvo a punto de caerse de la montaña de carretillas. Se volvió y vio a un grupo de siervos en el centro de la nave. Llevaban antorchas y hablaban entre sí. No la estaban mirando pero tenían que haberla visto, ¿no? A lo mejor no tenían tan buena vista como ella. A lo mejor los sobrevaloraba.

Caxton se volvió de nuevo hacia la ventana rota. Respirar una ráfaga de aire fresco era fantástico, un verdadero alivio.

Sabía que en cualquier momento iban a descubrirla y la obligarían a dormirse de nuevo. Valía la pena el esfuerzo para poder echar un vistazo a la luz de la luna sobre los árboles.

Inspiró profundamente y a punto estuvo de ahogarse. El aire del exterior apestaba a estiércol cocido. Se apartó de la ventana e intentó no toser.

Los siervos estaban tirando de una cadena que colgaba del techo. La cadena vibró entre las manos esqueléticas de los engendros y de pronto adoptó vida propia. Un contrapeso descendió rápidamente de las vigas al tiempo que otra cadena salía despedida hacia el techo. Atado al contrapeso había un bulto envuelto en una lona. Caxton no se sorprendió cuando los siervos lo abrieron y en su interior apareció un cadáver humano, una corpulenta mujer con un uniforme marrón de mensajero de UP'S. Tenía la piel lívida, lo que significaba que no le quedaba sangre en el cuerpo. Era una de las víctimas de Reyes.

Los siervos la colocaron con cuidado en el suelo y le desabrocharon la ropa, aunque no se la quitaron. Por extraño que pareciera, era como si intentaran hacerla sentirse cómoda.

Entonces el vampiro emergió de entre las sombras. Había estado tumbado sobre un lecho de escoria solidificada, en un lugar particularmente oscuro. Había estado todo el tiempo a menos de seis metros de ella. La esperanza de Caxton se desvaneció como agua escurriéndose por una alcantarilla. Reyes debía de haberla estado observando mientras ella trepaba a la montaña de carretillas rotas y olisqueaba el hediondo aire del exterior. No le había quitado el ojo de encima, por supuesto. No era tan estúpido como para dejarla andar por ahí sin supervisión.

Y, sin embargo, ni siquiera la miró. Se acercó al cadáver y le puso a la mujer una mano en el pecho, justo donde tenía el corazón. Contempló sus ojos vidriosos, ciegos, y murmuró algo con aquella voz grave y profunda.

El cuerpo de la mujer empezó a estremecerse, sus músculos temblaban espasmódicamente bajo la ropa.

—Vuelve —le dijo Reyes. La estaba llamando, llamándola literalmente de entre los muertos—. ¡Levántate, levántate y obedece!

Los temblores se convirtieron en auténticas convulsiones y la mujer empezó a aporrear el suelo con los talones y la cabeza, como un pez que hubiera caído sobre un muelle de madera. Su cuerpo se tensó en un espasmo y un hedor acre llenó el aire, similar al olor a estiércol del exterior, pero mucho más fuerte y acre. Las manos de la mujer muerta se retorcieron hasta convertirse en horribles zarpas. Entonces se incorporó, se llevó las manos a la cara y empezó a arañarse violentamente la piel alrededor de los ojos, una y otra vez.

Rompió a chillar cuando la piel de la cara se le empezó a caer a tiras, pero no dejó de arañarse la frente y las mejillas: al contrario, comenzó a desgarrarse el rostro aún con más saña. Iba a destrozarse la cara. Caxton estaba presenciando el nacimiento de un nuevo siervo, el recambio para el que Reyes había arrojado al fuego.

Reyes percibió el asco de Caxton y se volvió hacia ella. Se miraron a los ojos durante un largo rato. Caxton sintió cómo el vampiro se retorcía dentro de su cabeza, como si estuviera revolviendo los archivadores de su memoria, buscando algo que no lograba encontrar. El vampiro estaba disgustado, enfadado, nervioso, aunque en el momento en el que Caxton percibió que el vampiro sentía todo aquello, éste bloqueó la conexión que había entre los dos. El cuerpo de Caxton se estremeció como si estuviera tocando un cable eléctrico. El vampiro apartó la mirada y el cuerpo de la agente se desplomó sobre la montaña de carretillas, con la respiración muy agitada. Entonces se le cerraron los ojos y...

... estaba de nuevo en la nave llena de hierro fundido, agarrada a la cadena.

No podía creer que no se hubiera soltado aún. De pronto lo deseaba, lo deseaba con todas sus fuerzas. Era capaz hasta de visualizar el proceso completo: su cuerpo caería durante unos segundos por el espacio vacío. Después chocaría con la superficie de metal fundido. La piel se le quemaría al instante, los músculos y la carne tardarían un poco más. Y le dolería, estaba segura de que sentiría un dolor más atroz que cualquier cosa que hubiera experimentado en la vida. Pero duraría tan sólo un segundo. Y luego... ¿Qué? ¿La inconsciencia? ¿La nada?

Era sumamente tentador dejar atrás todo aquello. Pensó en su vida de antes de que la encerraran en el ataúd y se dio cuenta de que la mayor parte había sido puro sufrimiento. Trabajar duro para ganarse la aprobación de sus superiores, luego la aprobación de Arkeley o la aprobación de su padre muerto. Y ninguno de ellos la había tomado en serio. Y luego estaba Deanna, a la que tanto amaba; Deanna, que se estaba desvaneciendo ante sus ojos; Deanna, que en su día había sido una mujer radiante, alegre y sexy, y que ya apenas lograba levantarse del sofá la mayor parte del tiempo. Caxton llegaba a casa y se la encontraba allí tirada, envuelta en un edredón, mirando algún programa del corazón. O, para ser más exactos, contemplando la nada, pues sus ojos ni siquiera miraban el televisor. Caxton se había propuesto salvar a Deanna, devolverle la vitalidad. Pero estaba fracasando, lo sabía. En todo caso, era Deanna quien la estaba arrastrando a ella.

Por último estaban los perros, sus lebreles, sus preciosos animales. La iban a echar mucho de menos y aullarían desesperados por ella. Sin embargo, no tardaría en llegar alguien que los alimentaría y cuidaría, y en poco tiempo se olvidarían de ella.

Todo el mundo se olvidaría de Laura Caxton tras un breve luto de cortesía. En el fondo, si dejaba de existir nada cambiaría. O, mejor dicho, sólo cambiaría una cosa: en el gran balance final, su ausencia supondría eliminar una cantidad importante de sufrimiento del mundo. Y eso era bueno, ¿no? Si tenía la oportunidad de reducir el sufrimiento en el mundo poniendo fin al suyo propio, ¿no era eso lo que debía hacer?

Lo único que tenía que hacer era soltarse. Apartó una mano de la cadena y en algún lugar, fuera del sueño, notó cómo Reyes empezaba a esbozar una sonrisa. Caton miró su propia mano. El vampiro quería que se soltara. Reyes quería que pusiera punto final a su sueño.

No importaba. No importaba quién quisiera qué. En un segundo se habría ido, habría desaparecido de la faz de la tierra y, después de eso, ¿a quién le importaba nada? ¿A quién le importaba si los vampiros se comían la mitad de Pensilvania? ¿A quién le importaba? Ella no estaría allí para sentirse culpable.

Soltó la otra mano. Le empezaron a temblar los cuádriceps, que de pronto soportaban todo su peso. Empezó a inclinar el cuerpo. Sería tan fácil, ¡tan fácil! Todos sus problemas quedarían resueltos de golpe.

Unos dedos poderosos la agarraron por la muñeca. Caxton chilló, esperando una oleada de dolor, pero aquellos dedos se limitaron a sujetarla, no se le clavaron en la carne. No iban a dejarla caer. Caxton intentó volverse para ver quién la estaba agarrando, no pudo: su cuello era incapaz de girarse en ese ángulo. No podía ni siquiera ver los dedos, que la agarraban cada vez más firmemente, como dos esposas sujetas a sus muñecas. «Aún no has terminado», dijo el propietario de aquellos dedos. La voz era bastante suave y casi se perdía en el rugido del metal fundido. Y, sin embargo, Caxton sabía que aquélla era la voz de Arkeley.







—¡Basta! —exclamó Reyes desde algún lugar, o desde ningún lugar. Todo se detuvo: el tiempo se detuvo, el movimiento se detuvo. Caxton estaba sola. El metal fundido empezó a retirarse hasta dejar a la vista de nuevo el suelo de la nave. El acero licuado llenaba todavía las acanaladuras y emitía algo de luz, y el horno seguía humeando y soltando ráfagas de chispas rojas. Sin embargo, el calor se volvió si no soportable, sí por lo menos habitable, y el aire perdió espesor, hasta que Caxton pudo volver a respirar sin dolor. El chorro de metal que salía del enorme caldero quedó reducido a un leve goteo y Caxton se descolgó cadena abajo y llegó al suelo de la nave sin quemarse.

En un rincón de la nave se abrió una trampilla y se oyó el chirrido de las bisagras. Caxton se acercó a la abertura con paso tímido y actitud expectante. Vio unas escaleras que descendían en la oscuridad, pero nada más.

Con paso inseguro y cansado, bajó hasta el primer rellano. Notaba el frío de los escalones bajo sus pies, tanto que apretó los dedos. Tras aquel largo rato envuelta por el calor de fundición de la nave, había olvidado qué se sentía cuando hacía frío. Avanzó otro paso y levantó los brazos para protegerse la cabeza. Estaba bastante segura de que en cuanto hubiera descendido un poco más, la trampilla se cerraría con un espantoso estruendo, o se cerraría como una ratonera cuando todavía estuviera cerca y le caería encima de su ya de por sí bastante magullado cuerpo. En aquel sueño podía ocurrir cualquier cosa.

—Laura, por favor, únete a nosotros —dijo alguien desde la oscuridad. La voz tenía un marcado acento centroamericano, lo cual la sorprendió. Dio otro paso y luego otro más. La trampilla no se cerró. Poco a poco se dio cuenta de que al fondo de las es- caleras había algo que emitía una luz débil y amarillenta que titilaba como una llama en una suave brisa.



Bajó un poco más... y de repente se dio cuenta de que aquella habitación le resultaba muy familiar. Se trataba de una sala abovedada, con las paredes cubiertas de estanterías llenas de tarros, cajas y mantas enrolladas. Era el mismo almacén subterráneo en el que había aparecido por primera vez en la nave, el lugar donde los siervos habían dejado su ataúd. De hecho, la ofensiva caja seguía ahí, ahora con la tapa cerrada. En uno de los extremos del ataúd ardía una vela en un viejo candelabro, en el otro había sentado un hombre de estatura y complexión medianas. Llevaba una sudadera con capucha abierta sobre una camisa blanca abotonada. Tenía la piel oscura y llevaba el pelo cuidadosamente recogido en la nuca. El tipo le sonrió y le mostró su pequeña boca y sus dientes redondeados, unos dientes muy humanos, no obstante, Caxton supo que se trataba de Efraín Reyes. Era Reyes como había sido en vida, antes de morir y convertirse en vampiro.

—Cuando la planta estaba en uso, aquí se almacenaban el bórax y la cal —le dijo—. Por eso huele así.

A continuación dio unos golpecitos en la tapa del ataúd, invitándola a sentarse junto a él.

Caxton no podía oler nada. El humo del metal fundido le había abrasado los conductos nasales y ya no percibía los olores. Pero no se lo dijo y se limitó a sentarse junto a él. Encima del ataúd no había espacio suficiente como para que se sentaran separados, de modo que terminó pegándose a él, cadera con cadera y brazo con brazo.

—Quería hablar contigo directamente —le dijo Reyes en cuanto Caxton se hubo acomodado—. Aunque ella me ha recomendado que no lo haga.

No sabía muy bien por qué, pero Caxton estaba segura de que se refería a Malvern, que era Justinia Malvern quién había dictado las normas de aquella conversación. Esa información debía de originarse en la parte de Reyes que habitaba dentro del cerebro de Caxton.

—Se supone que todo esto debe hacerse en silencio. Incluso lo ha bautizado como «el Rito Silencioso».

—¿Estás en contacto con ella... en este momento? —le preguntó Caxton.

«Sí», oyó dentro de su mente, pero Reyes sólo titubeó.

—No te puedo contestar. —Era como si el vampiro no fuera consciente de que Caxton lo había oído. Como si no supiera que la conexión entre ellos discurría en ambos sentidos—. No puedo decirte nada hasta que hayas aceptado la maldición.

—Entonces, ¿de qué tenemos que hablar? Porque yo me niego a... hacer lo que me pides—le respondió Caxton. Era tan incapaz de

hacerlo como de pronunciar la palabra en voz alta—. Vas a tener que matarme tú mismo.

—Yo no te estoy pidiendo nada. Tienes que aceptarlo por ti misma, tienes que aceptar convertirte en uno de nosotros.

—No puedo... He visto a Malvern, en su ataúd...

Caxton oyó un frufrú a sus espaldas e intentó volverse, pero sus movimientos eran muy lentos. Había alguien detrás de ella, aunque en realidad no se trataba de una presencia humana. Por fin logró volverse lo suficiente para advertir la presencia de una mujer, una vampira que se apoyaba contra las estanterías como si en ello le fuera la vida. Llevaba un largo vestido de seda morado muy largo por delante y ahuecado por detrás gracias a una falda de aro. Sobre su cabeza calva llevaba una peluca gris que le ocultaba las orejas en punta, un parche de satén negro en un ojo y tenía 1os labios manchados de sangre coagulada.

Era Malvern. Justinia Malvern con el aspecto que debía de haber tenido cuando aún era una vampira activa y bien alimentada. Un icono de fuerza y poder. No se movió, ni sonrió, ni habló. Su único ojo examinaba a Caxton sin pestañear. En ese ojo, Caxton vio lo que su poderoso aspecto lograba ocultar tan bien: Malvern estaba desesperada. Estaba pidiéndole ayuda y, al mismo tiempo, la estaba examinando, tratando de decidir si era digna.

—Nos necesita, Laura. No puedes ni imaginarte su sufrimiento. Tenemos que ayudarla y, para ello, necesitamos que te conviertas en uno de nosotros. Tienes una vida bastante patética, ¿vale? Y no pretendo ser cruel.

Su voz cambió a medida que iba hablando y su acento centroamericano se fue volviendo más áspero. Malvern se desvaneció sin previo aviso y en su lugar quedó tan sólo un olor a sangre que, poco a poco, fue transformándose en el conocido hedor a estiércol cocido.

Caxton no entendía nada... pero entonces volvió la cabeza muy despacio y miró a Reyes a los ojos. El sueño había terminado y Caxton había regresado a la realidad. Nada había cambiado: Caxton seguía sentada junto a Reyes en el ataúd, a la tenue luz de la llama parpadeante de una vela. El vampiro quería hacerle creer que aún estaba soñando, ¿por qué sino la transición entre el sueño y la vigilia había sido tan sutil? Sin embargo, Reyes ya no presentaba el aspecto de un ser humano vestido como es debido que Caxton había visto en el sueño, sino que llevaba únicamente un pantalón de chándal y tenía la piel más blanca que la nieve. Caxton alzó la mirada y vio la cabeza calva y las orejas triangulares de Reyes. Tenía la boca llena de dientes diabólicos.

Antes parecía una persona, un ser humano único e irrepetible. Ahora era igual que el vampiro contra el que Caxton había luchado, el vampiro que Arkeley había destrozado con el martillo eléctrico.

«Congreve», oyó en el interior de su cabeza. Era el nombre del difunto vampiro. Esa voz no podía ser la de Reyes, ¿por qué iba a molestarse en proporcionarle información? Aunque tal vez ya no le importaba lo que Caxton pudiera saber, menos si estaba seguro de que la agente iba a morir.

—Todo depende de ti —le dijo Reyes al tiempo que le ofrecía un objeto pesado y anguloso.

Caxton bajó lentamente la mirada y vio que se trataba de una pistola. Era su Beretta.

—Ella pensó que tal vez lo entenderías —continuó—. Que estarías dispuesta a ayudarla. Pero eso tan sólo depende de ti. Ahora coge esto y métete el cañón en la boca.

Caxton frunció el ceño, confundida. Su mano levantó el arma sin ningún esfuerzo. Se le contrajeron los músculos y vio cómo su propia mano le acercaba la pistola a la cara. Sabía que le sería más difícil bajar el arma que obedecer las órdenes del vampiro. Trató de recuperar la sensación de apatía que se había apoderado de ella durante el sueño. Intentó concentrarse, convencerse de lo fácil que sería solucionarlo todo en aquel preciso instante.

Caxton quería complacer al vampiro y cuando se dio cuenta de ello se sobresaltó. Se había pasado la vida tratando de complacer e impresionar a todas las personas que le infundían respeto su padre, sus superiores de la unidad de autopistas y Arkeley. ¿Por qué no iba a hacer lo mismo con un vampiro que la tenía bajo su control?

—Vamos, Laura. Tengo otras cosas que hacer, ¿vale? —Reyes no la tocó, ni a ella ni a la pistola—. La mayoría de la gente se decide bastante rápido. Yo, por ejemplo, en cuanto la vi en su ataúd lo tuve claro. Supe lo que me estaba ofreciendo y supe que no podía dejarlo escapar. ¡La inmortalidad, Laura, es un deseo contagioso! ¡Es algo maravilloso! ¿Qué es lo que te retiene? Caxton no se había dado cuenta de que se estaba mostrando reticente. Al contrario, pensaba que estaba siendo buena. La pistola continuaba acercándosele, avanzaba lentamente hacia sus labios. Se le abrió la mandíbula al tiempo que la lengua intentaba separarle los labios resecos.

La voluntad de Reyes y la suya propia se habían fusionado. Caxton sentía la presencia del vampiro en su interior, como un gusano que le hurgaba entre los hemisferios del cerebro. Justinia Malvern se lo había hecho antes a Reyes, pensó; le había bastado con una sola mirada, con mirarlo durante un instante a los ojos. La vieja vampira había profanado al electricista desde el rincón de una habitación mientras éste colocaba una bombilla. Y ahora él le estaba haciendo lo

mismo a Caxton recurriendo al mismo poder. Reyes había engendrado a Congreve y al otro vampiro, el que se recortaba las puntiagudas orejas a diario. Era todo un experto. ¡Cómo podía Caxton ni siquiera pensar que iba a resistir?

La pistola le rozó los labios. Notó cómo el gélido metal entraba en contacto con su delicada piel, como una descarga eléctrica. Se le pusieron los ojos bizcos cuando dirigió la vista hacia abajo, hacia el cañón. Tan sólo quedaban unos pocos centímetros más. Caxton sabía que el arma se introduciría un poco más en su boca y después su dedo apretaría el gatillo.

—Tu madre también lo hizo. Tu padre fumaba tres cajetillas de cigarrillos al día, sabía lo que se hacía —dijo Reyes. Entonces respiró. Estaba muy cerca de Caxton, pero no la miraba—. Tu novia está al caer. Yo lo hice sin titubear. No es tan difícil.

El dedo de Caxton se colocó sobre el gatillo. Un espasmo, un temblor.

En ese momento Arkeley bajó por la escalera, sin hacer el más mínimo ruido al apoyar el pie en cada escalón. Se situó justo detrás de Caxton y le puso una mano en el hombro. Caxton no podía verlo, pero sabía que era él. Tal como había sucedido en la nave llena de metal fundido.

—No es usted tan débil como cree —le dijo Arkeley.

Fue lo más bonito que le habían dicho jamás. Un último pensamiento bonito para poner fin a su vida.

«En realidad usted no está aquí», pensó Caxton.

No lo entendía... Si estaba totalmente despierta, ¿cómo era posible que tuviera a Arkeley detrás? El federal se le había aparecido en el sueño; pero aquello, notar su presencia en la vida real, era imposible.

En el mismo instante en que Caxton se formuló esa pregunta, Arkeley desapareció. Su mano le dejó apenas un rastro de calor en el hombro. De pronto Caxton notó que sus propias manos aumentaban de peso y la pistola se alejó de sus labios. Aún la apuntaba, sin embargo, ahora el cañón reposaba sobre su pecho, al lado izquierdo del esternón. Si apretaba el gatillo, se volaría el corazón.

—¡No! —exclamó Reyes y su voz resonó con estruendo en la pequeña habitación.

El vampiro se movió tan rápido que Caxton fue incapaz de seguirlo con la mirada. La pistola saltó por los aires y fue a caer en un rincón del sótano. La mano con la que Caxton había sujetado el arma le dolía tanto que tuvo la sensación de que se la acababan de golpear.

—No. No, no, no. Joder —gimió Reyes—. ¿Cómo puedes ser tan estúpida? No tengo tiempo para esto.

Entonces el vampiro la miró y sus ojos inyectados en sangre se llenaron de rabia y odio. Levantó un brazo y acto seguido Caxton salió despedida del ataúd y cayó desplomada al otro extremo de la sala.







Reyes se incorporó y agarró a Caxton por el cabello con una de sus enormes manos. Le tiró de la cabellera mirándola a los ojos hasta que Caxton logró ponerse en pie.

—Pensé que todo eso del silencio eran chorradas, pero supongo que estaba equivocado. Quiero que olvides todo lo que he dicho, ¿de acuerdo? Olvídalo todo, siéntate aquí y no muevas ni un músculo hasta que vuelva a por ti.

Caxton asintió con la cabeza. Estaba totalmente entregada a su voluntad. Si Reyes le ordenaba que saltara a la pata coja y cloqueara como una gallina, lo haría.

—Vale. De acuerdo, ¡joder! Si te empeñas en ser testaruda, yo lo seré más, perra. Esta noche volveremos a empezar.

El vampiro se restregó la mano por los ojos y la boca con un gesto de frustración y se dio la vuelta. Caxton pensó que se llevaría la vela y la dejaría a oscuras, que desaparecería por la escalera y la dejaría sola. Su destino, en cambio, estaba mucho más cerca. El vampiro abrió la tapa del ataúd, se metió dentro y dejó a Caxton contemplando la parpadeante llama de la vela.

Fuera debía de estar amaneciendo, pensó Caxton. La noche debía de haber concluido.

O, en cualquier caso, la primera noche. ¿Cuántas veces más tendría que sucumbir al sueño del metal fundido? ¿Cuántas noches más pasarían antes de que se pegara un tiro, antes de que finalmente se rindiera al maleficio?

Se oyó un sonido líquido y borboteante procedente del ataúd. Reyes estaba tan seguro de que no corría peligro, de que Caxton no podría hacerle daño, que la dejó justo al lado de su cuerpo en proceso de licuación. Y no se equivocaba: Caxton no podía mover ni un dedo. Dispuesta a comprobarlo, la agente se miró las manos, el pulgar derecho. Se preparó para moverlo, hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban e intentó levantarlo tan sólo un poco. Seguramente

iba a ser un esfuerzo inútil, pero sintió que debía intentarlo antes de rendirse. Si se demostraba a sí misma que era incapaz de hacerlo, que no podía ni tan sólo mover el pulgar, entonces ¿qué sentido tendría luchar un minuto más? Haría lo que Reyes le pidiera. Se concentró en mover el pulgar. Sin embargo, justo antes de que empezara, una voz que provenía de la nada la sobresaltó.

—¿Y si lo logra? —le preguntó Arkeley.

El federal estaba en la escalera, fuera del alcance de la vista de Caxton. A pesar de ello, la agente sabía que se trataba de su voz.

<<¿Cómo?>>, preguntó Caxton, incapaz de abrir la boca. Por lo menos podía pensarlo.

—¿Y si el pulgar se mueve? —preguntó Arkeley de nuevo—. ¿Qué hará entonces? ¿Continuará luchando?

Era una pregunta absurda.

<<Usted no es real>>, dijo, como ya le había dicho antes. Y tal como había sucedido antes, funcionó. Arkeley desapareció. Caxton se sintió algo aliviada al comprobar que por lo menos podía controlar sus propios fantasmas.

Una vez Arkeley se hubo desvanecido, Caxton intentó volver al asunto que la ocupaba, aunque tardó un buen rato en acordarse de qué había estado haciendo antes de la interrupción. Era como si no pudiera… pensar correctamente. Cada vez que intentaba retener algo en la mente, sentía cómo al instante siguiente se le volvía a escapar. Iba a hacer algo, de eso sí que se acordaba. Algo importante. Un último movimiento vital. Sí. Quería intentar mover el pulgar.

Se miró el pulgar y pensó: <<Muy bien, si puedes moverte, muévete>>.

El pulgar se movió. Fue tan sólo un espasmo, apenas perceptible, casi un temblor. Pero se movió.

Caxton alzó la mirada hacia el hueco de la escalera para ver si Arkeley estaba allí, a punto de burlarse de ella, de preguntarle qué haría a continuación. Pero no estaba ahí, por supuesto, porque nunca había estado. No había sido real. Y, sin embargo, eso no la sacaba del atolladero. ¿Y ahora? ¿Qué haría ahora?

Tratar de mover la mano entera le pareció una buena idea. Intentó cerrar la mano. Lentamente, poco a poco, porque estaba muy cansada, su mano se fue cerrando en un puño.

Se sintió un poco contrariada. Francamente, deseaba que su mano la desobedeciera. Le resultaba mucho más cómodo quedarse allí sentada, sin hacer nada, mientras esperaba a que Reyes saliera del ataúd. Pero si había logrado cerrar la mano, casi seguro que también podría ponerse en pie. Y eso significaba que tenía que ponerse en pie.

—Tendrá que hacer mucho más que eso —le dijo Arkeley.

Estaba detrás de ella, escondido en algún lugar, en un lugar muy cercano, pero donde Caxton no podía verlo. La agente percibía su presencia, aunque no habría podido decir dónde se encontraba.

—Tendrá que abrir el ataúd.

Caxton decidió levantarse. Se tomó su tiempo, no tenía ninguna prisa. Si Arkeley le hubiera insistido en que se moviera con más brío, Caxton lo habría hecho desaparecer de nuevo, tal vez para siempre. Sin embargo, Arkeley no lo hizo. Ni la alentó ni la ridiculizó. Permaneció en silencio, aunque no desapareció, seguía allí.

Caxton se acercó al ataúd arrastrando los pies. Cuando llegó junto a éste, bajó la mirada y se fijó en el orificio que había dejado en la madera la bala que ella misma había disparado. Del agujero salía un serpenteante gusano blanco.

Caxton se arrodilló y colocó las manos debajo del borde de la tapa del ataúd y la abrió de un violento golpe. Ya sabía lo que iba a encontrar, pero le sorprendió que estuviera tan lleno. Vio los huesos de reyes, del mismo modo que había visto el esqueleto de Malvern, pero si la carne de Malvern había quedado reducida a uno o dos litros de viscoso líquido, el ataúd de Reyes estaba lleno hasta la mitad. Claro, Reyes tenía mucha más carne para licuar que Malvern. Algunos de los huesos flotaban muy cerca de la superficie y tenían los nudosos extremos cubiertos de colonias de gusanos. El cráneo descansaba en el fondo, totalmente sumergido, y miraba hacia Caxton con la mandíbula desencajada.

—Tiene que arrancarle el corazón —le dijo Arkeley.

Caxton se dio la vuelta para ver dónde estaba el federal. Lo tenía tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo del mismo modo que sentía la fría ausencia de humanidad que desprendía Reyes. Sin embargo, a Arkeley no lo veía, estaba en su cabeza. Con todo, Caxton se cuidó mucho de decirlo. Tenía la sensación de que si lo decía, Arkeley desaparecería, y sabía que necesitaría sus directrices.

—Arránquele el corazón —le repitió Arkeley.

Caxton buscó el corazón, pero no lo veía. No flotaba alrededor de la columna de Reyes, tampoco asomaba por la parte superior de la caja torácica. Entonces vislumbró algo oscuro en el fondo del ataúd, encima de la tapicería de seda, algo negro que no parecía un hueso. Caxton se dispuso a agarrarlo y de repente se detuvo. No estaba segura de poder meter la mano dentro de ese moco de carne licuada.

—Ha movido el pulgar —le dijo Arkeley—. Y se ha prometido a sí misma que si conseguía moverlo iba a continuar luchando. Éste es el único modo de hacerlo.

Caxton cerró los ojos e introdujo el brazo en el ataúd. El líquido se le adhirió, se le pegó al vello de la muñeca y del antebrazo. Notó el contacto de su piel con un hueso, áspero y horripilante. Los gusanos empezaron a subirle por el brazo. Quiso gritar. Sin embargo, aún estaba demasiado grogui para emitir sonido alguno. Se le ocurrió que de no haber estado medio hipnotizada no habría logrado coger el corazón.

A pesar de encontrarse en un estado semilúcido, sintió cómo sus dedos se aferraban a aquel órgano oscuro y lo extraían del líquido viscoso. El corazón chorreaba el caldo orgánico que durante el día le servía de cuerpo a Reyes, y los zapatos de Caxton se ensuciaron enseguida. También el corazón estaba cubierto de gusanos. Caxton trató de sacudirlo para quitárselos; no funcionó. Los gusanos estaban pegados. El músculo latía débilmente en la palma de Caxton, a un ritmo constante casi imperceptible que le indicaba que aún no había terminado.

La agente echó un vistazo a las estanterías. Reyes le había contado que el sótano abovedado había servido para almacenar el bórax y la cal, y ahora que estaba medio despierta podía olerlos, el aire tenía un ligero sabor alcalino. Aunque hacía ya tiempo que aquel sótano se había convertido en un almacén general donde se guardaban todo tipo de cosas. En las estanterías había tarros llenos de clavos, tornillos y otras piezas. También había material de acampada, velas y una infinidad de cajas llenas de impresos oficiales de seguridad, unos formularios que el gobierno exigía y en los que debía especificarse qué productos químicos había en la nave y cuál era su grado de toxicidad.

Caxton cogió el tarro más grande que encontró y vació su contenido en el interior del ataúd. Entonces hizo una bola con varias hojas de papel y la embutió en el tarro, aunque procuró dejar algo de espacio para que el aire circulara. Durante su época de exploradora había ido muchas veces de acampada y había aprendido a encender un fuego.

Para cuando Caxton lo tuvo todo preparado, la vela que iluminaba el sótano ardía intermitentemente, pero le bastó para encender su fuego improvisado en tan sólo un segundo. Las vivas llamas naranjas sobresalían del borde del tarro. El papel se arrugó y se carbonizó al instante, pero Caxton tenía a su disposición muchas hojas más con las que continuar alimentando la llama. Entonces dejó caer el corazón en el interior del bote.

Caxton esperaba tener que avivar el fuego durante horas antes de que el corazón empapado se secara. Todo el mundo sabe que prender un pedazo de masa muscular, y en especial el corazón, es muy difícil. Resultó que eso no era aplicable al corazón de un vampiro. Fue como si estuviera hecho de parafina, se incendió al instante con unas

llamas azules tan calientes que el tarro de cristal estalló en pedazos y los llameantes restos salieron despedidos por todo el almacén.

En el interior del ataúd el cráneo de reyes subió flotando hasta la superficie y la mandíbula, abierta de par en par, emitió un grito que Caxton oyó a la perfección. Fue un interminable alarido de horror, el gemido de una criatura que se estaba quemando viva y era incapaz de moverse, de correr o escapar de las llamas.

De pronto todo había terminado. Caxton había imaginado (o esperado) algo mucho más dramático. Sin embargo, al cabo de unos segundos el cráneo se hundió hasta el fondo del líquido viscoso y volvió a quedarse inmóvil. El grito que Caxton había oído dentro de su cabeza se apagó, aunque en su interior continuó resonando una distante nota musical. De hecho, no llegó a extinguirse, sino que simplemente se perdió en el rumor de fondo de su cabeza.

—No se compadezca de él —le dijo Arkeley.

Caxton carraspeó para recuperar la voz.

—No me da ninguna pena. El hijo de puta me ha profanado. Aún ahora siento su presencia en mi interior. Me alegra que haya sentido tanto dolor.

Caxton se arrodilló junto al corazón en llamas y vio cómo ardía y se consumía. Cuando hubo quedado reducido a rescoldos naranjas, cuando los gritos hubieron cesado, Caxton cogió un papel para protegerse los dedos, agarró un trozo de corazón aún humeante y lo arrojó al ataúd. La carne licuada que había en el interior prendió y las molduras de madera de la tapa se llenaron de alegres llamitas.

—¿Qué es lo que hará a continuación? —le preguntó Arkeley.

—Subiré arriba —le contestó, porque era así de simple. Sin embargo, antes de hacerlo se detuvo para recuperar su Beretta. Tenerla en la mano le hacía sentirse bien y le confería autoridad.







Junto a la trampilla había un par de siervos. Estaban transportando un ataúd entre los dos, una caja de madera que en su día debía de haber servido para guardar herramientas pero en la que cabría una persona. Ese ataúd era para Caxton, para su renacer vampírico.

Uno de los siervos llevaba un casco cromado. Cuatro días antes era motorista, un tipo duro de proporciones enormes, al que le gustaban la gomina y las chupas de cuero. Reyes lo había cazado en una cabina telefónica. Nadie se acordaba de a quién iba a llamar.

—No puede quedar mucho —dijo el siervo con una voz aguda y estridente. Se frotó las manos y se le escamaron unos pedazos de piel reseca—. El sol está a punto de salir.

La otra sierva negó con su cadavérica cabeza y contestó:

—El sol. No pensé que nunca volvería a ver el sol. Pagaría lo que fuera por verlo ahora… Por Dios, ¿qué soy? ¿En qué me ha convertido? —se preguntó.

Parecía estar confundida y asustada. Reyes la había encontrado al amanecer, mientras hacía footing en una solitaria carretera rural aún cubierta por la niebla nocturna. Intentó escaparse pero Reyes corría más rápido.

—Esto es… Esto es el infierno. Estoy en el infierno, seguro.

—No lo des todo por perdido tan deprisa —le dijo el motorista—. Tiene sus cosas buenas.

La sierva se volvió para mirar a su compañero.

—¿Sus cosas buenas? ¿Me estás diciendo que convertirse para siempre en un engendro semimuerto y sin rostro tiene su lado bueno? No puedo comer, no puedo dormir y mi cuerpo se hace trizas ante mis propios ojos, se corroe literalmente con el contacto con el aire. ¿Dónde coño ves tú el lado bueno?

—Pues… —dudó el otro—… en que tan sólo dura una semana.



Entonces Caxton salió de la penumbra con una barra de acero macizo de un metro y medio de largo en las manos. Con un movimiento arrollador golpeó la cabeza sin rostro del ex motorista, que se le desprendió del cuello y salió volando. Su musculoso cuerpo se desplomó lentamente y cayó al suelo.

Caxton se dio la vuelta para enfrentarse a la sierva. Ésta dio un paso atrás para alejarse de ella, con los brazos extendidos, y le rogó que no le hiciera daño. Al instante siguiente la sierva estaba demasiado lejos para que Caxton pudiera alcanzarla con la pesada barra, que era cuando menos un arma poco manejable. Caxton la arrojó contra la sierva y dio un respingo cuando la barra rebotó con un ruido ensordecedor contra el suelo de piedra. No se había acercado ni por asomo al objetivo.

La sierva se dio la vuelta y echó a correr con piernas temblorosas. Caxton corrió tras ella y la atrapó con suma facilidad. Agarró la mano de su enemiga, se la arrancó de cuajo y la lanzó a un rincón de la nave. Luego la tomó por el brazo izquierdo, que se desprendió antes de que Caxton tuviera tiempo de tirar de él.

La sierva gritaba sin cesar. Finalmente se desplomó. Caxton le pateó la cabeza con los dos pies hasta que paró de gritar.

Después se detuvo para recobrar el aliento. Estaba sola en medio de la oscuridad de la nave. El vampiro estaba muerto.

—Aún tiene que salir de aquí con vida —le recordó Arkeley.

Caxton ya había dejado de buscarlo. Lo tenía cerca y eso era lo único que importaba.

—Con todo este ruido los otros estarán al llegar.

Caxton asintió con la cabeza. Arkeley tenía razón. La agente miró cuántas balas le quedaban en la Beretta. Sólo tres y aún había por lo menos trece siervos activos en la nave. No podía matarlos a todos de golpe. No podría enfrentarse a más de uno o dos a la vez. Si había logrado imponerse contra el motorista y la deportista había sido gracias al factor sorpresa. Le temblaron las manos de angustia y pánico. Recordó que a duras penas había sido capaz de levantar la barra de acero.

‹‹De acuerdo››, pensó, ‹‹si no puedes luchar contra ellos, corre››. El problema era que no sabía hacia dónde. La hoguera de la noche anterior se había consumido y la nave estaba completamente a oscuras, una oscuridad que lo llenaba todo. Tenía que haber una salida, una puerta que diera a la luz del día, pero no sabía dónde.

—Si no puede decidirse, diríjase hacia algo que ya haya visto antes y utilícelo como punto de referencia —le aconsejó Arkeley.

Caxton se dio la vuelta y se adentró en las profundidades de la nave, hacia el caldero y el alto horno. El sol había teñido los ventanales de

una tenue luz blanquecina y Caxton logró atisbar algunos detalles dispersos. Veía lo suficiente como para no tropezar con los montones de basura y las molduras que le llegaban al tobillo.

Vio rostros desollados flotando en la penumbra, cuerpos nadando hacia ella en la oscuridad. Sintió cómo unas manos esqueléticas intentaban agarrarla. Una le tocó el costado, los músculos putrefactos de la mano de un siervo se aferraron a su camisa. Caxton soltó un codazo hacia atrás, con mucha fuerza, y la mano se hizo añicos con un crujido agudo.

Frente a ella, los restos enrojecidos de un rostro se le acercaban en la penumbra. Caxton alzó su Beretta y disparó al tiempo que el siervo alargaba los brazos para agarrarla. La criatura se resquebrajó y estalló, pero después de aquello a Caxton sólo le quedaban dos balas. Se agachó para evitar que otro siervo la golpeara y siguió corriendo. Bordeó el caldero y vio una puerta batiente de dos hojas. Un estrecho hilo de luz artificial penetraba por debajo de la puerta. Corrió hacia ella, extendió los brazos, empujó la puerta por la barra de seguridad y ésta se abrió con un chirrido. Caxton salió a un patio cercado por unos altos muros de ladrillo. El suelo estaba lleno de hierbajos amarillentos. Había bancos de trabajo y antiguas cajas de herramientas, pero ninguna salida.

Estaba atrapada.

Por lo menos ahora el cielo azul brillaba sobre su cabeza. Había logrado salir al exterior. Identificó el olor a estiércol cocido de Kennet Square y enseguida supo que podría encontrar ayuda muy cerca. El sureste de Pensilvania era una zona bastante poblada. Si conseguía salir del patio, sería libre.

Sin embargo, no había ninguna puerta. Ningún modo de cruzar al otro lado. Se había metido en un callejón sin salida. Los muros que la rodeaban eran robustos y macizos, y demasiado altos como para que Caxton pudiera trepar por ellos.

La puerta batiente repiqueteó y un siervo asomó su esquelética cabeza al exterior. Caxton lo apuntó con la pistola y el engendro volvió a esconderse.

—Arkeley —dijo Caxton—, ¿qué hago?

No obtuvo respuesta. A lo mejor al federal no se le ocurría ninguna idea. Le perseguían unos diez o doce siervos y tan sólo le quedaban dos balas. No tenía tiempo que perder.

Agarró una mesa de madera, en realidad no era más que una gran hoja de contrachapado clavada a un par de caballetes, y la arrastró hasta el muro más alejado. Luego se subió a la mesa de un salto. Aún estaba a unos dos metros del borde.

La puerta batiente osciló de nuevo. Una de las hojas se entreabrió, arañando el suelo desigual. Caxton miró hacia la puerta, se encontraba en un estado parecido a la hipnosis, no podía moverse. Si todos los siervos salían a por ella, incluso si sólo venían armados con cuchillos y garrotes, estaría muerta. No podría enfrentarse a ellos.

—Son unos cobardes —le dijo Arkeley con voz suave.

—¿Qué? —preguntó, a pesar de que ya lo había entendido—. ¡Sólo me quedan dos balas! —se quejó, aunque a estas alturas ya sabía perfectamente que aquel Arkeley era fruto de su imaginación. Era una manifestación abstracta de su instinto de supervivencia.

Caxton esperó un instante para dejar que los siervos se apiñaran y entonces disparó las dos balas justo en la ranura que había entre las dos hojas de la puerta. Oyó un chillido estridente y un griterío desesperado. Menos daba una piedra. Enfundó el arma descargada en la pistolera y bajó de un brinco al suelo. Entonces agarró otra mesa de trabajo y unos cuantos troncos. En un momento construyó una inestable montaña de madera que no tenía pinta de sostenerse, y mucho menos de aguantar el peso de Caxton. Se quedó observando la endeble torre y llegó a la conclusión de que le sería imposible subirse allí para luego saltar y alcanzar el borde del muro.

Pensó en lo que le diría Arkeley. ‹‹Tiene que hacerlo tan sólo una vez, y si cae y se parte el cuello tan sólo precipitará los acontecimientos››.

Con las manos indecisas, Caxton subió al improvisado andamio. Consiguió llegar a la cima, donde había colocado una carretilla bocabajo. Puso un pie sobre una rueda y se desequilibró ligeramente cuando ésta giró hacia atrás. El cuerpo le temblaba como la hierba en un día de viento. Con mucho cuidado, se puso de puntillas y saltó hacia la parte superior del muro. La montaña de madera se derrumbó y durante un instante Caxton voló por los aires, sin nada bajo sus pies.

La agente logró alcanzar con una mano el borde del muro y trató de sujetarse con todas sus fuerzas. La otra mano se balanceaba en el aire, pero Caxton consiguió contrarrestar la inercia de su brazo y agarrarse con ambas manos al extremo superior. Luego empezó a flexionar los codos y subió todo su peso a pulso. Desde allí pudo ver que tres de los lienzos del muro del patio eran aledaños con edificios anexos a la planta de laminación. La cuarta pared daba a un sendero de tierra, una carretera que tenía que llevar a algún sitio, algún sitio en el que estaría a salvo. Estaba a cinco metros del suelo, pero no se dio tiempo para pensárselo. Se agarró con las manos a la pared, dejó caer su peso y acto seguido se soltó.

Impactó contra el suelo a gran velocidad y se llevó un durísimo golpe en las costillas que la dejó sin aliento. Caxton soltó un alarido de dolor. Parecía que el resto de su cuerpo estaba bien. En cualquier caso, no se había roto ninguna extremidad. Se levantó y empezó a

correr por la carretera, con la intención de detener el primer coche que encontrara.

Era libre.





Sus pensamientos eran
pensamientos rojos
y sus dientes eran blancos.

Sredni Vashtar,
SAKI







CAPITULO 43

Había una ducha en la parte trasera de la comisaría de la policía local, con toallas limpias, jabón de marca y otros productos de aseo. No era ninguna sorpresa, pues estaba al mando de una mujer. Caxton se decepcionó un poco porque esperaba encontrarse una bañera, aunque pensó que no hubiera sido muy profesional. Tardó mucho más en asearse de lo que seguramente era necesario.

Al desnudarse se dio cuenta de que aún llevaba el amuleto de Vesta Polder colgado del cuello, empapado de sudor y barro. Lo limpió y luego lo acercó a la luz, pero vio lo mismo que había visto antes: una espiral de frío metal. No tenía ni idea de si la había ayudado o le había fallado. A lo mejor esas cosas funcionaban así. Tal vez fuera totalmente psicosomático, o quizá había sido realmente lo que la había salvado de sucumbir al maleficio de Reyes. Supuso que nunca lo descubriría.

Para cuando hubo terminado de usar el baño, el equipo médico o ya había llegado para examinarla. Le dijeron que había tenido mucha suerte, que tenía las costillas dislocadas pero no fracturadas y que se recuperaría sin problemas en una o dos semanas. Tenía el cuerpo lleno de laceraciones y contusiones leves. Antes de dejar que se marchara a casa le limpiaron las heridas con antiséptico y se las vendaron.

Caxton se puso la ropa de calle que la jefa le había ofrecido, le iba algo grande, y se sentó en la sala del café con un cuaderno de hojas amarillas. Acto seguido empezó a escribir su historia. Redactar informes largos era algo que a Caxton nunca se le había dado demasiado bien. Le recordaban a los trabajos que tuvo que presentar en su intento fallido de cursar una carrera universitaria. Con todo, explicó la historia sin rodeos pero con todos los detalles que fue capaz de recordar. Tan sólo se detuvo cuando llegó Clara.

Clara. Caxton había pedido que la fotógrafa del sheriff acudiera ex profeso a la comisaría y la llevara a casa. Antes había llamado a Deanna, básicamente para asegurarse de que estaba bien. Deanna

seguía en el hospital y no podía ir a recogerla. Caxton se convenció de que Clara había sido su segunda opción. Sin embargo, cuando la fotógrafa entró en la sala del café, se dio cuenta de que era algo más que una segunda opción, le bastaba lo que sintió al verla de nuevo para saberlo. Caxton extendió una mano vendada y Clara se la cogió, entonces se acercó a ella y se detuvo un instante antes de inclinarse de forma incómoda y besar a Caxton en la cabeza.

Una oleada de calor —provocada, entre otras cosas, por la vergüenza— se propagó por el rostro y el cuello de Caxton.

—Te dábamos por muerta —dijo Clara con voz algo temblorosa—. Te hemos estado buscando toda la noche. Le llamaron ayer por la mañana porque... porque creyeron que querría estar al corriente de tu desaparición. En cuanto lo supe vine corriendo v me uní al equipo de rescate. Te hemos buscado por todas partes. Hasta hemos registrado la planta de laminación, pero estaba cerrada a cal y canto. Dios mío, fui yo, personalmente, quien examinó aquel lugar, pero no vi nada.

—No seas tan dura contigo misma —dijo Arkeley en la cabeza de Caxton—. Son unos hachas camuflando sus escondites. Son capaces de confundir a cualquiera, especialmente a la luz de la luna.

—Él insistió en venir con nosotros —dijo Clara.

Caxton frunció el ceño. Quiso preguntarle a Clara a qué refería, si también había oído la voz de Arkeley, pero en aquel momento el federal entró en la sala del café y se sentó en la esquina de la mesa. Poco a poco Caxton se dio cuenta de que Arkeley ya no estaba únicamente en su cabeza. Por fin se encontraba junto al verdadero Jameson Arkeley, el cazador de vampiros.

Se sintió muy extraña al volver a verlo. Lo había interiorizado, había integrado su personalidad y gracias a ello había logrado sobrevivir al cautiverio al que la había sometido Reyes. Arkeley había tomado la forma de algo vital y necesario para ella. En comparación, el Arkeley de carne y hueso era alguien a quien tal vez no deseaba ver.

Caxton suspiró. A pesar de ello, tenía muchas cosas que contarle. Muchas cosas que el federal tenía que oír.

—Agente especial, tengo que darle parte de lo sucedido —dijo Caxton.

La cara del agente federal se contrajo y se llenó de arrugas que iban ora en una dirección, ora en otra, como si no lograra decidirse ni a sonreír ni a fruncir el ceño. Finalmente esbozó una mueca de dolor.

—Ya he oído la versión resumida de los hechos. Ha matado a Reyes.

—Esperé hasta el alba y le quemé el corazón —dijo Caxton. —Restarle importancia innecesariamente a un asunto es casi tan malo como embellecerlo sin sentido.

La agente le dedicó una mirada carente de sentimientos. Lo que Caxton tenía que contarle iba a interesarle.

—El vampiro intentó convertirme en uno de los suyos. Nadie se movió ni habló después de eso. Nadie se atrevió a romper el silencio hasta que Arkeley levantó una mano y se rasco el cogote.

—Vale, cuéntemelo en el coche —le dijo.

Caxton le dio las gracias a la jefa de la policía local y los tres compañeros se encaminaron adonde los esperaba el vehículo privado de Clara. Era un Volkswagen amarillo, un escarabajo último modelo con un pequeño florero pegado al salpicadero. Se parecía mucho a la propia Clara: pequeño, mono y procedente de un mundo totalmente distinto al que habitaba Caxton, un mundo que se podía visitar de vez en cuando, pero en el que nunca iba a poder quedarse. Los vampiros iban a asegurarse de ello.

Caxton se acomodó en el asiento trasero y Arkeley se sentó delante: sus vértebras fusionadas, había determinado Arkeley, superaban las costillas magulladas de la agente. Ésta se inclinó entre los dos asientos y les relató su horrible experiencia. Clara no se dirigía al oeste, hacia Harrisburg, sino al sureste, hacia Kennett Square. Nadie le explicó a Caxton por qué y ella estaba demasiado ocupada hablando para preguntárselo.

—Intentó someterme al Rito Silencioso, o por lo menos ése es uno de los nombres que le da Malvern. Una palabra más para denominar lo que también llama «ruegos». Reyes prefería llamarlo «hechizo».

No mencionó de dónde había sacado esa palabra, ni que había torturado a un siervo y le había arrancado los dedos. No quería que Clara se enterara nunca de lo que había hecho.

—Es una maldición, una especie de dominación mental, en cualquier caso, es una profanación del cerebro. Introdujo parte de sí mismo en mi cerebro a través de la mirada y se apoderó por completo de mis sueños. Podía obligarme a dormir a voluntad y me mantenía en un permanente estado de duermevela. Me mostró el infierno, creo, con la esperanza de que yo me suicidara.

—Ehhh... —dijo Arkeley.

—¿Quiere añadir algo? —preguntó Caxton.

Él le dedicó una mirada furiosa, como si la agente se hubiera olvidado de con quién estaba hablando. Era la primera vez que se dirigía a él con ese tono y Caxton estuvo a punto de soltar también un «ehhh».

—He estudiado todos los vampiros a los que he matado —dijo Arkeley—. El suicidio es una parte fundamental de la maldición. En Europa todos los suicidios se consideraban dudosos. Solían enterrar a los suicidas en un cruce de caminos para que, cuando el vampiro se levantara, no supiera dónde estaba su casa y se perdiera. En otros

tiempos, y en otros lugares, enterraban a los suicidas con la cabeza arrancada y vuelta hacia abajo, o a veces le pegaban un tiro en el corazón.

—¿Con una bala de plata? —preguntó Clara.

—Eso es un mito —respondieron Arkeley y Caxton al unísono, lo que les brindó otra oportunidad de dedicarse una mirada desafiante.

—La maldición te empuja a quitarte la vida —explicó Caxton—. Una vez la tienes en el interior, la idea te consume, empiezas a pensar que la muerte pondrá fin a todos tus problemas. Se trata de la última etapa de la transformación y es necesaria. El vampiro me lo dejó muy claro.

—Es muy probable que Reyes pasara por el mismo proceso, ¿no? preguntó Arkeley con voz neutra, buscando tan sólo obtener información—. Y Lares, y Malvern antes que él.

Pero Caxton negó.

—No, Reyes no necesitó toda esa basura del sueño mágico. Él quería morir. Malvern miró dentro de su alma y él le dijo que sí, sin más. Congreve, porque así se llamaba el vampiro que matamos entre los dos, tardó unas tres horas en acceder. Reyes lo creó a él y al otro, el de las orejas recortadas. Congreve era un obrero de la construcción, por eso eligió aquel lugar para tendemos la emboscada. Tenía un master en música del Renacimiento, pero no conseguía encontrar un empleo relacionado con su especialidad, de modo que terminó trabajando en las vías de la autopista. Sin embargo, detestaba su trabajo, detestaba su vida. Reyes se aprovechó de ello y convenció a Congreve para que se volara la tapa de los sesos. A Malvern también le resultaba muy difícil lograr que personas sanas y felices se convirtieran en vampiros, por eso eligió siempre a perdedores, personas que no tenían nada que los atara a la vida.

—Dios —suspiró Clara—, yo me siento así la mitad del tiempo. Arkeley la ignoró.

—Y el otro, el de las orejas recortadas, ¿sabe cómo se llama? —le preguntó.

Caxton lo pensó un momento. Se mordió el labio. De pronto, sin que viniera a cuento, se le ocurrió que Clara confiaba en ella y que probablemente ni siquiera intentaría detenerla si de pronto se echaba hacia delante, agarraba el volante y lo giraba violentamente hacia la derecha. Avanzaban por el boscoso camino de sirga de un arroyo seco que se encontraba unos diez metros más abajo. El escarabajo se arrugaría como una lata de refresco al estrellarse contra las rocas del fondo.

Se reclinó en el asiento y se apretó las sienes con los puños para apartar aquel pensamiento de su cabeza. No era ella quien pensaba

aquello, aunque fuera idéntico al millón de otras cosas que llenaban su cabeza. Era Reyes, la parte de Reyes que había colonizado su cerebro. Su maldición aún intentaba destruirla.

—Scapegrace —dijo de pronto, escupiendo el nombre. Había tenido que esforzarse para que Reyes lo soltara, pero en cuanto tuvo el nombre, supo también toda su historia—. Kevin Scapegrace. Tenía dieciséis años. Alto pero flacucho, un chico asustadizo que no lograba sacar ni siquiera notas decentes en el instituto. Sus compañeros se burlaban de él. Uno de ellos, un chico mayor, violó a Kevin en las duchas durante la clase de educación física. Kevin estaba casi seguro de que a partir de entonces se habría convertido en gay y no podía vivir con aquella idea. —La boca de Caxton se tensó—. Se había tragado un bote de aspirinas cuando Reyes lo encontró. Reyes estuvo cuidando de él mientras tras sus siervos asaltaban una farmacia. Le proporcionaron una caja de Valium y se la tomó también. Kevin no llegó a entender lo que le estaban ofreciendo. Posteriormente acusó también a Reyes de violarle y ahora odia el ser en el que se ha convertido.

Levantó la mirada y se encontró con los ojos de Arkeley fijos en ella. Clara se volvía una y otra vez para mirarla por encima el hombro con una expresión desencajada, confusa, llena de preocupación y algo de miedo.

—¿Reyes le contó todo eso antes de que lo matara? —le preguntó Arkeley con voz suave, como si ya conociera la respuesta.

—No —respondió Caxton. De pronto deseó que Clara no estuviera allí. Se pasó la lengua por los labios—. No, me lo contó más tarde.

Arkeley asintió con gesto paciente. Caxton lo maldijo: iba a obligarla a confesarlo todo. La obligaría a decirlo delante de Clara.

—¿Y cómo es eso posible, agente?

Caxton cerró los ojos.

—Porque sigue estando dentro de mi cabeza.







Clara los llevó hasta la subestación eléctrica, el lugar que inicialmente habían creído que Reyes utilizaba como guarida. Sin embargo, a ojos de Caxton podría haberse tratado de cualquier otro lugar. Habían llegado en un coche la mitad de grande que el Granóla Roller, sin coraza antidisturbios y con muy pocas armas. Y además sabía que el lugar estaba vacío. O, en todo caso, allí sólo quedaban ya los fantasmas.

Clara esperó en el coche mientras Arkeley acompañaba a Caxton al interior de la subestación. El día empezaba a nublarse y el aire era fresco. Podía ponerse a nevar en cualquier momento, pensó Caxton. Mientras avanzaban por entre las torres Llenas de interruptores, Arkeley le concedió un momento para que se abrochara la chaqueta y a continuación empezó a acribillarla a preguntas.

—¿Lo percibe ahora mismo en su interior? ¿Aunque esta muerto?

Caxton se encogió de hombros al tiempo que se cerraba el cuello de la chaqueta.

—No es fácil de describir. Parte de él sigue dentro de mi cabeza. Me vienen pensamientos que sé que son suyos y no míos. Y tengo acceso a sus recuerdos como si me pertenecieran a mí.

—¿Y le dice qué tiene que hacer? ¿Oye su voz?

Caxton estuvo a punto de tropezar con su propia sombra. No, no oía la voz de Reyes. Sin embargo, sí había oído la de Aikeley cuando no estaba allí. Ya no estaba segura de si eso significaba que estaba loca.

—Es más bien... pasivo. Es como si hibernara en mi interior. A menos que yo quiera saber algo, no dice nada. Si necesito alguna información, como cuando usted me preguntó por Kevin Scapegrace, despierta y entonces luchamos. Pero de momento gano yo.

Por la cara que puso Arkeley, Caxton creyó que estaba a punto de escupir. Pero no lo hizo, Caxton sabía que era demasiado estirado.

—Cuando Scapegrace y Malvern estén muertos la llevaré de nuevo a ver a los Polder. Ellos sabrán cómo sacarlo de ahí dentro.

—¿En serio? —preguntó Caxton. Era un ofrecimiento casi amable, un gesto totalmente inesperado.

—Cuando Malvern esté muerta, sí.

Caxton frunció el ceño.

—Creía que había una orden judicial que le impedía matarla. No puede ejecutarla.

—No a menos que quebrante la ley. Es bastante difícil matar a alguien cuando no puedes ni salir de tu ataúd. Sin embargo, si logro reunir pruebas de que conspiró con Reyes, Congreve y Scapegrace... Si logro endosarle la matanza de Bitumen Hollow, ningún juez del Estado podrá negarme ese placer, ¿no cree?

Caxton seguía arrugando la frente. Notó cómo un montón de piezas encajaban de golpe, como si se volcara la caja de un puzzle y todas las piezas cayeran perfectamente ordenadas y con las lengüetas ya unidas. Acababa de darse cuenta de algo.

—De modo que se trataba de eso —dijo.

—No simplifique tanto las cosas —replicó Arkeley.

—No, claro, ése es su trabajo. Discúlpeme si me he inmiscuido en su territorio. Hace veinte años que vislumbra este caso con total claridad. Cueste lo que cueste, independientemente de quién se oponga, siempre ha querido y siempre querrá matar a Malvern. Terminar el trabajo que empezó en Pittsburgh. —Arkeley no la detuvo y ella continuó hablando—. No puede soportar el hecho de que sobreviviera, de haber tenido la posibilidad de matarla pero que, por pura química, no ardiera tan rápidamente como los demás. No puede soportar su propio fracaso. Cuando el tribunal decidió que no podía matarla, aquello lo consumió por dentro, ¿verdad? Sé que tiene usted mujer, Vesta Polder lo mencionó. ¿Tiene hijos?

—Dos. Mi hijo estudia en la Universidad de Siracusa, en Nueva York. Mi hija está estudiando en el extranjero. En Francia. —Puso cara de concentración. Ni siquiera la estaba mirando; tenía los ojos en blanco, como si estuviera intentando leer algo que tuviera escrito en el interior del cráneo—. No, en Bélgica —se corrigió.

—Le ha costado —le soltó. Estaba siendo cruel, pero imaginó que Arkeley no se lo iba a tomar mal—. Este caso es lo único que tiene, es la obra de su vida. Por eso se empeña en aparentar que es un tipo duro. Y por eso no quiere tampoco que nadie le ayude, porque no quiere compartir la hipotética gloria final.

—Estoy acostumbrado a trabajar solo, eso es cierto. Así les ahorro la muerte a otras personas. Si ayer se hubiera quedado en la cama, que era lo que se suponía que...

Pero Caxton lo cortó.

—¿Qué estudia su hijo? En Siracusa, me refiero...

Arkeley no intentó contestar, ni siquiera se volvió para reprenderla. Se limitó a seguir caminando hacia la caseta de los interruptores.

—Va a hacer lo que sea para conseguir las pruebas que incriminen a Malvern, ¿verdad?

—Sí —respondió él—. Lo que sea.

Abrió la puerta de la caseta como si quisiera arrancarla de sus goznes. Encendió una linterna, se la pasó a Caxton y usó otra para él. Penetraron en el interior, donde reinaba una oscuridad casi absoluta. Por las ventanas entraba tan sólo un resplandor amarillento que no lograba combatir la oscuridad.

Bajo la luz de su linterna, Caxton vio las enormes estructuras llenas de hilo de cobre enrollado y de palancas de madera barnizadas, tan largas como su propio brazo y tan ornamentadas como pilares de cama. Debía de tratarse de los cortacircuitos originales de cuando habían inaugurado la subestación un siglo atrás.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Caxton. Iluminó el suelo de cemento con la linterna y vio una trampilla. Era idéntica a la de la planta de laminación. Caxton no quería bajar por allí. No tenía ningunas ganas—. ¿Qué hay ahí abajo?

Arkeley le iluminó la cara con la linterna.

—Dígamelo usted —le respondió en tono tajante.

A lo mejor estaba devolviéndole la crueldad que había demostrado preguntándole por su vida privada. O tal vez quería saberlo genuinamente.

—Estábamos en lo cierto, ¿verdad? —le preguntó Caxton—, Reyes utilizó este lugar como guarida antes de trasladarse a la planta.

Hasta ahí había llegado ella sola. Si quería saber algo más, iba a tener que preguntarle al vampiro que habitaba su cerebro. Soltó un suspiro y cerró los ojos. Arkeley apartó la linterna y la oscuridad envolvió a Caxton. Rebuscó en el lugar más recóndito de su cabeza... y notó cómo la agarraba una pálida mano. Sin embargo, se trataba tan sólo de una metáfora y logró zafarse fácilmente de los dedos del fantasma.

—Pasó muchas noches solitarias aquí abajo. Pensando. Tranquilo un plan. Fue aquí donde decidió tendernos una trampa. A Malvern no le gustaba la idea, pero él pensó que sería divertido. Ni bien sabía que usted y yo habíamos sido responsables de la muerte de Congreve.

Caxton abrió los ojos, pero tan sólo vio manchas de luz, los rescoldos de la imagen que acababa de asomar a su mente; en definitiva, lo que uno ve cuando no ve nada más.

—Le dijo a Malvern que quería dar caza a uno de nosotros y dividirnos. Que lo pasarían bien y que así ellos volverían a estar a salvo. Supongo que habría preferido pillarlo a usted, pues usted es el verdadero cazador de vampiros.

—Pues supone mal —replicó Arkeley. En la oscuridad se oía el crujir de su ropa. Levantó la trampilla y Caxton oyó un eco que provenía de abajo.

La agente enfocó la escalera con la linterna y se obligó a bajar. Al llegar al fondo se encontró en un amplio espacio saturado de humedad que olía a moho, a hojas en descomposición y a algo más nauseabundo, pero también más leve. Iluminó la oscuridad con la linterna y vio cuerpos.

Cadáveres, a montones. Era peor que en la cabaña de caza. Allí los cuerpos colgaban del techo por los pies, con los brazos suspendidos. Les chorreaba agua por los dedos. Estaban pegados a las paredes y al techo, clavados con unas grapas gigantes que se habían oxidado con el paso del tiempo. Había cadáveres en los rincones, como si se ocultaran de la luz, como si levantaran sus brazos descompuestos para protegerse si a ella se el ocurría acercarse. Estaban inmovilizados con alambre.

En el centro de la sala, dos cuerpos ocupaban el puesto de honor. Se trataba claramente de las obras maestras de la colección. Eran dos mujeres con la piel lívida y cubierta de manchas negras allí donde los fluidos se habían acumulado tras su muerte. A una le faltaba un brazo, pero conservaban intacto el resto del cuerpo. Les habían arrancado el pelo y estaban unidas en un abrazo íntimo. Se estaban besando.

No, no era cierto. Caxton se acercó un poco para verlo mejor. No era que se estuvieran besando: en realidad tenían la parte inferior de la cara pegada una a la otra, les habían cortado los labios y los dientes y estaban unidas por la boca, como hermanas siamesas.

—Corríjame si me equivoco, pero creo que quería capturarla específicamente a usted —dijo Arkeley—. Creo que usted lo excitaba.

Caxton quería vomitar, pero su cuerpo no estaba por la labor. Sus emociones no le pertenecían por completo. Quería experimentar una reacción visceral a la vista de aquella carnicería, pero Reyes no se lo permitía. El vampiro estaba orgulloso de su trabajo y Caxton sentía parte de lo que éste experimentaba. Ver todos aquellos cuerpos lo había devuelto un poco a la vida. El vampiro se acurrucó en su interior, emocionado por haber vuelto a casa.

—Tengo que salir de aquí —dijo Caxton.

No era porque sintiera asco. Era porque, en cierto modo, lo que estaba viendo le gustaba.

—¿Qué planes tenía Reyes? ¿Cuál iba a ser su siguiente paso? —le preguntó Arkeley, que quería despertar al vampiro, que éste creciera dentro de Caxton.

Para Arkeley, la identificación entre la agente y Reyes era tan sólo una herramienta más; creía que aquel lugar la ayudaría a recordar los planes del vampiro. Y fue así, pero los planes que recordó eran anteriores, de cuando se había enterado de la existencia de Laura Caxton.

Reyes la había elegido personalmente, a Caxton no le costó nada conseguir que el vampiro le proporcionara aquella información. Era como si éste quisiera que la agente lo rememorara, como si se tratara de uno de sus recuerdos favoritos. Reyes había ido directamente a por ella, la agente estatal de la policía de Pensilvania Laura Caxton, independientemente de lo que le hubiera contado a Malvern. A él le daba lo mismo acabar con los cazadores de vampiros, la quería a ella, quería su cuerpo. Cuando había descubierto que era lesbiana, cuando sus siervos habían acudido a su casa y la habían visto dormir con Deanna —oh, Dios, ¿qué habrían visto? ¿Cuántas noches habrían pasado al lado de la ventana, observándolas mientras dormían?—, Reyes se había excitado sexualmente.

Ahora Caxlon sabía que por lo general los vampiros no pensaban generalmente en los seres humanos como seres sexuales, sino que era como si un ser humano quisiera follarse a una vaca. Y, sin embargo, Reyes se había obsesionado con ella. Había recordado las revistas masculinas que leía cuando aún estaba vivo. Siempre le habían gustado las fotos en las que salían dos chicas montándoselo, le ponían muy cachondo. Las imaginaba lamiéndose la una a la otra, esperando a que llegara un hombre de verdad y les enseñara lo que se estaban perdiendo. Si Reyes lograba convertirla en vampira a lo mejor podría follársela, a lo mejor incluso sería ella quien querría follárselo.

Aquel recuerdo, por fin, bastó para provocarle arcadas.

—¡Quiero salir de aquí! —gritó.

Se volvió y todos aquellos cuerpos la estaban mirando, tenían los ojos muertos fijos en su rostro. Todos habían adorado a Reyes. O lo habían temido, sí, todos habían sentido por él un temor reverencial; el miedo había sido lo último que se había grabado en sus caras. Reyes estaba encantado.

—¿Cuál iba a ser su siguiente movimiento? —le preguntó Arkeley, de pie frente a las escaleras—. ¿Tenía intención de crear más vampiros? ¿Iba a esperar hasta que fueran cuatro, para poder llevarle la sangre a Malvern? ¿Dónde está Scapegrace en este momento?

Pero ella sacudió la cabeza.

—Déjeme salir —dijo Caxton.

Los huesos. Los huesos de los muertos. La muerte en sí.

La muerte la estaba llamando, exigía su muerte, su suicidio, la muerte de los demás, el asesinato. Reyes se agazapó dentro de su cerebro como un felino, como un depredador: lánguido, satisfecho con lo que había creado. No, no había ninguna creación en aquel sótano. Reyes estaba satisfecho con lo que había destruido.

—¡Déjeme salir! ¡Déjeme en paz! —aulló Caxton, aunque en realidad no sabía a quién se estaba dirigiendo, si al federal o al vampiro—. ¡Déjame en paz!







CAPITULO 45

De vuelta a la superficie, apoyada en el Volkswagen de Clara, Caxton se frotó la cara una y otra vez mientras intentaba encontrarle un sentido a todo aquello. Quería devolver, pero no podía dejar de pensar que iba a vomitar sangre coagulada, como Reyes. También tenía ganas de sentarse, pero sabía que si lo hacía no volvería a levantarse.

—La única razón por la que sigo viva es porque encajaba con la fantasía erótica de un vampiro —le dijo a Arkeley entre dientes—. Y no de un vampiro cualquiera, sino de un depravado.

Intentó dejar de respirar, pero su cuerpo se negó, le entró el pánico y casi se desmayó. Los vampiros no respiraban, por supuesto. Estaban muertos y no necesitaban respirar. En cambio los seres vivos, los agentes de policía, necesitaban respirar mucho.

—La maldición sigue viva —dijo con un suspiro—. Sigue viva dentro de mí.

Clara le puso una bolsa de papel en las manos. Caxton se dio cuenta de que la fotógrafa debía de haber estado hablando con ella, pero no la había oído. No había oído nada. Se llevó la bolsa a los labios, respiró dentro de ésta y, poco a poco, se fue relajando. Notó cómo las cosas se iban calmando a su alrededor. Notó el aire sobre la piel y percibió un olor a fruta, tal vez a fresas.

Se apartó la bolsa de la cara.

—¿Fresas? —preguntó Caxton.

Clara frunció el ceño.

—Fresas y kiwis, y un vaso de yogur sin azúcar. Pero ¿cómo... cómo sabes lo que he desayunado? —dijo Clara con expresión casi atemorizada.

Caxton hizo un gesto desdeñoso.



—No tengo poderes psíquicos —dijo y arrugó la bolsa entre los dedos—, pero sí buen olfato.

Se rieron juntas y eso le sentó bien. Le fue de maravilla, en realidad.

—Cuando se le haya pasado el ataque de pánico, avíseme—dijo Arkeley—. Para volver a bajar, digo.

Si cerraba los ojos, Caxton podía fingir que Arkeley no estaba realmente allí, que volvía a estar dentro de su cabeza. Pero entonces el tipo tuvo que volver a hablar y a echar por tierra su fantasía.

—Puedo esperar hasta mañana. Estoy bastante seguro de que Scapegrace va a estar demasiado lleno esta noche. Diría que estoy seguro a un ochenta por ciento, lo que significa que hay tan sólo un veinte por ciento de probabilidades de que le desgarre el cuello a alguien sólo porque usted estaba demasiado asustada para ayudarme.

Caxton abrió los ojos como platos y vio que Clara se acercaba hasta Arkeley.

—Oiga, so gilipollas —le dijo. Era cuarenta centímetros más baja que él y el federal pesaba seguramente cuarenta y cinco kilos más que ella—. Sí, hablo con usted, gilipollas —repitió—. No voy a permitir que le haga esto, no una segunda vez. Y me importa un huevo lo que esté en juego.

—Laura, ¿puede llamar a su perro, por favor? Ladra de una forma detestable.

Clara se puso muy tensa y por un momento parecía que estaba a punto de pegarle un puñetazo.

—¿Va a pegarme, agente del sheriff Hsu? ¿Es ésa su intención? Porque debo advertirle que, por la forma en que parece que va a soltar el brazo, va a tener suerte si logra tocarme lo faldones de la chaqueta antes de que la tenga en el suelo y con los dos brazos rotos.

Clara bajó los hombros y ladeó la cabeza hacia un lado y otro.

—No merece usted ni el papeleo que supondría eso —le dijo e inmediatamente se dio por vencida. No se había movido ni un centímetro, pero su postura y sus hombros caídos eran muy reveladores.

—Entonces, si no piensa pegarme, haga el favor de dejarnos a solas —le dijo Arkeley—. La agente y yo tenemos cosas de qué hablar.

Clara asintió con la cabeza y se acercó a Caxton, que seguía apoyada en su coche.

—No tienes que hacer nada que no quieras hacer —le dijo.

—Ojalá fuera tan fácil —respondió ésta.



Clara extendió el brazo y cogió a Caxton por la barbilla. Se la apretó un poco y a continuación desapareció detrás de una torreta. Probablemente aún podía oírlos, pero a Arkeley no parecía importarle.

—Quiero ayudarle —dijo Caxton—. De veras que sí.

Arkeley se le acercó como si no la hubiera oído, como si la agente no hubiera dicho nada. Caxton se sintió culpable de inmediato. Se sintió como cuando era pequeña cada vez que su padre le daba la callada por respuesta. Intentó deshacerse de aquel sentimiento, pero no lo logró. Entonces se cubrió con los brazos, casi esperaba que le pegara.

—Haré cualquier cosa que me pida excepto regresar a ese agujero.

Arkeley asintió con la cabeza y se acercó un poco más. Estaba tan cerca que podía tocarla, pero no lo hizo.

—Mientras estaba ahí abajo, el vampiro ha emergido a la superficie, como si quisiera asomar la nariz. Era como si quisiera ver su creación por última vez. Ha sido horrible. Me he sentido como él. No creo que mi cuerpo sepa distinguir mis emociones de las suyas y... Lo siento, pero no puedo ayudarle de esa forma.

—Está bien —dijo él con un suspiro.

—No, no, no está bien —replicó ella y de pronto se sintió al borde de una crisis—. Reyes me ha hablado mientras estaba ahí abajo. Me ha hablado dentro de la cabeza. Tal vez no lo haya hecho con palabras, pero... pero estaba consciente. No sé cómo, pero sigue vivo dentro de mí.

Arkeley asintió con la cabeza.

—De acuerdo. En cierto modo esperaba que el mundo de los espíritus la acosara.

—¿Lo esperaba? ¿Lo sabía? ¿Cómo? ¿Cómo puede saber por lo que estoy pasando?

—Lo sé —respondió Arkclcy.

—¿Cómo? —insistió Caxton, mirándolo de soslayo—. ¿Cómo lo sabe?

Arkeley cogió una piedra y la arrojó contra un transformador situado a cinco metros. La caja metálica resonó con gran estruendo y Caxton dio un respingo.

—Piter Byron Lares me arrastró hasta su escondrijo y me tuvo allí cautivo mediante hipnosis. No me hizo daño ni me arrebató el arma. Y nunca me dirigió la palabra.

Caxton recordó lo que había leído en su informe. Piter Lares había destrozado a un equipo entero del SWAT de forma violenta y casi con indiferencia, de modo que la agente se había quedado bastante sorprendida al leer que el vampiro se había llevado a Arkeley por el

río y hasta su barca de una sola pieza. Sin embargo, el informe ofrecía una explicación.

—Lo estaba reservando como tentempié de medianoche —dijo Caxton.

—No, no es cierto —respondió Arkeley, que se apoyó en el coche, junto a ella, y se cruzó de brazos.

—No me estará diciendo que...

—Tan sólo había empezado el proceso conmigo cuando lo maté. No llegó ni mucho menos al nivel al que Reyes llegó con usted. Yo ni siquiera fui consciente de que aquel mortecino hijo de puta me estaba profanando. Pero una parte de él se instaló en mi cerebro, del mismo modo en que Reyes se ha instalado en el suyo. Aunque yo nunca llegué a advertir su presencia. Lo único que me sucede de vez en cuando, unas dos veces al año, es que sueño con sangre.

—No hace falta que...

Arkeley se volvió para mirarla.

—Tiene un sabor similar al de las monedas de cobre, pero más caliente, mucho más caliente de lo que uno imagina. Y al principio es muy líquida, pero se va coagulando en la boca; se pega al paladar, pero la tragas y sientes cómo te atasca la garganta, oscura y espesa, pero te obligas a tragártela para poder beber otro trago, y luego otro más. Conozco muy bien la sensación de sequedad, los coágulos en los dientes. El anhelo.

Caxton tuvo que apartar la mirada, pues no sonaba tan asqueroso como lo pintaba él. Al contrario, sonaba casi... tentador. No podía dejar que Arkeley viera el deseo que la agente notaba que le iluminaba la cara.

—El vampiro recuerda ese sabor. Lleva muerto tanto tiempo que no queda nada de él excepto las ansias de volver a notar ese sabor. Y nunca van a desaparecer. Si me suicidara hoy mismo, no sé si volvería como vampiro o no.

—Pero sabe que yo sí—dijo Caxton—. Sabe que, me guste o no, ya soy una de ellos. Y que no hay vuelta atrás.

—No, no lo sé. De verdad que espero que los Polder conozcan una forma de exorcizar la maldición que lleva dentro, Laura. Pero primero tenemos que acabar con Seapegrace y con Malvern para que nadie más tenga que soñar lo mismo que nosotros. Necesito que vuelva ahí abajo, que mire esos cuerpos otra vez y me diga cuál iba a ser su siguiente paso.

Arkeley resopló, se separó del coche y se situó frente a ella. Entonces le tendió la mano, pero Caxton no se la cogió.

—No —dijo la agente.

—¿Cómo dice? —preguntó Arkeley.

—Que no. No pienso volver ahí abajo. No sé cómo voy a librarme de la maldición, pero sí sé que volver ahí abajo sólo va a empeorar las cosas. Si se le ocurre otra forma en que pueda ayudarle, lo haré encantada. Pero no pienso volver a esa cámara de los horrores. Nunca más.







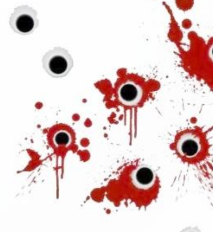
—¡Dios, aún no hemos llegado a Acción de Gracias y mira esto! —exclamó Caxton al tiempo que señalaba con la cabeza hacia el cielo.

Fuera del coche era invierno. Caían unos enormes copos de nieve que se arremolinaban al paso del coche y se iban acumulando en los alféizares de las ventanas. El cielo había adquirido un tono gris deslavazado y estaba manchado de nubes vaporosas. La superficie de la carretera se ensombreció y se cubrió de escarcha brillante. Clara tuvo que aminorar la marcha para que su pequeño coche no se saliera de la calzada. Caxton iba en el asiento trasero y parecía que no lograba entrar en calor. Clara subió la calefacción, pero no fue suficiente. Caxton se acurrucó, con los brazos pegados al cuerpo para que no rozaran el gélido cristal de la ventanilla, y tiritó de frío. Era una de ellos. Era como una vampira a medio gestar. Se acordó de la sensación de frío que le transmitían todos los vampiros y, en especial, Malvern; una sensación que había experimentado cada vez que había estado junto a la silla de ruedas del ajado monstruo.

Necesitaba dejar de pensar en la muerte y el horror durante un rato. Necesitaba irse a su casa y estar con sus perros y no pensar en nada durante una buena temporada. Sin embargo, antes tenía un par de recados pendientes.

Dejaron a Arkeley en la comisaría. Caxton bajó del coche para ocupar el asiento del federal y estar delante, junto a Clara, y más cerca de la calefacción. Con los brazos cruzados encima del pecho, trató de establecer contacto visual con Arkeley, pero éste no se volvió, se dirigió con aire arrogante hacia su coche y se montó en él.

Caxton volvió a sentarse en el interior del Volkswagen y tiró de la puerta para cerrarla. Empezó a sufrir convulsiones a causa del frío, su cuerpo se estremecía violentamente y los dientes le castañeteaban de una forma tan ruidosa que apenas pudo oír a Clara cuando ésta le preguntó si estaba bien.



—Sé que es una pregunta absurda —dijo Clara al ver que Caxton no respondía.

La fotógrafa miró hacia delante; los limpiaparabrisas iban y venían como un péndulo que marcara el tiempo.

—Oye —dijo finalmente Clara—. ¿Por qué no pasas la noche en mi casa?

Caxton negó con la cabeza, pero como le temblaba rodo el cuerpo tuvo que rechazar la invitación también con palabras:

—Sabes que no puedo.

—No, no me has entendido, no dormiríamos juntas. Quiero decir, podrías dormir en mi cama, conmigo, porque no tengo habitación para invitados, ni siquiera sofá. Pero no nos quitaríamos la ropa. Es sólo que me parece que no es una buena idea que pases la noche sola.

—No puedes ni llegar a imaginar lo sola que estoy ahora mismo —replicó Caxton, pero se dio cuenta de que lo había dicho con un tono cortante y quiso disculparse. Abrió la boca para hacerlo, pero la expresión del rostro de Clara la detuvo. Estaba dolida, pero intentaba disimularlo, y si Caxton reconocía lo que había sucedido, tan sólo lograría herirla aún más.

Clara puso el coche en marcha y se incorporó a la autopista en dirección oeste, hacia Harrisburg. Caxton necesitaba ver a Deanna antes de hacer nada. Necesitaba cogerle la mano Dee y entonces decidir cuál sería su próximo movimiento.

Encendieron la radio y pasaron el resto del trayecto en silencio. Caxton vio cómo la nieve se volvía cada vez más espesa deseó haber llegado ya, como por arte de magia. Estaba segura de que en el hospital haría más calor. Sin embargo, cuando llegaron no había ninguna plaza de aparcamiento libre cerca del Seidle Hospital y tuvieron que dar unas cuantas vueltas hasta encontrar un hueco.

—No hace falta que entres —dijo Caxton. Pretendía ser amable, pero Clara se estremeció como si le hubiera pasado la corriente—. Lo que quiero decir es que a mí me ayudaría mucho que me acompañaras, pero no tienes por qué hacerlo.

—Si he llegado hasta aquí... —dijo Clara con un tono casi agresivo, pero con una vaga sonrisa en los labios.

Caxton hubiera hecho lo que fuera para relajar la tensión que había entre ellas, pero supuso que su vida iba a ser bastante complicada durante un tiempo y se resignó. Se dirigieron juntas hacia el hospital, un moderno edificio monolítico con vistas a las ruinas del puente de la calle Walnut al otro lado del río. Caxton nunca había accedido al hospital por la puerta principal, pues a Deanna la habían ingresado de urgencias, de modo que tardó un poco en orientarse. Finalmente

condujo a Clara hasta un ascensor que las llevó arriba y cruzaron un pasillo atestado de carros de material médico y de unos cuadros horribles pero coloridos que colgaban de las paredes.

—Ah, Deanna está en una habitación semiprivada y la comparte con una mujer que detesta a las lesbianas —le contó a Clara—. Tan sólo para que lo sepas.

—De acuerdo. Intentaré no meterte la lengua hasta la garganta aunque sólo sea porque estaremos frente a la cama donde yace tu pareja gravemente herida —dijo Clara con cara de póquer.

Caxton sofocó una carcajada, lo cual le supuso un cierto alivio. Apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos durante un instante. Dios, realmente necesitaba descargar la tensión.

—Gracias —dijo y Clara se encogió de hombros.

Caxton llamó y abrió la puerta, que hizo algo de ruido. Las dos chicas pasaron sigilosamente junto al baño y entraron en la habitación, iluminada tan sólo por la luz intermitente de un televisor. La mujer obesa de la otra cama estaba dormida, de cara a la pared, y Caxton trató de no hacer ruido para no despertarla. Clara esperó junto a la puerta.

Caxton se dirigió hacia la cama de Deanna y entonces soltó un grito entrecortado. Estaba vacía.

Se cubrió la boca con la mano y salió corriendo hacia el pasillo. Clara la agarró por el brazo y le apretó el bíceps.

—La han trasladado, seguro —la tranquilizó Clara—. No pasa nada. Tan sólo la han trasladado.

Caxton bajó a recepción y fulminó con la mirada a la mujer que había detrás del mostrador, que estaba absorta rellenando una ficha en su ordenador.

—¡Deanna Purfleet! — Gritó al ver que la enfermera no levantaba la cabeza—. ¡Deanna Purfleet!

La enfermera se giró poco a poco y asintió con la cabeza.

—Ahora llamo al médico. Un segundo.

—Dígame adónde la han trasladado. Mi nombre es Laura Caxton. Soy su pareja.

La enfermera asintió de nuevo.

—Ya sé quién es —dijo. Entonces se puso las gafas de leer y echó un vistazo al directorio de teléfonos—. Tome asiento mientras espera al médico, por favor. Querrá hablar con él.

Caxton permaneció de pie. Empezó a dar vueltas con impaciencia por el vestíbulo, estudió los diplomas y las placas que había en las paredes y se tomó el vaso de agua que le ofreció Clara, pero sabía

que no podía sentarse; no si pretendía volver a levantarse. En cuanto se abrió la puerta del ascensor en el que ha baja el médico, Caxton corrió hacia él. No era el médico que conocía.

—Deanna Purfleet —dijo Caxton.

—Si no me equivoco usted es la señora Caxton —respondió él.

Era un hombre menudo de facciones indias y con el pelo bien peinado. Tenía una mirada profunda. Parecía que nunca en la vida había sonreído.

—Soy el doctor Prabinder. Siéntese, por favor...

—¡Joder! ¡Dígame dónde está! ¿Es que nadie va a decirme dónde está?

—Surgió una complicación —dijo el doctor.

De pronto todo se volvió blando, como si fuera de goma. El suelo empezó a ondularse.





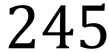


Caxton estaba sentada en la morgue. El cuerpo de Deanna yacía sobre una camilla. Miró a su alrededor, pero no Vio ni al doctor Prabinder, ni a Clara. Estaba sola en aquella sala casi a oscuras y rodeada por varios tabiques móviles. No habría sabido explicar cómo había llegado hasta allí. Tenía la sensación de haberse desmayado, aunque no había sido así. El trayecto que había recorrido desde la cuarta planta hasta el sótano estaba almacenado en su memoria. Sin embargo, el recuerdo era tan irrelevante que Caxton ni siquiera se había molestado en prestarle atención.

Había surgido una complicación, se acordó de repente. Se levantó de la silla y empezó a deambular por la morgue. Palpó el cuerpo de Deanna en diferentes puntos. Apartó un poco la sábana que la cubría. Por lo menos en el rostro de Deanna había una expresión serena. Tenía los ojos cerrados y el pelo recién lavado. Sus labios estaban pálidos, pero en general presentaba un buen aspecto. Caxton apartó un poco más la sábana y al instante deseó no haberlo hecho. Los pezones de Deanna apuntaban en direcciones inverosímiles. Tenía el pecho abierto como una boca voraz y las costillas parecían dientes ansiosos ante un pedazo de carne. En el fondo de la caja torácica yacían los pulmones y el corazón, como una lengua inmóvil.

Había surgido una complicación. Deanna había perdido tanta sangre al romper la ventana de la cocina que había necesitado cinco transfusiones de plasma. También le habían inyectado sangre porque había empezado a tener síntomas de anemia aguda: frío en las extremidades a pesar de tener el tronco caliente y unas preocupantes dificultades respiratorias.

Había surgido una complicación. Se le había formado un coágulo de sangre, tal vez en una de las heridas, probablemente a causa de una reacción adversa a la sangre que le habían transfundido. El doctor Prabinder no había querido hacer especulaciones. El coágulo había pasado al torrente sanguíneo de Deanna y seguramente había estado



circulando por su cuerpo durante un tiempo antes de alcanzarle el pulmón izquierdo.

Había surgido una complicación. Una embolia pulmonar, lo había llamado el doctor Prabinder. En cuanto se la hubieron detectado, la operaron de inmediato, por supuesto. Habían tratado de extirparle el coágulo, pero el cuerpo de Deanna estaba demasiado débil para aguantar tantas complicaciones.

—Insisto, señora Caxton —le dijo el doctor mientras apartaba uno de los tabiques móviles. Clara estaba junto a él—. No puede estar aquí, de verdad, los técnicos de la morgue consideran que no es apropiado que la vea en este estado...

—Está hablando con la agente Caxton —dijo Clara al tiempo que le mostraba su placa.

—Ah, no... no lo sabía —se excusó el doctor Prabinder.

—Estamos investigando el homicidio, doctor —continuó Clara al tiempo que volvía a guardar la placa. Lo que estaba haciendo era ilegal. El caso estaba completamente fuera de su jurisdicción y también de la de Caxton. Mentir acerca de una investigación criminal podía costarles el puesto.

Aunque Caxton no diría nada y Clara tampoco. Caxton volvió a cubrir el pecho de Deanna con la sábana. La sangre empapó la tela de forma casi instantánea.

—¿Cuándo...? —preguntó Caxton. No logró pronunciar ninguna palabra más para completar la frase.

—¿La hora oficial de la defunción? —preguntó Clara.

El doctor echó un vistazo a su PDA.

—La madrugada pasada, alrededor de las cuatro quince.

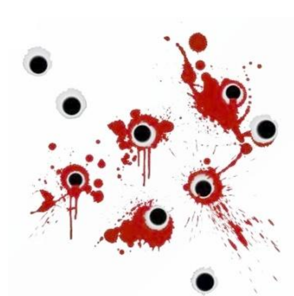
—Antes de que amaneciera —dijo Caxton.

Mientras ella luchaba contra los vampiros en una planta de laminación abandonada, Deanna se estaba muriendo lentamente y nadie se había dado cuenta. No debía de haber nadie con ella. Tal vez si alguien hubiera estado allí, aquello no habría sucedido. Tal vez si Caxton hubiera estado allí, tal vez si hubiera oído la respiración superficial de Deanna, se habría dado cuenta de que le estaba ocurriendo algo malo. Podría haber avisado al médico. Podrían haberla intervenido mucho antes.

O al menos podría haberle sujetado la mano.

—Y yo no estaba aquí —dijo Caxton.

—Vamos, no pienses en eso —la animó Clara.



—Disculpen, sé que éste no es un asunto de mi incumbencia, pero ¿es correcto que esta mujer investigue la muerte de alguien tan cercano? ¿No entrará en un conflicto de intereses?

—Estaba sola —dijo Caxton, ignorando por completo al doctor.

—¿Entró alguien en su habitación anoche? ¿Recibió la visita de alguien? —preguntó Clara.

El médico negó con la cabeza con una expresión de no estar entendiendo riada.

—No claro que no. No permitimos la entrada de visitas a partir de las siete y, además, la señora Caxton había solicitado que un vigilante custodiara la habitación —respondió el médico señalando a Clara con su PDA—. ¿No sabía lo del vigilante?

Clara miró a Caxton y luego a la puerta abierta que tenía a sus espaldas.

—Me acabo de incorporar al caso. Aún estoy un poco perdida.

—Ya... Ya entiendo. —El doctor Prabinder se enderezó y se cuadró—. A ver, vamos a aclarar algo. Yo estoy dispuesto a colaborar con la policía en todo lo que pueda, desde luego. Pero estamos en mi hospital y…

—Doctor —lo interrumpió Caxton al tiempo que se daba la vuelta por primera vez. Le dedicó al médico una mirada dura y autoritaria. Caxton no llevaba el uniforme ni la placa y su arma se había quedado en el maletero del Volkswagen de Clara, pero no importaba: un policía se reconocía por la mirada, una mirada perfectamente indiferente y violenta que dejaba a cualquiera helado—. Necesito saber si anoche ocurrió algo digno de mención. Necesito saber si alguien vio o escuchó algo extraño o fuera de lo común. Cualquier cosa.

—Claro, claro —dijo el médico, que clavó la vista en sus zapatos—. Pero estamos en un hospital situado en una zona urbana muy poblada que cuenta con una unidad de emergencias. Tiene que ser más específica, he visto muchas cosas extrañas... —sus palabras se fueron apagando.

—No me refiero a accidentes morbosos. Yo quiero saber si alguien ha visto a gente sin rostro paseándose por los pasillos. Le estoy preguntando por algún signo de actividad vampírica.

—¿Vampiros? ¿Aquí? —preguntó el doctor. Murmuró algo en hindi que parecía una breve plegaria—. Lo vi en las noticias... Algo he oído, sí, y los cuerpos ingresaron aquí... Pero no, por favor, no, ¡nada de vampiros! Lo juro.

—Bien —dijo Caxton. Entonces agarró la mano de Deanna. Estaba helada, pero la suya también—. Ahora necesito que alguien cosa el

corte de esta mujer para que pueda enterrarla. ¿Será tan amable de velar por ello?

El doctor Prabinder asintió con la cabeza y sacó su teléfono móvil.

—Necesitaré una firma, claro, si no es mucho pedir.

—Desde luego —dijo Caxton.

Entonces la agente sacó su móvil. En su agenda telefónica tenía el número de Elvin, el hermano de Deanna. Esperaba que éste tuviera el teléfono de su madre. De pronto tenía muchas cosas que hacer.

—Lo siento, lo siento mucho —dijo Clara, y trató de abrazarla, pero Caxton ni se la quitó de encima.

—Ahora mismo no puedo sentir nada —intentó explicar Caxton.

No sabía si se trataba de un mecanismo de defensa para evitar que aquel dolor insoportable la afectara, o si Reyes estaba al mando de sus emociones. Para él la muerte de Deanna había sido una lástima por un solo motivo: se había desperdiciado un montón de sangre.

Caxton tenía que hacer muchas llamadas y aún quedaban muchas preguntas por responder. Mantenerse distraída la ayudaría. Alguien tenía que mantener la calma y ocuparse de todo.

Elvin no estaba en casa. Caxton le dejó un mensaje y le pidió que le devolviera la llamada. Alguien del hospital se le acercó y le preguntó qué quería hacer con los órganos. Caxton dijo que donaran lo que aún se pudiera aprovechar. Envolvieron a Deanna y acto seguido se la llevaron. Al cabo de un rato la trajeron de nuevo, no había nada en ella que estuviera en condiciones para donar, llevaba demasiado tiempo muerta y los órganos fundamentales se habían vuelto inservibles. Su piel y sus ojos no eran aptos. Caxton volvió a llamar a Elvin. Alguien del centro de trasplantes fue a buscar a Caxton y le espetó que quién se había creído que era para donar Los órganos de Deanna sin ser familiar directo. La conversación fue interminable. Fue tal vez la primera vez en que Caxton se arrepintió de no haberse molestado en contraer matrimonio. Eso no le habría conferido ningún derecho que ahora no tuviera, pero a lo mejor le habría ahorrado algunas situaciones muy incómodas. Finalmente consiguió contactar con Elvin, que le dijo que acudiría al hospital de inmediato. Llevaría a la madre de Deanna consigo. Caxton cerró la tapa de su móvil y lo guardó. Se dio la vuelta y vio a Clara.

—¿Cuánto tiempo llevo al teléfono? —preguntó.

Tenía la sensación de que habría pasado mucho más tiempo del que creía. Para empezar, ahora se encontraba en una sala de espera. Pero ¿no estaba en la morgue? Aunque no sabía muy bien cómo, la habían llevado a una sala con calefacción y un gran ventanal, donde había sillas cómodas y un montón de revistas viejas. Quizá había sido Clara quien la había acompañado hasta allí.

—Bueno, yo ya he comido. Te he traído un bocadillo.

Clara le tendió una bolsa, Caxton la cogió y la abrió. Atún, carne blanca, mayonesa blanca y pan blanco. No le apetecía nada. Ella quería rosbif. Se indignó y se sintió como una niña malcriada. ¿Por qué Clara no le había comprado un bocadillo de rosbif? ¿Por qué no iba ahora mismo a comprarle un bistec enorme y poco hecho, jugoso y lleno de, de... de sangre?

Puso fin de inmediato a esos pensamientos y empezó a comerse el bocadillo de atún. No iba a dejar que el vampiro viviera a través de ella.

—Oye, hay algo que nadie ha mencionado y que creo que es importante —dijo Clara. Entonces frunció el ceño y los labios, y finalmente lo soltó—. ¿No tendríamos que considerar... —dijo, pronunciando cada palabra por separado—, bueno, la incineración? Caxton parpadeó varias veces.

—¿Te refieres a Deanna? —preguntó—. Claro que te refieres a Deanna. Quiero decir, de momento no ha muerto nadie más. Sí. De acuerdo. Incineración. —No pensaba en lo que decía, más bien repetía lo que iba pasándole por la cabeza—. No.

—No —dijo Clara tímidamente.

—No. Ya has visto toda la sangre. Ningún vampiro dejaría tanta sangre en un cuerpo. Fue tan sólo un accidente, Clara. Un absurdo accidente de mierda. De los que aún suceden, ¿sabes? No a todo el mundo lo mata un monstruo.

Clara asintió con la cabeza, quería apoyarla. Entonces cogió aire para decir algo más, pero se detuvo al ver que la puerta de la sala se abría de golpe. Un hombre de dimensiones considerables y pelo liso y pelirrojo, que le caía por encima de lo hombros, irrumpió en la sala. Llevaba un abrigo de piel de borrego y tenía un aspecto totalmente embotado. Tras él entró una mujer con el pelo teñido a conjunto con el del chico, aunque se le veían las raíces canosas. Inía La cara muy sonrojada, parecía que había estado llorando o bebiendo. Aunque era muy probable que hubiera hecho ambas cosas.

—¿Quién es ésta? ¿Tu nueva novia? —preguntó la madre de Deanna.

—Hola, Roxie —dijo Caxton. Entonces alzó la mirada hacia el hombre fornido y pelirrojo—. Oh, Elvin. Lo siento mucho.

Elvin asintió con su enorme cabeza.

—Sí, claro. Gracias. Muchas gracias —le dijo. Miró a su alrededor como si no estuviera seguro de dónde se encontraba.

—Será mejor que me vaya —dijo Clara.

—Por Dios, no te vayas por mí —dijo Roxie Purfleet. Acto seguido se giró hacia Caxton y le lanzó una mirada desdeñosa—. Veo que no

pierdes el tiempo, ¿eh? La última aún no se ha enfriado y tú ya estás con la siguiente.

Clara pasó por delante de la señora Purfleet en dirección a la salida sin pronunciar palabra. Caxton les pidió a los Purfleet que se sentaran y empezó a contarles todo lo ocurrido.







Deanna estaba muerta. No era difícil aceptarlo objetivamente. Caxton podía retener la información en su mente, darle vuelta y verla desde otro ángulo. Entendía las repercusiones y todo el papeleo que iba a suponerle. Tendría que cancelar las suscripciones de Deanna a varias revistas, por ejemplo. También iba a tener que cambiar las condiciones de SU seguro que, gracias a una treta legal, permitía que el seguro laboral de Caxton cubriera los gastos médicos de Deanna.

Pero todo eso no explicaba ni mucho menos cómo se sentía. Los detalles fundamentales de la vida de Deanna no servían para explicar lo sucedido. Deanna estaba muerta. Era como si el color azul hubiera dejado de existir, algo con lo que Caxton siempre había contado, el elemento alrededor del cual había construido su vida, había desaparecido para siempre.

Sin embargo, lo que más le preocupaba no eran ni el miedo a la soledad ni la pérdida de su compañera; era aquel vacío existencial en su visión del mundo. Deanna se había marchado, para siempre, y había sucedido sin más, en el tiempo que uno tardaba en ponerlo en palabras; Deanna estaba muerta.

Más tarde, mucho más tarde, se encontró a sí misma yendo en coche hacia casa. Roxie Purfleet la había relevado con muy malas maneras en el hospital, convencida de que sabía mucho mejor que ella lo que su hija habría querido que hicieran con sus restos mortales. Se había negado incluso a permitir que Caxton organizara el entierro. El cuerpo de Deanna iba a regresar a Boalsburg, el lugar donde había nacido. Caxton había oído a Deanna echar pestes contra aquel lugar un millón de veces, la había oído quejarse y repetir una y otra vez que había tenido ganas de largarse de allí desde que iba a la escuela. Y, sin embargo, ahora se quedaría allí para siempre.

Pero Caxton estaba conduciendo y tenía que concentrarse. Fijó la vista en las líneas amarillas de la carretera y pronto se dio cuenta de que era incapaz de apartarla. Se obligó a echar un vistazo a los retrovisores y a comprobar su ángulo muerto.

Deanna estaba muerta. Quería llamar a Deanna y charlar de lo que acababa de pasar. Quería sentarse con ella en el sofá un segundo, con la tele apagada, y discutir el significado de todo aquello. ¿Con quién más podía compartir un acontecimiento tan monumental? ¿A quién más podía acudir?

Pero estaba conduciendo, si, vale. Caxton entrecerró los ojos en el momento en el que un camión con remolque pasó rugiendo y sus potentes focos le bañaron la cara de luz. Parpadeó para recuperar la visión y se concentró en el coche, en el disco de velocidad, en la aguja del nivel de gasolina. Lo que fuera con tal de seguir habitando el aquí y el ahora.

Elvin, que tal vez fuera la única persona del mundo que entendía aún menos lo que acababa de suceder que ella misma, había tenido la amabilidad de acompañarla al cuartel general de la Unidad H, donde estaba aparcado su coche. No lo había tocado desde que se había puesto el traje antidisturbios para montar en el Granola Roller. Se acercó al coche patrulla y le acarició la piel metálica, como si fuera una especie de máquina del tiempo que pudiera devolverla al pasado, antes de que Deanna muriera, antes de que ella misma se convirtiera en una medio vampira. Entonces se volvió, porque Elvin estaba allí detrás, sin decidir si debía marcharse o acercarse más, como si su cuerpo se viera impelido en ambas direcciones por una especie de física emocional. Elvin frunció el ceño durante un buen rato y, finalmente, habló.

—Mi hermana te quería mucho—dijo—. Me lo dijo ella misma. Cuando descubrí que era lesbiana sentí deseos de burlarme de ella, pero entonces me aseguró que te quería de verdad y yo me dije que, en ese caso, no podía reprocharle nada. Quiero decir que no elegimos de quién nos enamoramos. Nadie lo elige.

—Supongo que no —respondió Caxton, aunque no entendía qué era lo que quería Elvin. ¿Que le diera un abrazo? ¿Recordar a su hermana?—. Gracias por acompañarme —había añadido entonces. Él había asentido y ahí había quedado todo.

Caxton se secó una lágrima inexplicable, a medio formar. Oh, Dios, estaba conduciendo, tenía que concentrarse, pensar adónde se dirigía. Entonces se dio cuenta de que acababa de pasarse la salida. Frenó y miró por el retrovisor; la carretera estaba desierta. Lentamente, con un sordo sonido de gravilla, dio marcha atrás y maniobró hasta el camino correcto. Luego condujo hasta su casa sin perder la noción del tiempo ni una sola vez. Paró el coche. La luz de los faros se extinguió y todo quedó a oscuras. Se quedó sentada en el coche, contemplando la casa. Deanna siempre dejaba una luz encendida cuando la esperaba.

Fueron los aullidos de los perros lo que la sacaron de su ensimismamiento. Se había olvidado de ellos. ¿Cómo era posible? En

cualquier caso, así era: se había olvidado de los perros, que llevaban más de un día sin comer. Recibían agua automáticamente gracias a una garrafa que poseía un mecanismo automático, pero no habían comido nada. Estarían muertos de hambre. Antes incluso de dirigirse a la casa, salió corriendo hacia la caseta y cogió una bolsa de diez kilos de comida para perros. Ya dentro de la caseta, encendió las luces y soltó un grito ahogado.

Los perros estaban bien, pero alguien había intentado abrir las jaulas. Los galgos estaban acurrucados detrás de los barrotes torcidos y deformados. Aullaban y lloraban, presas de una aterradora confusión. Los barrotes estaban manchados de sangre y de uno de ellos colgaba algo así como una tira de tela. Caxton se acercó un poco más y puso una mano encima de una jaula. Lo que colgaba de los barrotes no era una tira de tela, sino un fragmento de carne arrancada precipitadamente. Allí había estado un siervo y no hacía demasiado. Había intentado matar a los perros, pero sólo había logrado destrozarse el brazo.

Dejó salir a los perros, los abrazó y les llenó los cuencos de comida. El hambre pudo más que su desconcierto y comieron con glotonería. Añadió vitaminas de una botella de plástico y los dejó allí. Regresó al coche y cogió la Beretta con las balas dum-dum. Con manos torpes y medio heladas, cargó la pistola y fue hasta la puerta delantera de la casa.

¿Por qué habían acudido allí? Caxton había creído que si la casa estaba vacía, iban a dejarla en paz. No lograba entenderlo. Puso una mano en el pomo de la puerta y supo al instante que estaba abierta. Con cautela, por si alguien la estaba esperando dentro, sacó la linterna y cruzó el umbral.

Un frío silencio la recibió. En la casa soplaba una gélida brisa que se colaba por la ventana de la cocina, cubierta ahora con un cartón; la ventana que había matado a Deanna. El aire cruzaba el pasillo y entraba en su dormitorio. Caxton accionó el interruptor pero no sucedió nada. Levantó la mirada y vio que la lámpara del pasillo estaba aplastada y con las bombillas rotas.

Incluso en la oscuridad, se dio cuenta de que habían saqueado la casa. Había sábanas enrolladas y tiradas por todo el pasillo, como si las hubieran arrancado de la cama. Habían cogido los platos, las cacerolas y la sartén de hierro, y lo habían amontonado todo en un rincón. Había algunas cosas rotas, pero se notaba que quien lo hubiera hecho no había seguido ningún método específico; parecía más bien un trabajo hecho con prisas o en un arrebato. Habían arrancado las fotos de las paredes y las habían tirado por el suelo. Su linterna se detuvo en una y la luz reflejada en el cristal la deslumbró. Se acercó un poco más. Era una foto de Deanna y Caxton en un concurso canino; estaban agachadas y le daban instrucciones a

Wilbur, que caminaba por encima de una barra de equilibrios. Dios, había sido un día increíble. El cristal estaba agrietado y el marco, roto.

Sacó la foto con cuidado y se la metió en el bolsillo en un intento de salvar algo.

El dormitorio estaba hecho un asco. El colchón estaba despanzurrado y había trozos de espuma por todas partes. Aquello parecía obra de unas afiladas zarpas, o tal vez hubieran usado cuchillos. Habían desvalijado también el armario de Caxton y casi toda su ropa estaba amontonada en un rincón. Iba a tardar una eternidad en ordenarlo todo. Se dio la vuelta y ahogó otro grito al ver que el intruso había dejado un mensaje. Éste cubría la mitad de la pared del dormitorio y parecía escrito con sangre:

NO VIVIR =
NO DORMIR
UNETE A MI

No hacía falta una firma para saber quién le mandaba aquel mensaje: Seapegrace, el último miembro de la estirpe de Justinia Malvern. El vampiro quería terminar lo que Reyes había empezado y estaba esperando a que ella se suicidara para luego ayudarle a resucitar a la vampira. Por algún motivo, debía de haber creído que destruir su casa iba a contribuir a que consiguiera lo que quería. A lo mejor había pensado que aquello la deprimiría.

La parte de Reyes que seguía habitando su cerebro emitió un leve latido, como si rechazara aquella idea. Caxton lo entendió, un poco... O, mejor dicho, se dio cuenta de que Seapegrace no había entendido nada. Para aquel adolescente, el vampirismo había sido un don oscuro. ¿Cómo podía alguien no desear aquel poder, aquella fuerza? Con aquel mensaje le estaba diciendo que ya no necesitaba dormir, que podía deshacerse de la prisión de su frágil cuerpo y de sus emociones humanas y convertirse en algo mucho más grande.

—Pero, entonces, ¿por qué se recorta las orejas cada día cuando se pone sol? —preguntó, pero en esa ocasión Reyes prefirió guardar silencio.

Cuando pensaba en el chico muerto, Caxton se sentía más triste que enfadada. Ahora que Seapegrace se había destruido a sí mismo, la

destrucción gratuita de la propiedad de otros era la única válvula de escape que tenía para liberar su furia.

Caxton echó un vistazo en el resto de la casa, pero no encontró nada. Seapegrace y sus siervos se habían marchado hacía rato. Volvió a contemplar la cama y se dio cuenta de no iba a ser capaz de dormir allí otra vez. Entonces decidió llamar a Clara y preguntarle si su invitación seguía en pie. Salió al jardín de atrás, donde la señal del móvil era más potente, y vio el cobertizo de Deanna. La puerta estaba entreabierta, por supuesto. Seapegrace había intentado hacerles daño a los perros. Odiaba todo lo que tuviera relación con los vivos y también habría intentado destruir las obras de arte de Deanna.

Entró en el cobertizo y cerró el teléfono antes de localizar el número de Clara. Accionó el interruptor y las luces se encendieron, las bombillas de cien vatios del techo cobraron vida. El cobertizo parecía estar intacto. Las tres sábanas colgaban del techo y la luz se filtraba por entre la tela y adquiría un tono amarillento y anaranjado. A lo mejor Seapegrace había visto algo en el arte de Deanna; a lo mejor aprobaba el uso de sangre como medio de expresión... Aunque, desde luego, seguro que no había adivinado de qué tipo de sangre se trataba. Se dirigió de nuevo a la puerta, pero cuando ya iba a salir de detuvo en seco. Acababa de oír un paso y no era suyo.

—Laura —dijo alguien y por un momento pensó que era el fantasma de su padre, que habitaba aquellas sábanas, del mismo modo que había habitado el teleplasma del granero de Urie Polder.

Pero era Arkeley, que salió de detrás de una de las obras.

—¡Agente especial! —dijo Caxton. El corazón le latía a cien por hora, pero se fue calmando a medida que lo vio acercarse—. No esperaba encontrarle aquí.

—Laura —repitió—. Lo siento mucho. No era mi intención involucrarla tanto en este asunto.

¿Era posible que se estuviera disculpando por la muerte de Deanna? Para Caxton, la pena se había convertido en una especie de segunda piel, más gruesa, que las palabras de Arkeley no lograban atravesar.

—No pasa nada —dijo. No era cierto, sin embargo, las palabras se le escaparon de forma inevitable, como si se tratara de un bostezo.

—Necesitaba un cebo, la necesitaba a usted porque ellos la necesitaban. La única forma de escapar de una trampa es hacerla saltar antes de que tu enemigo esté totalmente preparado, ¿recuerda?

—Me lo enseñó usted.

Era su cuerpo quien hablaba, no su corazón. Y su cuerpo quería irse a la cama. Clara. Tenía que llamarla. Clara tenía que ir a recogerla. Por

lo menos pasaría una hora antes de que pudiera dormir. Empezó a mandarle un mensaje a Clara porque le pareció que sería más sencillo que hablar con ella por teléfono. Aquella noche ya había hablado suficiente.

—No lo entiende... —insistió Arkeley, pero ella negó con la cabeza—. Laura, necesito que se concentre.

Arkeley se acercó rápidamente hacia ella y Caxton estuvo segura de que le pegaría de nuevo. La agente contuvo la respiración y abrió los ojos de par en par.

—¿Qué es lo que es tan importante? —le preguntó, encontrando por fin su propia voz—. ¿Qué coño es tan importante para que tenga que escucharle nada más y nada menos que esta noche?

Arkeley sacó el arma. Caxton soltó un grito ahogado: no tenía ni idea de qué estaba haciendo.

—Están ahí fuera, esperando a que salgamos de aquí —le dijo—. Son varias decenas de siervos y por lo menos dos vampiros.







—¿Cómo que dos vampiros? —preguntó Caxton—. Pero ¡si los matamos a todos a excepción de Scapegrace! No querrá decir que Malvern... ¡Es imposible!

—No, yo no he dicho eso —respondió Arkeley, que comprobó el mecanismo de su Glock 23. Entonces señaló la Beretta que yacía inerte en la mano de Caxton. Ésta comprobó que hubiera una bala en la recámara y a continuación apoyó el arma en el hombro, con el cañón apuntando hacia el techo—. Malvern está en Arabella Furnace. Le he pedido a Tucker que lo comprobara hace quince minutos y me ha dicho que no se había producido ningún cambio en su condición, de modo que tenemos que haber cometido por lo menos un error.

—Vimos tres ataúdes en la cabaña de caza —insistió Caxton. No quería oír lo que él iba a contestar, aunque oía ya el eco de sus palabras en lo más recóndito de su cráneo.

—Eso no quiere decir que no pudiera haber uno más en otra parte.

Arkeley se acercó al interruptor procurando no dejarse ver a través de la puerta abierta.

—Repasemos lo que sé con seguridad. Vine aquí anoche para relevarla del servicio y destinarla de nuevo a la patrulla de autopistas. Entonces vi que pasaba algo raro. Había unos diez coches y camiones aparcados en la carretera. Eché un vistazo pero no me pareció que ninguno de sus vecinos estuviera dando una fiesta. Abandoné mi propio vehículo y decidí venir a pie a través del bosque. Ya estaban preparando la emboscada. Hay seis siervos escondidos en la rampa de acceso, tres más en el patio contiguo y tres más en el tejado de la caseta de los perros. Seguro que hay más, ésos son tan sólo los que yo he conseguido ver. También he visto a un vampiro que les daba órdenes. Llevaba las orejas recortadas, de modo que asumiremos que se trataba de Scapegrace. Y luego otro vampiro ha salido por la ventana de su dormitorio.

—¿Está totalmente seguro de que se trataba de un segundo vampiro? ¿Pudo verlo bien?



Arkeley negó.

—No puedo estar seguro de nada, pero definitivamente vi a un ser de piel blanquecina y orejas largas. Tenía las manos manchadas de rojo.

Caxton se colocó al otro lado de la puerta, tal como le habían enseñado. Cuando salieran lo harían juntos, mirando en direcciones ligeramente opuestas para poder cubrirse las espaldas.

Caxton le mandó un mensaje de móvil a Clara y le pidió que enviara refuerzos. Entonces llamó a la jefatura de policía para avisar de que un agente estaba envuelto en un tiroteo. Sabía que nadie iba a llegar a tiempo, pues el cuartel más cercano se encontraba a varios kilómetros de distancia. Iban a tener que abrirse paso ellos solos, sin la ayuda de nadie. Levantó los ojos y miró a Arkeley.

—¿Tenemos algún plan? —le preguntó.

—Sí —le respondió él—. Dispararle a todo lo que se menee.

Cruzaron juntos el umbral. Arkeley levantó el arma y disparó incluso antes de que sus ojos se hubieran acostumbrado a la oscuridad. Caxton vio una sombra que se le aproximaba, una sombra con el rostro descompuesto, y disparó a bulto. El engendro se desplomó sin hacer ruido.

De repente estaban por todas partes.

Las sombras se descolgaban de los árboles, pálidas figuras que giraban en círculos a su alrededor como lobos preparándose para un ataque. En esta ocasión no hubo avisos, ni mensajes crípticos para despistarlos. Un siervo salió aullando de la oscuridad, blandiendo un cuchillo de quince centímetros, pero Caxton le partió la cara con el arma. El engendro cayó al suelo, pero no sin que antes tres más se le echaran encima.

—¡Son demasiados! —exclamó Caxton—. ¡Tenemos que salir de aquí!

—¡Váyase! —le respondió el federal con un grito, aunque sólo estaba a un metro de distancia—. ¡Márchese ahora!

Caxton se separó de Arkeley y se dirigió hacia el lateral de la caseta de los perros, con la intención de por lo menos tener algo que le cubriera la espalda. De otro modo podían atacarla por sorpresa. Esperaba que Arkeley corriera también a ponerse a cubierto.

Pero no fue así.

El federal se agachó, en posición de disparo, y se dirigió hacia el espacio entre la caseta de los perros y la casa. Tenía el brazo con el que sostenía el arma levantado y se movía como una veleta mientras apuntaba a asaltantes que ella ni siquiera atisbaba a ver. Apretó el gatillo y un deslumbrante fogonazo salió del cañón de su arma. Junto a ella, a unos pocos centímetros de su hombro izquierdo, un siervo cayó lentamente al suelo, retorciéndose de dolor.

Arkeley dio media vuelta y volvió a disparar... y acto seguido realizó un tercer disparo. Las sombras aullaban y se agitaban en la oscuridad, pero salían sin parar, como si emergieran de la noche, como si se estuvieran descolgando de las nubes iluminadas por la luna. Una sierva saltó sobre los hombros de Arkeley y le mordió el cuello con sus afilados dientes. El federal le aplastó La nariz con el puño que le quedaba libre y se la quitó de encima. Otro engendro se lanzó rodando contra sus piernas y lo obligó a hincar una rodilla. Arkeley le disparó en el pecho y el monstruo cayó de espaldas.

Otro siervo le agarró el arma a Arkeley y le retorció el brazo. Arkeley gritó de dolor. El engendro debía de haberlo cogido con la guardia baja.

Pero bastante tenía Caxton con sus propios problemas. Los siervos iban también a por ella, aunque lo hacían con menos virulencia y con muchos menos efectivos. Era evidente que no la consideraban una amenaza tan grande como Arkeley. Se sintió casi decepcionada.

Disparó a una figura oscura que avanzaba por el tejado de la caseta de los perros y ésta cayó al suelo con un siseo asfixiado. Caxton le pegó una patada en las piernas y notó cómo la carne se despegaba. Otro siervo intentó agarrarla por los hombros desde el tejado. Caxton levantó el arma y disparó sin ni siquiera mirar.

—¡Lárguese de aquí! —volvió a gritarle Arkeley.

Caxton miró hacia donde se encontraba el federal pero apenas logró distinguir su figura. Los esclavos de Scapegrace lo tenían completamente rodeado. Caxton disparó una y otra vez, intentando reducir el número de atacantes al tiempo que se marchaba corriendo, lejos de la caseta. Arkeley estaba a punto de sucumbir y Caxton lo sabía, pero poco podía hacer para ayudarlo: no tenía suficientes balas. Su única esperanza consistía en poder huir y regresar con refuerzos.

El problema era que no sabía adónde debía ir. El camino llevaba a la carretera, donde tal vez pudiera encontrar ayuda. Si llegaba algún tipo de respuesta policial, lo haría desde allí, siempre y cuando Caxton sobreviviera el tiempo suficiente. No obstante, Arkeley le había dicho que había varios siervos apostados allí. Con toda probabilidad la estarían esperando.

Así pues, decidió dirigirse hacia la parte trasera de la casa, donde había una valla de tres metros que cruzaba el bosque. Coocó un pie entre dos tablones, se levantó un poco y se agarró a las ramas que sobresalían por encima de la valla. La adrenalina le dio el empujón que necesitaba para pasar por encima y llegar al otro lado. Entonces se descolgó por el árbol. Las ramas le golpearon en la cara y le arañaron los brazos y las manos. Rodó por un empinado terraplén y terminó en el aparcamiento del colegio que había junto a su casa. El asfalto brillaba bajo la luz de la luna.

Se oyó un disparo al otro lado de la valla. Y luego otro... y aún otro más. Y luego nada. Caxton intentó respirar con normalidad y dominar su miedo. Probablemente Arkeley estuviera muerto, pero aquello tampoco cambiaba su situación.

Los árboles que había junto a la valla susurraron y sus hojas secas crujieron mecidas por el viento. Dos siervos estaban trepando la valla e iban tras ella. La estaban persiguiendo, iban a darle caza en cualquier momento.

Caxton comprobó su arma. Sólo le quedaba una bala y decidió que era mejor reservarla. Se puso en pie y echó a correr.

El edificio del colegio era bajo y de planta rectangular, un buen elemento de referencia para orientarse de noche. Aún no sabía si los siervos eran capaces de ver en la oscuridad absoluta o no. Los vampiros veían el resplandor de la sangre en la penumbra, pero ¿y sus sirvientes? Era una de las muchas cosas que debería haberle preguntado a Arkeley cuando aún podía. Cuando aún estaba vivo.

La culpa le recorrió el espinazo mientras doblaba una esquina y subía por una corta escalera. Era capaz de sentirse culpable y correr al mismo tiempo. Frente a ella había una alambrada; Caxton comprobó que se encontraba en un campo de béisbol. Se coló por un agujero y notó barro debajo de los pies. Frente a ella había un bosque. No le sorprendió: en Pensilvania había bosques por todas partes. Decidió que los árboles le proporcionarían cierto cobijo y que tal vez la ayudarían a esconderse de los siervos. Se internó en el bosque, pero enseguida se dio cuenta de su error. Es imposible correr de noche en un bosque. Por clara que sea la noche, bajo los árboles es diez veces más oscura. Caxton no veía absolutamente nada, de modo que podía golpearse con un tronco o tropezar con unas raíces. Llevaba una linterna en el bolsillo, pero encenderla significaría descubrir su posición al instante.

Sin luz podía romperse el cuello o, peor aún, una pierna. Podía terminar inmovilizada pero consciente, incapaz de huir y sin otra opción que esperar a que los siervos la encontraran. Tenía que salir del bosque lo antes posible, pero no podía regresar por donde había venido.

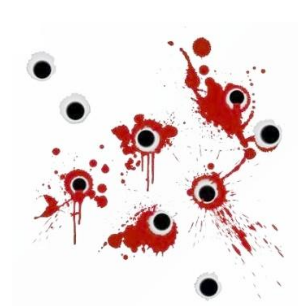
De pronto divisó un resplandor a lo lejos y se dirigió hacia allí, con las manos extendidas para no chocar. Movía las botas a espasmos, pues esperaba tropezar en cualquier momento con un arbusto o meterse en un charco de barro.

La luz revelaba la presencia de un claro de forma extrañamente regular a unos cincuenta metros. Había algunos árboles jóvenes aislados, pero el claro estaba cubierto básicamente de hierba seca. Caxton salió del bosque y se adentró en aquel espacio relativamente luminoso. Sintió que la sensación de alivio le inundaba todo el cuerpo y en ese preciso instante tropezó con una piedra. Se golpeó la

barbilla contra el suelo medio congelado y sus dientes entrechocaron con un sonido horrible.

Rodó de lado, se incorporó y volvió la vista. La piedra con la que había tropezado tenía un aspecto pálido, casi fantasmal, bajo la luz de la luna. Era irregular por la parte superior, pero lisa por los lados; la lluvia y el viento la habían ido erosionando con el paso de los siglos, no obstante, en su día, mucho tiempo atrás, debía de haber sido angulosa y regular. Un bloque de piedra clavado en el suelo. Como una lápida.

Acababa de meterse en un cementerio abandonado.







CAPITULO 50

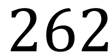
En cuanto vio dónde estaba se preguntó cómo no se había dado cuenta antes. Las lápidas estaban muy erosionadas, el paso del tiempo las había mermado hasta dejarlas a la altura perfecta para que alguien se tropezara. Sin embargo, Caxton distinguía las hileras de lápidas bien ordenadas y, al otro extremo del claro, vislumbró unas barras metálicas retorcidas, los restos de una verja de hierro forjado.

Caxton sabía que la zona rural de Pensilvania estaba llena de pequeños cementerios como ése. Las promotoras inmobiliarias los odiaban porque si querían edificar allí, la ley los obligaba a trasladar los cuerpos. No obstante, lo más habitual era que los dejaran donde estaban. Caxton no se llevó ninguna sorpresa cuando, en una ocasión, encontró un cadáver en el bosque que había detrás de su casa. Algunas décadas o siglos atrás debía de haber habido una iglesia por los alrededores que probablemente había terminado reducida a cenizas o a polvo. Caxton se dijo que no había por qué temer las tumbas. Los vampiros dormían en ataúdes, de acuerdo, pero no se enterraban a sí mismos en antiguos cementerios para sentirse como en casa.

Oyó un golpe a unos diez metros. Alguien había pisado una rama seca, o tal vez una capa de escarcha. Podría haber sido un gato o un ciervo, o una rama que había terminado por ceder. Pero Caxton se quedó helada. Sintió cómo todo su cuerpo se concentraba en sus oídos, pendiente únicamente de anticipar el siguiente sonido.

Oyó un tamborileo, como una traca encendida pero muchísimo más suave. Tal vez algo había pisado una alfombra de pinaza. Caxton se agachó lentamente, centímetro a centímetro, hasta que estuvo tendida en el suelo. Se encogió tanto como pudo, con la intención de hacerse invisible.

—¿Has visto eso? —dijo alguien. Era la estridente voz de un siervo. Tras un instante oyó que alguien respondía algo entre susurros.



Caxton se maldijo por haberse tumbado en el suelo, por haberse movido. En la oscuridad, si se hubiera quedado inmóvil, a lo mejor los siervos habrían pasado de largo sin darse cuenta.

Tan sólo tenía una bala en su Beretta. La carne de los siervos estaba corrompida y era flácida, de modo que probablemente podría golpear al otro y hacerlo añicos. Pero si eran tres, o si eran más rápidos de lo que esperaba, no tendría ninguna oportunidad.

Se puso tensa, preparada para levantarse y golpear a quien se le acercara. Haría todo lo posible para destrozarlos, si eran dos. Si eran tres o más, se pegaría un tiro en el corazón. Al menos así evitaría terminar convertida en una vampira.

—Allí, ¿lo ves? ¿Qué es eso? —preguntó un siervo.

Eran dos. Tenían que ser dos. Caxton rogó que fueran sólo dos.

Entonces oyó una tercera voz.

—¡Vosotros dos, dejadnos en paz! —dijo otro, otro que debía de estar de pie justo detrás de Caxton.

La agente rodó hacia un lado y miró hacia arriba: una lívida silueta con la cabeza redonda. Llevaba unos vaqueros apretados y una camiseta negra. Tenía las orejas oscuras y recortadas.

Scapegrace.

Caxton alzó la pistola y disparó su última bala justo en el pecho del vampiro. La bala le atravesó la camiseta y se perdió entre los árboles. El pálido cuerpo del vampiro no presentaba ni un simple rasguño. Caxton tampoco esperaba matarlo, pero él, incluso en la oscuridad, había percibido el resplandor sonrosado de la sangre fresca que corría por debajo de su piel. Sin embargo, había supuesto que al menos lo obligaría a dar un paso atrás, o que soltaría un gruñido. El vampiro ni siquiera sonrió, simplemente se agachó junto a ella y tocó la lápida con la que Caxton había tropezado. A ella no la miró, tampoco la tocó.

La agente intentó hacer una pregunta pero las palabras se le ahogaban en la garganta.

—¿Qué...? ¿Qué vas a hacer conmigo...?

—No me hables —la interrumpió él—. No digas nada a menos que yo te lo ordene. Puedo matarte —añadió—. Puedo matarte ahora mismo. Si tratas de huir te atraparé. Soy mucho más rápido de lo que solía. Pero quiero mantenerte con vida. Bueno, ésa es la orden que debo cumplir, supongo que ya sabes lo que Malvern quiere. Aunque también me ha dicho que si te hago algo de daño no pasa nada, que incluso ayudará.

Entonces la miró a los ojos y Caxton se estremeció al ver que el vampiro era tan joven. Scapegrace se había suicidado siendo tan sólo

un niño, o tal vez un adolescente de no más de quince o dieciséis años. Tenía un cuerpo enclenque y encorvado que daba pena. La muerte no lo había convertido en adulto de la noche al día. Seguía pareciendo un niño.

—Por favor, no me mires así —le dijo—. No lo soporto.

Caxton apartó la mirada rápidamente. Sabía que sus propios rasgos debían de estar asolados por el miedo. Notaba cómo un moco le resbalaba por el labio superior y el sudor frío que le empapaba la frente.

—Puedo ver algunas cosas en la oscuridad, pero no puedo leer esto —le dijo el vampiro a Caxton mientras recorría con los dedos la superficie de la lápida.

Las letras se habían borrado casi por completo, aunque todavía podía verse algún ángulo o fragmento de una florida inscripción.

—A lo mejor tú lo ves mejor. Léemelo.

A Caxton le tembló la garganta y tuvo la sensación de que estaba a punto de vomitar. Intentó recuperar el control de su cuerpo y, a pesar de que tardó un poco, finalmente lo logró. En realidad no podía leer lo que ponía, pero se le ocurrió que quizá lograría descifrarlo si reseguía las letras con las yemas de los dedos. El miedo le atravesó el brazo como una lanza en cuanto lo alzó para recorrer la superficie de la piedra con un dedo. Logró descifrar parte de la inscripción:

ST PH N DELANC

JU 854 - JULIO 1854

Caxton le transmitió lo que había descubierto:

—Creo... Creo que pone Stephen Delancy y que murió en julio de 1854. La fecha de n-n-nacimiento es más d-d-difícil de d-d-descifrar —tartamudeó.

Caxton sintió como si le estuvieran echando un cubo de agua helada por la espalda. En parte debía de tratarse de aquella extraña sensación que sentía cada vez que se acercaba a un vampiro, la sensación de frío que ya había notado estando junto al ataúd de Malvern o cada vez que Reyes la había tocado. Pero la mayor parte de aquel pánico que le subía por la piel debía de provenir del hecho de que el vampiro podía matarla en cualquier momento. Podía

hacerla pedazos incluso antes de que a ella le diera tiempo de alzar los brazos para protegerse.

—¿Tú cuándo crees que nació, en junio o en julio? ¿Vivió durante un mes entero o tan sólo unos días? —Scapegrace se arrodilló junto a Caxton y pasó una mano por encima de la lápida como si acariciara el rostro del bebé que había enterrado debajo—. Supongo que sólo hay una forma de averiguarlo.

—¡No! —gritó Caxton, al tiempo que el vampiro clavaba sus pálidos dedos en el suelo y empezaba a apartar puñados de tierra.

Caxton se abalanzó sobre él por la espalda y le golpeó la nuca con la pistola descargada. Al fin logró que el vampiro reaccionara.

Scapegrace se volvió, aún de rodillas, agarró a Caxton por la cintura y la arrojó al suelo. La Beretta descargada voló por los aires y se perdió en la oscuridad. Caxton no pudo seguir su trayectoria porque estaba demasiado ocupada dando tumbos por el suelo. Dio una voltereta hacia atrás al tiempo que agitaba los pies y pataleaba en vano. Chocó con el codo contra una piedra y el dolor le atenazó el brazo. Creía que no se había fracturado nada, tan sólo se había golpeado el hueso de la risa.

Para cuando pudo ponerse en pie de nuevo, Scapegrace ya había cavado un agujero de un metro de profundidad. Caxton aún sentía cómo los huesos y el cartílago de la mano le latían de dolor, pero pronto estaría bien. Sin embargo, en cuanto el vampiro sacó la caja de madera del agujero, Caxton se dio cuenta de que estaba llorando. Presa del miedo y el horror que aquello le producía, pensó que de un momento a otro iba a ponerse a gritar y a correr aun sabiendo que el vampiro la perseguiría.

La caja era de madera clara, tal vez de pino, y estaba plagada de carcoma. Estaba tan descompuesta que Caxton no hubiera podido decir si originalmente había contado con detalles ornamentales o no. El ataúd, que era del tamaño de un niño, se partió en las manos de Scapegrace, a pesar de que éste intentaba tratarlo con suavidad. El vampiro apartó los pedazos de madera pastosa y la tierra y los sedimentos que se habían amontonado alrededor del cuerpo que yacía en el interior del ataúd.

—Mi familia celebró un fastuoso funeral en mi honor —le contó a Caxton—. Yo pude verlo todo desde las alturas, iba flotando por la iglesia como si fuera un fantasma. Acudieron todos mis compañeros del colegio. Se acercaron uno por uno a mirarme la cara; algunos lloraban, otros comentaban cosas. Había gente a la que ni siquiera conocía. Chicas con las que me había cruzado en el vestíbulo y nunca me habían hablado, ni siquiera cuando necesitaban un bolígrafo y yo tenía de repuesto. Algunos estaban muy afectados, como si finalmente hubieran comprendido lo que me habían hecho, lo mucho que había sufrido. Eso fue la ostia. Aunque nadie me tocaba.

Tiernamente apartó los escombros que cubrían el diminuto cuerpo con el dedo pulgar.

—Por favor —dijo Caxton con voz lastimera y entrecortada—. Por favor, por favor.

El vampiro no la golpeó pero tampoco dejó de hacer lo que estaba haciendo. Sacudió con suavidad el ataúd, y escombros, tierra y otras substancias cayeron al suelo. A Caxton le subió una arcada y apartó la cara, avergonzada por ser tan poco respetuosa pero incapaz de contener el vómito, que soltó allí mismo.

—Cuando la observas desde el otro lado la muerte ya no asusta. De hecho, se convierte en algo fascinante. En gran medida ser un vampiro es algo fascinante. Te cambia la perspectiva por completo.

Scapegrace posó la mano izquierda sobre algo redondo, algo del tamaño de una manzana, y lo arrancó del ataúd con un golpe de muñeca. Tiró el resto del cadáver del bebé en el agujero y lo cubrió de tierra de un puntapié. Entonces se dio la vuelta y le mostró a Caxton lo que había encontrado.

Era el cráneo. El cráneo de Stephen Delancy, que había estado enterrado durante ciento cincuenta años.

—Mira —le dijo a Caxton— tan sólo tenía unos días cuando murió. Le mostró el cráneo. Estaba llenísimo de tierra y manchado de fluidos secos. Daba grima verlo, era asqueroso—. Tal vez ni siquiera llegara a nacer. —Examinó la medida del cráneo—. Esto servirá —dijo.

El vampiro frotó el cráneo con los pulgares y entonces fijó la mirada en las cuencas oculares del bebé al tiempo que canturreaba con dulzura. Caxton no entendió lo que estaba diciendo, ni siquiera estaba segura de que se tratara de palabras.

Cuando terminó, cerró los ojos y extendió una mano, el cráneo osciló sobre su mortecina palma. Tras un instante el cráneo empezó a agitarse tanto que se tornó borroso ante la mirada atónita de Caxton. El cráneo emitió un sonido, un gemido lastimero que era imposible que hubiera producido por sí solo; ni siquiera tenía mandíbula inferior. El grito se hizo cada vez más intenso hasta el punto que Caxton tuvo la necesidad de taparse las orejas. Sin embargo, cuando iba a hacerlo Scapegrace le puso el cráneo en las manos.

—Sujétalo —le dijo, y Caxton pudo oírlo perfectamente por encima del gemido—. Vamos, mis oídos son más sensibles que los tuyos. ¡Sujétalo!

Caxton lo cogió con las manos y el grito cesó al instante.

—Voy a llevarte conmigo a la guarida de Malvern, pero para eso necesito que te comportes. Así que haremos un jueguecito. Tendrás que sujetar a Stephen con las dos manos, porque ésta es la única

forma de mantenerlo callado. Asiente con la cabeza para que sepa que me sigues.

Caxton se estremeció y su cabeza se bamboleó como si no estuviera unida al cuello. Rodeó el cráneo con las dos manos. Notó cómo algo se movía y traqueteaba, un insecto escondido en la tierra que llenaba las cavidades nasales del bebé. Caxton gimió un poco, pero no soltó el cráneo.

—A partir de ahora tendrás que cuidarlo. Si apartas una mano, o lo sueltas, o lo aplastas porque lo sujetas demasiado fuerte, oiré sus gritos. Y entonces me veré obligado a hacerte daño. Mucho, mucho daño —la amenazó. Entrecerró sus ojos rojos y le dedicó a Caxton una mirada malévola—. Te partiré la columna vertebral. Sabes que puedo hacerlo, ¿verdad?

Caxton asintió de nuevo. Le temblaba todo el cuerpo.

—Muy bien, Laura —le dijo—. Andando.







Scapegrace la condujo a través del bosque y al cabo de un momento aparecieron de nuevo en el aparcamiento del colegio. Caxton echó un vistazo a los alrededores. Tenía la esperanza de que alguien los viera y llamara a la policía, pero no tuvo esa suerte. Deanna y ella habían elegido aquella casa por su ubicación en medio del bosque. Allí tenían espacio para el cobertizo y la caseta de los perros, y no había vecinos que pudieran quejarse de los extraños ruidos que hacían a veces los lebreles. Por la noche la zona era verdaderamente solitaria.

Un coche, un sedán blanco último modelo, los esperaba en el aparcamiento con el motor en marcha y los faros encendidos. En el asiento del conductor iba el doctor Hazlitt, que parecía nervioso.

—Malvern le ha prometido a Hazlitt que será uno de los nuestros —le explicó Scapegrace. El vampiro estaba detrás de ella, tan cerca que notaba su frío aliento en la nuca—. Le ha prometido muchas cosas.

El vampiro le abrió la puerta del pasajero. Caxton difícilmente podría haberlo hecho sola con el cráneo maldito del bebé entre las manos. La agente subió al coche y se dio cuenta de que tampoco podía abrocharse el cinturón, pero supuso que no pasaba nada.

—Hola, agente —dijo Hazlitt. Caxton ni siquiera lo miró. El médico suspiró y volvió a intentarlo—. Sé que ahora mismo no hay demasiados motivos para que le caiga muy bien, pero en unas horas seremos aliados. Así es como va a terminar este asunto. Ahora ¿podemos comportarnos civilizadamente?

Al ver que Caxton no respondía, puso el coche en marcha y se dirigió a la autopista para tomarla en sentido sureste, hacia el sanatorio para tuberculosos donde Justinia Malvern esperaba con serenidad.

Iban a obligarla a suicidarse. Sabía desde hacía tiempo que la intención de los vampiros era ésa, pero aún no había imaginado cómo iba a producirse en realidad. Reyes había querido que fuera ella quien lo decidiera y a punto había estado de convencerla de que se pegara un tiro. Sin embargo, había perdido mucho tiempo en el intento y el sol había salido antes de que pudiera terminar. Scapegrace no iba a

cometer el mismo error: la obligaría a hacerlo. A juzgar por las técnicas de persuasión que había empleado hasta el momento, Caxton imaginó que la torturaría hasta que deseara quitarse la vida. Entonces el vampiro le proporcionaría los medios necesarios para ello.

Arkeley no podría detenerlos en esta ocasión. Arkeley estaba muerto. «Esta noche voy a morir», pensó Caxton. «Y mañana regresaré de entre los muertos como vampira».

Quería plantarles cara. Lo deseaba con todas sus fuerzas, tenía tantas ganas de matar al vampiro y al médico que se estremeció. El torrente sanguíneo se le llenó de adrenalina, que la impulsaba a actuar. Pero ¿cómo iba a hacerlo? No tenía armas y no sabía artes marciales.

Se encontraba al borde de un ataque de pánico y su respiración se volvió rápida y superficial. Empezó a hiperventilar. Era consciente de que estaba sucediendo pero no sabía cómo detenerlo. Hazlitt le echó un vistazo con cara de preocupación.

En el asiento trasero, Scapegrace parecía más grande de lo que era en realidad, como un tejido hipertrofiado, blanco y fofo como un cáncer.

—Tan sólo está asustada y se le ha acelerado el pulso. A lo mejor se desmaya.

—Sí, gracias —le espetó el médico—. Conozco los síntomas de un ataque de ansiedad. ¿Crees que deberíamos sedarla? Podría hacerle daño a alguien.

—¿A alguien? ¡Puede hacerte daño a ti! —le respondió Scapegrace con una sonrisita—. No te preocupes. Si le da un ataque o algo, yo la cojo.

Pequeños destellos de luz estallaron frente a los ojos de Caxton. Cruzaron su campo de visión y desaparecieron tan rápidamente como habían llegado. Tenía la garganta seca, rasposa y muy fría por el aire que entraba y salía de sus pulmones. Notaba cómo le latía el corazón en el pecho. Entonces aparecieron unas franjas negras en las partes superior e inferior de su campo de visión, como cuando daban películas antiguas por la tele. Las franjas se fueron volviendo más anchas y un agudo pitido le invadió los oídos. Todo se volvió borroso, y el mundo se desenfocó.

Oía hablar a Hazlitt y a Scapegrace, aunque era como si sus gritos le llegaran a través de gruesas capas de lana. El pitido ahogaba sus voces. Caxton notaba su cuerpo, pero estaba totalmente entumecido, inerte, como muerto. Si hubiera querido, se habría podido mover, pero en ese momento no quería.

Su miedo había desaparecido por completo.

Ésa era la mejor parte. Sabía que las cosas seguían pintando fatal y que no iban a terminar bien, sin embargo, al menos se había librado de su miedo y podía pensar con claridad otra vez. No quería enderezarse, un movimiento tan brusco podía hacer que el miedo regresara, pero miró a través del parabrisas para ver hacia dónde se dirigían. Frente a ellos había algo, aunque no era la autopista. Era pálido y grande y tenía las orejas de punta. Era un vampiro, a lo mejor se trataba de Malvern. El vampiro levantó las manos y le mostró las palmas cubiertas de sangre: se las tendía como si se tratara de una ofrenda.

Scapegrace le dio una colleja y Caxton sintió que los ojos le daban vueltas. Volvía a estar centrada y el pitido de los oídos había desaparecido.

—Te he preguntado que si estás bien —chilló Hazlitt. Con una mano le estaba palpando el cuello, tal vez le estuviera buscando el pulso.

Caxton quiso quitárselo de encima, pero entonces bajó los ojos y vio que seguía sujetando el cráneo del bebé con ambas manos. No sabía qué había pasado, pero la verdad era que había logrado que no se le cayera. De pronto recordó que no debía soltarlo. Se apartó de Hazlitt con los hombros como buenamente pudo.

—Estoy bien —logró decir. Su voz sonó más débil de lo que ella se sentía—. ¿Qué ha pasado?

—Se ha desmayado —le dijo el médico y en su voz se notaba que se lo estaba pasando bien.

Caxton frunció el ceño: no era el tipo de mujer que se desmayaba. Sin embargo, se acordó de algo. En una ocasión, ella y Ashley, la predecesora de Deanna, habían ido de vacaciones a Hershey y Caxton había estado bebiendo martinis de chocolate hasta caer fulminada. Se había despertado en el suelo del aseo de mujeres, rodeada de camareras que la miraban con cara de susto. En aquel momento había tenido una sensación muy parecida a la que estaba experimentando en esta ocasión, aunque ni siquiera entonces había pasado tanta vergüenza.

«Guau», pensó. Si Arkeley la hubiera visto en ese momento, habría tenido la confirmación a todas las cosas horribles que le había dicho. Por suerte no iba en el coche. Porque estaba muerto.

Movió los músculos faciales, estiró la mandíbula e hinchó los carrillos con la esperanza de que aquello la ayudara a espabilarse. Cuando llegaron al hospital se sentía más o menos recuperada. Hazlitt aparcó en el jardín, junto a la estatua de la Higiene, y bajaron atropelladamente del coche. Caxton se concentró en que no se le cayera el cráneo, a pesar de que tenía las manos sudorosas.

Había doce o trece coches más aparcados de cualquier forma sobre el césped. Estaban todos vacíos. Una hoguera ardía cerca de la entrada

del hospital. Caxton no creía que los oficiales de prisiones que vigilaban el lugar hubieran decidido organizar una pequeña barbacoa improvisada. Y estaba en lo cierto: tan vigilantes alineados en el suelo, junto a la hoguera. Tenían las manos atadas a la espalda y la cara contra la hierba.

Pensó que debían de estar muertos y la idea casi le supuso un alivio. Sin embargo, de repente uno de ellos se movió y el cuerpo de Caxton volvió a estremecerse de horror.

Tucker, el guardia que había ayudado a Arkeley a encontrar la información personal de Reyes, alargó el cuello para intentar ver quién había llegado. Caxton hizo todo lo posible para apartar la cara, mas fue inútil. Sus miradas se cruzaron por un momento y fue como si mantuvieran una conversación, como si poseyeran la magia de los vampiros y pudieran comunicarse con la luz de la hoguera que se agitaba en sus ojos.

«Lo siento», intentó decirle. «No puedo hacer nada».

Los ojos de Tucker eran legibles a seis metros de distancia. «Por favor», decían. «Por favor. Ayúdeme, por favor».

Ése era su trabajo, desde luego: ayudar a la gente. Sin embargo, en ese momento no se sentía nada dispuesta a cumplir con su obligación. Tucker iba a morir porque ella no había sido lo bastante fuerte. Lo mismo que todos los demás. Caxton tenía las manos manchadas de sangre, al menos metafóricamente.

—¿Ese tío significa algo para ti? —le preguntó Scapegrace.

Pero ni siquiera le dio la oportunidad de decir que no. Se acercó hasta donde estaba Tucker y, con un solo brazo, levantó al pesado guardia del suelo. Tucker debía de pesar unos cincuenta kilos más que el vampiro, pero a éste no pareció importarle demasiado. Scapegrace acercó su boca llena de dientes al cuello de Tucker y lo mordió casi con delicadeza, como si estuviera mordiendo una manzana y no quisiera desperdiciar ni una gota de jugo. Luego empezó a chupar.

Caxton no pudo hacer nada más que gritarle que se detuviera, pero fue como si le gritara a una avalancha: si sus ruegos tuvieron algún efecto, fue más bien el de espolearle. La cara del guardia adquirió un color mortecino, primero gris y luego blanco. Aunque en ningún momento llegó a ser tan blanca como la piel del vampiro. Se le pusieron los ojos en blanco y comenzó a temblarle el cuerpo, pero no gritó. Tal vez Scapegrace le había aplastado la laringe. Cuando hubo terminado, el vampiro arrojó el cuerpo al suelo. Ya no le servía de nada. Tenía los labios manchados de sangre rojísima.

—Van a morir todos —le dijo el vampiro.

Uno de los otros guardias gimoteó. Otro se puso a rezar con voz lastimera y temblorosa. Fue el siguiente al que Scapegrace atacó.

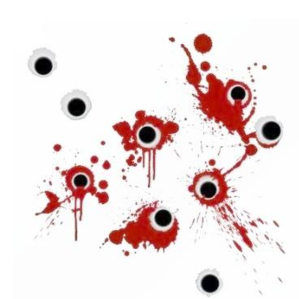
Después de que hubiera dejado seca a la tercera o la cuarta víctima, Hazlitt carraspeó y dijo:

—Deja a los demás por ahora. Justinia quiere hablar con nuestra invitada.

Scapegrace se levantó de golpe y se limpió la boca húmeda con el brazo. Entonces cruzó el jardín a tal velocidad que el aire se agitó a su paso. De pronto tenía el cuello de Hazlitt entre las manos. A continuación obligó al médico a agacharse sobre la hierba húmeda hasta que lo tuvo de rodillas frente a él, mirándolo a los ojos, con la frente perlada de puro terror.

—Aún no eres uno de los nuestros —dijo Scapegrace—. ¿Crees que podrás recordarlo?

El médico asintió enérgicamente. El vampiro lo soltó y entraron todos en el viejo sanatorio.







El pequeño cráneo que Caxton llevaba en las manos se tambaleó u estuvo a punto de caérsele. La agente soltó un chillido ahogado que hizo que Scapegrace y Hazlitt dejaran de caminar y se volvieran para ver qué pasaba. El vampiro le dedicó una sonrisa burlona al ver el apuro en el que se encontraba.

De la cuenca derecha del cráneo había salido un ciempiés, con unas patas largas y peludas, que había empezado a subir por el anverso de la mano de Caxton. Tenía el cuerpo blando y viscoso. Las patas del animal le provocaban escalofríos. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no sacudírselo con un manotazo. Sabía que si lo hacía, Scapegrace le partiría el espinazo al instante y, a continuación, le pondría el ciempiés en el pelo sólo para torturarla.

Dobló ligeramente las rodillas, apretó los dientes e intentó ponerse nerviosa. Era sólo un bicho, se dijo. Era extremadamente improbable que fuera venenoso.

Poco a poco, levantó el cráneo hasta tenerlo a la altura de la boca. Luego, inspiró y soltó el aire con fuerza encima del ciempiés, con la esperanza de lograr que se le cayera de la mano. La cabeza del bicho se elevó por culpa de la corriente de aire, pero el animal afianzó las patas traseras entre sus nudillos. Caxton sopló con más fuerza, cada vez más rápido, hasta que empezó a marearse y pensó que iba a desmayarse otra vez.

Scapegrace soltó una carcajada burlona. Entonces cogió aire y sopló sobre el ciempiés, que cayó de la mano de Caxton. El vampiro sacudió la cabeza con expresión divertida y le hizo un gesto para que lo siguiera.

—Por aquí —le dijo—, si ya estás en condiciones.

Hazlitt se les adelantó, penetró en la oscuridad y abrió la luz del pasillo. Habían roto todos los fluorescentes del techo excepto uno. Éstos colgaban encima de la cabeza de Caxton como dientes de cristal y de vez en cuando soltaban un destello. A Caxton, la poca luz que quedaba le alcanzaba apenas para encontrar el camino hasta el

otro extremo del pasillo. Se dirigían directamente hacia el ala privada de Malvern, la agente reconoció el camino de sus víctimas anteriores.

Scapegrace le dirigió una mirada a Hazlitt, apartó la cortina de plástico y entró. Caxton empezó a seguirlos, pero el médico la tomó del brazo y le indicó que no con la cabeza. Esperaron juntos un buen rato, mientras oían a Scapegrace regurgitar su cargamento de sangre robada. De la sangre de Tucker, se dijo Caxton. A lo mejor incluso también de la de Arkeley. Estaba alimentando a Malvern, por supuesto, tal como Lares hizo la noche en que Arkeley lo mató. Cuando Scapegrace hubo terminado y los ruidos cesaron, Hazlitt le hizo un gesto con la cabeza. Entonces Caxton apartó la cortina de plástico y entró en la habitación azul. La cabeza le dio vueltas y se le desenfocó la mirada mientras intentaba acostumbrarse a la oscuridad. Le pareció que alguien gritaba su nombre y poco a poco fue recuperando la lucidez. Estaba tan asustada que debía de estar volviéndose loca. «Laura», oyó una vez más. Era una voz de mujer. ¿Habría sido Malvern? No, era imposible. A Malvern se le habían secado las cuerdas vocales hacía cien años.

«Laura».

Lo oyó con tanta claridad como si hubiera alguien a sus espaldas, llamándola. Se dio media vuelta a sabiendas de que no iba a encontrar a nadie. Era como si estuviera hablándole un fantasma, como el del granero de Urie Polder.

—¿Agente? —preguntó Hazlitt, con expresión de preocupación.

—Nada, nada —respondió Caxton.

Sus ojos se fueron adaptando poco a poco a la luz azulada. Vio que la habitación había cambiado un poco. El instrumental médico estaba amontonado al fondo de la sala, y los micrófonos y demás aparatos que en su día colgaban del techo para controlar en todo momento el estado de Malvern habían desaparecido. El ordenador portátil seguía allí, encima de un taburete metálico. Caxton echó un vistazo dentro del ataúd, que seguía colocado encima de los caballetes: estaba lleno de sangre casi hasta el borde. Estaba segura de que Malvern se encontraba allí dentro, sumergida bajo el líquido oscuro, pero Caxton era incapaz de distinguir siquiera una sombra debajo de la superficie inmóvil. De pronto, como si se tratara de una respuesta a su mirada fija, la sangre se agitó ligeramente y cinco diminutas púas asomaron a la superficie. Sobresalieron un poco más aún y Caxton vio que se trataba de uñas.

La sanguinolenta mano de Malvern emergió de la bañera de sangre, los dedos empapados de fluido coagulado. Había más carne en los huesos que antes. Desde luego, estar sumergida en sangre humana estaba teniendo el efecto deseado en al vampira. Estaba rejuvenecida, revivificada. Su mano se acercó al teclado del

ordenador y empezó a teclear. Letra a letra, escribió un mensaje para su nueva invitada:

bienvenida seas, laura

Cuando la vampira hubo terminado de escribir, volvió a meter la mano en el ataúd. Todo había sido tan discreto, majestuoso y cortés que a Caxton casi le entraron ganas de hacer una reverencia y darle las gracias a su anfitriona por su hospitalidad. Scapegrace le dio a Caxton un golpecito en el hombro y ésta se volvió. Lo que vio la dejó sin aliento: del techo colgaba una soga sobre una silla de madera.

—Eso es… para mí —tartamudeó Caxton—. Para que… para que… pueda matarme y completar el rito.

—Sí —dijo Hazlitt—. Quiero que sepa que yo había propuesto una inyección letal. Ya tengo una preparada para mí, pero no han querido oír hablar de ello.

—Así es como lo hizo tu madre, ¿no? —preguntó Scapegrace. Su voz sonó casi solícita, como si realmente quisiera asegurarse de haberlo entendido correctamente—. ¿Verdad que se ahorcó? Esa simetría nos gustó mucho.

—Sí, así es —dijo Caxton y asintió, en un esfuerzo por mostrar una indiferencia que en realidad no sentía. El estómago le hervía y sentía acidez, pero se esforzó para que no se le notara. «Simetría». Era evidente que eso tenía que resultar atractivo a la mente retorcida y obsesiva compulsiva de un vampiro—. Se ahorcó. Yo era muy pequeña. ¿Ha llegado el momento? —preguntó con un nudo en la garganta—. ¿Tengo que…? —No fue capaz de terminar la frase—. Ya sabes…

—Aún no hemos terminado —respondió Scapegrace.

Un siervo entró en la habitación, subió por una escalera de mano y colgó unas gruesas cadenas metálicas del techo. A continuación se llevó la escalera y aparecieron dos siervos más arrastrando un gran saco de lona. Había unas manchas bastante desagradables en el fondo del saco. Los engendros gruñían y maldecían mientras arrastraban el bulto, pero en ningún momento se quejaron de forma explícita. De vez en cuando miraban a Scapegrace como si temieran que éste pudiera destrozarlos de un golpe por pura diversión.

Finalmente abrieron una bolsa. En el interior había un cuerpo humano, un cuerpo voluminoso vestido con un traje negro. Tenía la cara y las manos tan empapadas de sangre que Caxton no podía determinar ni la raza ni el sexo del cadáver.

«No, un momento», pensó. No estaba muerto. Se estaba moviendo, aunque seguramente se tratara tan sólo de movimientos reflejos, temblores ocasionales, un último estremecimiento antes de sucumbir a las heridas mortales. Los siervos le ataron las cadenas que colgaban del techo a los tobillos y empezaron a levantarlo boca abajo. Scapegrace se les acercó y los ayudó a levantarlo. Entonces tiró de él hacia el ataúd, hasta que quedó colgando encima del cuerpo sumergido de Malvern, con aquellos dedos estirados que casi asomaban por encima de la superficie de la sangre acumulada.

El cuerpo osciló a un lado y otro, primero a la izquierda y luego a la derecha. Scapegrace y Hazlitt no perdían de vista la cara de Caxton, como si esperaran algún tipo de reacción. A la agente le entraron ganas de decirles que había visto cuerpos en peor estado; había raspado del asfalto a niñas que volvían del baile de graduación.

Pero entonces se dio cuenta de lo que aquéllos dos esperaban que viera en aquel cuerpo en particular: llevaba una insignia de plata en la solapa, una estrella dentro de un círculo. Era la insignia de un agente especial de los U.S. Marshals.







—¡Arkeley! —exclamó Caxton—. ¡Oh, Dios, es Arkeley! Lo habéis matado.

Ella ya sabía que estaba muerto, casi lo había aceptado, pero ahora tenía la prueba. Las lágrimas le brotaron de los ojos y le mancharon la camisa.

—Oh, no, está muy vivo —le dijo Scapegrace—. O eso espero.

Los siervos se encogieron, asustados, junto al ataúd y Caxton ató cabos. Cuando habían atacado su casa, Scapegrace les había ordenado capturar a los dos policías con vida. A Caxton para que pudiera convertirse en vampira y a Arkeley para poder torturarlo hasta la muerte por lo que les había hecho a Reyes, a Congreve, a Lares, a Malvern y a todos los vampiros que habían caído en sus manos.

Hazlitt le palpó el cuello al federal.

—Aún tiene pulso, es débil pero constante. Y desde luego respira. Aunque está inconsciente, eso sí.

Scapegrace sonrió.

—Pues despertémoslo.

Se acercó al cuerpo colgante de Arkeley y le cogió la mano izquierda. Le acarició la piel manchada de sangre un instante y entonces, sin previo aviso, se llevó la mano a la boca y con un rápido movimiento le arrancó cuatro dedos de un mordisco.

La sangre fresca manó de las heridas y se mezcló con la sangre del ataúd. Los ojos de Arkeley se abrieron y de su pecho surgió un gemido lastimero, parecido al maullido de un gato. El federal cogió aire con un estertor horrendo, que sonó como si algo se hubiera roto en su interior; luego movió los labios como si estuviera intentando hablar.

Scapegrace escupió los dedos arrancados dentro del ataúd de Malvern y éstos se hundieron en la sangre sin dejar rastro.

—¿Cómo dices, agente? Habla más fuerte.

—Agh... —dijo Arkeley. Su voz ronca sonó como si estuviera frotando dos trozos de papel—. Agen...

—Agente especial —terminó la frase Caxton.

Una sonrisa truculenta pero, sí, una sonrisa genuina se dibujó en la cara del federal.

—Cax... —farfulló Arkeley—. Caxt... Tiene, tiene que... —Cogió otra dolorosa bocanada de aire—. Tiene que...

No parecía capaz de expresar lo que estaba pensando. A Scapegrace todo eso no le hizo ninguna gracia. Le cogió a Arkeley la otra mano.

—¿Tienes algo más que decir? —le preguntó—. ¿Unas últimas palabras para tu amiguita? Le has fallado, viejo. Va a morir, tú vas a morir... ¡Todo el mundo va a morir! Les has fallado a todos. A lo mejor quieres decirle que lo sientes. Vamos, díselo al oído. Todos esperaremos aquí pacientemente a que se te ocurran tus últimas palabras.

Caxton se acercó al borde del ataúd y el faldón de la camisa se le empapó de sangre.

—Jameson —le dijo en un susurro. Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila y le sonó muy raro—. No te disculpes, por favor.

—Arrodíllate —le dijo el federal. No era lo que Caxton se esperaba—. Arrodíllate frente a ella.

Caxton retrocedió al oír aquellas palabras, ante la mera idea ele hacer lo que le estaba pidiendo. Buscó los ojos de Arkeley, quería que éste supiera cuánto la había cabreado ver cómo se rendía y que, encima, pretendiera forzarla a aceptar su condena de forma tan entusiasta. Sin embargo, en la mirada de Arkeley había una luz extraña. Las arrugas que rodeaban sus ojos tenían una expresión claramente desafiante.

Nunca antes había estado equivocado. Caxton se arrodilló y agachó la cabeza, como si estuviera rezando en la iglesia. Sin embargo, sabía sin lugar a dudas que iba a necesitar algo más que una simple plegaria para salvarse.

Entonces, allí, de rodillas, vio algo, un bulto escondido en la oscuridad casi absoluta que había debajo del ataúd. Caxton vio la forma triangular de los dos caballetes y entre ambos vio algo más, algo plano y anguloso. Entrecerró los ojos y vio que había algo pegado al

fondo del ataúd con una cruz plateada de cinta americana. Se fijó mejor y por fin lo entendió: era una pistola, una Glock 23.

Arkeley debía de haberla dejado allí. Tal vez lo hiciera durante la noche en que Scapegrace y Reyes fueron a por Malvern y el federal los amenazó con destrozarle el corazón a la vampira. Ya entonces debía de haber planeado ese momento, como lo planeaba todo, teniendo en cuenta cualquier posible contingencia. Así es cómo se lucha contra los vampiros, yendo siempre un paso por delante de ellos.

Caxton alzó la cabeza para estudiar el rostro de Arkeley. Su expresión no revelaba nada. Volvió a mirar la pistola. Sabía que contenía trece balas, la recámara estaría vacía. Alzó de nuevo la cabeza y echó un vistazo a la sala.

—Scapegrace —dijo.

El vampiro se le acercó. Lo tenía a menos de un metro y medio.

—¿Qué?

—¡Cógelo! —dijo al tiempo que tiraba el cráneo al vacío.

Inmediatamente el grito estridente y antinatural del bebé maldito se propagó por el aire. Scapegrace se lanzó a por él.

Caxton desenganchó la Glock del fondo del ataúd. Deslizó el pasador hacia atrás para cargar una bala y vio cómo los ojos rojos del vampiro se ensanchaban. Su cerebro había entendido lo que estaba ocurriendo, pero sus manos continuaban dirigiéndose hacia el cráneo. Lo agarró y lo destrozó sin pensar entre sus pálidos dedos. Una lluvia de amarillentos pedazos de hueso y terrones llenos de gusanos le salpicaron la camiseta. El gemido cesó de golpe.

Caxton apretó el cañón de la pistola contra el pecho del vampiro y disparó. Scapegrace cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra el suelo de cemento. Sus ojos se volvieron para mirar a los de Caxton.

—Bastante bien —dijo, al tiempo que intentaba hincar una rodilla al suelo para levantarse y acabar con ella. Sin embargo, parecía que sus extremidades no estaban dispuestas a colaborar—. Mierda —dijo y cayó de nuevo.

—¡Vamos! ¡Traed refuerzos! —les gritó Hazzlit a los siervos. Uno de ellos se apresuró hacia la puerta del fondo de la sala, buscando refugio en las sombras. Caxton giró sobre sus talones, disparó y la espalda del siervo estalló en una nube de carne corrompida y ropa hecha jirones. Después se volvió para disparar al siguiente, pero éste había desaparecido, ya había huido de la sala. El tercer siervo se puso en cuclillas y se abrazó las rodillas.

A continuación Caxton se volvió hacia Hazlitt. No lo apuntó con el arma; no se debe apuntar con un arma a un ser humano hasta que no estés preparado para dispararle. El medico se es¬condió detrás de

un carrito cargado de material médico y levantó las manos. La agente decidió que era demasiado inteligente como para intentar algo.

Scapegrace había rodado hasta quedar tumbado de costado. Cuando Caxton lo miró, estaba intentando incorporarse de nuevo. El vampiro evitaba cruzar su mirada con la de la agente.

—Me has dado —dijo.

—¿Cómo?

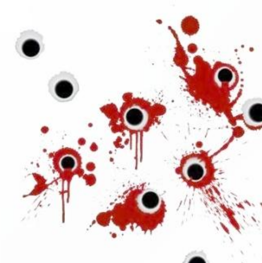
—Me has dado en el corazón —terminó la frase. Hincó una rodilla al suelo, juro le temblaban los brazos—. Eso ha sido muy astuto. —Hincó la segunda rodilla—. Has esperado a que le hubiera dado toda la sangre a Malvern, has esperado a que me debilitara al máximo. Muy astuto. Oye —dijo al tiempo que se ponía en pie—, me iré sin hacer ruido, ¿vale? —Entonces levantó las manos para que quedaran a la vista—. No me mates. —Hablaba casi sin aliento, ¿le había perforado un pulmón?—. Por favor —continuó—. Enciérrame para siempre si quieres, pero no me mates. Aún no tengo ni dieciocho años.

—No —susurró Arkeley detrás de ella. «No lo escuches», intentaba decir.

Arkeley. ¿Aún estaba vivo? No lo estaría por mucho tiempo a menos de que lo bajara y le vendara las heridas. Caxton se dio media vuelta para mirarlo.

Era la oportunidad que Scapegrace había estado esperando. Cruzó la sala como un rayo. La sangre rojísima manó a borbotones del cuello y la barbilla de Hazlitt cuando el vampiro le desgarró al médico la mitad del cuello. Hazlitt soltó un grito ahogado. Caxton disparó a Scapegrace en la nuca, instintivamente, pero ni tan sólo logró ralentizarlo. Le disparó otra bala en la espalda, pero el vampiro tan sólo redobló sus esfuerzos y hundió la cara y sus hileras de dientes triangulares hasta el fondo del boquete que había hecho en el cuello de Hazlitt.

Cada gota de sangre que le chupara lo volvería más fuerte. En cuestión de segundos su cuerpo iba a ser resistente a las balas. Caxton tenía que matarlo inmediatamente. La agente contuvo la respiración, apuntó de nuevo y le disparó en la espalda. La bala se desintegró en el interior del cuerpo del vampiro, que se dobló y aulló de dolor. Se alejó de Hazlitt tambaleándose y cayó sobre los barrotes de varios equipos de perfusión, que se estrellaron contra el suelo con gran estruendo al tiempo que el vampiro intentaba en vano agarrarse a algo para no caer. Las piernas le temblaban como si fueran de gelatina. Se derrumbó en el suelo y finalmente murió entre convulsiones.



Hazlitt echó un último vistazo a la sala. Tenía la cara, el pecho y toda la parte delantera del cuerpo bañada en sangre. Luego cayó de bruces al suelo, tan muerto como el vampiro.

El siervo que se había escondido en el rincón se levantó de un salto y empezó a correr hacia la puerta. Caxton disparó obedeciendo a sus reflejos, sin embargo, falló. Disparó de nuevo y le pulverizó el brazo izquierdo. El siervo lloriqueó de dolor pero no se detuvo. Caxton disparó una tercera bala y el cuerpo del siervo voló en pedazos.





Hay una estaca en tu negro,
burdo corazón.
A los aldeanos nunca les gustaste.
Están bailando y zapateando
sobre ti,
siempre supieron que eras tú.

‹‹Daddy››,
SYLVIA PLATH







—Cinco —gimoteó Arkeley.

Caxton enfundó la pistola en la pistolera vacía del cinturón. Casi encajaba. Aunque le temblaba el pulso, trepó por la escalera de mano y logró bajar a Arkeley al suelo. Encontró vendas y esparadrapo en el carrito con ruedas.

—Cinco —repitió Arkeley, como si acabara de acordarse de algo.

Sus heridas eran espantosas. Los siervos le habían propinado una buena paliza: su piel era un laberinto de cortes, la mayoría de los cuales estaban inflamados, y donde la piel no estaba trinchada o desgarrada, estaba magullada e incluso en algunos puntos se veían marcas de mordiscos. Tenía los ojos tan abotargados que no podía ni abrirlos y tenía también la boca amoratada e hinchada. Además, por supuesto, le faltaban los dedos que Scapegrace le acababa de arrancar. Caxton le vendó la mano izquierda con gasas, que al instante se tiñeron del color rojo intenso de la sangre arterial. Fue aplicando más vendaje a la herida de Arkeley para detener la hemorragia, aunque sin apretar demasiado. Al menos se trataba de la mano izquierda. Aún podría utilizar la mano derecha. Aún podría disparar.

Aunque en realidad todavía no. No podría disparar más, ni aquella noche, ni probablemente tampoco durante varios meses. Ni siquiera podía incorporarse.

A Caxton le entraron sudores fríos cuando se dio cuenta de que durante todo aquel rato había estado esperando que Arkeley se levantara y le pidiera su pistola. Caxton había creído que ella ya había cumplido con su parte y que ahora Arkeley se encargaría del resto.

—Cinco —murmuró el federal.

—Chsss —contestó Caxton.



No sería así. Arkeley no iba a luchar contra los siervos. No iba a salir de Arabella Furnace por su propio pie. Salir de allí dependía de ella, de si era capaz de ir corriendo a por ayuda. A lo mejor lograba salvarle la vida a Arkeley, pero todo estaba en sus manos.

—Cinco.

—Vale ya —dijo Caxton—. ¿Cinco qué? ¿Cinco siervos? Creo que había bastantes más cuando llegué. Porque si estás intentando decirme que aquí hay cinco vampiros activos voy a manchar el uniforme —dijo con una sonrisa al tiempo que le daba unas palmaditas en la mano buena.

Arkeley cogió aire con esfuerzo y dijo precipitadamente:

—Sólo queda un vampiro activo. —Hizo una pausa—. Aún te quedan cinco balas en el cargador —añadió finalmente.

Lentamente, Caxton sujetó la Clock que tenía en el culturen. Sacó el cargador y contó las balas. Tan sólo quedaban cinco balas, tal y como había dicho Arkeley. Era imposible, era imposible que ya hubiera disparado ocho balas, ¿no? Caxton repasó mentalmente su enfrentamiento con el vampiro y se dio cuenta de que, en efecto, había gastado ocho balas.

Volvió a encajar el cargador en la pistola y la enfundó de nuevo.

—A partir de ahora —le dijo Arkeley, moviendo la cabeza de arriba abajo—, ten más cuidado.

Caxton asintió. Aunque seguramente Arkeley no lo vio, pues en aquel momento se apagaron las luces.

Fue tan rápido que Caxton pensó que tal vez había sido fruto de su imaginación. Parpadeó, pero la luz azul no se volvió a encender. La monótona oscuridad invadió todo el espacio que rodeaba a Caxton, una oscuridad tan densa que la agente sintió como si le frotara los ojos secos.

—Dios mío —dijo Caxton—. Lo saben. Saben que ha ocurrido algo. ¿Qué hacemos ahora?

Arkeley no respondió. Entonces Caxton extendió el brazo y le agarró la muñeca ensangrentada. Tenía pulso, aún, pero debía de estar inconsciente.

Caxton rebuscó en sus bolsillos, con la esperanza de encontrar algo que diera luz. Algo, lo que fuera. Scapegrace le había quitado casi todas sus pertenencias: el teléfono móvil, la PDA y las esposas.

—Oh, qué bien —susurró Caxton, aunque no sabía muy bien a quién se dirigía. El vampiro no le había confiscado su linterna mini-Maglite. Probablemente pensó que con aquello no podría hacerle daño a nadie. Caxton se la sacó a Arkeley del bolsillo y lo enfocó. La pequeña linterna proyectaba un haz de nebulosa luz azul pálido que la

deslumbró durante un segundo, que alcanzaba apenas para que Caxton pudiera comprobar que Arkeley aún respiraba.

En una de las paredes de la habitación había un teléfono. Caxton descolgó el auricular y se lo llevó a la oreja. No había señal. La agente pulsó el botón de colgar más de veinte veces en un intento de hacerlo funcionar, pero no hubo suerte. Quien hubiera cortado la electricidad también debía de haber cortado las líneas telefónicas del sanatorio.

Lo que significaba que estaban al corriente de todo. Sabían dónde estaba y cuál sería su siguiente movimiento.

Si los siervos, y el vampiro que quedaba, sabían que Caxton estaba en la sala de Malvern, el primer objetivo que debía lograr era salir de allí. No podía trasladar a Arkeley, pues su peso era mucho mayor que el de ella y jamás lograría arrastrarlo, de modo que tendría que dejarlo allí, tendido en el suelo. Si los malos lo mataban por puro rencor, Caxton se odiaría durante el resto de su vida. Albergaba la esperanza de que los siervos estarían demasiado ocupados intentando matarla a ella.

Iluminó a su alrededor con la linterna, encontró la salida de la sala y corrió hacia el pasillo al que daba la puerta. Dejaría la Glock en la pistolera, así evitaría malgastar una bala si se asus¬taba de su propia sombra. Una precaución típica de Arkeley que, no obstante, ahora se le había ocurrido a ella y que la hizo sentirse bastante orgullosa. Aunque también era cierto que a esas alturas Arkeley ya habría urdido un plan. No sólo eso, sino que estaría ya llevándolo a cabo.

—Piensa —dijo intentando romper la capa de miedo que le cubría el cerebro, como si se tratara de escarcha—. Piensa.

Siendo realistas, ¿a qué podía aspirar? No era lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a solas a otro vampiro y a un número indeterminado de siervos. A Reyes lo había derrotado gracias al amuleto de Vesta Polder y Scapegrace había muerto porque lo había pillado por sorpresa, no porque poseyera ninguna cualidad especial. De modo que, si no podía enfrentarse a ellos, ¿qué podía hacer?

Podía correr. Podía salir del hospital y regresar con refuerzos. Era el único plan realista. Sabía que los siervos harían lo posible por detenerla. Caxton intentó ponerse en la piel, o en lo que quedaba de ella, de un bicho sin rostro. Aún no la habían atacado directamente... y no, no lo harían. Eran unos cobardes, Arkeley ya se lo había advertido. Se replegarían y la dejarían a ciegas y sin posibilidad de comunicarse. Intentarían hacerla salir, la obligarían a meterse en su trampa. Los siervos habían cerrado con llave la entrada principal. Intentar salir por donde había entrado sería un suicidio. Corrió a esconderse en el primer pasillo lateral que encontró.

Se acordó de la primera vez que visitó el sanatorio. Ya entonces pensó que era un enorme laberinto espeluznante. Ahora, con las luces apagadas, era mucho más inquietante y a Caxton le iba a resultar mucho más difícil orientarse. Sabía que tenía que ir en dirección sureste, hacia el ala del invernadero. Sí, eso sería lo ideal. Si lograba salir al exterior se sentiría mucho más segura. Tal vez la luz de la luna le revelaría algo útil.

El haz de su linterna iba un paso por delante de ella, iluminando menos de lo que a Caxton le hubiera gustado. El pasillo que estaba enfocando era una galería repleta de reflejos borrosos y sombras alargadas. Frente a ella podría haber cualquier cosa, cualquier cosa podría estar esperándola. Caxton avanzaba con la espalda pegada a la pared, poco a poco, paso a paso. No tenía alternativa.

Ya había recorrido la mitad del pasillo y comprobado todas las puertas a su paso cuando de pronto oyó un ruido. Era como si algo se moviera en el interior de la pared en la que se apoyaba. Caxton se apartó de un brinco y oyó cómo aquel algo se alejaba al mismo tiempo, como si se hubieran asustado mutuamente. Era un sonido rítmico y chirriante, o mejor dicho un conjunto de sonidos, el tamborileo de unas garras sobre la madera, el ruido de un cuerpo blando arrastrándose por el yeso agrietado. Frente a Caxton, al final del pasillo, algo atravesó la pared y cayó al suelo.

Caxton lo enfocó con la linterna y bajo su haz de luz apareció una rata. El animal miró a Caxton con sus diminutos ojos centelleantes, frunció el hocico y salió disparado.

—¡Menos mal! —dijo Caxton, intentando tranquilizarse. Sus palabras resonaron más de lo que Caxton habría querido.

Unos metros frente a ella, al final del pasillo, un siervo masculló:

—¿Qué ha sido eso?

Caxton se paró en seco. Dejó de respirar. Apagó la linterna. Un diminuto rayo de luz se colaba por los cristales cuadrados de la puerta de doble hoja que había al final del pasillo. Una sombra cruzó aquella luz, una sombra que parecía una cabeza humana.

—¿Lo has visto ? — preguntó otro, con la misma voz chirriante, como el chillido de una rata. Otro siervo—. Ahí hay alguien, se acaba de apagar una luz.

—Ve a por los demás —dijo la primera voz.

La puerta batiente se abrió de golpe y un interminable torrente de siluetas humanas inundó el pasillo.







Caxton fue a coger el arma pero se detuvo. Oyó decenas de pesados pasos que avanzaban por el pasillo hacia ella. No le quedaban más que cinco balas. Sería imposible enfrentarse a tantos siervos con tan sólo una pistola.

De pronto encendió la linterna y los enfocó. Sus rostros desollados y sus ojos vidriosos reflejaron la luz perfectamente. Iban vestidos con andrajos. Uno de ellos llevaba gafas. A varios les faltaba una mano o un brazo. Eran al menos doce y todos ellos iban armados: cuchillos de cocina, destornilladores afilados, hachas y cuchillos de carnicero. Uno llevaba una horca. Cuando entraron en contacto con la luz sus bocas se abrieron de par en par y todos echaron a correr hacia Caxton.

Si se quedaba donde estaba, los siervos iban a cargársela. Entonces apagó la linterna y se fue a toda velocidad hacia la salida. La hoja de la puerta yacía en el suelo de la habitación contigua, como si las bisagras se hubieran podrido.

Al fondo de la habitación había una ventana, pero Caxton vio que estaba protegida por unos barrotes. La habitación parecía la celda de una cárcel. ¿Habría sido la sala de psiquiatría?

Caxton oía que los siervos se le acercaban. Se había metido en aquella habitación por puro instinto, tratando de huir. ¿La habrían visto? No sabía si los siervos veían mejor en la oscuridad que los seres humanos. ¿La habrían visto o no? Se apoyó de espaldas contra la pared, junto al marco de la puerta, y respiró por la boca. Oyó los pasos de los engendros en el pasillo, los oyó arrastrar los pies por el sucio de linóleo y aporrear las paredes de yeso con las manos. ¿Habrían visto dónde se escondía? Tenían que estar muy cerca. Tenían que estar cada vez más cerca.

Le pareció que pasaban de largo por delante de la puerta tras la que estaba escondida, pero debía asegurarse. Asomó la cabeza por el umbral para echar un vistazo y se encontró a uno de ellos que le

devolvía la mirada. Tenía la cara despellejada y en carne viva donde él mismo se había arrancado la piel. Su mirada estaba menos llena de odio que de patetismo, preñada de una tristeza hastiada más profunda de lo que Caxton jamás podría haber imaginado.

Sin pensárselo dos veces, Caxton alargó ambas manos, le agarró la cabeza, se la retorció y tiró de ella. El siervo gritó pero su carne se desgarró. Caxton tuvo más bien la sensación de estar arrancando una rama de un árbol que forcejeando con un ser humano. Los huesos crujieron en el interior del cuello del engendro y finalmente sus vértebras cedieron. Caxton se encontró de pronto sujetando una cabeza humana que la estaba mirando. La tristeza de esos ojos se había convertido en pánico. La boca aún se movía, pero ya no contaba ni con el aliento ni con la laringe para poder gritar.

—¡Puaj! —exclamó Caxton y lanzó la cabeza hacia un sombrío rincón de la sala. Fuera, en el pasillo, el cuerpo del siervo continuaba caminando pero había perdido toda coordinación. No era más que un conjunto de músculos agitándose sin ton ni son. Caxton sintió un profundo sentimiento de culpa y de repugnancia en su interior y creyó que iba a vomitar. Miró hacia el oscuro rincón, preguntándose si la cabeza se estaría moviendo y cuánto dolería que te decapitaran y no morir al instante.

Entonces se acordó de los siervos que se habían mofado de ella mientras los contemplaba desde el tejado de la cabaña de Farrel Morton. Pensó en el que la había atacado con una pala y en el que se había acercado a su ventana y había engañado a Deanna para que se cortara en pedazos. La culpa se marchó volando con alas de polilla.

El cuerpo decapitado aún caminaba, y al cabo de poco se estampó contra una pared y empezó a golpearla con el hombro como si quisiera atravesarla, hasta que quedó hecho jirones.

El resto de siervos se volvieron para ver qué ocurría. Se detuvieron en el pasillo en anárquica formación, con las armas listas para atacar, aunque no la apuntaban a ella. Habían pasado de largo por delante de la habitación sin saber que Caxton se había escondido allí. De hecho, si no hubiera asomado la cabeza, los siervos ya se habrían ido. Era difícil saberlo en la oscuridad del pasillo, pero Caxton imaginó que estarían desconcertados.

La horca que el siervo decapitado llevaba entre las manos cayó al suelo y rebotó con estruendo. Caxton la recogió y se percató de lo mucho que pesaba, sobre todo de la parte delantera. Las púas metálicas se inclinaron hacia el suelo al tiempo que Caxton intentaba levantar la herramienta. Era un arma penosa y, además, Caxton no estaba entrenada para manejarla.

La dejó caer al suelo. Repicó contra el linóleo y entonces Caxton desenfundó su Glock.

La multitud de siervos se echó hacia atrás. Alejándose de ella. Eso estaba bien. Algunos levantaron las manos, aunque no soltaron las armas.

Caxton apuntó con la pistola a uno de ellos y luego a otro. Los hizo estremecerse. No tenían forma de saber cuántas balas le quedaban. La agente salió al pasillo, con la pistola levantada, dispuesta a dispararle al primero que se moviera; tal vez así les entraría el pánico y se dispersarían como ratas asustadas. Caxton se aferró a esa esperanza.

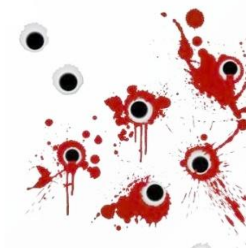
Uno de ellos llevaba unas tijeras de cocina. Las abría y las cerraba nerviosamente, y las hojas refulgían bajo la luz de la luna. Otro iba vestido con una sudadera azul oscuro de Penn State y la capucha le enmarcaba el rostro arrasado. Sujetaba un martillo Con el que podría romperle el brazo a Caxton en un segundo si se le acercaba un poco. Caxton retrocedió un paso. Los siervos avanzaron un paso. Aquello no iBa a funcionar. En cualquier momento iban a dejar de estar asustados y se abalanzarían sobre ella. Era imposible que lograra sobrevivir si todos la atacaban simultáneamente. Si no disparaba pronto se olerían el farol y todo habría terminado.

Se decidió por uno, el que llevaba el martillo. Parecía estar menos asustado que el resto. Caxton se tomó su tiempo para asegurarse un disparo certero, le apuntó justo al corazón y disparó. Al tiempo que apretaba el gatillo pensó: «Cuatro».

El pecho del siervo estalló y Caxton se vio envuelta en un fuerte hedor a carne corrompida. El resto de engendros retrocedieron, pero al cabo de poco volvieron a avanzar hacia ella y blandieron las armas con sus mortecinas manos. Se dirigían hacia ella como si pudieran leerle la mente a la perfección, como si también ellos hubieran contado sus disparos y supieran que estaba perdida.

Caxton liberó otro balazo, desesperada, y se maldijo por disparar sin apuntar ya en el momento en que apretó el gatillo. No esperó para ver dónde impactaba la hala, sino que se dio media vuelta y echó a correr por el mismo pasillo por el que había venido. Sintió que tenía a los siervos a sus espaldas, pisándole los talones. En la oscuridad, oía sus pesados pasos sobre el linóleo. ¿Verían mejor que ella en la penumbra? No lo sabía. No tenía ni idea. Encendió la linterna, pues le interesaba más ver adónde se dirigía que esconder su posición.

Abrió una puerta de un empujón, dobló una esquina, derrapó y a punto estuvo de llevarse por delante un archivador que alguien había dejado en medio del vestíbulo. Lo empujó con la fuerza que le proporcionaba la adrenalina y el estruendo que provocó su caída reverberó por toda la sala. A lo mejor un par de siervos se tropezarían con él.



Hacía tanto frío que al respirar el aire le congelaba la garganta, pero Caxton corría sin cesar, mientras la luz de su linterna brincaba frente a ella, por las paredes y el suelo.







CAPITULO 56

Caxton dobló la esquina de un estrecho pasillo sin ventanas. Se puso en cuclillas en la oscuridad e intentó controlar la respiración y el latido del corazón. La sangre le bombeaba con tanta fuerza en los oídos que tenía la sensación de que cualquiera que estuviera cerca la oiría.

La sangre. Aquél era precisamente el problema, ¿no? Caxton estaba llena de sangre y los siervos querían derramarla, tal vez para vengarse de lo que les había hecho, a ellos y a sus amos. A lo mejor, cuando estabas semimuerto tu corazón estaba lleno de celos hacia los vivos. Querían su sangre. Y luego estaba el vampiro, el vampiro desconocido que rondaba el sanatorio y que también la perseguía, que también quería su sangre, aunque por razones distintas.

Oyó a un siervo que se movía cerca de ella. Sus pies hacían menos ruido sobre el linóleo que un gato cruzando un jardín, pero aun así lo oyó. Nada aguzaba tanto los sentidos como el miedo.

Le quedaban tres balas, pero Caxton sabía perfectamente que no le iban a servir de nada. Podía dispararse una en el corazón; de ese modo, al menos, no se convertiría en vampira.

También podía dispararse en la cabeza. Así sí regresaría de entre los muertos.

¿Sería verdaderamente tan horrible? Sería traicionar a Arkeley, ciertamente; pero de todos modos a éste nunca le había gustado demasiado. Si se transformaba en vampira por lo menos su vida no terminaría. Cambiaría en muchos sentidos, pero no terminaría.

«Sí», dijo Reyes, dentro de su cabeza. Llevaba callado toda la noche. O bien estaba perdiendo el control sobre ella, o había estado esperando al momento adecuado.

«Eso es», añadió alguien más. «Dispárate en la cabeza».

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y la hizo estremecerse. Oyó cómo el siervo que rondaba por el pasillo se detenía a menos de tres metros de ella. Contuvo la respiración hasta que éste pasó de largo.

de su escondrijo. Cuando creyó que no la oiría, Caxton soltó un poco de aire.

Alguien más había hablado dentro de su cabeza con una voz que no se parecía en nada a la de Reyes.

—Callaos rodos de una vez, joder —les dijo.

Una risita ahogada resonó en su garganta, como si estuviera riendo para sí misma. Aquello pintaba fatal, se dijo, pero no pensaba responderles, no iba a darles esa satisfacción.

Se puso en pie y llegó al final del oscuro pasillo, lanzando breves fogonazos de luz con la linterna para encontrar el camino. El pasillo desembocaba en un corredor más ancho abarrotado de material de construcción: montañas de tejas, cajas de baldosas de repuesto, palets de maderas e hileras y más hileras de cubos blancos llenos de mezcla para revocar. La luz de la luna se filtraba por un agujero en el techo y hacía que todo adquiriera un fantasmagórico halo plateado, pero incluso bajo esa luz tan inquietante Caxton se dio cuenta de que esos materiales de construcción debían de llevar años allí, abandonados. Probablemente los habrían comprado para algún proyecto que luego había sido abortado antes de empezar. A lo mejor querían arreglar el agujero del techo. La madera estaba carcomida y era viscosa al tacto, algunos de los cubos se habían agrietado y el polvo blanco que contenían se había amontonado por el suelo en sinuosos montoncitos. Se acercó con cautela, a sabiendas de que podía haber cualquier cosa oculta en las sombras donde no llegaba la luz de la luna. Bajó la mirada y observó el polvo que había acumulado en el suelo. El viento que entraba por el techo lo esparcía lánguidamente. Poco a poco, el polvo se reunió en algo que resultó ser una pisada. Laura no era una rastreadora experta, pero se dio cuenta de que aquella pisada no era mucho mayor que las suyas. El rastro era fresco, bien definido. Una mujer descalza había pasado por allí hacía poco.

«Laura», dijo alguien en la habitación contigua. ¿O lo había imaginado? Lo que Caxton tenía en la cabeza no era una ligera confusión, sino un espectáculo de magia digno de Las Vegas. Ya no podía estar segura de nada. Lo que acababa de oír podría haber sido un carraspeo más que una palabra. Y, en realidad, había sonado más como un crujido estructural del edificio que como un carraspeo. Si no hubiera sabido todo lo que sabía, podría haberse convencido de que era fruto de su imaginación.

Las huellas atrajeron su mirada hacia una puerta doble situada al otro extremo del pasillo. En una de las puertas había escrito con tinta negra: «SALA DE INVÁLIDOS». Alguien le estaba mandando un mensaje: debía cruzar aquellas puertas. Era una trampa, pero Arkeley ya le había enseñado cómo se había de actuar ante una trampa. Temblando más de lo que le habría gustado, Caxton se

acercó a la puerta y empujó uno de los batientes, que se abrió fácilmente, con un leve chirrido de bisagras.

La sala que había al otro lado era cavernosa y extremadamente oscura. Con la linterna vio que en ella no quedaba ya nada que pudiera transportarse. Lo único que se conservaba en la sala eran varios armazones de cama pintados con esmalte blanco desportillado. Algunos estaban arrinconados, pero la mayoría seguían donde debían de estar el día en que clausuraron el sanatorio, colocados en unas hileras perfectas que se perdían en la impenetrable oscuridad.

¿Cuántas personas, cuántas generaciones habrían muerto en esa sala? ¿Cuántos hombres habían yacido en esas camas habían tosido y tosido hasta que alguien había llegado con un carrito y se había llevado su cuerpo exánime? ¿Cuántos fantasmas habían dejado tras de sí? El padre de Caxton había muerto de aquella forma, tosiendo y carraspeando, en una cama idéntica a...

Caxton sintió un contacto sobre el hombro, ligero como una pluma.

El miedo se apoderó de ella. No era una emoción, sino un animal vivo, que respiraba y se le encaramaba a los hombros y al cuello, como si buscara un lugar donde esconderse. A Caxton le dieron ganas de echar a correr, de chillar. Intentó darse vuelta, pero el miedo la había paralizado por completo.

Caxton apagó la linterna. Con un gran esfuerzo de concentración, logró empezar a respirar de nuevo.

«Laura». A lo mejor había sido una ráfaga de aire que había agitado las ramas de los árboles. Sí, los árboles. Seguro. La primera vez quizá se lo habría creído, pero después de tantas repeticiones sabía de qué se trataba: era un vampiro, y estaba jugando con ella como un gato juega con un estornino herido.

Caxton se le erizó la piel de los brazos.

Tal vez fuera Malvern. El baño de sangre podía haberle proporcionado la fuerza necesaria para llamarla de esa forma desde el otro extremo del sanatorio, O podía tratarse del otro vampiro, el vampiro desconocido.

Un viento helado le rozó a Caxton la cara y le revolvió pelo. En el pasillo no había viento hacía un momento. O alguien había abierto una puerca en algún lugar, o...

No pudo evitarlo, tenía que saberlo. Encendió la linterna justo en el momento en el que una mano lívida, manchada de rojo, se apartaba de su hombro. Dio un grito de terror, se apartó de un salto e intentó ubicar al propietario de esa mano, pero no vio nada. Volvió a apagar la linterna y cogió el arma con más fuerza.
Tres»

Pasó un segundo, luego otro, pero no sucedió nada. Caxton quería volver a encender la linterna. Se dijo que a oscuras jugaba con desventaja, pues los vampiros veían a las personas en la oscuridad. Veían su sangre. Imaginó al vampiro mirándola en ese momento: ¿vería su rostro asustado o tan sólo la sangre que le corría por las venas? Imaginó el aspecto que debía de tener: el intrincado sistema de venas en movimiento, como si lo hubieran extraído del cuerpo mediante una compleja operación quirúrgica y colgara de unos hilos, como una marioneta. Una forma vagamente humana, pero hueca, una vibrante estructura de líneas rojas que latían trémulamente en el aire frío.

El vampiro, o la vampira, tenía que estar lo bastante cerca para atacarla. En cualquier momento se le echaría encima y la partiría en dos. ¿Por qué no lo había hecho aún? Estar allí, contemplando su propia destrucción, imaginando el dolor que se aproximaba, era casi peor que morir.

Encendió la linterna y apuntó al frente. Quería desafiar al vampiro, obligarlo a mostrarse. El vampiro lo entendió y se colocó en medio del haz de luz.

A diez metros de distancia, o incluso más lejos, la luz reveló apenas una pálida figura humana. Se trataba de una vampira y llevaba un vestido de encaje que a Caxton le resultaba extrañamente familiar, como si lo hubiera visto en una revista. Tenía las manos cubiertas de sangre.

Caxton había visto ya esa aparición con anterioridad. En el coche, cuando se había desmayado de miedo, había visto aquella vampira con las manos cubiertas de sangre que le hacía señas, la llamaba. De repente la vampira levantó las manos, con las palmas extendidas como si quisiera recoger la luz de la linterna de Caxton. La mancha roja se le escurrió por entre los dedos y Caxton se dio cuenta de que no era sangre. Era pelo, mechones de pelo corto y rojizo.

—Se me cayó todo de golpe, cariño —dijo la vampira y se acercó un poco. Se movía con tanta soltura como si patinara sobre hielo—. Pensé que te gustaría verlo por última vez.

A Caxton se le helaron los huesos, se quedó petrificada, fosilizada. El sonido que empezó a formarse en su garganta no era un nombre, sino más bien el ruido que hacen las rocas cuando, en invierno, se hielan, se agrietan y se parren. Sin embargo, cuando finalmente llegó a los labios de Caxton, ese sonido se parecía mucho al nombre de Deanna.







Deanna le acarició la boca y el mentón. Sus dedos bajaron por el cuello de Caxton y agarraron la hebilla de su cinturón. Bajo la luz azulada y vacilante de la linterna, Deanna no tenía tan mal aspecto.

Aunque estuviera semimuerta.

—Me alegro tanto de verte —dijo con voz suave.

—Dee —dijo Caxton con un suspiro—. Dee. Pero no puede ser. Tú no te... Tú no te...

—¿Que no me suicidé? —preguntó Deanna. Tenía una voz grave y ronca como los vampiros y la piel del color de la leche desnatada. Probablemente era capaz de hacerle un nudo a una barra metálica con las manos.

Sin embargo, era Deanna y volvía a estar viva, o casi.

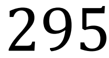
—Rompí la ventana con mis propias manos y me corté yo misma —dijo Deanna y sus ojos encontraron los de Caxton—. Supongo que eso cuenta —añadió.

Su voz ronca era vagamente susurrante. Resultaba sexy. Caxton notó un ardor en todo el cuerpo.

Sería técnicamente incorrecto decir que Caxton pensó que Deanna estaba viva, pues sabía que no era cierto. O, mejor dicho, su cerebro sabía que no era cierto. Pero su cuerpo tenía sus propias ideas y sus propios recuerdos. Recordaba la forma de Deanna, la forma que tenía Deanna cuando estaba viva. Recordaba su olor.

—¿Cómo has podido hacernos esto? Tú sabes lo que soy, a qué me dedico —le dijo Caxton. Se le acercó un poco más y acarició la mandíbula extrañamente protuberante de Deanna—. Estás tan fría —añadió.

Se inclinó hacia delante y apoyó su frente en la frente de la vampira. Era algo que solían hacer cuando estaban a solas y en silencio. Las



hacía sentirse muy cerca, y en esa ocasión sintieron algo muy parecido.

—No tuve opción. Quiero decir, sí la tuve, pero... Congreve...

La vampira cerró los ojos y se llevó las manos a la boca llena de dientes. Empezó a llorar sin control. Caxton no podía soportar verla así.

—Chsss —le dijo—, vamos.

Rodeó el esbelto cuerpo de Deanna con un brazo. Quería abrazarla con fuerza para que entrara de nuevo en calor, para que volviera a ser una chica de verdad. Un sollozo se le atragantó a Caxton en la garganta, pero nunca llegó a asomar a la superficie.

—¿De qué conoces a Congreve?

Deanna apartó a Caxton. Utilizó tan sólo parte de su fuerza para librarse del abrazo, pero Caxton se dio cuenta del enorme poder subyacente que poseía Deanna si decidía utilizarlo. Por decirlo de algún modo, se sintió como si un camión la apartara suavemente.

Pero Deanna nunca le haría daño a Caxton; nunca haría daño a su amante. Caxton lo percibía en la forma en que Deanna la tocaba, en cómo se movía a su alrededor.

—Van a dejar que estemos juntas para siempre. Eso no habría sido posible de ninguna otra forma.

Pero Caxton sacudió la cabeza.

—Sí, claro, para siempre. Para siempre como uno de ellos. ¿Has visto a Malvern?

Deanna se rió y su carcajada sonó casi como las de antaño.

—Por supuesto que la he visto. Fue ella quien me invitó a venir aquí.

Entonces se apartó, se alejó de Caxton y a ésta le quedó un mal sabor de boca. Deanna se sentó en el armazón de una de las camas y cruzó los brazos sobre el pecho. Caxton se arrodilló a su lado para que sus caras estuvieran más cerca.

—Justinia es la que ha hecho que todo esto fuera posible. Yo iba a morir, cariño. Iba a morir y no tenía otra forma de salvarme.

—Chsss —dijo Caxton y le enjugó a Deanna las lágrimas con los pulgares. Sin embargo, lo que salía de los ojos de la vampira no eran lágrimas sino una sangre negra y espesa. Caxton se limpió los dedos en los pantalones.

—Creo que lo mejor será que me cuentes qué sucedió —dijo Caxton. Sí, eso estaba bien. Tenía que empezar a pensar otra vez como una policía. Pero era tan difícil con Deanna allí, una Deanna que aún hablaba y lloraba.

—Congreve iba a matarme. No era nada personal, simplemente estaba en el vecindario, cazando, y me encontró. Sucedió una noche en que tú estabas trabajando. Los perros empezaron a aullar y se encendió la luz de la caseta. Yo fui a ver qué pasaba. Cogí el destornillador largo de la caja de herramientas, salí al jardín y grité: «Yo de vosotros me largaba cagando leches. Mi novia es policía». Pero nadie respondió. Entonces me acerqué a la puerta y fue cuando me agarró.

—¿Congreve? —preguntó Caxton. Pero ¿cómo era posible? Ella y Arkeley habían matado a Congreve mucho antes del accidente de Deanna.

—Sí. Tenía las manos llenas de callosidades y me agarró con fuerza. Me dijo que iba a morir y yo empecé a chillar y a rogarle que no me matara. Él me ordenó que me callara y yo lo intenté, lo intenté de veras. Me preguntó si yo era la artista, si las sábanas del cobertizo eran mías, y yo respondí que no, por supuesto, porque pensé que a lo mejor era un fanático religioso o algo así y que quería matarme por mis obras de arte. Entonces me obligó a mirarlo a los ojos y lo que vi allí no era humano. Fui incapaz de seguir mintiéndole, no habría podido ni aun queriendo. Y le confesé que sí, que la artista era yo.

—Dios mío —gimió Caxton—. Te hipnotizó. Te maldijo y tú ni siquiera sabías lo que estaba sucediendo.

Deanna se encogió de hombros.

—A mí no me gusta plantearlo en esos términos. Me dijo que él también era un artista, que era músico. Realmente entendía mi trabajo, Laura. Eso tiene valor, ¿no? Dijo que un talento como el mío no podía desaprovecharse y entonces me preguntó si quería vivir o morir. Así, sin más. En realidad tuve que pensármelo, ¿sabes?

Deanna se miró las manos y se cogió el dobladillo del vestido. De pronto. Caxton recordó dónde lo había visto antes: era el vestido que Deanna había llevado a la boda de su hermano. ¿Era posible que los Purfleet la hubieran enterrado vestida de aquella forma?

—Te convirtió en uno de ellos. Eso significa que le dijiste que sí —apuntó Caxton, que quería que Deanna siguiera hablando. Ésta asintió.

—Entonces se marchó y yo empecé a tener esos sueños. Los sueños en los que tú te desangrabas.

Caxton se acercó al armazón de otra cama y se sentó para poder mirar a Deanna a la cara. Eran dos mujeres, dos mujeres vivas sentadas encima de sus camas, con las rodillas casi juntas. Dos mujeres que tenían una conversación, nada más, se dijo.

Deanna inclinó el rostro hasta que su voz quedó amortiguada por sus brazos cruzados.

—Me resistí a la maldición tanto como pude. Intenté no dormir, pues es en sueños cuando te inducen a hacerte daño. Aunque en realidad ésa es la parte más compasiva, ¿no crees? Mientras sueñas no sientes nada. Ojalá hubiera sabido cómo iba a ser para no tener tanto miedo. Lo siento mucho, Laura. Siento haberme asustado tanto, de lo contrario no les habría dicho nada de ti.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Caxton, intentando que su voz sonara serena.

—Les dije que no podía hacerlo sola, que no podía convertirme en uno de ellos si eso significaba tener que separarme de ti. Pero entonces el señor Reyes dijo que tenía la respuesta para eso. Dijo que podían llevarnos a las dos y pareció que la idea le gustaba de verdad.

No, no había sucedido de aquella forma. Era imposible. Caxton se sentía como si hubiera terminado un rompecabezas y la imagen no se correspondiera con la de la caja. Sacudió la cabeza.

—Eso no tiene ningún sentido, Deanna. Tu historia no encaja.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la vampira.

—Esto, este caso, era por mí. Por lo menos inicialmente era por mí, pues fui yo quien detuvo al siervo en el control de alcoholemia. Así fue como Reyes tuvo conocimiento de mí existencia.

Eso era lo único de lo que estaba segura, la única pista que había considerado firme y sólida en todo momento. Por eso Arkeley la había elegido precisamente a ella para aquella cruzada y por eso el siervo la había seguido hasta su casa: porque el vampiro quería que se convirtiera en uno de ellos.

—Cariño —le dijo Deanna—. ¿Tanta importancia tiene quién hizo qué primero?

—¡Pues claro que la tiene! —respondió Caxton. Lo significaba todo. Los vampiros habían ido a por ella, se habían obsesionado por ella—. Todo esto empezó la noche del control de alcoholemia, cuando el siervo me siguió hasta casa.

Deanna sacudió ligeramente la cabeza.

—No, Laura, no. Empezó varias semanas antes.

—Y una mierda —jadeó Caxton, cruzándose de brazos—. Además, ¿cómo podías saberlo tú?

—¡Joder, ya basta! ¡Sé que no eres tan estúpida!

Deanna se levantó y Caxton hizo lo propio, pero en realidad tuvo la sensación de haber sido la primera, pues Deanna seguía aún levantándose. Cuando terminó, tenía una altura considerable. ¿Había crecido tras la muerte? Tal vez su postura había mejorado.

—Aquel siervo no se topó accidentalmente con tu control de alcoholemia. Iba a por ti.

—No. —«No, no, no», pensó Caxton—. ¡No!

—Sí—dijo Deanna, que alargó el brazo y agarró a Caxton por el hombro. Lo hizo con fuerza, tanta que casi le dolió un poco. Realmente quería convencer a Caxton de que estaba diciéndole la verdad—. Congreve lo envió para que te encontrara y te llevara junto a él, para que las dos pudiéramos hacer esto juntas.

—No —repitió Caxton.

—Sí. Porque a mí me daba miedo, hacerlo sola. Y porque Reyes quería que fuéramos dos. Me quedé de lo más confusa cuando aquella noche me despertaste como si nada hubiera pasado. Y entonces asustaste al siervo que te habían asignado.

«No», pensó Caxton, pero no logró decirlo. Si lo hacía, se dijo, era posible que la palabra que saliera de su boca fuera un «sí». Porque se daba cuenta de que las cosas podían haber sucedido exactamente tal como se las estaba contando Deanna. Era posible... pero no podía ser cierto. Porque si lo era, si Deanna había tenido que cargar con la maldición todo ese tiempo y Caxton ni siquiera se había dado cuenta, si le había fallado de esa forma...

—Todo esto, todo este dolor y este sufrimiento, ha sido por mí. Si hubieras intentado hablar conmigo, si te hubieras quedado a mi lado la noche en que me hice daño, podríamos haber... podríamos haberlo hecho juntas.

—¡No! —chilló Caxton. Sólo quería que parara, que todo aquello terminara. Desenfundó la Glock 23 y disparó las tres balas; que le quedaban directamente contra el pecho de Deanna: una, dos y tres.

El ruido borró todas las palabras, por lo menos durante un instante.

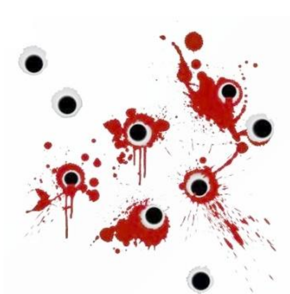
Entonces Caxton bajó la mirada y vio lo que había hecho: el vestido blanco de Deanna estaba chamuscado y hecho jirones, pero en la piel de debajo no ni un solo rasguño. Deanna estaba totalmente ilesa.

—Oh, Dios, has comido esta noche —gimió Caxton.

—¡Tú eres mi novia! ¡Se supone que tienes que querer estar conmigo para siempre, pase lo que pase! ¡Tenemos que querer las mismas cosas! ¿Por qué te cuesta tanto?

Los dedos de Deanna se le clavaron en el hombro de Caxton como un torno industrial. Caxton oyó cómo los huesos le crujían y empezaban a restallar.

—¿Es que ya no me quieres? —le preguntó Deanna.







Los dedos de Deanna se hundían en la carne de Caxton como cuchillos de acero. Las uñas de Deanna eran igual de cortas que cuando ésta estaba viva, pero aun así atravesaron la chaqueta y la camisa de Caxton como si fueran cuchillas. En cualquier momento iba a perforarle la piel.

¿Y qué sucedería entonces? Deanna estaba enfurecida. Si además veía sangre humana fresca, ¿se pararía a considerar lo que ella y Caxton habían significado la una para la otra? Caxton estaba casi segura de que no.

Intentó zafarse y movió los hombros a izquierda y derecha. La cara de Deanna era una máscara angustiada, tenía los ojos abiertos y la mandíbula desencajada. Su impresionante dentadura brillaba incluso bajo la luz casi inexistente de la sala de inválidos. Deanna echó la cabeza hacia atrás, preparada para atacar el cuello de Caxton. Era un movimiento dolorosamente lento, tal vez inconsciente; cuando terminara, Caxton estaría muerta. Había visto a Hazlitt morir de aquella forma. Había visto ya a muchas personas morir a manos de los vampiros.

Los brazos y las manos le empezaron a temblar. El agarrón mortal del hombro le estaba cortando la circulación. La Glock vacía se le cayó de la mano y rebotó con un estruendo contra el armazón de una de las camas.

Caxton apretó los dientes y concentró todas sus fuerzas en intentar zafarse de sus manos, apartarse. Logró desembarazarse de su chaqueta hecha jirones y cayó de espaldas, tropezó con la cama y agitó los brazos en un intento por asirse a algo. Deanna se elevó encima de su cuerpo, como si hubiera crecido aún más, o como si pudiera volar por encima de la cabeza de Caxton. Iba a atacarla desde arriba. Caxton rodó hacia un lado.

La vampira cayó con todo su peso encima del armazón de la cama con un chirrido metálico. La cama se retorció y se deformó. Caxton ya



se bahía puesto en cuclillas y se levantó. La adrenalina le dio la sensación de que no pesaba nada, como si la hubieran vaciado para luego llenarla de aire.

Echó a correr sin girarse para ver a Deanna.

Ni siquiera tuvo tiempo de encender la linterna. De repente se golpeó un pie contra el armazón de una de las camas y se habría caído si el miedo no la hubiera vuelto a levantar. Arremetió con todas sus fuerzas contra la puerta doble del otro extremo de la sala de inválidos y empujó la barra de seguridad con la cadera. Las puertas se abrieron con un chirrido y Caxton las cruzó sin dejar de correr.

Deanna había salido tras ella y empujó la puerta con una mano antes incluso de que a Caxton le diera tiempo a llegar al siguiente pasillo. La agente dobló una esquina y echó a correr boquiabierta, jadeando ruidosamente. Antes de que lograra llegar a la siguiente puerta, Deanna le golpeó en la espalda y la tiró al suelo, pero Caxton volvió a levantarse recurriendo tan sólo a su fuerza de voluntad y echó de nuevo a correr.

Otra puerta. La sala que había al otro lado tenía las baldosas cubiertas de moho. Caxton tenía una visibilidad de apenas un metro. De pronto, sin embargo, tuvo la sensación de que había algo raro en aquella habitación, como si le faltaran paredes o como si el suelo estuviera inclinado. Había algo raro... Sí, era el suelo. Caxton frenó en seco, dio un paso hacia atrás y se quedó con la espalda pegada a la pared, junto a la puerta.

Deanna cruzó la puerta como un lívido cometa atravesando un espacio sin límites. Tenía la boca abierta de par en par, como si fuera a comerse a Caxton de un solo mordisco. En esa penumbra parecía como si volara, literalmente. Y entonces, de pronto, desapareció.

Caxton intentó recuperar el aliento, pero en el mundo no parecía haber tanto aire como ella necesitaba. Sintió un incipiente dolor de cabeza en la base del cráneo y notó cómo su cerebro exigía más oxígeno, más adrenalina, más endorfinas, lo que fuera. Se pegó más aún a la pared, como si ésta pudiera absorberla, como si las baldosas pudieran abrirse y dejarla pasar, ofrecerle un escondrijo.

Deanna soltó un grito de frustración. Su voz resonó por toda la habitación y reverberó de forma extraña.

Caxton cogió la linterna y la encendió. Iluminó las sucias baldosas mientras intentaba entender qué estaba sucediendo. A metro y media de distancia de donde estaba, el suelo se terminaba de repente. Si hubiera continuado corriendo al entrar en la sala, habría caído en ese hoyo. Miró la puerta que acababa de cruzar y su linterna iluminó las letras pintadas de negro: «PISCINA».

¡La sala de la piscina! Tucker la había mencionado en tina ocasión. Se esforzó por desoír la punzada de culpa que sintió por la muerte de

Tucker y examinó la sala para intentar descubrir dónde podría haberse metido Deanna. Olisqueó el aire. Cualquier rastro de cloro había desaparecido desde hacía tiempo y estaba bastante segura de que la piscina se había secado. Sin embargo, percibió el olor de algo desagradable y antinatural, algo que le hizo arrugar la nariz: era el olor de un vampiro. Dondequiera que se hubiera metido Deanna, estaba cerca, lo bastante cerca como para atacar en cualquier momento. ¿Estaría jugando a algún jueguecito? Caxton lo dudaba mucho.

Necesitaba saber más cosas, pero no quería separarse de la pared. Se sentía como si su cuerpo se hubiera adherido a las baldosas. Se acercó con recelo al borde de la piscina y apuntó el borde de cemento con la linterna.

Había una caída de más de tres metros hasta fondo de la piscina. Allí abajo vio baldosas, interminables hileras de baldosas. En su momento habían sido blancas y lisas, pero el moho negro había devorado el cemento que las unía y había cubierto la agrietada superficie. El paso del tiempo y el agua habían hecho añicos muchas de esas baldosas y habían dejado el fondo de la piscina cubierto de afilados escombros. En un rincón de la piscina había un charco negro de verdín y, un poco más a la izquierda, un enorme desagüe de bronce completamente oxidado. Caxton barrió el fondo de la piscina con el haz de luz, tenía que saber dónde se había me... Deanna saltó y a punto estuvo de arrebatarle la linterna de las manos. Soltó una dentellada al aire y cayó de nuevo sobre los pies como un felino, como un depredador. Observó a Caxton con una mirada de odio puro, sin paliativos. Tenía el vestido manchado de barro negro. Había irrumpido en la sala como un vendaval, ansiosa por cazar a Caxton, matarla y chuparle la sangre, pero no se había fijado en dónde pisaba y había caído dentro de la piscina.

Caxton dio un paso atrás y se alejó del borde.

Era otra vez hora de echar a correr.

Atravesó la puerta de nuevo y cruzó el pasillo. Caxton calculó que pasarían unos diez o quince segundos antes de que Deanna encontrara la escalerilla o lograra salir por la parte menos profunda de la piscina. Sabía que no contaría con más tiempo. Volvió sobre sus pasos, aunque en esta ocasión lo hizo con la linterna encendida; no tenía ninguna intención de regresar a la sala de inválidos.

Tardó tres o cuatro segundos en encontrar lo que buscaba, una puerta en la que ponía «INVERNADERO». La abrió de un empujón y de pronto se encontró en un claro de luna tan luminoso que la deslumbró.

A su espalda oyó cómo Deanna soltaba otro grito de rabia y frustración. Ya faltaba poco, se dijo. Sería mejor que se prepara.





En primer lugar debía tomar una determinación nada sencilla. Debía decidir si iba a matar a Deanna. No importaba lo que hubieran sido juntas, ni tampoco quién le había fallado a quién. Si se lo hubiera preguntado a Arkeley, éste le habría dicho que Deanna era un ser antinatural. Un monstruo.

Sin embargo, eso no era tan determinante corno ella habría querido. Sabía que, si se lo proponía, podía amar a un monstruo. Podía aprender a amar a Deanna de nuevo, podía perdonarla y sabía que no le costaría demasiado. Sin embargo, parecía que no tendría la oportunidad de hacerlo. Si no acababa con Deanna, sería ella quien acabaría con Caxton. La decisión estaba tomada: mataría a Deanna si se le presentaba la ocasión. Y debía decidir cómo iba a hacerlo.

El invernadero en el que se había refugiado fue en su día un espacio alargado de dos pisos, con pasarelas de ladrillo que serpenteaban por entre mesas, espalderas y macetas. Las paredes y el techo inclinado estaban hechos de anchos paneles de cristal con marcos de acero. Debía de haber sido un lugar encantador, se dijo, un refugio donde los pacientes moribundos podían tomar el sol. Sin embargo, el paso del tiempo y las inclemencias meteorológicas habían transformado el invernadero: las plantas o bien habían muerto, o bien habían crecido mucho más de lo que los internos habrían podido imaginar jamás. Las parras trepaban por las paredes de cristal, bloqueaban los ventanales sucios y llenaban el suelo de desechos marronosos. El extremo opuesto del invernadero se había derrumbado. Una cinta amarilla de precaución atada de una viga a otra impedía la entrada del personal y Caxton pronto vio por qué: alguien, tal vez los mismos operarios que habían abandonado el material de construcción en el exterior de la sala de los inválidos, había dejado numerosos fragmentos de cristal alineados y apoyados en la pared.

Caxton necesitaba un arma. Iluminó con la linterna a su alrededor y encontró una barra de acero que en su día había apuntalado una espaldera. Parecía medio oxidada y Caxton pensó que le bastarían un par de patadas para soltarla. Con una rabia que nacía de su

desesperación, le pegó un puntapié con la bota y la barra cayó al suelo. Caxton la agarró con ambas manos y se sintió mejor al instante, aunque sabía que esa sensación de seguridad era ficticia. Se trataba tan sólo de una barra de acero del tamaño de una porra antidisturbios, con un extremo irregular y de aspecto bastante siniestro.

A continuación tenía que atrancar la puerta. Vio una maceta de terracota del tamaño de una nevera de mano y pensó que a lo mejor podría utilizarla como barricada. Fue a cogerla, consciente de necesitaría todas sus fuerzas para moverla, pero entonces la puerta se abrió de golpe y Deanna irrumpió en el invernadero como una exhalación.

Caxton la tenía a seis metros de distancia y, al instante siguiente, estaba ya junto a ella. El brazo lívido de Deanna se disparó como el flash de una cámara. A Caxton le ardió la cara de dolor y le retumbaron los oídos como si su cabeza fuera una campana que acabara de sonar. Sintió que caía, que se precipitaba de espaldas. Notó un fuerte dolor en la nariz y se preguntó si se la habría roto. Braceó para no caer y, cuando se dio cuenta de que era inevitable, extendió las manos para amortiguar el golpe.

Pero Deanna se agachó y, antes incluso de que Caxton tocara el suelo, volvió a levantarla. La vampira le golpeó en el estómago y la dejó sin aliento. Un acceso de náusea le recorrió todo el cuerpo y Caxton creyó que iba a vomitar. El puño de Deanna impactó en su brazo y la agente notó cómo los huesos le crujían y cedían de forma poco natural. Perdió el control sobre su mano y su patética barra metálica salió disparada y rebotó sobre el irregular suelo de ladrillos.

Caxton no habría podido permanecer de pie aunque la hubieran apuntalado. Se dejó caer violentamente de rodillas y se agarró el estómago con ambas manos, se sentía como si la hubieran destripado. Y, sin embargo, Deanna no le había hecho ni un solo corte. En su cuerpo no había ni una gota de sangre, ni siquiera en la nariz, que le ardía y estaba entumecida y, por lo menos, dislocada. Notaba un dolor atroz y se sentía como si no fuera a poder levantarse nunca más, pero no sangraba.

Deanna había ejecutado su ataque con sumo cuidado y se había asegurado de que Caxton quedaba de una sola pieza.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó Caxton.

—Ya sabes qué queremos. Ya sabes qué quiere Malvern. —Deanna se agachó frente a Caxton—. Queremos que te quites la vida y acabar con este asunto de una vez.

—Eso es lo que quiere ella —replicó Caxton—. Pero ¿y tú?

Deanna apartó la mirada. Tuvo que pensarlo un momento.



—Esto es tan sólo una pelea. Pero lo superaremos. Yo aún te quiero, quiero que estemos juntas, pero eso es imposible mientras sigas siendo humana. Yo también quiero que te quites la vida.

Teniendo en cuenta cómo se sentía en ese momento, no le pareció una opción tan mala. Por lo menos sería una forma de poner fin al dolor y al miedo.

—Nunca podría dejar de culparte por ello —dijo Caxton—. En cuanto viera en qué me he convertido, te odiaría para siempre.

Deanna esbozó una sonrisa triste.

-No, lo siento pero eso no es cierto. A lo mejor al principio te enfadarías un poco, sin embargo, pronto te entraría hambre y entonces anhelarías más la sangre de lo que me odiarías a mí. En cuanto la hubieras probado... En fin, en cuanto yo la probé, supe que esto no era ninguna maldición. Y francamente, cariño, me da igual si voy a envejecer y a marchitarme; no me importa lo mal que pueda saber la sangre. En cuanto sentí lo fuerte que me volvía, todo lo demás dejó de importarme. Y a ti te sucederá lo mismo, te lo prometo.

—Pero me da mucho miedo, Dee —admitió—. Ya sabes lo de mi madre...

Se le formó una lágrima en el rabillo del ojo, pero Caxton parpadeó para que Deanna no lo viera. Aquello era demasiado. La vampira se inclinó hacia delante y le acarició el pelo.

—Ya lo sé. Ya sé que te da miedo, pero será sólo un segundo. —Cogió a Caxton por los brazos y la puso de pie—. Vamos, yo te ayudaré.

—No —dijo Caxton—. Quiero hacerlo sola. —Aún le temblaba todo el cuerpo, pero logró contenerse lo suficiente para caminar. Se acercó al lugar donde había caído la barra—. Mejor aquí, donde hay luz —dijo— No puedo hacerlo en un lugar oscuro. La sonrisa de Deanna era pura e inocente.

Caxton se acercó a la cinta de seguridad y cogió la barra del suelo. Deanna había tenido mucho cuidado en no derramar su sangre. Caxton sabía que aquello debía de ser importante.

—A lo mejor debería hacerlo así —dijo y se cortó la muñeca con la afilada punta de la barra.

—¡No, cariño! —susurró Deanna. La vampira levantó una mano para intentar detenerla, pero inmediatamente la dejó caer y miró a Caxton con unos ojos como platos.

En su muñeca se abrió un irregular tajo rojo. Con una navaja habría logrado una incisión más limpia, pero la herida no habría sangrado tanto. Caxton vio cómo la sangre oscura manaba de la herida e iba llenando el corte que le partía la carne. Llegó hasta los bordes y

entonces empezó a derramarse por la muñeca. Una gota cayó sobre los ladrillos, negra bajo la luz de la luna.

—Oh, cariño —dijo Deanna, incapaz de apartar los ojos de la sangre del brazo de Caxton.

—¿Qué sucede? ¿Lo he hecho mal? —preguntó Caxton.

Entonces se acordó de Congreve: el vampiro había estado inconsciente, herido y derrotado, pero una sola gota de su sangre había bastado para revivirlo. Fue como si le hubieran administrado una inyección de adrenalina en el corazón. Reyes la había torturado y le había hecho mucho daño, pero nunca le había cortado la piel.

A lo mejor la sangre los asustaba tanto como la deseaban. A lo mejor la sangre les hacía perder el control.

Deanna tenía la boca abierta y empezó a patalear sobre el suelo de ladrillos. Entonces, de repente, se precipitó hacia Caxton con los brazos extendidos y los ojos cerrados, cortando el aire con la mandíbula. Parecía que flotaba, sus pies apenas tocaban el suelo y avanzaba tan rápido como un caballo al galope, directa hacia su sangre.

Caxton calculó el movimiento a la perfección: se arrojó al suelo y se volvió a un lado. Deanna pasó de largo, demasiado rápido para poder frenar.

La vampira impactó con violencia contra los fragmentos de cristal, agitando los brazos en un intento por no caer, por parar el golpe. El aire se llenó de esquirlas de cristal como copos de nieve.

Y el ruido... El ruido fue sobrenatural: un alarido roto en pedazos, como un millón de campanillas.

Un ser humano habría quedado hecho pedazos. Deanna se levantó pesadamente, con el vestido hecho jirones y la piel surcada de sangre oscura y espesa, que le goteaba por los brazos y las piernas. Intentó contener la hemorragia con las manos y se relamió como un gato para tratar de reabsorber la sangre perdida.

Pero no iba a funcionar.

—La sangre tiene que estar caliente —dijo Caxton—. Tiene que ser fresca.

Deanna la miró confundida, con los ojos rojos. No entendía lo que le acababa de suceder. Entonces vio la sangre que goteaba de la muñeca de Caxton y se le abrió involuntariamente la boca. Dio un paso, pero un trozo de cristal le atravesó el pie. Gritó.

Caxton se quitó la corbata del uniforme y la anudó a la muñeca. Lo apretó hasta que le dolió y entonces le dio varias vueltas a modo de torniquete. Sería una estupidez morir desangrada en aquel momento, se dijo.

Dejó que Deanna se le acercara un poco más con aquellos pasos dolorosos, que la hacían sangrar aún más. Esperó hasta que no quedó una gota de sangre en el cuerpo perfecto de Deanna. Parecía tallada en mármol y el tono sonrosado de sus mejillas había desaparecido por completo. La sangre no iba a protegerla más. Habría estado bien tener una Glock cargada, pero la barra de acero también le serviría. Caxton la volteó en un amplio arco y clavó la punta en el tórax de Deanna, ligeramente a la izquierda del esternón.

Deanna gritó, aulló e intentó articular palabras, rogarle, suplicarle. A lo mejor estaba intentando decirle adiós. Caxton levantó la barra y le asestó un segundo golpe, y también un tercero. Tres veces iban a ser suficientes, pensó. Tenían que serlo, pues no le quedaban fuerzas para atravesarle el pecho a su compañera una cuarta vez. Notaba los brazos como si fueran de gelatina.

Deanna fue dejando de moverse poco a poco. Sus ojos rojos se quedaron mirando la luna, con el lívido rostro inmóvil, ajeno al horror, al dolor y al miedo.







CAPITULO 60

No le fue nada fácil salir a rastras del invernadero, aun cuando no tenía a ningún vampiro persiguiéndola. Pero al final lo consiguió y se dirigió hacia el edificio principal, avanzaba con sigilo, muy despacio, para no llamar la atención de los siervos. Iba a encontrar ayuda para Arkeley y entonces todo habría terminado. En cuanto Arkeley estuviera a salvo y rumbo al hospital, el caso estaría oficialmente cerrado.

Fuera, en el jardín, se llevó una extraña sorpresa... Una luz de color azul daba brincos por entre los árboles e iluminaba el césped húmedo.

En sus ojos brillaban destellos rojos y azules, amarillos y blancos. No menos de doce coches patrulla cubrían toda la zona del césped del sanatorio. También había dos ambulancias y el Granola Roller. La capitana Suzie asomaba por el techo corredizo del vehículo blindado, con un MP5 al hombro. Con la mano que tenía libre saludó a Caxton.

A Caxton se le encendió el rostro de rabia y notó que le ardían las mejillas. ¿Dónde se había metido toda esa gente? ¿Por qué había tenido que ser ella quien matara a Deanna? Mientras todos ellos esperaban allí fuera, ella había estado en el interior del edificio peleando por su vida.

De pronto la puerta trasera del Granola Roller se abrió y Clara bajó del vehículo, llevaba rodilleras y coderas cosidas al uniforme del departamento del sheriff. Alguien grifó para que se detuviera, pero Clara continuó corriendo hasta que tuvo a Caxton entre sus brazos.

—No estás muerta —dijo Clara—. Cuando recibí tu mensaje de móvil fui directamente a tu casa.

—¿Mi mensaje de móvil? —preguntó Caxton. Era cierto, le había mandado uno, justo antes de que ella y Arkeley abandonaran el cobertizo. Hacía ya muchas horas.

—Decías que necesitabas mi ayuda pero no decías para qué. Fui a tu casa y aquello parecía una zona de guerra. Estaba todo hecho un

asco y había cuerpos por todas partes. Los perros lloraban como locos.

—¿Los perros?

Clara asintió con la cabeza.

—Están bien. O, en cualquier caso, no están heridos, sólo asustados. Pensé que querrías saberlo.

Los perros estaban bien. Eso ya era mucho, una buena noticia a la que aferrarse. Sin embargo, Caxton necesitaba más, necesitaba oír más cosas buenas, sentirse más cerca de la vida. Algo en lo que pensar para no sufrir un ataque de histeria.

—Cuando me di cuenta de que no estabas allí, avisé a mi departamento, a tu unidad, a la Oficina Federal de Prisiones y a todo el mundo que se me ocurrió. —La expresión de Clara cambió de golpe, de una inquietud abstracta a una preocupación concreta—. Oye —dijo—, pero ¿tú estás bien?

¿Cómo iba a responder a eso? Después de todo lo ocurrido... Después de todo lo que había hecho... ¿Su existencia era aún real, seguía siendo un ser humano? Caxton no estaba segura.

—Yo... No, no estoy bien.

Clara asintió con la cabeza.

—Lo estarás —dijo.

Entonces se le acercó más y la besó en los labios. Tras un instante de desconcierto Caxton se rindió al abrazo y se sintió como si se fundiera en aquellos brazos de mujer. Sonaron silbidos y aplausos que provenían de los coches de policía, pero a Caxton no le importó. Había sido una noche muy larga.

—Gracias. Gracias por venir a rescatarme —dijo al fin.

Los ojos de Clara estaban llenos de complicidad, una gran complicidad. Tal vez la había comprendido, aunque sólo fuera un poco. Esa mirada la reconfortó más incluso de lo que hubiera podido imaginar. Las luces giratorias e intermitentes teñían el rostro de Clara de distintos colores: rojo, verde, azul.

Caxton se dirigió hacia el Granola Roller y saludó con la cabeza a la capitana Suzie. Miró a su alrededor y también vio al sheriff. Estaba fuera de su jurisdicción, pero a lo mejor la policía estatal le había concedido una autorización temporal. Ya tendría tiempo para preocuparse del papeleo, pensó.

—Que alguien me deje una pistola —dijo Caxton.

Alguien sacó una de un maletero y se la dio.

—Hay un número indeterminado de siervos en el edificio —dijo—. Tenemos que encontrarlos a todos, pero primero tenemos que sacar

al agente especial Arkeley de allí. No se encuentra en muy buen estado. —De pronto se dio cuenta de que ella no tenía ninguna autoridad sobre nadie que estuviera allí—. ¿Les parece bien? —preguntó.

La capitana Suzie le dedicó una sonrisa.

—Muéstrenos el camino, agente —dijo la capitana.

Caxton dirigió a seis agentes armados hasta los dientes y equipados con potentes linternas. Se acordaba perfectamente del camino que los llevaría a la sala de Malvern, pero de todos modos odiaba tener que adentrarse en la oscuridad de Arabella Furnace. Tenía la sensación de que entre aquellas sombras podría esconderse cualquier cosa. Cuando al final llegaron a la cortina de plástico que cubría la puerta de la sala, Caxton suspiró aliviada. Nada se les había echado encima, ninguna figura mortecina había salido como una flecha de entre las sombras para hacerlos añicos.

—Vale, preparen la camilla —dijo, y entró en la sala.

Le sorprendió ver que Arkeley había logrado sentarse. Aunque le chocó mucho más ver a Malvern en pie.

La vieja vampira no presentaba un aspecto saludable, ni mucho menos. Tenía unos músculos tan delgados y secos que parecían las ramas de una vid en invierno. Bajo su piel acartonada se transparentaban los huesos y el camisón hecho jirones le colgaba como una tienda de campaña. Tenía la cara hecha trizas y llena de manchas, y el ojo medio deshinchado. Pero la sangre que le habían llevado Scapegracc y Deanna le había alcanzado para salir del ataúd, algo que llevaba un siglo sin poder hacer. Estaba de pie e incluso andaba, se dirigía hacia Arkeley con la boca abierta. Sus dientes estaban en perfecto estado: afilados, mortíferos y numerosos.

—Eso es. Ven aquí —dijo Arkeley. Estaba recostado sobre un brazo, con la otra mano le hizo un gesto a Malvern para que se acercara-. Venga, vieja arpía. Eso es lo que quieres ¿no? Venga, es toda tuya.

Debía de haberse hecho un corte en la mano y tenía la palma llena de sangre fresca. O quizá no había dejado de sangrar en ningún momento, pues aquélla era la mano en la que no tenía dedos, la mano que Scapegrace casi le había arrancado de un mordisco. Las linternas de los agentes se posaron sobre la mano de Arkeley que brilló, húmeda y sanguinolenta.

Caxton percibió la necesidad, el deseo que irradiaba el cuerpo de Malvern. Cada tendón y cada fibra de aquel cuerpo a medio reconstituir ansiaba esa sangre. No debía de ver más allá.

Caxton sabía exactamente lo que Arkeley estaba haciendo. Un juez había determinado hacía ya muchos años que Malvern era un ser humano y le había conferido protección legal contra cualquier ataque

físico por parte de la policía. Ahora bien, al mínimo movimiento que Malvern hiciera para herir o dañar a un ser humano, todo cambiaba. En cuanto Malvern tocara a Arkeley se convertiría en un blanco legítimo.

Caxton quiso gritarle a Arkeley, ordenarles a sus acompañantes que lo sacaran de allí. Caxton quería salvarle la vida. Sin embargo, sabía lo que Arkeley le diría. Había estado esperando durante toda su vida, o en todo caso durante veinte años de ella, a que se le presentara una oportunidad como aquélla. Lo último que querría era que alguien lo estropeara todo.

Caxton se mantuvo firme. Podía sentir cómo los agentes que tenía a sus espaldas empezaban a ponerse nerviosos. Querían atacar, pero Caxton levantó las manos para detenerlos.

—Venga, ven y cógela -bramó Arkeley.

Malvern se arrastró hacia él. Las manos, que le colgaban a ambos lados del tronco, se cerraron y luego las volvió a abrir. Tumbada en su ataúd, había gozado de todo el tiempo del mundo para imaginar lo bien que le sentaría chuparle la sangre al federal que la había encerrado... ¿Qué clase de sueños vengativos habría tenido? Aunque también debía de ser consciente de lo que le ocurriría a ella, del precio que tendría que pagar por probar esa sangre.

—No puedes resistirte —la provocó Arkeley—. Si fueras un ser humano tal vez lograrías controlarte, pero eres una vampira y no puedes resistirte al olor de la sangre, ¿me equivoco?

Arkeley se inclinó hacia ella, con la mano aún extendida, y se la colocó frente a la cara. Casi podría decirse que Arkeley estaba obligando a Malvern a atentar contra la ley, y eso también constituía delito, pero Caxton decidió que si la llamaban a testificar mentiría para encubrirlo. Haría lo que fuera para que Arkeley lograra esa victoria.

Un párpado finísimo cubrió el ojo de Malvern y tembló como si la vampira estuviera a punto de desmayarse.

—¡Vamos! —gritó Arkeley. Su cuerpo también temblaba. Debía de estar en las últimas—. ¡Vamos!

La boca de Malvern se cerró muy despacio, dolorosamente. A continuación se abrió de nuevo y se oyó un crujido como si alguien arrugara una bolsa de papel.

—Maldito seas—dijo la vampiresa.

Entonces se dio la vuelta, se arrastró hasta el ataúd y se metió dentro. Se tumbó de espaldas y apoyó su arrugada cabeza sobre la tapicería de seda.



—¡No! —gritó Arkeley al tiempo que golpeaba el suelo con su mano herida—. ¡Llevo demasiado tiempo esperando este momento! ¡Lo he perdido todo!

Con un débil movimiento titubeante, Malvern se incorporó, cogió la tapa del ataúd con sus manos esqueléticas y la cerró de golpe.



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA



David Wellington es licenciado en escritura creativa por la Universidad Penn State. En la actualidad, trabaja como archivista para las Naciones Unidas en Nueva York. Es autor de varias novelas como Zombie Island, Zombie Nation y Zombie Planet entre otras.

Más información en **www.thirteenbullets.com** y **www.davidwellington.net**